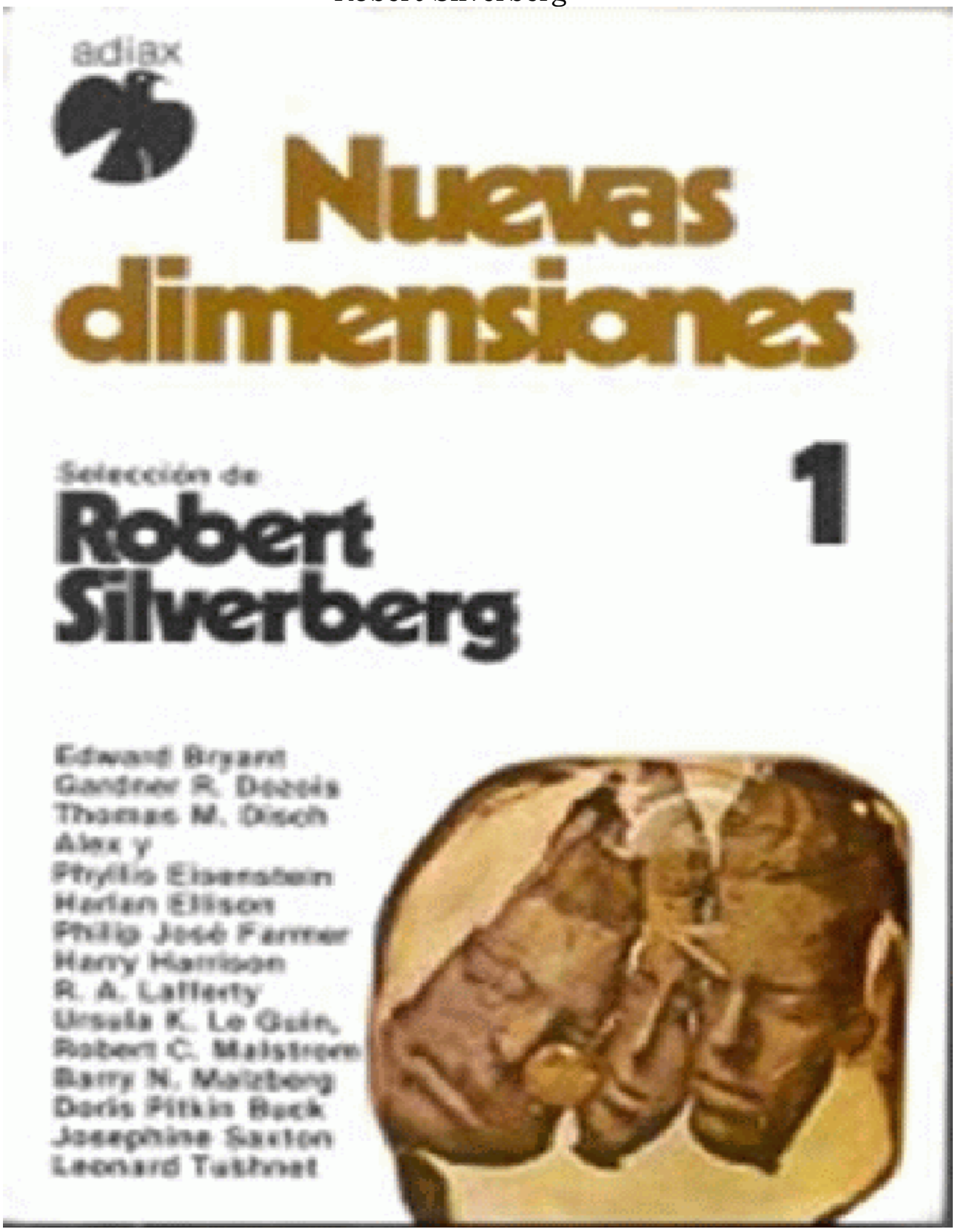
NUEVAS DIMENSIONES 1
Robert Silverberg



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INDICE

Introducción
Una mañana especial
Problemas con el pasado
El poder del tiempo
El giberelo
El gran A
El circo del ratón
Más vasto que los imperios, y más lento
Una plaga de autos
Cielo
Canción de amor a sí misma
Los malvados huyen
Una historia entre tantas del mundo de solo-martes
Conquista
Emancipación: un romance de los tiempos futuros

Introducción
(Robert Silverberg)

Los últimos años han sido de una fluidez poco común en el ámbito de la ciencia-ficción. Antes de 1960 esta literatura de horizontes infinitos era, paradójicamente, conservadora y ceñida a la tradición en lo que concierne al estilo y contenido. Un tono directo, despojado, era la técnica más común para abordar el relato, y la mayoría de los escritores se apoyaban en los métodos convencionales utilizados en las revistas de ficción para presentar personajes y emociones. Algunos intentos de explorar los aspectos más oscuros y profundos de la naturaleza humana fueron denunciados a menudo, por editores y lectores, como inexcusables incursiones en la psicopatología, y los temas eróticos casi siempre resultaron proscriptos a causa de la dudosa pero frecuentemente proclamada afirmación de que "el sexo y la ciencia-ficción no pueden mezclarse".

Hay que reconocer que algunos afamados escritores si se arriesgaron, dejando de lado supuestos tabúes, cada vez que se planteaban la búsqueda de la verdad artística. La ciencia-ficción "adulta" no es algo que se inventó el mes pasado, tal como pueden atestiguarlo quienes han leído los trabajos de Theodore Sturgeon, Philip José Farmer y Cyril Kornbluth veinte años atrás. Sin embargo, en esa época la ciencia-ficción reviste la forma del simple relato de aventuras o bien era presentada con el estilo medido, casi escéptico e intelectual del relato-enigma. Algunos enigmas eran excelentes y algunas vivificantes aventuras también, pero la falta de sofisticación literaria, que prevalecía, desanimó a muchos lectores potenciales que podrían haber buscado gratificarse a través de las estimulantes imágenes e ideas ofrecidas por la ciencia-ficción.

Este estado de cosas existía, por una parte, porque el campo estaba dominado por varios editores poderosos, hostiles a un abordaje "literario" de la ciencia-ficción, y, por otra parte, porque la mayoría de los escritores tenían escaso dominio de las técnicas contemporáneas, en lo que a ficción se refiere. (Muchos de ellos eran ingenieros que escribían ciencia-ficción como

hobby, y otros habían aprendido el oficio de escribir en publicaciones de difusión masiva.)

Con el tiempo se ha producido un gran cambio en la ciencia-ficción. Han aparecido escritores formados no por Thrilling Wonder Stories sino por Joyce, Fitzgerald, Hemingway, Kafka y Mann. Los nuevos editores, no muy alejados ellos mismos de los predios universitarios, han ofrecido a estos escritores la posibilidad de experimentar con libertad en lo que sienten como necesario. El pasaje del centro de gravedad de la ciencia-ficción de los puestos de revistas a libros de tapas duras y blandas ha aumentado cuantiosamente las posibilidades de estos escritores. Los que quieren mantener el viejo estilo todavía pueden hacerlo, y encontrarán un público apreciable, pero ahora hay cauces para aquellos cuyas intenciones y tendencias son diferentes. Y también tienen un público considerable. La juventud, especialmente la juventud universitaria que encuentra que la ciencia-ficción es un género apto para estos tiempos apocalípticos, pero que quiere apartarse de los clichés del Capitán Futuro de los viejos cultores.

Esta revolución de la ciencia-ficción no se produjo sin abusos. No existe virtuosismo alguno en escribir un relato de ciencia-ficción al estilo de Finnegans Wake. El hecho de importar técnicas de la literatura de vanguardia de dos generaciones atrás es útil sólo en tanto esas técnicas puedan hacer un aporte positivo al ámbito de la ciencia-ficción, caso contrario, copiar a Beckett o a Virginia Woolf no es más relevante que copiar a Gene Stratton Porter o a Clarence Buddington Kelland. Lo trillado es trillado y lo prestado prestado, no importa cuál haya sido la originalidad de los modelos. Además, algunos escritores de la "nueva" CF se han enrolado en las corrientes de vanguardia con tanto entusiasmo que la han convertido en algo hermético y misterioso, en un género casi incomprensible, intencionalmente acuñado para atraer a unos pocos afortunados. Otros exponentes de lo nuevo han encontrado razones ideológicas para echar por la borda los contenidos de la ciencia-ficción, apartándose de la exploración de lo desconocido y maravilloso y produciendo toda suerte de ficción que no guarda conexión reconocible con sus supuestos antecedentes literarios.

NUEVAS DIMENSIONES EN CIENCIA-FICCION, que se presenta como la primera de una serie, se propone lograr el difícil término medio entre lo viejo y lo nuevo. Los catorce cuentos que aquí aparecen son inéditos[1]. Sólo cuatro de los contribuyentes pueden alegar no más de una década de experiencia profesional. Cinco de los restantes debutaron el otro día, por así decir, y dos cuentos son de autores que publican por primera vez. En estilo y ejecución difieren ampliamente, por lo menos un cuento podría haber ocupado su lugar en las principales revistas de CF de 1953, mientras que otro es una extravagancia surrealista de aquellas que entonces podrían haber sido consideradas aceptables. Entre los catorce hay un rasgo común. Los autores hablan con voz propia. No son intercambiables. Si el impresor ubica seis párrafos del cuento A en medio del B, el lector seguramente lo advertirá; en tiempos pasados casi todo resultaba igual.

Creo que estos cuentos encarnan la originalidad, la audacia conceptual, la agudeza que caracteriza a lo mejor de la ciencia-ficción. Creo que despliegan la fuerza y la frescura de la CF contemporánea, libres del preciosismo y de la vacuidad que tanto desfiguran a la producción actual Esta primera entrega

[1] Lo eran en la edición inglesa de 1971. Algunos de ellos han aparecido en castellano en otras selecciones. (N. del E.)

de NUEVAS DlMENSlONES no es exactamente lo que yo pensé que sería cuando empecé a seleccionar los relatos, pero no está muy lejos del libro imaginario de aquellos días y marca el camino, así lo deseo, para futuras publicaciones.

Una Mañana Especial
(Gardner Dozois)

Siéntese, siéntese, de culo contra el suelo si; ya lo ve, no es una expresión de su negro pesimismo, de su futilidad o de lo que usted quiera. El pesimismo es sólo el sensato reconocimiento de que hay más posibilidades de equivocarse que de hacer las cosas bien, desde nuestro punto de vista, por supuesto... que no es necesariamente el de la habilidad, o el del mecanismo, si usted prefiere su cosmos despersonalizado. En cuanto a la futilidad todos mueren la verdadera muerte en alguna ocasión; aunque algunos ejecutivos puedan esquivarla por unos pocos cientos de años, al final todos van a parar a la fosa y yo imagino que aquella futilidad es suficiente para empezar. El filósofo acepta a ambas como una constante y entonces no permite que ninguna de ellas lo moleste. Siéntese, maldito sea; no quiera hacerme creer que tiene asuntos importantes de qué ocuparse. Joven demonio, usted se encuentra en la envidiable posición de no tener absolutamente nada que hacer porque le va a llevar un rato recuperarse de lo que acaba de hacer.

Así. Eso es mejor. ¿Cómodo? No mire; tiene el aspecto de alguien que acaba de sentarse en un charco de pis y está preguntándose cuál es la reacción socialmente adecuada. La hipocresía es un arte, muchacho; mejorará con los años. Ahora está tan aturdido, reyezuelo, que permite que un borracho apeste a su alrededor y le haga hacer el ridículo. Bueno, la expresión de su cara merece una risa ahogada; si pudiera verla usted mismo se reiría. También la verá dentro de unos años, en el rostro de algún otro joven: es el único espejo que la refleja claramente. Y usted será un borracho para entonces y se reirá e insultará la dignidad del joven macho, pero se reirá más ante la imagen del hombre que usted era que ante ese macho en particular. Y probablemente tendrá que decirle justo lo que yo le he dicho para calmarlo, y también en esto hay risas. Escuche el eco de un millón más uno de risas detrás de usted. Yo ya oigo un millón.

¿Qué cómo me las arreglo con tal insolencia? Por una parte, ¿qué tengo que perder? Eso le da una cierta perspectiva. Y a pesar de mí mismo soy socialmente instructivo... soy tan valioso como una clase práctica. A propósito, ¿por qué un joven aristo como usted está allí sentado, soportando mis tonterías? Ni se moleste en responder. Lo supe en el instante en que lo vi venir silbando, calle abajo, lleno de vapores y contoneos. Ya nadie se levanta temprano en la mañana, a menos que sea tan viejo como yo y deteste el sueño-ensayo de muerte, o a menos que, nunca haya estado en la cama antes. Esta mañana el mundo es su amigo, es un juguete para que usted juegue y examine y se llene la boca y lo paladee, y usted está permitiendo que su benevolencia se derrame sobre el viejo degenerado que encontró en la calle. Incluso está tan feliz como para escuchar, aunque está poniéndose burlón, y está allí sentado sintiéndose benignamente superior. Y yo estoy sentado aquí, sintiéndome benignamente superior. Un arreglo justo y todos contentos. Bueno, entonces las mañanas lo hacen sentir así. Especialmente

si despierta de una noche en las Torres, con el almizcle de Lady Ni en su carne todavía tibia.

Se sonroja, mi muchacho; es usted un polluelo recién nacido. ¿Qué como lo sé? Muchacho, se sorprendería de mis conocimientos; rara vez me sorprendo y he trabajado mucho tiempo para catalogarlos. Por otra parte, la intuición es buena sustituta de la omnipotencia. Y todavía no estoy ciego. Tiene usted el aspecto inconfundible del cachorro que ha descubierto que lo tiene para algo más que para hacer pis. Una revelación increíble, por lo que yo recuerdo. La asombrosa significación del asunto se gastará un poco con los años, aunque no del todo, supongo; hasta que usted decline al borde del Frío Fundamental, cuando deje de lamentarse por la identidad del calor o cuando deje de pedir que pague el derecho de peaje con la moneda del placer. Cualquier mano mortal, mientras corra un hilillo de sangre, es suficiente para marcar la diferencia.

El calor es lo único decisivo entre usted y el polvo del cementerio. Pero la mañana no es para los cementerios; funciona de otra manera. ¿Sabía usted que ellos solían aprovecharla para hacer bebés? está comprobado aunque pocos lo saben ahora. Es una bestia versátil. Oh, Vamos —muchacho, cachorro, joven pajero— deje de sorprenderse, condenado. Antes de que usted naciera, la gente comía, dormía y follaba, algunos por lo menos, y algunos pocos hasta encontrarán el valor de seguir haciéndolo después de que usted muera. No tiene por qué mantenerlo oculto; el asunto ya ha circulado por esta región una o dos veces. Usted no ha sido el primero en aprender la manera de obligar a la bestia a que haga su juego, aunque yo sé que usted no lo cree. Yo no lo creo en lo que a mí se refiere, y he tenido mucho tiempo para aprender.

Usted me hace pensar, allí sentado, inocente como un huevo y dos veces más vulnerable; sí, sin duda alguna está a punto de hacerme pensar y pienso que tendré que pensar en cosas que siempre lamento haber pensado, sólo para evitar ponerme sensiblero. Mierda, muchacho, si me hace pensar. La vida es extraña... con lo inocente que es usted, probablemente ya habrá tenido este pensamiento una docena de veces, probablemente lo tuvo esta mañana cuando se arrojó de su fragante cama para encontrarse con el disco del sol; bien, yo tengo cuatro veces su edad y una resma más de experiencia y todavía no puedo pensar en nada mejor que en definir el mundo así: la vida es extraña. Ya ha sido dicho, sí. Pero piense, muchacho, cuán extraña: los dos hablando, usted viene, yo me voy, yo sé adonde tiene que ir, usted sospecha dónde estuve yo, y para ambos el mismo destino. Oh, extraña, muy extraña. Mierda, si usted no puede ver la extrañeza de todo esto, si no puede olfatear la poesía, entonces ya es un fiambre; apesta a eso, como a sangre. Y yo he sentido el olor de la sangre, muchacho. Tiene un olor característico; uno lo sabe cuando la huele. Usted está destinado para la sangre; para la sangre y la pasión y las hazañas heroicas y todo el resto del asunto, y quizá para algo de comprensión, si es afortunado y tiene ojos para ver. Yo, literalmente estoy destinado para nada. He venido para descansar aquí en Kos, y mientras la Dama Roja hila su trama de colores en el cielo, me siento y tejo mi propia trama de palabras y sueños y otra tela de araña...

¿Qué? Sí, hablo demasiado; a los viejos les gusta la cháchara y la filosofía es un almohadón para los huesos viejos. Pero ahora es mi profesión, ¿no es verdad? y le he prometido un cuento. ¿Qué pasó con mi pierna? Esa es una historia sangrienta, pero ya le dije que usted está destinado para la sangre;

conozco la marca. Entonces se la contaré; tal vez le ayude a entender cuando llegue al lugar estrecho, tal vez incluso le ayude a pensar, aunque es una horrible carga para transferir a cualquier hombre. Es costumbre que antes de empezar legalice ante notario público mi programa, para evitar que al final usted huya sin pagar. Gracias, joven señor. Cuídese de algunos de esos mendigos, muchacho; en el Central tienen una cuenta a plazo fijo más abultada que la que cualquiera de nosotros hubiera podido lograr en toda su vida. Ellos sacan buen provecho de la pobreza. Yo soy un pobre honesto, lo cual es una gran lástima; existo sobre todo por los subsidios, si a esto le llama existir… Sí, ya sé. La pierna.

Para eso tendremos que volver al Realineamiento más de medio siglo atrás, y medio sector más allá en el Mundo. Esto ocurrió antes que el Mundo formara parte del Commonwealth. En realidad, el Realineamiento era eso, la vieja Alianza derrotada por los Inquisidores, que luego optaron por amalgamarse y forzar al Mundo a integrar el Commonwealth. Allí es donde y cuando comienza la historia.

Comience con una espera.

Muchas cosas comienzan así, esperando. Y cuando la cosa que usted está esperando está probablemente muerta, y usted yace allí amando la vida y descubriendo de pronto qué bonito es todo y escuchando los recios cascos de la oscuridad que se aproximan, sintiendo que las botas de virola de hierro arrancan chispas despiadadas de la superficie de su cerebro, sabiendo que la muerte está a punto de desplomarse del cielo y que no hay manera de retroceder para evitarla, entonces, la espera puede llevar tiempo. Los minutos se transforman en horas, las horas se transforman en impensables horrores. Agregue la cantidad necesaria de horrores, saque el total de escamosos hocicos y obtenga el día y medio que yo pasé una vez tumbado en el valle de una montaña, en los Blackfriars del Mundo, en realidad casi el último día de todos.

Esto ocurrió pocas horas después de D'Kotta. Todo era un desastre, nadie sabia en realidad qué estaba ocurriendo, todas las líneas de comunicación cortadas. Entonces yo era nada más que un chaval, trabajando en el campo con los Inquisidores, un criminal perseguido. Nadie sabía cuál sería el próximo paso de la Alianza, nosotros no sabíamos cuál sería nuestro próximo paso, los grupos se trasladaban salvajemente de un lugar a otro, a la ventura y sediciosamente, sembrando pánico en todo el planeta, incluso en los Entornos Controlados.

Y D'Kotta-en-los-Blackfriars era indescriptible,—una ringlera de setenta millas de locura humeante, rematada por paraguas de humo hirviente que enviaban cenizas desde la tierra hacia la estratosfera y hacia atrás. A la noche latía con la espuma licuada, repugnante como una ampolla abierta, iluminando la cubierta de nubes a través de todo el horizonte, visible por cientos de millas. Este horrible destello fue el que provocó pánico hasta en los zombies de los entornos, probablemente la primera emoción fuerte de sus vidas.

Sería difícil resumir los efectos de la batalla. Pensamos que teníamos ventaja, que la Alianza estaba próxima a desintegrarse, pero nadie estaba seguro. Si ellos no hubieran estado tan próximos a replegarse como pensábamos nosotros, entonces probablemente hubiéramos acabado. Los Inquisidores habían agotado la mayoría de sus innumerables recursos en

D'Kotta y nosotros ya no podíamos golpear a la Alianza con más violencia. Si ellos podían encogerse de hombros y soportar el cimbronazo, entonces podían liquidarnos.

Personalmente, no veo de qué manera era posible encogerse de hombros ante eso. Yo lo había observado en su totalidad y me había sacudido considerablemente. Hay un antiguo proverbio que dice: "Consagra a Dios el temor a El". Eso es lo que D'Kotta había hecho por mí. Ya no había más Dios, pero yo había visto que el cielo vomitaba fuego y que la tierra se abría por la violencia, y eso era un sustituto más que impresionante. Muy poca gente se ha dado cuenta de qué próximos han estado la Alianza y los Inquisidores a destruir al mundo entre ellos, allí, en D'Kotta.

Esa noche nos refugiamos —el equipo y yo— en los terraplenes más altos de los Blackfriars, fuera del alcance, afortunadamente, de lo que pudiera caer sobre nosotros. Unas veinte millas de colinas bajas y nudosas se extendían entre nosotros y la ondulada pradera donde minutos antes había estado la ciudad de D'Kotta, pero bajo nuestros vientres la tierra palpitaba temblorosa como un animal enfermo y la piedra estaba caliente al tacto febril.

Podíamos haber avanzado más, debíamos haber avanzado más, pero teníamos que observar. Lo habíamos decidido sin que nadie dijera una sola palabra, sin ninguna pregunta. Era imposible no observar. No se nos ocurrió ningún otro curso de acción menos peligroso. Cuando la realidad se da vuelta de adentro para afuera como un calcetín sucio, uno observa, o uno es menos que humano. Por lo tanto, observamos todo desde el principio al fin: dos horas que se convirtieron en un solo segundo eónico. Como una estática fotografía del tiempo retorcida en un grito, un grito repetido hasta el infinito y a través de la eternidad.

No hablábamos. No podíamos hablar. Las moléculas del aire mismo emitían poderosos chillidos, y el sordo rugido de las explosiones era un continuo redoble; pero tampoco hubiéramos hablado aunque hubiéramos podido. Uno no habla en presencia de un Dios colérico. A veces nos lanzábamos miradas. Nuestros rostros eran casi idénticos: cenicientos, cerúleos, ojos de vidrio, sin expresión, perdidos como troncos flotantes que han encallado por la marea. Habíamos atravesado toda la gama de expresiones hasta llegar al extremus-rictus; rostros tan convulsionados y tensos que provocaban dolor, y más allá de la inmovilidad del shock: músculos demasiado flojos y fláccidos para seguir respondiendo. Nos mirábamos los unos a los otros durante un segundo, dificultosamente, casi sin darnos cuenta de lo que estábamos viendo, y luego nuestros ojos volvían a posarse sobre el Fuego como atraídos por un imán.

En un comienzo nos aferrábamos los unos a los otros, pero a medida que la batalla progresaba nos separamos lentamente, hundiéndonos en agonías individuales; el suceso era tan desmesurado que el calor humano no significaba nada, tan terrorífico que anuló el instinto gregario en busca de protección; la presencia de los otros sólo intensificaba la convicción de que uno estaba esencialmente desnudo. Poco antes habíamos erigido un escudo protector para filtrar lo peor de las radiaciones —el rayo gamma y los intensos infrarrojos y ultravioletas— y mitigar el impacto del calor y del ruido. Pensábamos que teníamos una posibilidad de sobrevivir, pero, de todos modos, no hubiéramos podido huir. Estábamos atrapados por la

belleza del horror, el horror de la belleza, como si un perno hubiera atravesado nuestras espaldas fijándonos a la roca.

Y a lo lejos, por sobre las colinas, Dios danzaba colérico y sus pies convertían a la tierra en cenizas.

¿Cómo era todo eso?

Kos todavía tiene océanos y tormentas. ¿Alguna vez vio el mar azotado por fuertes vientos? El agua hierve a borbotones, la tormenta la convierte en una espuma blanca y finalmente en un océano de encajes desgarrados; remolinos de leche; no sobrevive ni una mota de azul: ese era el aspecto de la tierra en D'Kotta. Las colinas se movían. Los Inquisidores tenían un proyector intermitente y bajo su golpe la tierra se movía como una pasta blanduzca bajo la cuchara de un pastelero; se movía, temblaba, gruñía, crujía, se agrietaba: algunos acres se transformaban en montañas, otros se derrumbaban en los cañones.

Imagine a un gigante dormido bajo la superficie de la tierra, cubierto por los campos, soñando sueños de cristal y roca. Imagínelo en movimiento continuo, el ritmo de sus sueños alterado por pesadillas, retorciéndose, gimiendo con temblores que recorren como olas, de arriba a abajo, su estructura de millas y millas. Imagínelo catapultado en el terror de la vigilia, cayendo súbitamente sobre las rodillas con el estrépito de diez millares de pantorrillas ardientes: una garra de piedra y tierra negra lanzando sus vapores al cielo. Ahora, rápido como un guiño, imagine la tierra adyacente precipitándose, hundiéndose como una piedra en un pantano, imagine una caverna de trescientos metros de ancho, tragando todo y reduciéndolo a polvo. Luego, con otro guiño, imagine la montaña y el cráter que cambian de lugar, la montaña derrumbándose en una única caída y lavando los pies de los viejos Blackfriars con una marejada de tierra, luego desplomándose en un pozo; al mismo tiempo, la tierra que se hundía en el fondo del otro cráter estalla y se eleva en un tembloroso puño de cascotes. Y nuevamente se mueven, y siguen moviéndose. Como mirar la misma película proyectada de adelante para atrás y de atrás para adelante. Ahora multiplique esto por un millón y despliéguelo de modo que el horizonte no sea más que una olla de rocas gibosas. ¿Lo visualizó? Ni la décima parte.

Majestuosas lenguas de fuego danzaban en el caos, fundiéndose en sus propios vértices. De tanto en tanto, una explosión nuclear táctica perforaba la noche, un brillo breve e intenso tragado por la oscuridad como una vela en una tormenta de nieve. En una ocasión una detonación táctica coincidió con un vómito de peñascos, con un efecto similar al de un pequeño petardo que explota en el interior de una bolsa de granos en equilibrio.

La ciudad misma había desaparecido, ya no podíamos ver huellas de la obra del hombre, sólo el huracán de piedra. El río Delva también había desaparecido, evaporado por el calor, durante un tiempo pudimos ver su lecho seco salpicado a tramos por la planicie, pero finalmente el terreno lo cubrió, borrándolo de la memoria.

Era increíble que allí abajo hubiera restos de vida. Eran muy pocos. Sólo algunos testimonios de las brigadas de armamento pesado, a uno y otro lado, invisibles para nosotros en la confusión. Todavía protegidos por poderosos escudos protectores y cortinas electrónicas luchaban entre sí, a ciegas: la Alianza, no muy eficazmente, con armas bacteriológicas y, detonaciones nucleares, los Inquisidores respondiendo con la instalación del proyector intermitente. Había uno solo, en el módulo de comando... los

técnicos de la Inquisición rogaban para que no fuera destruido por un golpe fortuito; en realidad, no era un "arma" en absoluto, sino un dispositivo terramorfo, pero la Alianza carecía totalmente de preparación y estaba padeciendo horribles consecuencias.

Todo comenzó a agitarse. En la pradera el resplandor se confundía con la oscuridad y los rectángulos de luz y de sombra alternaban entre sí violenta y desordenadamente: esa banda fílmica atravesaba un proyector espástico. Al principio pensamos que se trataría de remolinos de calor provocados por el fuego, pero la agitación aumentaba drásticamente en frecuencia y tiempo, a tal velocidad que resultaba imposible mantener algo enfocado aunque fuera un solo segundo, convirtiendo a la ancha planicie en un enloquecido caleidoscopio de figuras de color y formas retorcidas e intercambiables que se extendían desde un extremo al otro del horizonte. Era una visión que lastimaba los ojos y nos llenaba de un pánico viscoso imposible de verbalizar. Apartamos la mirada, invadidos por mustias oleadas de un terror difuso.

Por entonces no sabíamos que estábamos presenciando la primera aplicación práctica de un procedimiento que había sido abolido mucho antes, tanto por la Alianza como por el Commonwealth, un procedimiento basado en la "energía" dimensional de la nave espacial (que no es "energía" en absoluto, pero la palabra se ha incorporado al lenguaje común) que permite que un proyector intermitente de alto ciclaje produzca un desfase de tiempo dentro de un área determinada, de manera que un spot aquí estaría un par de minutos adelantado o atrasado respecto de un spot lanzado a corta distancia, en una secuencia continua. Esta explicación haría estremecer a un psicofísico, ya que el "tiempo" en realidad no es más que el modo en que lo "experimentamos", por lo tanto el procedimiento "realmente" no provoca lo que dije que provoca —en cambio produce algo abstruso— pero está bastante próximo a lo que produce en un nivel práctico, porque, aunque la distorsión del tiempo sea un "efecto falso" —como la salida y el ocaso del sol— ellos todavía emplean ese recurso para matar gente. Entonces el proyector produjo el desfase y continuó haciéndolo, pasando al azar de un circuito al otro: por lo tanto era imposible encontrar superficie alguna de tierra en la cual pudieran intercambiarse cuatro o cinco desfases en la secuencia temporal. Es decir, aquí podría estar un minuto adelantado respecto de la base "ahora", y un segundo más tarde (el lenguaje fracasa irremediablemente bajo esta abstracción; usted necesita de las matemáticas) aquí estaría dos minutos por detrás del ahora, luego cinco, luego tres adelantados y así sucesivamente. Y todas las zonas adyacentes a esa superficie de tierra soportan el mismo procedimiento de dislocación al mismo tiempo (¡lenguaje condenado!). La maquinaria de la Alianza se desintegró. Lo mismo ocurrió con la gente: algunos murieron sofocados por una discrepancia de cinco minutos entre una inhalación y el oxígeno recibido por los pulmones, algunos se ahogaron en su propia sangre.

Ocurrió en unos diez minutos, al menos en lo que se refería a nosotros como observadores no afectados. En una oportunidad, un psicofísico me dijo que "eso" siguió "ocurriendo" siempre y que jamás "había ocurrido" y que ninguna afirmación anulaba la validez de la otra, que cada afirmación era al mismo tiempo consecutivamente "aplicable" y "no aplicable" a la misma situación... y yo no entendí. Ocurrió en diez minutos.

Al cabo de ese lapso, el mundo se tranquilizó.

Alzamos la mirada. La tierra había dejado de sacudirse. Una estrella diminuta, pequeña como la cabeza de un alfiler, apareció entre los cascotes; era increíblemente clara y brillante. Parecía absorber la noche como un vórtice, atravesar las esencias universales para resurgir en una realidad más intensa, como si estuviera reteniendo el aire para exhalar un grito.

Enterramos la cabeza entre los brazos, instintivamente.

Había una luz muy brillante, una luz que podíamos sentir a través de la cabeza, una luz que nos dejaba imágenes enceguecedoras, aun a través de párpados cerrados. Bajo nuestros cuerpos la montaña brincaba, nos arrojaba al aire una y otra vez, y nos sacudía hasta el desvanecimiento. No pudimos ni siquiera oír su rugido.

Al rato, las cosas se aquietaron nuevamente, excepto por un rumor sordo y continuo. Alzamos la vista; las espesas lenguas de magma derretido manaban de la tierra e inundaban la planicie, salpicada por espectaculares surtidores que vomitaban chispas.

Nuestro escudo protector recibió el golpe de la descarga, lo devolvió en el instante necesario para salvar nuestras vidas y entonces, sobrecargado, se desintegró ardiendo; una de las primeras veces que pasaba eso.

Nadie dijo nada. No nos miramos. Simplemente permanecimos allí. El crono dijo que había transcurrido una hora, pero nadie se dio cuenta. Finalmente, dos de nosotros se pusieron de pie, en silencio, y empezaron a pasearse de un lado al otro, tropezando entre sí. Los demás, uno por uno, se levantaron arrastrando los pies. Todavía en silencio, todavía tratando de no mirarnos, nos limpiamos automáticamente. Cuando usted oye decir a alguien "me hizo cagar en los pantalones" usted piensa que es una expresión; no lo es bajo el estímulo adecuado. Automáticamente nos curamos las magulladuras y heridas, automáticamente pusimos el campamento en orden y enterramos el generador del escudo protector destruido. Automáticamente nos sentamos otra vez y contemplamos atontados el caleidoscopio que se extendía sobre la sabana.

Cada uno de nosotros sabía que la guerra había terminado; lo sabíamos más con las entrañas que con la cabeza. Era una reacción emocional, pero muy calma, muy resignada, muy pasiva. Era un asunto demasiado grande como para cuestionarlo; se convirtió en un hecho evidente por sí mismo. Después de D'Kotta ya no habría nada más. Punto. La guerra había terminado.

Estábamos casi en lo cierto. Pero no del todo.

Al cabo de una hora más o menos, apareció sobre el saliente de la montaña un enviado de los cuarteles generales, quien aterrizó en el campamento en una nave robada. El hombre detuvo el aparato, bajó de un salto, dio dos pasos hacia el parapeto que daba al infierno, se detuvo. Los músculos del estómago saltaron, contraídos. Retrocedió medio paso con dificultad, se detuvo nuevamente. La mano subió para proteger la garganta, cayó, vaciló, subió una vez más. No dijimos una palabra. Los cuarteles generales que dirigían la campaña de D'Kotta habían sido prudentemente ubicados detrás de los Blackfriars: contaban con la protección de la cadena de montañas y sólo habían visto un brillo deslumbrante contra la cubierta de nubes. Era la primera vez que él veía la ciudad, el lugar en donde se había alzado la ciudad. Observé el juego de los músculos de su espalda; vi que los hombros se encorvaban como bajo la fuerza de un puño. Una buena cantidad de los hombres de la Inquisición involucrados en el operativo

D'Kotta se suicidaron inmediatamente después del Realineamiento; una buena cantidad no lo hizo. No sé a qué categoría perteneció este hombre.

El enviado finalmente volvió la cabeza y comenzó a arrastrarse. Los movimientos eran bruscos, el rostro tenía un color extraño, pero estaba bajo control. Empujó a un lado a Heynith, el jefe de nuestro equipo. Hablaron durante media hora. El contacto le mostró a Heynith un mapa, garabateó sobre un anotador, le dio unos papeles. De tanto en tanto, Heynith asentía con la cabeza. El contacto dijo adiós, emprendió una media carrera hacia la nave espacial. El vehículo se alzó con una sacudida errática, se estabilizó y desapareció trazando un largo arco detrás de los rugosos Blackfriars. Heynith estaba en medio de la suciedad arrojada por el agua de rechazo y observaba imperturbable.

Volvió la quietud, esta vez con algo de aprehensión.

Heynith volvió, nos estudió un momento y nos dijo que nos preparáramos para abandonar el lugar. Le clavamos la mirada. Repitió lo mismo con una voz tranquila, firme; insoportablemente paciente. Un segundo de silencio, luego alguien gimió, otro maldijo y el hechizo de D'Kotta se rompió parcialmente. Nos despertamos lo suficiente como para preparar nuestro equipo; hasta hablamos algo, aunque no mucho.

Heynith se puso a la cabeza y nos guió hacia fuera en una descuidada formación de viaje, primero en diagonal a través de la ladera y luego hacia arriba. Llegamos al desfiladero que habíamos encontrado antes y comenzamos a descender por el otro lado.

Todos querían volver la mirada a D'Kotta. Nadie lo hizo.

De todas maneras, aún era noche cerrada.

Nunca hablábamos demasiado durante la marcha, pero esa noche el silencio era fantasmal; usted podía oír el crujido de las botas sobre la piedra, el sonido áspero y ligero de la respiración, el ruido sordo de los cuchillos que de tanto en tanto chocaban con los muslos; podía oír nuestro miedo, podía olerlo, podía verlo.

Nosotros podíamos tocarlo, podíamos gustarlo.

Yo era miembro de algo tan viejo que ellos hasta tuvieron que desenterrar un nombre cuando empezaron a excavar entre los cascotes de la historia antigua en busca de conceptos para ser usados contra la Alianza: "un equipo comando". No me pregunte qué significa, pero así se llama. Mire, yo sé qué significa en términos de carne: significa repugnante. Largos y repugnantes días y noches que regresan durante el sueño aún más repugnantes, de manera que usted no quiere pensar en eso para nada porque le perfora el globo de los ojos como un torno. Frío y oscuro y húmedo, como una muerte repentina que surge de la nada en cualquier momento y que lo enfrenta brutalmente con la nada como un globo de agua helada que revienta sobre su cara. Viviendo constantemente alterado, de modo que todo adquiere tal realidad que parece falso. Usted vive en una anticipación que es dolor, como intentar ponerse a horcajadas sobre un cerco con la hoja de un cuchillo como peldaño final de la escalera, esperando que alguien salga de la oscuridad y lo empuje. Lo tiene y le gusta. El dolor es tan consistente que se olvida de que está allí, se olvida de que hubo una época en que no lo tenía y usted vive de la adrenalina.

A nosotros nos gustaba. Estábamos entregados, odiábamos. Nos daba la ocasión de hacer algo con nuestro odio, algo tangible que pudiéramos ver. Y nadie lo hizo durante cientos de años con excepción de nosotros; nos

sentíamos exultantes. Los Eruditos y Anticuarios que habían dado origen al movimiento de la Inquisición —en la plenitud de sus facultades y relativamente poco vigilados de manera que podían recomponer con más eficacia la confusión de la historia a través de generaciones de archivos heredados— habían sido inteligentes. Ellos sabían que la única esperanza de engañar a la Alianza era golpearla con conceptos y tácticas radicales, para las que no habían sido instruidos. Entonces excavaron en los conceptos de la prehistoria, tan atrás como lo permitían los archivos, encontrando incluso testimonios escritos y teniendo que aplicar su imaginación para darles utilidad práctica.

A través de uno de ellos llegaron a la idea de guerrilla. No, yo tampoco sé lo que significa, pero lo que significa es jugar según sus propias reglas en lugar de las del enemigo. Oh, usted deje que el enemigo siga jugando según las reglas de él, mire, pero usted juegue con las suyas. Le da un margen más amplio de movimientos. Usted hace cosas. Quiero decir, cosas ridículas, pero tan antiguas que ellos no tienen modo de defenderse de ellas porque jamás pensaron que tendrían que defenderse de eso. En muchos casos ni siquiera sabían que eso existía.

Es decir, nosotros solíamos dar vueltas con esos proyectiles que ellos habían copiado de planos viejos y que habían producido masivamente en las autofábricas en forma secreta, robando a la computadora del tiempo. Esas cosas funcionaban por una reacción química en el interior del mecanismo que podía arrojar los diminutos misiles a gran velocidad. El misil podía golpearlo de tal modo que hasta podía quedar alojado en su cuerpo, perforar órganos internos, matarlo. Ya sé que parece un concepto absurdo, pero tenía ventajas.

No olvide que la Alianza era una sociedad estrictamente controlada; a su modo, incluso peor que el Commonwealth. No era simplemente robar armas nucleares o bacteriológicas y usarlas, porque la Alianza operaba con un sistema de radiodifusión y en cuanto se comunicaba una pérdida interceptaba inmediatamente la emisión para ese código particular. Tampoco podíamos hacerlos nosotros mismos, porque, a menos que usted usara el sistema de radiodifusión de la Alianza, necesitaría una tonelada del equipo generador por cada arma para producir la energía suficiente para operar con ellos, y nosotros no teníamos la tecnología necesaria para miniaturizar tanta maquinaria. (más adelante algún genio concibió una forma, digamos, un arma bacteriológica que funcionaba con todo, excepto con la fuente de energía y luego interrumpió e interceptó las líneas del sistema de radiodifusión de la Alianza sin que apareciera en el tablero de señales, pero de todos modos eso ocurrió hacia el final y la mayor parte fue destruida por el ataque de las tropas en D'Kotta.)

Al menos las "armas de fuego" funcionaban. Incluso había ventajas insospechadas. Descubrimos que los escudos protectores, redes magnéticas y cortinas electrónicas, protectores personales, las defensas usuales, no podían detener las "balas" (los pequeños misiles arrojados por las "armas de fuego"); eran demasiado sofisticados como para detener algo tan rudimentario como una masa de metal que se mueve a una velocidad casi insignificante. Lo mismo ocurría con "bombas" y "granadas", dispositivos diseñados para que se produjera una reacción química lo suficientemente violenta como para matar en lugares cerrados. Y la lista seguía y seguía. La Alianza pensaba que nosotros no podíamos desplazarnos porque todos los

vehículos estaban codificados y trabajaban con el sistema de radiodifusión. ¿Alguna vez oyó hablar de "bicicletas"? Son aparatos que transforman la energía mecánica en movimiento y funcionan sobre ruedas que usted hace girar con esfuerzo fisico. Y las bicicletas no tenían suficiente metal/volumen para gatillar zonas custodiadas o para aparecer en las sondas barredoras de manera que podíamos ir sin ser detectados a lugares a los que ellos pensaban que nadie podía llegar. ¿Para comunicarnos? Nos enviábamos mensajes que se reflejaban en espejos, usábamos señales de humo como códigos, teníamos gente que de verdad llevaba mensajes de un lugar a otro.

Algo más importante, personalizamos la guerra. Ese fue el punto esencial, ese fue el punto que nos hizo pasar de chavales que correteaban por allí y se divertían rompiendo cosas a hombres de rostros amargos. Ese fue el punto que desmoralizó a la Alianza más que cualquier otra cosa. Es por eso que todavía hoy la gente habla del Realineamiento con horror, aún después de todos esos años, especialmente en el Commonwealth.

Matamos gente. Lo hicimos con nuestras manos. Subimos y los matamos a puñaladas. Antes mencioné un cuchillo, muchacho, y supe que usted no sabía de qué se trataba; simula bien por ser un cachorro; ese es el camino para obtener reputación de sabio: parecer sabio y mantener la boca cerrada sobre lo que ignora. Bien, un cuchillo es una pieza de metal cortante, con un mango, afilado en los bordes y muy filoso en la punta, tan filoso que cuando usted lo empuña contra alguien el metal se introduce en la carne, la corta, la desgarra, mata, y lo que siente en sus manos, húmedo y viscoso, es sangre, que es muy difícil de quitar con agua porque se seca y se adhiere al vello de sus antebrazos. Aprendimos a golpear gente hasta matarla, hasta hacer crujir los huesos bajo la piel como astillas resecas en una tela aceitada. Lo hicimos. Los estrangulamos con alambres. Está impresionado. Así estaba la Alianza. Se habían desarrollado acostumbrados a matar a gran distancia, oprimir un botón, accionar un interruptor, usar fuerzas vastas e impersonales para llevar a cabo la aniquilación. Nosotros matábamos gente. Matábamos gente, no estadísticas o abstracciones. Oíamos sus gritos, veíamos sus rostros, olíamos su sangre, y su vómito y sus heces y su orina cuando sus sistemas se descargaban después de la muerte. Usted tiene que estar loco para hacer cosas como éstas. Nosotros estábamos locos. Éramos un buen equipo .

En nuestro grupo éramos doce, aunque por lo general trabajábamos en grupos de cuatro. Yo estaba en el equipo de los jefes y esa había sido mi familia por más de dos años:

Heynith, sólido, calvo, piel correosa; un hombre fuerte, justo; brillante organizador.

Ren, impasible, retraído, taciturno, temiblemente competente, de un humor singular.

Goth, joven, infatigable, obstinado, proclive a repentinos entusiasmos y depresiones; hacía unos cuatro meses que estaba con nosotros, en reemplazo de Mason, muerto al tratar de huir de una incursión a Cabo Itica.

Y yo.

Todos éramos hombres deformes, emocionalmente maltrechos. Estábamos todos locos.

La Alianza jamás pudo entender esa clase de locura, a pesar de los millones de personas que habían matado o anulado impersonalmente a

través de los años. Tenían miedo a esa locura, los desconcertaba, jamás pudieron tenerla en cuenta. En realidad no podían creer en ella.

De esa manera habíamos tomado el Transmisor de Blackfriars, horas antes de D'Kotta. Había sido inexpugnable: envuelto en innumerables capas de campos que lo defendían del ataque de misiles, del ataque de agentes químicos o biológicos, de energía transmitida, de casi todo. Entramos. Jamás imaginaron que alguien pudiera hacerlo, ni siquiera que fuera posible atacar de esa manera, por lo tanto, no había modo de defenderse. Los sistemas de vigilancia, habían sido diseñados para enfrentar amenazas más esotéricas. Y aún después de diez años de lenta escalada de la guerrilla, todavía no podían creer realmente que alguien pudiera usar su cuerpo para hacer la guerra. Entonces entramos. Y matamos a todos los que estaban allí. El equipo estaba formado por diez clones técnicos inteligentes y un jefe ejecutivo. Ni nulos ni zombies. Los diez técnicos idénticos se retorcían de pánico, el jefe nos miraba con descreimiento y con lo que yo pienso que era disgusto por habernos salido del encuadre del procedimiento. Los matamos como usted mata insectos, sin pensar mucho en el asunto, excepto por esa parte suya que siempre piensa en el asunto, que lo graba y lo reproduce mientras usted duerme. Entonces hicimos volar el transmisor con explosivos químicos. Luego, como las llamas brincaban y mordían la noche, subimos a las bicicletas y disparamos como demonios hacia los Blackfriars; las montañas nos mostraban y ocultaban sus gibas negras y desparejas, recortadas contra el resplandor industrial del cielo. Caímos en poder de una red magnética por un segundo, pero enseguida nos fuimos.

Eso es todo lo que personalmente tuve que hacer en la "histórica" Batalla de D'Kotta. Fue suficiente. Preparamos el camino para el encuentro decisivo. Sin el Transmisor de energía, las armas y los sistemas de transporte —incluyendo ascensores gravitatorios, deslizantes, puertas iridiscentes y ventanas, calefacción, iluminación, incineradores— eran inoperables. D'Kotta estaba inmovilizada. Sin la matriz de radiodifusión, miles de edificios, complejos industriales, caminos, viviendas, habían sucumbido en el caos, literalmente sucumbido. Más importante, sin el alimento de la radiodifusión, los cuatro principales Cerebros de D'Kotta —los que manejaban increíbles y complejos asuntos militar-industrial-administrativos— habían quedado fuera de combate, junto con otros cerebros menores: las sinapsis necesitaban alimento constante para funcionar, lo mismo que los ganglios, junto con el pasaje constante de la corriente cibernética que evitaba que se enloquecieran por pérdida sensorial, y hasta los nulos solían volverse intratables cuando el hambre los azotaba hasta sumirlos en la semi-inconsciencia, para finalmente morir pocos días después... Cualquiera de los clones de rango inferior —todos aquellos que carecían de estómago o de aparato digestivo, la mayoría en castas militares e industriales— podían encontrarse en la misma posición que los nulos: sin el alimento de la radiodifusión morían al cabo de días. Y sin sondas en acción para duplicar la función de intestinos atrofiados, la acumulación de desperdicios humanos, los envenenaba de todos modos, aunque pudieran conseguir algo de alimento. Los alimentadores independientes que abastecían al porcentaje menor de muy-inteligentes y al más elevado de clones tampoco podían aumentar su producción de alimentos en cantidad suficiente para proveer a toda esa gente, aunque se los convirtiera al sistema intravenoso. Y mejor no hablar de los zombies de los Entornos, esparcidos

por toda la ciudad. Existían equipos compensadores, por supuesto, pero no se habían usado durante siglos; la mayoría de ellos estaban dañados y no funcionaban y otros equipos de Inquisidores se habían asegurado de que el resto tampoco pudiera funcionar.

Antes de que se abriera el fuego, D'Kotta ya era un desastre máximo.

La Alianza reaccionó como habíamos deseado, ya que habían sido adicionalmente impulsados a reaccionar por los irreprochables informes de inteligencia, según los cuales las fuerzas de la Inquisición estaban rodeando a D'Kotta para filtrarse en la Alianza. Al cabo de unas horas la Alianza estaba enviando fuerzas a D'Kotta, casi la totalidad de la casta tradicional de los militares, y un gran porcentaje de la milicia que habían reclutado entre los clones industriales cuando los Inquisidores comenzaron a convertirse en un serio problema, más una cantidad importante de armamento pesado. Esperaban sorprender a los Inquisidores, atraparlos entre la ciudad y la zona inaccesible de los Blackfriars, rodear el área con tantas tropas que les fuera imposible escabullirse, obligarlos a descender, aniquilarlos, destruir la retaguardia del movimiento.

Había funcionado exactamente de la manera contraria.

Durante años los Inquisidores habían atacado y huido, retrocediendo cada vez que la Alianza avanzaba, evitando encuentros en batallas convencionales, sin asestar verdaderos golpes. Entonces, cuando la Alianza hubo arriesgado prácticamente todas sus reservas militares en un único y gigantesco intento de contrarrestar con eficacia el comportamiento usual de los Inquisidores, nosotros cambiamos súbitamente de táctica. Los Inquisidores esperaron a la Alianza para salirle al encuentro y atacaron las fuerzas con todo aquello que habían sido capaces de rescatar, robar, atesorar y comprar clandestinamente a simpatizantes que integraban el Commonwealth durante quince años de conspiraciones y campañas que apuntaban a este momento. Al cabo de una hora del primer intervalo de detonaciones tácticas, la ciudad dejó de existir, todo se niveló, excepto dos de los Cerebros y el Centro Regenerativo Escridel. Luego los Inquisidores activaron sus equipos terramorfos, que, en realidad, creo que compraron en una firma de aquí de Kos. Era una locura total —los sistemas terramorfos usados indiscriminadamente pueden destruir planetas enteros— pero era la locura de la desesperación y lo hicieron de todos modos. En media hora los restantes batallones de la Artillería Pesada de la Alianza y los dos Cerebros dejaron de existir. Poco después, el supuestamente invulnerable Centro Regenerativo Escridel dejó de existir; era la primera vez en la historia en la que se destruía uno. Entonces, como las energías cíclicas se descontrolaron y el filtro realimentador llegó al clímax, toda la planicie dejó de existir.

Había sido una masacre inconcebible.

Tome la población de D'Kotta como base, la segunda ciudad del Mundo, una de las más grandes en este sector del Commonwealth. Tenía subflotas que traían la cosecha de betia y otras provisiones Delva arriba; en esa época del año el tráfico en el río era muy intenso. Las minas y fábricas estaban en plena actividad, lo mismo que la red de Astilleros y Obras de Ingeniería. Agregue el enjambre de habitantes de los seis mayores Entornos Controlados que rodeaban la ciudad. Agregue la ciudad-en-la-ciudad de admin. South, a cargo de ese hemisferio. Agregue las veinte generaciones de muy inteligentes de D'Kotta cuyos automodelos dispersos habían sido preservados en la montaña del "indestructible" circuito micromolecular llamado Centro

Regenerativo. (Aquellos ejecutivos habían muerto la verdadera muerte irreversible, esta vez sin esperanza de resurrección, incluso como intelectos incorpóreos alojados en cerebros artificiales: los testimonios del único modelo de cerebro de ritmos y equilibrio eléctrico-químico-psicocibernético habían sido destruidos y usted no puede reconstruir la conciencia a partir de un lodazal de escoria.)

Agregue la totalidad de ambas fuerzas enemigas; todos nuestros hombres —que sospechaban lo que ocurriría— se habían suicidado como voluntarios. Agregue todos los elementos juntos.

El total llega a múltiplos de miles de millones.

El número era demasiado grande como para aprehenderlo. Muchos cerebros lo intentaron inútilmente mientras marchábamos y se rindieron. Era demasiado grande.

Mientras caminábamos yo miraba la espalda de Ren, una casi invisible silueta de maniquí y trataba de multiplicarla por la cifra necesaria. Seguí adelante a ciegas, tambaleándome, perdido y confundido bajo miles de brazos, piernas, rostros: una hilera de rostros que se diluían en el infinito, gritando... y lo imaginado ahora próximo a la realidad.

Miles de millones.

¿Cuántos fantasmas sin descanso? ¿A quiénes acosan?

Miles de millones.

El amanecer nos sorprendió al cabo de unas dos horas. Sin aviso, como de costumbre. Avanzábamos a tientas a través del negro retinto del Mundo, en una noche sin luna, observados por millones de ojos helados, tomos de cristales de artillería brujeril, increíblemente fríos y lejanos. Yo los había observado noche tras noche, durante años, mientras garabateaban sus jeroglíficos indescifrables a través del cielo, indiferentes a la incomprensión del hombre; en ese momento, como siempre, el cielo nocturno me hizo recordar la tarjeta perforada de una computadora, blanco sobre negro. Me detuve un momento en una elevación del terreno, apartando los lentes infrarrojos, contemplando el cielo. ¿Qué programa estaba impreso allí, soles por cifras, universos por decimales? Una pregunta absurda...yo era casi tan tonto como usted, muchacho, pero fue el primer pensamiento totalmente verbalizado desde el momento en que comprendí la nulidad de la carne, de nuevo allí, en el parapeto, mientras mi vida se desgarraba. Repetí la pregunta, esperando a medias una respuesta, observando mi aliento que se convertía en volutas y jirones en contacto con las heladas estrellas de plata.

El sol irrumpió como un meteoro. Perforó el horizonte con esa inquietante, engañosa velocidad a la cual ni siquiera los nativos del Mundo logran acostumbrarse. Nos bañaba una nueva luz, azul y fría al principio, que ahondaba las sombras y afilaba sus contornos. El sol lanzaba sus amarras al cielo, devorando estrellas, un flujo acuoso y rosado que despejaba el horizonte nocturno. La luz se hizo más intensa, maduró en oro. Flotábamos en una humedad de plata que se arremolinaba en torno a las nudosas laderas de las montañas. Me descubrí llorando en silencio, mientras caminaba sobre la alta cumbre entre la niebla y el cielo, absorbiendo la mañana con un hambre nuevo, luchando con un pensamiento que era todavía demasiado grande para mi mente y que se deslizaba como un fugitivo, eludiéndome. Cuando nuestros trajes térmicos se adaptaron al calor creciente se produjo un zumbido grave, polarizando del blanco al negro, devolviendo al aire el fluido caliente. Al pie de los Blackfriars y a través del

valle que corría abajo —visibles a medida que la niebla se disipaba haciendo piruetas cumbres arriba— las plantas nocturnas morían, marchitándose en inmensas extensiones que parecían arrasadas por la guadaña. En segundos los Blackfriars se tornaron desolados y estériles, convertidos en colinas de ceniza y hueso. El sol era ahora un hinchado disco amarillo rodeado por halos de un escarlata intenso que se perfilaba en el frío azul del aire enrarecido. Despojada de vegetación, la montaña tenía el aspecto áspero y abrasivo de la piedra pómez, perforada por las sombras lunares. La primera de las plantas diurnas comenzó a aparecer a nuestros pies, una telaraña verde que se abría paso a través de los crujidos de la tierra reseca.

Nos encontramos con un nuevo curso de agua, precipitación del hielo derretido que regaba una garganta polvorienta.

Una hora después encontramos el valle.

Heynith nos guió hacia la planicie cenagosa y ondulada que se perdía en el horizonte. Describimos un amplio círculo, nos acercamos al valle con cautela partiendo de las tierras bajas. Heynith levantó la mano, nos señaló a Ren, a Goth, a mí. Los demás se desplegaron en abanico a través de la boca del valle, escondidos, dispuestos a esperar. Entramos solos. La hierba había crecido rápidamente; llegaba a la altura del pecho. Nos arrastrábamos sincronizando nuestros movimientos con los profundos suspiros de la brisa matutina, de modo que cualquier ondulación de la vegetación parecería un movimiento natural. Nos llevó casi media hora de sudor y polvo. Cuando juzgué que había reptado lo suficiente, me detuve y aparté lentamente la hierba para espiar sin necesidad de levantar la cabeza.

Era una nave grande, de ciento cincuenta metros, equipada con brazos mecánicos para autocarga.

Estaba estacionada cerca de la ladera de la colina que daba al amplio valle.

Había tres hombres.

Hundí nuevamente la cabeza en la hierba, hice un alto para asegurarme de que mi "revólver" estuviera en condiciones, luego me arrastré dificultosamente más cerca del vehículo.

Ya estaba muy cerca cuando alcé nuevamente la vista, a unos siete metros y medio de distancia en medio de un claro. Pude descifrar el holograma pictografiado de identificación que se proyectaba en uno de los costados del vehículo: el símbolo de Urheim, la ciudad más grande del mundo y Sede del Tribunal de la Alianza a medio mundo de distancia en el Hemisferio Norte. Habían recorrido un largo camino, todavía se consideraba largo a pesar de que las naves susurraban entre las estrellas... era todavía largo para pies y ojos. Y otro camino más largo: de fetos en vientres de vidrio a hombres que pataleaban y bailoteaban de frío en los repliegues de una montaña contemplando el amanecer. Tuve una sensación extraña al pensar en eso. Me preguntaba si ellos sospechaban que sería la última mañana que verían. La sensación fue aún más extraña. El pensamiento cosquilleó en mi mente, se alejó danzando. Controlé mi revólver por segunda vez, innecesariamente.

Esperé, inquieto, con el arma baja. Dos de ellos estaban sentados a buena distancia del frente del vehículo, compartiendo un narcótico en atomizador suave, sorbiendo profundamente, maniobrando con dificultad por la vigilia y el frío, mirando a través de la hierba hacia donde se extendía la planicie. Tenían los ojos hinchados, rugosos, embotados de quien acaba de pasar una

noche de incomodidades. Estaban vestidos como muy inteligentes no clones, los oficiales más jóvenes de la casta militar, probablemente cargos hereditarios de sus familias, como ocurre con la mayoría de los cadetes ejecutivos no clones. Excepto por el escuadrón de Urheim y de otras ciudades principales, ellos serían unos de los pocos sobrevivientes del clan: cientos de miles de cadetes y oficiales militares habían muerto en D'Kotta (junto con innumerables clones y semi-inteligentes de todos los rangos), y la casta nunca había sido demasiado numerosa. Los estatutos internos habían dispuesto que la Alianza mantuviera Fuerzas de Seguridad, pero en su mayoría se habían convertido en una institución tradicional con funciones mínimas, al menos entre los rangos más elevados, casi la última fortaleza de un nepotismo pasado de moda. Este era uno de los aspectos que había favorecido la insurrección de los Inquisidores y había obligado a la Alianza a dar un paso anti-popular al reclutar clones industriales. El menor de esos cadetes era muy joven, más que yo. El tercer hombre permanecía en el interior de la cabina. El rostro se le veía borrosamente a través del parabrisas alzado a pesar de que el vehículo ya no estaba en movimiento.

Esperé. Sabía que los otros estaban tomando posiciones alrededor de mí. También sabia qué era lo que Heynith estaba esperando.

El tercer hombre abandonó la cabina de un salto. Era mayor, usaba un holograma oficial: un ejecutivo total. Dijo algo a los cadetes, avanzó unos pasos hacia la parte posterior del vehículo, se puso a orinar. La columna de líquido dorado echaba vapor en el aire frío.

Heynith silbó.

Me arrojé al suelo, aparté la hierba que rodeaba el claro, levanté el arma. Los dos cadetes se sobresaltaron, los músculos del rostro tensados por un miedo incierto. El cadete mayor se adelantó un paso sin pensarlo, todavía aferrado al atomizador. Ren y Goth lo doblegaron disparándole una ráfaga de "balas". Los revólveres producían sonidos metálicos que hacían rechinar los dientes y el fuego centelleaba en los extremos del eyector. En lo alto chillaban las aves sobre las laderas de la montaña. El impacto de las balas hizo desplomar al cadete que rodó quedando boca abajo. El atomizador voló por el aire, chocó, rebotó. El cadete más joven saltó a la cabina, justo en mi línea de fuego. Apreté el gatillo; las balas explotaron. El cadete retrocedió, los brazos abiertos, se aplastó contra un costado del vehículo, se incorporó de un salto mientras yo seguía disparando, giró como un huso a lo largo de la nave y se precipitó a tierra. Durante un segundo se tambaleó sobre un hombro y luego se desplomó sobre la espalda. Con el ruido del primer disparo el ejecutivo se volvió rápidamente —el pito todavía colgando fuera del pantalón, desparramando orín— y se escabulló fuera del pantalón, de modo que la andanada de Heynith no dio en el blanco: en la pared del vehículo quedó una larga cicatriz. El ejecutivo se escabulló nuevamente, se agachó, apareció con un arma bacteriológica en la mano, se lanzó contra una bala que Heynith acababa de disparar. Se retorció en círculos veloces, el gatillo aún apretado; el porta-rayos lanzó su chorro desde la pared del vehículo, recorrió la planicie, el ejecutivo todavía retorciéndose, dejó un largo sendero devastado a través de la hierba, plantas que languidecían ennegrecidas al paso del rayo. Heynith abrió fuego nuevamente antes que el rayo pudiera alcanzar su mata de hierba y arrojó al ejecutivo —que seguía en pie— más allá del vehículo. El arma bacteriológica cayó, dejó de funcionar. Heynith seguía disparando, el ejecutivo bailando sobre los talones como un muñeco

de trapo, sostenido por la descarga. Heynith soltó el gatillo. El ejecutivo se desplomó: una pila de brazos y piernas de contornos imposibles.

Cuando me acerqué al vehículo el cadete joven estaba agonizando. El cuerpo se arqueaba y estremecía, los talones tamborileaban contra la tierra, los dedos tironeaban la nada; se quedó quieto. Había muchísima sangre.

Los otros surgieron de la entrada del valle. Un disparo de Heynith los arrojó hasta el borde, donde las paredes del valle caían a plomo en tres de los lados.

Arrastramos los cuerpos y los escondimos detrás de unas rocas grandes.

Me sentía otra vez aturdido, como me había sentido después de D'Kotta.

Seguí sintiéndome aturdido durante los frenéticos preparativos del resto de la mañana. Tenía la mente separada del cuerpo que sudaba y cavaba. Había mucho por hacer. Teníamos cuatro láser cortarrocas industriales; eran elementos burdos, voluminosos, ineficaces como armas, pero tendrían que servir. Esa misión no había sido planeada mucho antes de su lanzamiento, sólo dos horas antes de que el contacto se hubiera comunicado con nosotros en el parapeto. Cualquier cosa que pudiera servir tendría que servir de cualquier manera; no había tiempo para hacerlo bien, simplemente había que hacerlo. Éramos el equipo que había estado en contacto más estrecho con los cuarteles generales que recibieron el informe, por lo tanto, nos habían despojado; los láser eran lo único que tenía un potencial aproximado al de las armas pesadas; en consecuencia, usamos los láser.

Una vez que tomamos la nave sin que nadie pudiera alertar a la Alianza a través de la radio de la cabina, Heynith lanzó una señal con el espejo hacia la saliente de la montaña que habíamos abandonado horas antes. El contacto se abalanzó como un ave de rapiña diez minutos más tarde y se llevó uno de los láser torpemente amarrado a su plato. Hizo tres viajes más, depositó los cilindros macizos con el mismo cuidado que si hubieran sido huevos, aceleró su plato y con un chillido regresó a los Blackfriars en un arco maníaco, casi suicida. Tenía el rostro gris, los labios apretados, blanco exangüe sobre ceniza, y no había dicho una sola palabra durante todo el procedimiento de descarga. Pienso que probablemente era uno de los Inquisidores que seguía el Camino de la Expiación. Nunca más lo vi. A veces he deseado tener el valor de seguir su ejemplo, pero luego racionalizo diciéndome que he expiado mis culpas con la vida más que con la muerte y, ¿quién sabe? tal vez podría ser verdad de alguna manera. De todos modos es grato pensar así.

Nos llevó un par de horas poner a los láser en posición. Emplazamos los cuatro alrededor del valle, cavamos fosos en las laderas para ocultarlos y colocamos los caños con el ángulo de inclinación necesario. La tarea más difícil fue calcular elevación y trayectoria, pero finalmente los concentramos en un área a unos treinta metros por encima del centro del piso del valle; la distribución de las bocas permitía una desviación de pocos grados hacia uno y otro lado. Ahí era donde tendría que descender si era un orbot usual, el valle era suficientemente ancho como para contener el plato y la nave de evacuación, con un margen de seguridad entre ambos. Por supuesto que si lo hacían bajar en la planicie, por afuera de la entrada del valle, el asunto iba a ponerse espinoso; en ese caso podríamos desplazar en derredor uno o dos láser para resistir o si esto fracasaba, podríamos tratar de tomar el orbot a pie una vez que aterrizara, con una posibilidad de uno en ocho de lograrlo. Pero pensamos que lo habían hecho aterrizar en el valle, es decir, donde la

nave de evacuación había estado estacionada; ellos buscarían la protección de las altas montañas para ocultar el orbot de la mirada de cualquier Inquisidor que pudiera estar por los alrededores. Si era así, las posibilidades eran mayores. Alrededor de uno en tres.

Ubicados los láser nos dispersamos los cuatro, y nos ocultamos en las trincheras camufladas. Heynith nos guió a Goth y a mí hasta el láser que habíamos ubicado a unos quince metros de altura sobre la ladera de la montaña, directamente por detrás y por encima de la nave de evacuación. Ren se quedó atrás. Permaneció cerca del vehículo —los hombros típicamente caídos, los pulgares enganchados en el cinturón, el rostro con una cuidada expresión de vacío— observándonos sin ser visto. Examinó la entrada del valle, levantó el arma, lanzó un escupitajo en dirección a Urheim y trepó al interior de la cabina.

El valle estaba nuevamente vacío. Observada desde nuestra posición la nave parecía un juguete brillante, los parhelios hacían guiños sobre su superficie mientras se calcinaba en el calor de la tarde. Un juguete abandonado, perdido entre la maleza, solitario, a la espera del reclamo de dueños que nunca vendrían.

El tiempo pasaba.

Las aves que habían huido atemorizadas volvían a las laderas de las colinas.

Cambié de posición, molesto, buscando sin mucho ánimo sentirme más cómodo. Heynith me inmovilizó con una mirada. Estábamos agazapados en una trinchera de unos dos metros y medio de largo por un metro y medio de profundidad, cubiertos por un cáñamo encerado que se abría hacia el valle apuntalado por estacas, algo de vegetación y una cubierta de marga sobre el cáñamo encerado. Heynith estaba en el medio a horcajadas sobre la silla de operador del láser. Goth estaba a su izquierda, yo a su derecha. Heynith iba a manejar el láser cuando llegara el momento; sólo se necesitaba una persona. Goth y yo no teníamos nada que hacer, ocurriría lo mismo en el momento de la emboscada, excepto reemplazar a Heynith en el caso poco probable de que fuera abatido por la descarga o bien permanecer al lado para desplazar el láser si llegaba a ser necesario. Tampoco era muy probable que ocurriera. No, el espectáculo era Heynith y nosotros estábamos de más.

Eso era malo.

Teníamos mucho tiempo para pensar.

Eso era peor.

Me sentía cada vez más aturdido, como si entre el mundo y yo se hubiera deslizado una pared de vidrio transparente que estuviera espesándose lentamente. Con el espesamiento vino la soledad (soledad aunque estaba acalambrado y sofocado, aunque estaba comprimido contra el muslo de Heynith no podía tocarlo, él estaba a millas de distancia) y con la soledad vino un pánico enfermizo y asfixiante. Era lo contrario de la claustrofobia. Mi carne se había convertido en un plástico claro, mis huesos en vidrio y yo estaba desnudo, definitivamente desnudo y no había nada con lo cual pudiera envolverme. Aún rodeado por un ejército estaría totalmente solo. Amortajado en hierro y a diez metros de profundidad estaría totalmente desnudo. Una parte de mi cerebro se preguntaba fríamente si estaría al borde de un colapso; la otra luchaba por dominar un alarido que recorría los músculos en tensión. La soledad aumentaba. Yo no tenía conciencia de lo que me rodeaba, excepto del calor y de la presión y del encierro.

Veía la araña derretida de D'Kotta, que yacía de espaldas, mostrando obscenamente su vientre manchado, sacudiendo al cielo sus patas de fuego, patas que dejaban una ampolla venenosa en cada una de las nubes.

Veía al muchacho, el rostro surcado por la sangre, golpeando los talones contra la tierra.

Estaba empezando a dudar de las ideas grandes, simples.

En el valle todo estaba inmóvil con excepción del viento entre las hierbas, espíritus que volaban en forma de pájaros.

Las patas de araña.

El baile del crustáceo.

La sombra maciza de la nave reptaba a través del valle.

Súbitamente, con la intensidad de una visión, me encontré imaginándome a Ren sentado en la cabina, los hombros descansando contra la puerta, las piernas estiradas a lo largo del asiento, los pies apoyados sobre el tablero, un tobillo sobre otro, el arma descansando sobre su regazo, observando el valle a través del parabrisas. Estaba fumando un cigarrillo, de tanto en tanto lo apartaba de los labios, sacudía las cenizas sobre los diales brillantes, sonreía con su extraña sonrisa y con la brasa perforaba minuciosamente la tela afelpada del tapizado. La tela (auténtica, no plástico) ardía, lanzaba al aire una chispa de humo maloliente y entonces aparecía otro orificio negro carbón en el asiento. Ren sonreía nuevamente, se llevaba el cigarrillo a los labios, se inclinaba hacia atrás y exhalaba el humo con lentitud.

Ren estaba esperando para contestar la señal de la radio del orbot para asegurarles que todo estaba bien, para conducirlos a la muerte a través de la palabra. Si ellos sospechaban que algo andaba mal sería el primero en morir. Aun cuando todo anduviera perfectamente, él tenía de todos modos una probabilidad de morir: era el más expuesto. Era casi sin dudas un trabajo-suicida. Ren decía que le importaba un carajo; tal vez fuera así realmente. O al menos él se había convencido de que era así. Era un hombre raro. Mayor que todos nosotros, incluso que Heynith, había trabajado la mayor parte de su vida como cadete ejecutivo en Admin. Urheim, había consagrado su existencia al trabajo, había sojuzgado a él todas sus energías. Tres veces fue dejado de lado en la promoción al rango de ejecutivo, años de esfuerzos redoblados y de ansiedad creciente entre rechazo y rechazo. Con el tercer fracaso se había retirado en silencio a vivir del subsidio que había ganado con cuarenta años de servicio. A la mañana siguiente, precisamente en el momento de comenzar su acostumbrada jornada de trabajo, robó un arma bacteriológica a un guardia del servicio de seguridad en el Complejo de Admin, se introdujo en su zona de influencia, mató a todos los de allí y desapareció de Urheim. Después de huir durante un año logró ponerse en contacto con los Inquisidores. Después de otro año de entrenamiento comenzó a servir en un equipo de comando, a pesar de su edad. Eso había ocurrido cinco años atrás, yo lo conocía desde hacía dos. Durante todo ese tiempo había dicho poco. Hacía muy bien su trabajo, con un mínimo de esfuerzo, nunca cometía errores, nunca se quejaba, nunca mostraba sus emociones. Pero de tanto en tanto solía sonreír o perforar algo. O alguien.

El sol se zambulló en el horizonte, como si se hubiera hecho añicos contra la planicie en una explosión de llamas. La noche nos engulló en un único trago. Negra como el vientre de una bestia. Me devolvió momentáneamente a la realidad. Tuve un mal momento cuando pensé que había quedado ciego, pero la razón volvió y deslicé sobre los ojos los lentes infrarrojos y los activé.

El universo regresó entre sombras grises. Heynith estaba tratando de desacalambrarse las piernas contra el cuerpo del láser. Dijo algunas pocas palabras y tragamos algunas píldoras estimulantes para mantenernos despiertos; eran amargas y difíciles de tragar en seco, pero revolvieron en mi estómago un ácido familiar y la sangre comenzó a circular con más rapidez. Eché una mirada a Heynith. Había permanecido tranquilo. Me pregunté qué habría estado pensando. Me miró, quizá leyendo mis pensamientos, y nos ordenó salir de la trinchera .

Goth y yo nos arrastrábamos lentamente, sintiéndonos tiesos y quebradizos, y nos golpeábamos muslos y piernas para restablecer la circulación. El cielo estaba rociado de estrellas, sal derramada sobre porcelana negra. Descubrí que aún no podía reconocerlas. Las plantas diurnas habían desaparecido, los animales diurnos habían caído en estado cataléptico. Las plantas nocturnas surgían de la tierra, alimentadas por los restos de plantas diurnas. Crecían rápidamente, duplicando, triplicando su tamaño. En su mayoría eran arbustos pringosos con hojas en forma de lanza, negras y púrpuras, de más de un metro de altura. Goth y yo arrancamos algunas, con las raíces intactas, y las colocamos sobre el cáñamo encerado para reemplazar las plantas diurnas que se habían marchitado con el primer rocío amargo de la noche. Teníamos que tocarlas con guantes acolchados; la superficie de las hojas absorbía con avidez la mínima cantidad de calor y ardían como hielo seco.

Entonces regresamos a la trinchera. Y fue peor que nunca. El movimiento había servido de ayuda, pero el entorpecimiento del pánico se insinuaba otra vez y el momentáneo alivio hacía más difícil soportarlo. Intenté empezar una conversación, pero murió en gruñidos monosilábicos y el silencio se bebió los ecos. Heynith controlaba el láser por enésima vez. Estaba tenso, los músculos de los hombros anudados, las pantorrillas endurecidas como piedra por la presión ejercida contra la plataforma de la silla. Goth tenía peor aspecto que yo. Era algo más joven y normalmente enérgico y divertido. No esa noche.

Podríamos haber hablado, compartir el dolor; pienso que todos teníamos conciencia de ello. Pero no podíamos; nuestra propia intimidad nos había hecho hoscos. En un momento o en otro cada uno de nosotros había llegado a un punto en el cual debía hablar o morir, incluso Heynith, incluso Ren. Por lo tanto, cada uno de nosotros había hablado y había escuchado, intercambiando los roles tarde o temprano. Habíamos vertido nuestros miedos y sueños y recuerdos secretos sobre cada uno de nosotros y ahora nos conocíamos demasiado bien. Eso nos hacía sentir miedo. Cada uno tenía miedo de haberse expuesto demasiado, de haber bajado demasiadas barreras. Teníamos miedo de la vulnerabilidad, del cuchillo que punza el repliegue más delicado del vientre. Éramos todos hombres con cicatrices y dos veces tímidos. Y el resentimiento crecía porque los demás habían visto ese desamparo, esa vulnerabilidad. Entonces las paredes se alzaron otra vez, intensificadas. Y cuando necesitamos nuevamente hablar, no pudimos. Ya sabíamos demasiado como para arriesgar más nuestra intimidad.

Las visiones retornaron en un flujo y reflujo que recubrió la oscuridad.

El magma se agitaba, vomitando un aliento caliente que apestaba a huevos podridos.

El cadete, el rostro inhumano por el rictus de la muerte, la sangre que brotaba de la frente destrozada, emplastando un ojo cerrado, burbujeando

en la nariz, convirtiéndose en espuma alrededor de los labios, los labios tensándose mientras la cabeza se sacudía contra la tierra, los labios que se tornaban fláccidos, el cuerpo desplomándose, la boca entreabierta, el murmullo de la sangre y las flemas al pasar por la lápida de los dientes, el mentón y el cuello, empapando la túnica. Los pies retumbando sobre la tierra por última vez, levantando coágulos de tierra.

Traté de comprender. Yo había matado gente y nunca me había perturbado, salvo en sueños. Lo había hecho en forma mecánica, la rutina respaldada por el odio, el odio amortiguado por la rutina. Me preguntaba si la noche terminaría en algún momento. Recordaba la mañana que había observado desde la montaña. No creía que la noche terminara. Una gran idea cosquilleó nuevamente en mi cerebro.

La ciudad tragada por la piedra.

El cadete que cae, agitando los brazos.

¿Por qué el cadete y la ciudad siempre en conjunción? ¿Uno me había sensibilizado respecto del otro? Y si era así, ¿cuál? Dudaba.

¿Podían ser ambos igualmente importantes?

Uno de los jefes de la otra sección silbó.

Nos sorprendimos todos, la tensión aumentó. Nos llegó nuevamente un silbido melodioso, suspendido en el aire como el aceite en el agua. Alguien se acercaba. Al cabo de un tiempo oímos un susurro de arbustos que se precipitaban por la ladera de la montaña. Quienquiera que fuese, no se molestaba por desplazarse en silencio, en realidad parecía andar a tientas, confundido entre la maraña, a los tumbos, con un tremendo ruido de azotes. Goth y yo nos volvimos en esa dirección, colocamos las armas en posición, las cargamos. Eso era instinto. Me preguntaba quién estaría acercándose a nosotros montaña abajo. Eso era razonamiento. Heynith se desvió para cubrir la dirección opuesta, lejos del ruido, apoyando el rifle en el borde de la silla. Eso era precaución. El azote pasó a unos dos metros de nosotros, protegido por los arbustos. Unos diez metros hacia adelante y hacia abajo, sobre un risco escarpado que se inclinaba sobre el valle, había un claro. Lo observamos. Alguien sacudió los arbustos que rodeaban el claro, los arrancó. Una figura se tambaleó a la luz de las estrellas.

Era un nulo.

Goth tomó una bocanada de aire, el silbido atravesó los dientes. Heynith permaneció impasible, pero yo podía imaginar sus ojos achicándose detrás de los gruesos lentes. Durante tres pulsaciones completas mi mente estuvo totalmente en blanco, luego sorprendida: ¡un nulo! y levanté el cañón del rifle, luego sin comprender: ¿un nulo? y bajé la boca del cañón. Un segundo en blanco, luego: ¿cómo? y filtrándose otra vez: ¿cómo? Los pensamientos se enredaron, confundidos, la boca del arma se movía dubitativamente.

El nulo tambaleó, describió lentos ochos a través del claro. Estuvo a punto de caerse del risco, con un pie suspendido peligrosamente sobre la pendiente, luego se alejó con un balanceo, aguijoneado por el tropismo. Retrocedió unos pocos pasos, bamboleante, se detuvo, se inclinó, cayó lentamente sobre las rodillas.

Se arrodilló: la cabeza inclinada, los brazos laxos sobre la tierra, las palmas hacia arriba.

Heynith colocó el arma sobre el regazo una vez más, sacudió la cabeza. Nos dijo que lo condenaran si podía imaginar de dónde venia eso pero que teníamos que liberarnos de él. Si lo enfocaban podía arruinar la emboscada.

Automáticamente levanté mi rifle, lo preparé. Heynith me detuvo. Nada de ruido, dijo, no ahora. Le dijo a Goth que saliera y lo matara en silencio.

Goth se negó. Heynith lo miró fijamente, sin palabras, comenzó a ponerse colorado. Goth y Heynith ya habían tenido problemas. Goth era un buen hombre, bravo como un toro, pero era obcecado, tendía a seguir sus propias inclinaciones, tenía arrebatos de sentimentalismo o de susceptibilidad, Pensaba demasiado para ser un engranaje realmente eficiente.

Habían estado en desacuerdo desde un comienzo, algo que no se hubiera tolerado tanto tiempo si los Inquisidores no hubieran necesitado hombres desesperadamente. Goth era un demonio en la lucha cuando se excitaba, uno de los mejores, y eso hacía que le disculparan tanta obstinación. Pero tenía algo curioso que repugnaba, no había desarrollado las capas de tejido conectivo que intervienen en la cicatrización necesarias para su trabajo en la guerrilla, y eso era casi inevitablemente fatal. Yo me había preguntado antes, fríamente, cuánto duraría.

Goth era un muyinteligente por herencia, uno de los pocos conectados con los Inquisidores. Había sido cadete ejecutivo en Admin, había tenido acceso a los viejos archivos que poco a poco provocaron su resentimiento contra la Alianza; había sido golpeado, en el momento psicológico justo, por el creciente activismo y propaganda de los Inquisidores y había desertado; después de un período de prueba de dos años le habían permitido participar activamente. Goth era uno de los únicos que trabajaba más por idealismo que por odio, y eso hacía que desconfiáramos de él. Heynith incluso abrigaba un rechazo tradicional por los muy-inteligentes por herencia. Había integrado un complejo industrial de seis clones durante unos veinte años, antes de unirse a los Inquisidores. Sus Seis habían sido liquidados en un accidente de producción provocado por la habitual negligencia de la Alianza. Heynith era el único sobreviviente. La Alianza había expresado una leve simpatía y le había dicho que planeaban escindir de él otro clon para reemplazar a los seis desaparecidos; él, por supuesto, estaría a cargo de los Seis nuevos, por razones de antigüedad y jerarquía. Se rieron, sin ver razón alguna por la cual él pudiera negarse a trabajar otros veinte años con réplicas biológicas de sus hermanos y hermanas muertos, hombres, por otra parte, que eran testimonio de lo que él había sido de joven, cuando los años de dolor aún no habían causado estragos. Heynith les agradeció cortésmente, salió, empezó a caminar y siguió caminando, atravesando a pie el Desierto de Voninx para unirse a los Inquisidores.

Todo esto se leía en su rostro a medida que su furia crecía. Goth también sentía odio, pero se mantuvo firme. El nulo era incapaz de hacer daño a nadie; él no iba a matarlo. Ya había habido suficiente masacre. El rostro de Goth estaba exagüe y yo pude ver a D'Kotta reflejada en sus ojos, pero no sentí compasión por él a pesar de mis recientes agonías. Estaba desobedeciendo órdenes. Pensé en Mason, el hombre a quien Goth había reemplazado, el hombre que había muerto en mis brazos en Itica y odié a Goth por estar vivo y en el lugar de Mason. Yo había amado a Mason. Era un Anticuario de los archivos de Urheim y había trabajado para los Inquisidores casi desde los comienzos, años de servicio vital antes que la Alianza descubriera sus actividades. Había escapado de la redada, pero su familia no. Le ofrecieron un trabajo administrativo en los cuarteles generales de la Inquisición, pero lo rechazó e insistió en seguir su trabajo en el frente, a pesar de las advertencias de que era suicida para un hombre de su edad.

Mason era un hombre alto, gentil, educado, que simulaba ser rudo y terco y que lloraba por las noches cuando creía que nadie podía verlo. A menudo pensé que podría haber escapado de Itica si se hubiera esforzado más, pero estaba agotado, enfermo y agobiado por la culpa y su corazón estaba en otra parte; este pensamiento solía desconcertarme desde entonces con bastante frecuencia. Mason era la única persona que me había interesado, la única que se había empeñado en rescatarme de las sombras e incorporarme en la humanidad y yo hubiera podido matar a Goth en ese momento porque pensaba que estaba traicionando la memoria de Mason.

Finalmente Heynith explotó, escupió a Goth, comenzó a insultarlo, luego se detuvo y se quedó mirándolo simplemente, los labios blancos. Yo había percibido la mirada rápida que Heynith me había lanzado, un movimiento de cabeza casi imperceptible, inmediatamente antes que se sumiera en el silencio. Casi se había olvidado y llamaba a Goth zombie, un insulto muy usado en el Mundo que el equipo se había cuidado muy bien de utilizar desde que yo me uniera a ellos. Entonces Heynith nunca había olvidado realmente, aunque me tratara con escrupulosa justicia. Mi furia se convirtió en una cólera fría, trascendió los límites de Goth para transformarse en un nauseabundo rechazo por todo el universo.

Heynith dijo a Goth que se ocuparía de él más tarde, que lo pondría en su lugar, y me ordenó ir a matar al nulo, llevarlo pendiente arriba para que no lo vieran y luego ocultar el cuerpo.

Salí de la trinchera como un autómata, me dirigí hacia el claro, al pie de la pendiente. Durante los primeros pasos la cólera me sirvió de combustible y me abrí paso entre los arbustos azotándolos con los guantes acolchados, pero la cólera se desvaneció pronto, dejándome vacío y aturdido. Yo sabía lo que pensaría de mí el resto del equipo, pero nunca me había permitido admitirlo. Ahora estaba presionado por esa certeza y llegando a la cima de toda la otra angustia sufrida durante los dos últimos días; era demasiado.

Me introduje en el claro.

Mis pasos estimularon cierta reacción en el nulo. Apareció tambaleándose como un borracho, agitando los brazos, y se volvió para mirarme.

Era ligeramente más alto que yo, de complexión muy débil, y no podría haber pesado más de cuarenta y cinco kilos. Era calvo, completamente pelado. Tenia los dedos encogidos: carne fláccida que colgaba de una mano atrofiada; nunca habían sido usados. Los dedos de los pies estaban desarrollados para permitir que los técnicos les hicieran caminar de una sección a otra del Cerebro, pero nunca habían tenido oportunidad de endurecerse con callosidades: eran una masa de sangre y laceraciones. La nariz era un globo de carne dura alrededor de las fosas nasales, las orejas igualmente atrofiadas. Los ojos eran inmensos, enormes córneas lechosas con pupilas pequeñas, como las de un pájaro nocturno, adaptadas a las tinieblas del Cerebro y dotadas para anticiparse a la pérdida sensorial: las pupilas no están insertas en la corriente psicocibernética como los ganglios o las sinapsis. Sobre las sienes, muñecas y en la base de la columna vertebral, donde los electrodos estaban sueltos, había heridas pequeñas y repugnantes. El nulo estaba cubierto por un traje similar a un pijama de material no conductor, casi totalmente desgarrado, sólo quedaban unos pocos andrajos. No había órganos sexuales. Por debajo de las costillas la carne había desaparecido: ni estómago ni tubo digestivo. El cuerpo estaba cubierto de magullones, tajos, heridas profundas, extensas zonas calcinadas

Librodot

por el sol con quemaduras de segundo grado, otras zonas seriamente atacadas por las heladas o deformadas por las quemaduras de frío producidas por las plantas nocturnas.

Mi miedo creció, se hundió en un terror arquetípico.

Venía de D'Kotta, no había ninguna duda. De alguna manera había sobrevivido a la destrucción de su Cerebro, de alguna manera había atravesado el caldero infernal hasta el pie de las colinas, de alguna manera había subido y bajado a los tumbos la saliente de la montaña. Yo dudaba si había alguna premeditación en sus actos; probablemente se había alejado a tientas del Cerebro destrozado, en línea recta, y había seguido caminando en esa dirección. Su actitud ante el risco lo demostraba; quizás anteriormente algún instinto confuso lo había ayudado a tantear su camino sorteando los obstáculos que le salían al paso, pero ahora estaba exhausto, confundido, sofocado. Era milagroso que hubiera llegado tan lejos. Y la agonía que debía de haber sufrido en su camino era inconcebible. Me estremecí, espantado. Se me erizó el vello de la nuca.

El nulo se acercaba con un balanceo.

Lancé un gemido y salté hacia atrás; estuve a punto de caer, el revólver osciló.

El nulo se detuvo, la cabeza caída hacia un costado describiendo un lento semicírculo. Su mirada se paseaba de un lugar a otro, curiosa, y yo dudaba de que pudiera siquiera enfocarme. Para él yo debía ser un manchón de un gris más oscuro.

Traté de dominar mi agitación. No podía hacerme daño; era inofensivo, estaba casi muerto. Bajé el arma lentamente, retiré los dedos de la culata, me la colgué del hombro.

Avancé hacia él con un rodeo. El nulo se balanceó, pero permaneció en su lugar. Abajo se podía ver la nave, al pie del risco, un reflejo borroso de bronce de cañón. Extendí la mano lentamente. No se movió. A esa distancia pude observar que las flacas costillas subían y bajaban por el esfuerzo de la respiración agitada. Estaba temblando, un espasmo convulsivo que le recorría el cuerpo. Me sorprendió que no oliera mal; se rumoreaba que los nulos tenían un fuerte olor característico, al menos era lo que se decía en los campamentos... tonterías como muchos de mis conocimientos de esa época.

Lo observé durante un minuto, fascinado, pero mi entrenamiento me dijo que no podía permanecer allí mucho tiempo; estábamos demasiado expuestos. Di otro paso, traté de llegar a él, dudé, no quería tocarlo. Tragándome el asco, elegí una zona de su brazo libre de heridas y quemaduras y lo apreté fuertemente con una mano.

El nulo dio un brusco tirón pero no intentó golpearme ni escapar. Esperé cautamente un segundo, dispuesto a aumentar la violencia de la torsión si intentaba atacar. Permaneció quieto, la carne cedió bajo mis dedos y yo me estremecí como respuesta refleja. Satisfecho de que no me ocasionara problemas, me volví y traté de obligarlo a subir la pendiente, empujándolo hacia adelante.

Siguió mis empellones sin resistencia hasta que chocamos con la primera de las plantas nocturnas, entonces se tambaleó y emitió un sonido desarticulado, como un maullido. Las plantas estaban quemándolo, succionando el calor de su carne, produciendo nuevas y horribles costras allí donde partículas de piel se habían adherido a

las plantas. Me encogí de hombros, lo empujé. Maulló y se tambaleó nuevamente. Me detuve. Los ojos del nulo se fijaron en mí y gimió de dolor. Me maldije por perder el tiempo, pero me adelanté para abrirle camino, arrastrándolo detrás. Mientras me abría paso las ramas golpeaban mi traje térmico; de tanto en tanto, alguna se deslizaba y azotaba al nulo, haciéndolo retroceder y quejarse, pero estaba protegido del ataque. Yo me preguntaba vagamente las motivaciones de mi conducta.

¿Por qué molestarse por proteger a alguien (a algo, corregí nerviosamente) del dolor cuando uno está por matar a ese alguien (algo) en un minuto? ¿Cuál es la diferencia? Diferí este razonamiento y me concentré en los movimientos de mi cuerpo; el nulo no era pesado pero tampoco era fácil arrastrarlo colina arriba, sobre todo porque tropezaba y caía a cada paso y yo tenía que ponerlo nuevamente en pie. Pronto empecé a sudar, pero no me importaba, ya que la actividad ayudaba a mantener la mente ocupada y yo no quería tener que enfrentar el aturdimiento que llegaría a sentir retomando el pensamiento.

Subimos la pendiente hasta que estuvimos a unos diez metros de la trinchera ocupada por Heynith y Goth. Parecía un buen lugar. Los arbustos llegaban casi a la altura del pecho, suficientemente altos como para ocultar el cuerpo del nulo de cualquier pesquisa aérea. Me detuve. Chocó contra mí, a ciegas, se reclinó sobre mi cuerpo, la respiración convertida en ronquidos. Me estremecí de horror por el contacto. Se me puso piel de gallina en brazos, piernas, en todo el cuerpo. Alguna asociación susurró un recuerdo en mi oído, pero lo ignoré bajo la amenaza del pánico creciente. Sacudí el hombro bajo el peso del nulo, me deshice de él. Patinó, estuvo a punto de caer por la pendiente, se levantó.

Yo lo observaba, jadeando. El recuerdo volvió, atormentador. Esta vez tuvo éxito:

Mason que se arrastra entre las rocas bañadas por el agua de Cabo Itica en dirección al acorazado que espera mientras el fuego que azota el cielo nos recorta contra las sombras; Mason que se demora en saltar por encima de los escollos, balanceándose sobre el filo de la navaja, un perfil perfecto dibujado en la noche; Mason que da un salto cuando un proyectil disparado desde un alto peñasco le deshace la columna y le derrite la carne como si fuera cera; Mason que se desploma en mis brazos hasta que casi caigo de rodillas; Mason, ya muerto, un peso en mis brazos, un peso en mis brazos; Mason que se separa de mí cuando una ola rompe sobre nosotros y me cubre de espuma; Mason que se hunde y desaparece mientras Heynith me grita que siga y yo lucho contra el oleaje que me llega al pecho en dirección al acorazado...

Llevar al nulo sobre mis hombros me ha hecho recordar aquello: Mason, un peso en mis brazos.

¿Cómo pudo el nulo hacerme pensar en Mason?

Asco y rabia contra mí por comparar a Mason, gentil como el padre soñado que nunca tuve, con algo tan repulsivo. Un violento estallido de cólera para ignorar la vergüenza y la culpa.

No pude absorberla. Dejé que se derramara sobre el nulo.

Me abalancé sobre él con un gruñido, lo sacudí furiosamente hasta que la cabeza crujió y tembló sobre el cuello flojo, lo aferré con violencia de los hombros y lo golpeé hasta hacerlo caer.

Saqué el cuchillo de un tirón. La hoja brilló súbitamente bajo la luz de las estrellas.

Le rodeé la garganta con la mano para empujarle la cabeza hacia atrás.

La carne estaba tibia. La sangre latía bajo mi palma.

La cólera desapareció de pronto, dejando solamente nauseas.

Inmediatamente percibí el frío de la noche. El viento calaba los huesos.

El nulo me miraba.

Supongo que yo había sido afortunado. Los huérfanos no son tan comunes como lo fueron en una oportunidad —no en una sociedad donde la reproducción ha sido relegada al laboratorio—, pero todavía tienen lugar con considerable frecuencia. Yo era el hijo de un ejecutivo júnior no clon que había contraído una enorme deuda, había quebrado y había sido forzado a declararse insolvente. La Alianza había escindido de él un clon para que con su trabajo pudiera completar la diferencia bancaria, para que le destruyera los niveles más altos de su cerebro y así ponerlo en uno de los penales de no-inteligentes de los Entornos Controlados. Su esposa también era clon pero escapó del raspaje de cerebro y volvió para trabajar en una posición inferior en Admin. Yo, que era bebé, me convertí en un pupilo del estado y me enviaron a uno de los entornos asistenciales. Imagine una serie indefinida de ruidos graves, que se repiten una y otra vez y para siempre, en el mismo nivel, sin altos ni bajos: MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM. Así. Es la única manera de describir esos años en los Entornos. Nos alimentaban, nos mantenían con la temperatura adecuada, funcionábamos con cinturones conductores que formaban un equipo en miniatura, nos hacían dormir electrónicamente, nos despertábamos con los dedos ya ocupados en los movimientos rítmicos, monótonos, que no recordábamos haber aprendido, movimientos que habíamos repetido millones de veces por día desde la infancia. Una vez por día nos daban una barra de alimentos concentrados y vitaminas. De tanto en tanto, con intervalos calculados minuciosamente, nos ejercitaban para mantener el tono muscular. Después de la pubertad solían masturbarnos con estímulos eléctricos y el semen se guardaba para los bancos de esperma. Los administradores del Entorno no eran crueles; casi nunca los veíamos. El castigo provenía de las máquinas; nunca era severo, raras veces necesario. Los ejecutivos no tenían necesidad de ser crueles. Todo cuanto necesitaban era MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM. Nos habían enseñado en algún estadio temprano, probablemente por estímulos eléctricos, a poner la pieza adecuada en la ranura adecuada, mientras los bloques del equipo pasaban frente a nosotros. Nunca nos habían enseñado a hablar, aunque entre nosotros se había desarrollado un vocabulario independiente y limitado al extremo de sonidos modales; los ejecutivos nunca hablaban en las raras ocasiones en que venían a controlar las maquinarias que regulaban nuestro funcionamiento. Nunca nos dijeron quiénes éramos, dónde estábamos; nunca nos dijeron nada. Nada de eso nos interesaba, nuestras mentes nunca habían elaborado conceptos, en los mejores momentos estábamos en un estado de semi-conciencia. No había nada excepto MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM. Los ejecutivos no se preocupaban por nuestro desarrollo espiritual, nadie se graduaba en el Entorno, tampoco teníamos lugar a donde ir en una sociedad rígidamente estratificada. La Alianza se había desembarazado de su obligación manteniéndonos vivos en

un lugar donde ni siquiera podíamos ser minimamente útiles. Aunque nuestros empleos eran sinecuras que podían haberse realizado con más precisión por medio de computadoras, ellos justificaron socialmente los gastos de nuestra supervivencia y nos pusieron cómodamente en un archivo. Estábamos allí de por vida. Podíamos crecer, envejecer, morir, bañados por el MMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMMM. El primer recuerdo real, claro y distinto de mi vida es cuando los Inquisidores arrasaron el Entorno, cuando la pared de la Sede de la Asamblea súbitamente ardió en rojo, cedió, se desmoronó, cuando Mason se abrió paso a través del humo y los despojos, el arma lista para disparar, y caminó lentamente hacia mí. Eso es intuición. En ese momento fue sólo una repentina invasión de incomprensibles sonidos y luces y formas y colores, inabarcable, increíblemente ajeno. Fue la primera nota discordante que golpeaba en nuestras vidas: MMMMMMMMMMMMMMMMMMMM!!!! haciendo añicos nuestro mundo en tan sólo un instante, precipitándonos en otra dimensión de vida. Los Inquisidores nos secuestraron a todos, nos cargaron en las naves de evacuación, nos llevaron a las colinas, trataron de contrarrestar el daño. Eso había ocurrido seis años atrás. Aún con las facilidades disponibles en el complejo subterráneo de la Inquisición —hipno-entrenadores y computadoras de análisis para devolverme a la infancia y para conducirme lentamente, paso a paso, durante diez mil años de tiempo subjetivo, mientras mi cuerpo se adormecía de éxtasis— aún con todo eso, yo había tenido la suerte de emerger considerablemente sano. La mayoría había muerto, o había caído en estado cataléptico. Yo había sido afortunado, incluso, al ser un pupilo del Estado, tal como habían resultado las cosas. Afortunado de ser un zombie. Podría haber sido un clon de rango inferior, sin aparato digestivo, ligado de por vida a la Alianza por lazos indestructibles. O podría haber sido una de las miles de criaturas de probeta cuyos cerebros se almacenan en los bancos orgánicos de confrontación en las gestalts del Cerebro, criaturas completamente descerebradas. Podría haber sido un nulo.

Enormes ojos que se clavan en mí, sin pestañear.

Calor bajo mis dedos.

Me preguntaba si iba a vomitar.

El viento gemía inquietamente a través del valle con un sonido como MMMMMMMMMMMMMMMMMM.

Heynith me silbó para que me apurara, un sonido que cabalgó en el viento, apenas audible. Cambié la posición del cuchillo. Me decía a mí mismo: nunca ha sido verdaderamente inteligente. Su cerebro sirvió sólo como la unidad de una computadora para una gestalt biológica, no tiene inteligencia propia. No habría diferencia. Me decía a mí mismo: de todos modos va a morir por una docena de razones. Sufre. Sería más generoso matarlo.

Levanté el cuchillo, colocándolo contra la garganta del nulo. Presioné la punta lentamente hasta que perforó la carne.

Sus ojos enfocaron la punta del cuchillo.

Se me revolvió el estómago. Aparté la mirada, la dirigí hacia el valle. Sentía que el mundo que me había creado con tanto cuidado temblaba confusamente, me sentía otra vez a punto de ser catapultado a otro nivel de comprensión, no esperado con anterioridad. Tenía miedo.

Las luces blancas de la nave se prendieron y se apagaron, dos veces.

Yo estaba en el suelo, oculto por los arbustos viscosos. Había arrastrado al nulo hacia abajo, conmigo, sin pensar, lo había aplastado en el suelo el brazo sobre la espalda: Esa era la señal de que Ren había recibido un llamado del orbot, que había dado la correspondiente respuesta del código de radio para abatirlo. Podía imaginar a Ren en la cabina oscurecida, sonriendo, mientras preparaba los instrumentos.

Me incorporé sobre un codo, enderecé el cuchillo dejándolo suspendido en tanto buscaba el punto de unión entre la columna y el cuello, el lugar más apropiado para asestar el golpe. Si iba a matar (a él, a eso), tendría que matar (a él, a eso) ¡ya! En sucesión veloz, como una serie de diapositivas, como la ecuación de una computadora, obtuve: D'Kotta-el cadete-Mason-el nulo. El y eso se confundieron. Ganó él. Bajé el cuchillo. No podía hacerlo. Era humano. Todos lo eran.

Para bien o para mal, yo había cambiado. Ya no era la misma persona.

Levanté la vista. En algún lugar, allí arriba, colgando del borde de la atmósfera, había una colección engañosa de fuerzas en oposición llamada nave espacial, delicadamente invulnerable como una mariposa de hierro. Estaría desplazándose alternadamente, dentro y fuera de la "realidad" para mantener su posición en el Universo, manteniendo sólo el más leve de los contactos con ese continuum. Había lanzado un orbot, destinado a reunirse con la nave de la Alianza, en este valle. El orbot estaba lleno con genes de cultivo que podrían ser usados para crear cientos de miles de clones no-inteligentes a los cuales se les grabaría modelos de conducta para convertirlos en soldados dirigidos por computadoras: cruel pero efectivo. El orbot estaba lleno de millones de minúsculos bloques de metal que se mantenían por una enorme compresión: cuando se los liberara de la tensión, la memoria molecular les devolvería la forma de una vasta extensión de armas que sólo necesitaban para funcionar una fuente de energía. El orbot llevaba, en efecto, un vasto ejército y su equipo de combate, transportables en una nave de ciento cincuenta metros y que se podían introducir secretamente en Urheim, donde había máquinas para hacerlos funcionar. Era la última oportunidad de la Alianza, la bocanada de aire que necesitaban para sobrevivir. Estaba financiada y manejada por varias firmas industriales del Commonwealth, que tenían intereses invertidos en la supervivencia de la Alianza en el Mundo. Habían cargado y despachado el orbot antes de D'Kotta, cuando se calculó que el refuerzo sería significativo para la victoria de la Alianza; ahora era indispensable. A causa de D'Kotta, la Alianza temía que Urheim pudiera sufrir un ataque a corto plazo, que el orbot fuera interceptado por los Inquisidores si la ciudad se hallaba sitiada cuando intentara aterrizar. Por lo tanto, la Alianza había resuelto que el orbot descendiera en cualquier otra parte y que la carga quedara encerrada. Los Blackfriars habían sido elegidos como rendez-vous, ya que era improbable que los Inquisidores estuvieran alertas ante las actividades de la Alianza en esa zona (había transcurrido muy poco tiempo desde D'Kotta) y aun cuando la detuvieran, la nave podría ser tomada como sobrevivientes que huían y, por lo tanto, ignorada. La nave espacial se había puesto en contacto con los expertos durante el viaje y el cambio de plan resultó.

Cuatro hombres habían muerto para aprender el plan original. Dos más habían muerto para aprender el nuevo lugar de aterrizaje y para elevar la información a los Inquisidores a tiempo.

El orbot descendió.

Yo lo observaba como en un sueño, de rodillas, la cabeza por encima de los arbustos. El nulo se movió bajo mi mano, empujó contra el suelo, se sentó.

El orbot era un lunar, un punto, una bolita, un juguete. Se deslizaba silenciosamente, por encima de nuestras cabezas.

Yo podía imaginar a Heynith preparando el láser, a Goth mirando hacia arriba mientras se mordía el labio, como hacía siempre en momentos de tensión. Yo sabía que mi lugar estaba junto a ellos, pero no podía moverme. El temor y la tensión aún estaban allí, pero en observación. Yo estaba emocionalmente agotado. No podía considerar nada más, ni siquiera enfrentar la muerte .

El orbot se había convertido en una montaña esférica, inmensa. Siguió su camino hacia la zona donde calculábamos que debía aterrizar. Ahora colgaba justo sobre el centro del valle, casi rozando ambos lados de la montaña. Llenó el cielo y yo me aparté casi instintivamente. Estaba cayendo...

Heynith fue el primero en disparar.

Un rayo de luz intensa surgió de la tierra, al pie del declive, e hirió el flanco del orbot. Siguió otro desde el lado opuesto del valle, luego los dos restantes al mismo tiempo .

El orbot colgaba, atravesado por cuatro columnas sólidas, insoportablemente brillantes.

Por un momento pareció que nada ocurría.

Pude imaginar la consternación a bordo del orbot mientras el piloto trataba de recuperar la gravedad a tiempo.

El casco de la nave ostentaba cuatro manchas crecientes de color rojo cereza. Lentamente, las manchas se tornaron blancas.

Pude oír al nulo que se incorporaba junto a mí, suficientemente cerca como para tocarme. Yo me había puesto de pie como un autómata, protegiéndome los ojos del intenso resplandor.

El orbot explotó.

El reactor no funcionó, por supuesto. Están construidos de manera que eso no pueda ocurrir. Era el dispositivo auxiliar tradicional, usado para dirigir y alimentar los equipos internos. Pero eso era suficiente.

Imagine un edificio que se encorva como un gigantesco puño de piedra y deja caer ese puño sobre usted: aplasta. Un dolor tan intenso que le anula la conciencia antes que usted pueda sentirlo.

Alertado por el instinto, tuve tiempo de hacer dos cosas.

Pensé claramente: entonces la noche no terminará Jamás.

Y me paré frente al nulo para protegerlo.

Entonces me arrojaron al olvido de un puntapié.

Me desperté brevemente a la agonía: el mundo, un rojo puro, sólido. Podía oír que alguien gritaba. Era yo.

Desperté otra vez. El dolor había disminuido. Podía ver. Era de día, y las plantas nocturnas habían muerto. El sol resplandecía sobre la piedra desnuda. Parecía querer estirarse millas y millas hasta llegar al cielo. Lancé un alarido de terror extraordinario. El mundo desapareció .

Cuando abrí los ojos otra vez el cielo estaba cubierto y llovía, uno de aquellos torrenciales aguaceros del sur. Un médico Inquisidor le hacía algo a mis piernas, y en las cercanías había un plato. El nulo estaba tendido sobre la espalda, a corta distancia, con una bala en el pecho. La cabeza apuntaba a grises nubarrones fugitivos. Sus ojos reflejaban la lluvia.

Eso es lo que ocurrió con mi pierna. Mucho tejido nervioso destruido; no pudieron regenerarlo y tuve que soportar esta prótesis rígida. La considero el pago a mi aprendizaje.

He aprendido dos cosas: que todos somos humanos y que el universo no se preocupa por una cosa o la otra; sólo la gente lo hace. Al universo le importa un rábano. ¿No es maravilloso? ¿No es un alivio? Ni lo va a convencer, ni lo va a ayudar tampoco. Usted está solo, todos estamos solos y todos tenemos que darnos respuestas. Nosotros nos construimos el cielo o el infierno; ya no podemos esquivar el bulto. Cuánto más fácil cuando podíamos responsabilizar a Dios por nuestros pecados o por nuestra virtud.

Oh, sé que pude extraer un significado sobrenatural de todo esto: que fui protegido porque había protegido al nulo, que alguna fuerza benefactora me recompensó. ¿Pero que ocurrió con Goth? Muerto, y si él no se hubiera apostado en primer lugar el nulo no hubiera permanecido vivo el tiempo necesario para que yo me mezclara en todo esto. ¿Qué me dice de los otros miembros del equipo? Todos muertos ¿Acaso no había entre ellos un hombre tan bueno como yo y que mereciera ser salvado?

No, hay un motivo más importante por el que sobreviví. Acuciado por la idea de su humanidad, lo protegí de la explosión. Otros tres hombres sobrevivieron a esa misma explosión pero murieron por exposición, calcinados por el sol antes de que llegara el equipo médico. Yo no morí porque el nulo se quedó sobre mi cuerpo durante las horas en que el sol estaba alto y freía las rocas y su sombra me protegió del sol. No digo que lo haya planeado conscientemente, que me haya protegido deliberadamente (aunque quién sabe), pero yo le había ofrecido la única muestra de consideración que había recibido durante su larga pesadilla de dolor, así que se quedó a mi lado cuando nada le hubiera impedido huir... y el resultado fue el mismo. No se necesita inteligencia ni palabras para responder a la empatía, basta con un roce de los dedos... usted lo sabrá si ha tenido un perro, si ha estado enamorado alguna vez.

Así que por eso me salvé, gentileza por gentileza, la misma razón por la que existen las cosas buenas de esta vida. Cuando llegó el equipo médico, alguien baleó al nulo porque creyó que pretendía dañarme. Esas son las recompensas sobrenaturales de los Justos.

Entonces, la empatía es lo que mantiene entera a la vida, es la llama que compartimos y blandimos contra el miedo. La calidez es la única respuesta a las viejas y frías respuestas.

Así anduve por la vida, muchacho, cometí errores, hice muchas cosas, me dieron muchas patadas más, amé un poco y terminé en Kos, esperando la noche.

Pero la noche es algo relativo. Siempre termina. Termina porque aunque usted no esté para mirar, el sol siempre sale. Y siempre habrá alguien para verlo.

Es una bonita, hermosa mañana.

Siempre será una hermosa mañana en alguna parte, aún el día en que usted muera.

Usted es joven: eso todavía no lo consuela.

Pero aprenderá.

Problemas Con El Pasado
(Alex y Phillis Einsenstein)

James Thomas, el segundo temponauta del universo entero, levantó un maletín con veinte kilos de oro. Un peso satisfactorio, que prestó seguridad emocional a su plan de establecerse definitivamente en el pasado. Utilizando una pared como espejo, dedicó los minutos que le restaban en el siglo vigésimo cuarto a una última evaluación de su elegante (circa 1870) atuendo; sin duda, era tan adecuado como lo permitían los dibujos y fotografías de épocas remotas. Con un gesto apartó la superficie de plata y observó la esfera enrejada de su máquina del tiempo de dos metros y medio; sólo necesitaba introducirse en ella para desterrar de la existencia la resplandeciente pseudo vida del 12 de junio de 2314. Pero antes que pudiera moverse nueve pares de brazos idénticos, vestidos con mangas del siglo diecinueve, lo asieron por detrás.

Pero éste en realidad es el final de su historia: el comienzo verdadero y su Realidad ya no existen: el modelo original del continuum se ha perdido para siempre en las complejas mutaciones del tiempo.

En la mañana del 23 de octubre de 2015, Ellis Andrewson terminó de desayunar con dificultad. Los huevos se escapaban continuamente del inquieto tenedor y el café se le derramó sobre los dedos cuando tomó la taza. Finalmente, se retiró de la mesa, pero su silla se negó a resbalar con suavidad; las patas deslizantes se engancharon en el suelo de mosaicos y se tumbó con un crujido.

El origen de su ansiedad se encontraba en un rincón del taller. Se detuvo ante la puerta, sintiendo los golpes de su corazón, para examinarlo por milésima vez. No había mucho para ver, desde un punto de vista objetivo: simplemente una cabina, como las telefónicas, de metal galvanizado. Pero sus paredes desnudas podían generar un campo que permitía viajar a través del tiempo; para él, primer temponauta del universo, era una belleza.

Andrewson acomodó su anorak bajo el asiento-estante de la cabina del tiempo. Existía la posibilidad de que sus calibraciones pudieran fallar en unos seis meses, y él no tenía deseos de congelarse en el invierno de 2705, si es que no lograba llegar en verano. Cuando se cerró la puerta, la luz que estaba sobre el panel de control brilló. Se afirmó en el asiento y se inclinó hacia el contacto.

A diferencia del temponauta de Wells, Andrewson estaba privado de la visión del mundo exterior por las paredes de su cabina. No podía observar ni el paso consecutivo de días y noches ni la progresión de las estaciones. Su mundo se estrechaba en un cronómetro objetivo: a través de su esfera los días julianos corrían como las señales en una máquina tragamonedas y los años hacían guiños con periódicos clicks, uno cada seis segundos subjetivos. Los dedos de Andrewson tamborilearon sobre el panel de control, sobre las paredes. A medida que el año 2314 se aproximaba, restregaba las palmas sudorosas sobre los muslos, en ansiosa anticipación del mundo futuro.

Durante la primera mitad de su trigésimo sexto año, James Thomas vivió en el 2314. En la mañana del 12 de junio ultimó todos los preparativos para reinstalarse en el pasado. Bajo el asiento de su máquina del tiempo había un maletín con pepitas de oro provenientes del transmutador de su tío. En su cabeza anidaba una inmensa colección de bagatelas históricas, la que un hombre podría necesitar para la vida cotidiana en 1870, y el traje de época que usaba era todo lo adecuado que permitían las viejas fotografías y los

Librodot

dibujos. Satisfecho tanto con su aspecto como con su aculturación, examinó la máquina del tiempo, una jaula esférica; también parecía en orden. Se sentó en la silla reticular y ubicó la caja de controles, del tamaño de una palma, sobre la rodilla derecha. Por unos instantes los dedos juguetearon con los botones multicolores que cubrían la superficie de la caja. Apretó el rojo.

Subjetivamente —lo controló con su reloj de oro de bolsillo— el pasaje a través del tiempo llevaba treinta y cuatro minutos. Durante esos minutos revisó sus conocimientos y sus planes. No prestó la menor atención al fenómeno de un universo que se precipitaba al revés, aunque el fenómeno era claramente visible a través del recamado de la máquina.

En 1870 apretó el botón azul y deslizó la caja de controles dentro de un bolsillo del abrigo. El tiempo y el lugar de su llegada eran exactamente lo esperado. Una mirada a la abierta pradera le confirmó que no había ser humano alguno en las cercanías. Hundió la plataforma, levantó su maletín y pisó la tierra. En un minuto plegó el cable del globo y lo guardó pulcramente en el maletín Entonces sacó un mapa del bolsillo, verificó con él sus recuerdos y emprendió la marcha hacia el pueblo más cercano.

El mundo de 1870 resultó bueno para James Thomas, tal como lo había deseado, y vivió una vida feliz, apacible, como un hombre de recursos. En 1876 se casó con una dulce jovencita, y ella, subsecuentemente, lo obsequió con cuatro fuertes hijos. Finalmente, después de una vida de felicidad y entrega, ella murió pacíficamente a causa de su edad avanzada. El mismo James Thomas la siguió no mucho después, en 1929.

El mundo continuó.

En el 2075 nació Ellis Andrewson. Creció en una familia moderadamente pudiente y recibió una excelente educación en la especialidad elegida, mecánica de campos. Demostró gran habilidad y originalidad y en el último año contribuyó sustancialmente a la formulación definitiva de la Teoría de los Campos Unificados; su posterior desempeño confirmó la promesa de sus años de Universidad. En 2105, inventó en secreto una máquina del tiempo.

En la mañana del 23 de octubre de ese año terminó de desayunar con dificultad. Los huevos se escapaban continuamente del inquieto tenedor y el café se le derramó sobre los dedos cuando levantó la taza. Finalmente, se retiró de la mesa, pero su silla se negó a resbalar con suavidad; las patas deslizantes se engancharon en el suelo de mosaicos y se tumbó con un crujido.

El origen de su ansiedad se encontraba en un rincón del taller. Se detuvo ante la puerta, sintiendo los golpes de su corazón, para examinarlo por milésima vez. No había mucho para ver, desde un punto de vista objetivo: simplemente una cabina, como las telefónicas, de metal galvanizado. Pero sus paredes desnudas podían generar un campo que permitía viajar a través del tiempo; para él, primer temponauta del Universo, era una belleza.

Andrewson acomodó un anorak bajo el asiento-estante de la cabina del tiempo. Existía la posibilidad de que sus calibraciones pudieran fallar en unos seis meses y él no tenía deseos de congelarse en el invierno de 2705, si es que no lograba llegar en verano. Cuando se cerró la puerta, la luz que estaba sobre el panel de control brilló. Se afirmó en el asiento y se inclinó hacia el contacto.

A diferencia del Temponauta de Wells, Andrewson estaba privado de la visión del mundo exterior por las paredes de su cabina. No podía observar el paso consecutivo de días y noches ni la progresión de las estaciones. Su mundo se estrechaba en un cronómetro objetivo; a través de su esfera los días julianos corrían como las señales en una máquina tragamonedas y los años hacían guiños con periódicos clicks, uno cada seis segundos subjetivos. Los dedos de Andrewson tamborilearon sobre el panel de control, sobre las paredes. A medida que el año 2314 se aproximaba, se mordisqueaba el labio inferior, en ansiosa anticipación del mundo futuro.

El 12 de junio de 2314, James Thomas se instaló en el encaje elástico de su máquina del tiempo, rigurosamente preparado para el año 1870, con ropa adecuada, un acabado conocimiento de la época y un maletín cargado con oro. Mientras ponía en marcha la máquina reflexionaba acerca de su futuro personal e ignoraba el fenómeno visual del viaje a través del tiempo.

En 1870 se detuvo y se encontró en el lugar esperado, una pradera desierta. Plegó su asiento, cargó el maletín y pisó tierra.

Súbitamente, el aire se llenó con un sonido fragoroso, como dos címbalos que chocan descentrados. Sobresaltado, dejó caer la valija. Cuando giró hacia su máquina, descubrió que algo andaba terriblemente mal. Fuertemente entrelazada con ella, había una segunda pelota de acero enmarañado y desde el interior de ambas un hombre, con traje de época, miraba a Thomas fijamente.

Tenía un aspecto marcadamente familiar.

—¡Usted es yo! —prorrumpió Thomas.

Entre ambos consiguieron apartar los cables necesarios para sacar al segundo Thomas de las máquinas irremediablemente enmarañadas. Mientras hacían esto, hablaban de sus vidas... o, casi, de su vida, ya que parecían haber vivido la misma. Finalmente, sólo pudieron formular la hipótesis de que esa duplicación era un imprevisto subproducto del viaje a través del tiempo, pero que, puesto que ninguno de los dos resultaba dañado por la experiencia, decidían olvidarla.

Como desde un principio se gustaron mutuamente, era simplemente natural que vivieran juntos como mellizos, uno llamado James y el otro Thomas. El mundo de 1870 resultó bueno para ambos y para sus dos maletines de oro, y vivieron vidas largas y felices, se casaron con dulces jovencitas, formaron una familia y construyeron casas idénticas, una al lado de la otra. Era una fuente de entretenimiento constante para sus amigos —y de perplejidad para sus esposas— el hecho de que permanecieran indiferenciables por el resto de sus vidas e incluso que de tanto en tanto respondieran al nombre del otro.

Jim y Tom Thomas murieron en 1929 y el mundo continuó.

En el 2075 nació Ellis Andrewson. Creció en una familia moderadamente pudiente y recibió una excelente educación en la especialidad elegida, mecánica de campos. Demostró gran habilidad y originalidad y en el último año contribuyó sustancialmente a la formulación definitiva de la Teoría de los Campos Unificados; su posterior desempeño confirmó la promesa de sus años de Universidad. En 2105, inventó en secreto una máquina del tiempo.

En la mañana del 23 de octubre de ese año terminó de desayunar con dificultad. Los huevos se escapaban continuamente del inquieto tenedor y el café se le derramó sobre los dedos cuando levantó la taza. Finalmente, se

retiró de la mesa, pero su silla se negó a resbalar con suavidad; las patas deslizantes se engancharon en el piso de mosaicos y se tumbó con un crujido.

El origen de su ansiedad se encontraba en un rincón del taller. Se detuvo ante la puerta, sintiendo los golpes de su corazón, para examinarlo por milésima vez. No había mucho para ver, desde un punto de vista objetivo: simplemente una cabina, como las telefónicas, de metal galvanizado. Pero sus paredes desnudas podían generar un campo que permitía viajar a través del tiempo: para él, primer temponauta del Universo, era una belleza.

Andrewson acomodó un abrigo bajo el asiento-estante de la cabina del tiempo. Existía la posibilidad de que sus calibraciones pudieran fallar en unos seis meses y él no tenía deseos de congelarse en el invierno de 2705, si es que no lograba llegar en verano. Cuando se cerró la puerta, la luz que estaba sobre el panel de control brilló. Se afirmó en el asiento y se inclinó hacia el contacto.

A diferencia del Temponauta de Wells, Andrewson estaba privado de la visión del mundo exterior por las paredes de su cabina. No podía observar ni el paso consecutivo de días y noches ni la progresión de las estaciones. Su mundo se estrechaba en un cronómetro objetivo; a través de su esfera los días julianos corrían como las señales en una máquina tragamonedas y los años hacían guiños con periódicos clicks, uno cada seis segundos subjetivos. Los dedos de Andrewson tamborilearon sobre el panel de control, sobre las paredes. A medida que el año 2314 se aproximaba, hacía crujir los nudillos en ansiosa anticipación del mundo futuro.

James Thomas detuvo su máquina en el año 1870, en una pradera abierta. Pisó tierra, con un maletín pesado por el oro.

Súbitamente, el aire se llenó con un sonido fragoroso, como dos címbalos que chocan descentrados. Sobresaltado por el ruido, dejó caer la maleta. Cuando se volvió, descubrió que en el lugar donde había estado la jaula había un bulto enmarañado: un segundo artefacto, idéntico a su aparato, se enredaba con él irremediablemente. En medio de esa mezcla de cables estaba de pie un hombre, vestido con ropas de la misma época que el propio Thomas.

Su aspecto era notablemente familiar.

Thomas abrió la boca para hablar, pero al instante apareció otra jaula redonda, y se unió al primer par por medio de unos pocos listones de su enrejado. En su interior, también había un hombre.

El cual tenia un aspecto notablemente familiar.

Los tres se contemplaron recíprocamente.

—¡Ustedes dos son yo! —dijo el tercer James Thomas.

En la mañana del 23 de Octubre del 2105, Ellis Andrewson terminó de desayunar con dificultad. El cereal se escapaba continuamente de la cuchara y el café se le derramó sobre los dedos cuando levantó la taza. Finalmente, se retiró de la mesa, pero su silla se negó a resbalar con suavidad; las patas deslizantes se engancharon en el suelo de mosaicos y se tumbó con un crujido.

El origen de su ansiedad se encontraba en un rincón del taller. Se detuvo ante la puerta, sintiendo los golpes de su corazón, para examinarlo por

milésima vez. No había mucho para ver, desde un punto de vista objetivo: simplemente una cabina, como las de teléfono, de acero pulido. Pero sus paredes desnudas podían generar un campo que permitía viajar a través del tiempo; para Andrewson, el primer temponauta del Universo, era una belleza.

Echó mano al jersey que había dejado sobre una silla la noche anterior... luego cambió de idea. Las calibraciones eran precisas. La máquina se detendría el 4 de Julio de 2075 y no habría necesidad de jersey. Se introdujo en la cabina y cerró la puerta. La luz que estaba sobre el panel de control brilló, en tanto él se instalaba en la silla tapizada y se inclinaba hacia el contacto.

A diferencia del temponauta de Wells, Andrewson estaba privado de la visión del mundo exterior por las paredes de su cabina. No podía observar ni el paso consecutivo de días y noches ni la progresión de las estaciones. Su mundo se estrechaba en un cronómetro objetivo; a través de su esfera los días julianos corrían como las señales en una máquina tragamonedas y los años hacían guiños con periódicos clicks, uno cada seis segundos subjetivos. Los dedos de Andrewson tamborilearon sobre el panel de control, sobre las paredes. A medida que el año 2314 se acercaba, se mordisqueaba las uñas con ansiosa anticipación del mundo futuro.

Sobresaltado, James Thomas se volvió. Miró fijamente las jaulas del tiempo que se confundían ante él: dos de ellas inextricablemente enmarañadas, algunas conectadas entre sí como los eslabones de una cadena, y una apartada en un costado, sola. Miró fijamente los ocho duplicados de sí mismo, quienes, con sus máquinas, se habían materializado en 1870, a pocos minutos de su propia aparición. Los rostros de todos ellos tenían el mismo aire de perplejidad, y él estaba seguro de que su propio rostro también lo llevaba.

—¡Hola! —dijo uno de ellos—. ¿Qué está pasando?

—¿De dónde venimos? —se preguntó otro.

—Caballeros, creo entender —dijo el primer James Thomas.

Ocho rostros se volvieron hacia él y se sintió como si estuviera mirándose en una multiplicidad de espejos.

—Nosotros sostenemos que el tiempo es un único instante —el Instante del Presente— que viaja a través de la Duración... ¿no es así?

Ocho cabezas asintieron.

—Consideramos que el tiempo transcurre de una manera análoga al enhebrado de un infinito número de cuentas. Cada cuenta es el Ahora en el momento en que ocupa el último lugar de la cadena. Las cuentas se añaden continuamente y cada una es el Ahora hasta que se ubica otra detrás de ella.

—Sí, esa es mi teoría —dijo otro James Thomas—. También puede ser comparada con el proceso de tejido. No interesa cuántos puntos hayan sido tejidos, hay un único y último punto, un único Ahora.

El Número Uno elaboró a continuación:

—Y como una persona que teje (o que enhebra cuentas), para retroceder en el tiempo, para convertir puntos o cuentas en Ahora, es necesario que destejamos todos los puntos que le siguen, que quitemos de la cadena todas las cuentas que le siguen, hasta que el dije elegido (o el punto) quede como el único tope de la línea. Caballeros, al elegir el ahora de 1870 hemos

destejido el tiempo. Al establecernos, permitimos que el tiempo se reteja a sí mismo naturalmente, pero el tramado no es necesariamente igual al diseño anterior.

—Debe de haber habido una Realidad original en la que hice retroceder el Ahora hasta 1870 y en la que me encontré solo —continuó el primer James Thomas—. Al detenerme, liberé el Ahora, que siguió avanzando según su propia armonía. Pero esta vez, con un nuevo factor: mi presencia en 1870.

"La nueva Realidad de 2314 no era mi Realidad, y el James Thomas nacido en el siglo vigésimo tercero de la nueva Realidad no era yo. Cuando él hizo retroceder el Instante a 1870, yo ya estaba allí y nos encontramos. Esto cambió la realidad una vez más y la vida que viví en el siglo diecinueve quedó anulada: dejó de formar parte de la historia. Y así sucesivamente, cada vez que un James Thomas hacía retroceder el tiempo cuando llegaba a 2314 y se unía a los James Thomas de Realidades previas en 1870, hasta ahora que hay nueve de nosotros aquí, en esta ronda.

—¡Dios mío! —exclamó otro James Thomas—. ¡Esto puede seguir indefinidamente!

—O al menos hasta que un grupo de nosotros imagine como detenerlo —dijo otro—. Obviamente, los grupos previos han fracasado o no lo han intentado, porque ellos, como grupos, fueron anulados, y nuestro grupo está aquí. Por supuesto, para nosotros está terminado: podemos seguir por caminos diferentes aquí en 1870 y vivir nuestras vidas verdaderas. Lo que ocurra en rondas subsiguientes no puede afectarnos en lo que somos ahora, miembros, o por así decir, el Grupo de Nueve —hizo una pausa—. Sin embargo, la idea de que en el año 2314 se interrumpa el circuito del Espacio y del Tiempo me resulta excesivamente desagradable.

—¡Absolutamente! ¡Qué el Número Nueve regrese al lugar de donde viene y que dé por terminado este desastre!

—¿Alguno de ustedes advirtió quién de nosotros era el Número Nueve? — Todos lanzaron una breve carcajada.

El primer James Thomas sacudió la cabeza y dijo:

—De todos modos, ya es demasiado tarde. Ya hay una nueva Realidad, en la que nacerá el Número Diez. La única manera de detener esto es detenerlo a él.

Ocho cabezas asintieron al unísono e inmediatamente todo fue un trepar a las máquinas del tiempo. Como había sólo siete máquinas operables, dos James Thomas se plegaron con otros dos.

—¡Lleguemos un minuto antes que él se vaya! —gritó uno de ellos.

La pradera estaba desierta excepto por una curiosa pelota de cables enmarañados, de dos metros y medio de alto y un poco desproporcionada.

En la mañana del 12 de junio de 2314, James Thomas, el segundo temponauta del Universo, ultimó sus preparativos para inmigrar al pasado. Tenía un maletín lleno de oro y la cabeza llena de historia. Echó un vistazo a su atuendo arcaico, lo encontró a su gusto, e intentó abordar su esférica máquina del tiempo. Sin embargo...

Antes que pudiera introducirse en ella, nueve pares de brazos, de nueve James Thomas, lo asieron por detrás.

En la mañana del 23 de Octubre de 2105, Ellis Andrewson terminó de desayunar con dificultad. Los huevos se escapaban continuamente del inquieto tenedor. y el café se le derramó sobre los dedos cuando levantó la taza. Finalmente, se retiró de la mesa, pero su silla se negó a resbalar con suavidad; las patas deslizantes se engancharon en el suelo de mosaicos y se tumbó con un crujido.

El origen de su ansiedad se encontraba en un rincón del taller. Se detuvo ante la puerta, sintiendo los golpes de su corazón, para examinarlo por milésima vez. No había mucho para ver, desde un punto de vista objetivo: simplemente una cabina, como las de teléfono, de metal galvanizado. Pero sus paredes desnudas podían generar un campo que permitía viajar a través del tiempo; para él, primer ternponauta del Universo, era una belleza.

Andrewson acomodó un anorak bajo el asiento-estante de la cabina del tiempo. Existía la posibilidad de que sus calibraciones pudieran fallar en unos seis meses y él no tenía deseos de congelarse en el invierno de 2705, si es que no lograba llegar en verano. Cuando se cerró la puerta, la luz que estaba sobre el panel de control brilló. Se afirmó en el asiento y se inclinó hacia el contacto.

A diferencia del Temponauta de Wells, Andrewson estaba privado de la visión del mundo exterior por las paredes de su cabina. No podía observar ni el paso consecutivo de días y noches ni la progresión de las estaciones. Su mundo se estrechaba en un cronómetro objetivo; a través de su esfera, los días julianos corrían como las señales en una máquina tragamonedas, y los años hacían guiños con periódicos clicks, uno cada seis segundos subjetivos. Los dedos de Andrewson tamborilearon sobre el panel de control, sobre las paredes. A medida que el año 2314 se acercaba, se rascaba el cuello nerviosamente...

Y se precipitó en el futuro.

El Poder Del Tiempo
(Josephine Saxton)

—No ofrecería muchas dificultades si lo aborda de manera positiva —le dije al Jefe de los Mohawks, Araña Voladora—. Su tribu es experta en esta clase de cosas. Todo lo que tiene que hacer es numerar las partes, hacer que una computadora las traduzca como si fuera un rompecabezas multidimensional, hacer que midan la tierra y la preparen con anticipación (nuevos sistemas de desagüe y todo eso, anegar el Soar y Trent para formar una isla), ay, vamos, Araña, usted puede hacerlo...

Mi complejo energético sobre el que nunca pensé, trabajando sobre su complejo energético que él alimenta y por el cual vive. Él era muy poderoso y su tribu había trabajado durante quinientos años para que las cosas fueran así, y otras tribus también; era la época en que los antecesores de Araña Voladora constituían una pequeña minoría, trabajando muy alto y arriba en las calles de Nueva York, construyendo en espacios más altos, haciendo reparaciones, limpiando. Trabajo que otra gente no hacía, no podía hacer; los mohawks se dedicaron a las alturas con naturalidad. Sí, Araña Voladora era realmente poderoso; era propietario de toda la isla de Manhattan. Sus antecesores la habían vendido en veinticuatro dólares, una bicoca, y él la había recuperado por una suma inimaginable. No sólo era dueño de la isla sino de cada piedra de cada edificio, de cada vidrio cilindrado, de cada

recorte de metal, clavija, perno, cable de electricidad. Además, era dueño de todas las empresas, excepto de DuPont, en el piso once del Empire State, que tenía una concesión especial por hacer todo el Vestuario Tribal sin cargo y antes que cualquier otro pedido. Como Araña por ejemplo, que siempre usaba insignias reales, plumas esplendorosas e innumerables, pero a prueba de lluvia y de manchas; usted podría haber volcado sobre ellas tinta de rotativa y la mancha hubiera desaparecido inmediatamente al secarse. Aunque nadie hubiera hecho una cosa así, no a Araña Voladora. Entonces Araña era poderoso y rico y yo también. Había sólo un centenar de nosotros tan ricos, todos descendientes de anteriores pueblos y grupos oprimidos, como por ejemplo cinco generaciones atrás mi tatarabuela que era secretaria de la Liga de Amas de Casa Chifladas por el Encierro de Loughborough Ltd., Inglaterra. Eso es lo que yo llamo progreso, quiero decir, entre los dieciséis millones o algo así de personas que quedaron sobre este planeta después de las Grandes Emigraciones, yo terminé siendo de la Élite. Mucha gente vivía bien, pero nosotros, unos cien, Gente Top, decidíamos hasta qué punto bien. Yo no sólo quería sacarle ventaja a Araña (era una especie de hobby que teníamos, comprarnos cosas el uno al otro y luego demostrar que valían más de lo pagado) sino que quería la isla de Manhattan para mí. Usted sabe, mi familia siempre ha sentido algo especial por Manhattan, ha sido una especie de Meca para ellos, aunque no puedo decir por qué; ha sido cosa de sentarse en las rodillas de Madre y escuchar cuentos de Manhattan. Las familias tienen cosas así. Pero nunca había estado allí. Sí, ya sé que suena un poco extraño cuando viajar es tan fácil, cuando una rastra anti-grav podría haberme llevado en media hora, pero yo no era solamente rica y poderosa sino que siempre había sido... bueno, una Inglesa Excéntrica, que es un estilo del que probablemente nunca haya oído hablar, pero que en mi caso toma la forma de no abandonar nunca el lugar en donde nací. Viajar nunca me entusiasmó; el trideo era todo cuanto yo quería experimentar del mundo exterior. Tenía todo lo que quería aquí en East Lake donde estaba la Reservación Nacional para los Antiguos Bretones, una pequeña villa que dio dos saltos en su desarrollo: el primero en el siglo trece cuando se erigió alrededor de la iglesia, y el segundo alrededor del veinte, cuando le agregaron unos cientos de casas, un supermercado, una biblioteca y un centro de salud. Y un par de Boutiques que era donde las mujeres compraban ropas. Loco y bastante lindo.

Entonces, yo tenía treinta y cuatro años cuando tuve este antojo de ver algo diferente. A pesar de su belleza, los alrededores de East Lake eran lóbregos. Terrenos pantanosos, bosques con unos pocos ciervos rojos, Nottingham City para paseos ocasionales... oh, pienso que había visto el roble de Robin Hood sólo una vez, y eso, en caso de que usted esté preguntándose, es un antiguo monumento a algún muchacho que representaba a una minoría oprimida, en algún momento, mucho tiempo atrás. Me invadió una especie de nostalgia, creo, esos cuentos tradicionales de Manhattan; se dice que mi tatarabuela había estado allí realmente. Tengo un par de sus pestañas postizas puestas en lucita, parecen gusanillos acuáticos y las he estado mirando...

Bien, se lo explicaré directamente ahora mismo en caso de que no haya entendido. Lo que yo quería hacer era comprar toda la isla de Manhattan y hacerla reedificar en East Leake, una villa entre Nottingham y

Loughborough, Inglaterra. Era sólo cuestión de marcar cada pieza correctamente y pegar la pieza A sobre la pieza B.

—Okay, okay, es un desafío. Lo aceptaré. ¿Digamos todo, incluyendo los habitantes, en seis semanas, con todo en orden?

—Eso es lo que tenía en mente, Araña. ¿Esa es la fecha de entrega más cercana?

Terminó de mecanografiar la última carta del día como secretaria de la Liga de Amas de Casa Chifladas por el Encierro de Loughborough Ltd. y fue a mirar un rato por la ventana, a través de los mandalas de algodón del encaje de Nottingham. Tenía que venir el cartero, más correspondencia, por favor, que haya más correspondencia. Había, en lugar de un mensaje telefónico. A su esposo no le gustaban los teléfonos, lo hacían demasiado localizable desde el trabajo los fines de semana y, entre otras cosas, eran caros.

¡FELICITACIONES POR SER GANADORA DE UNA SEMANA EN NUEVA YORK/ ACERTO EXACTAMENTE NUMERO DE PAJARITOS DE AZUCAR EN UNA TONELADA NO CUENTAS PAVOS PLASTICO QUE ERAN LA TRAMPA/ NUESTRO REPRESENTANTE LLAMARA ARREGLAR RESERVA PASAJES Y GUIAS PARA COMPLACERLA

Después de la conmoción y la sorpresa iniciales, hubo envidiosos adioses, besos apasionados que eran expresiones de perfecta confianza que traicionaban el horror a la traición, después de todo, ella es una mujer atractiva para su edad, todos esos guías, formados en fila para salir con ella, Manhattan a sus pies por una semana. Un traje nuevo de tweed blanco, un gran sombrero de paja, zapatos rechazados para la exportación que parecían perfectos. Mujer afortunada elevándose a diez mil metros, muy por encima de la escupida de gato de las demás Chifladas por el Encierro. Preocupada por cosas tales como los tobillos hinchados por la altura, golpeada por la iluminación artificial, golpeada por la timidez en el momento de la llegada, el cabello y el cutis reaccionando mal al aire y el agua de Nueva York, todas pesadillas de ficción que empezaron a disolverse en el momento en que le sirvieron el almuerzo en el avión y el hombre del asiento de al lado le dijo lo que era un mes en una isla de Grecia, lo que es en St. Louis donde tenía una cadena de supermercados. Oh, pensó ella, tiene que ser maravilloso ser norteamericano y viajar tanto. Él iba a detenerse en Nueva York para absorber la cultura en la forma de obras que no fueran de Broadway, uno no debe permitir que la mente se estanque. No. No señor. El acento que florece aún antes del aterrizaje.

El aeropuerto JFK, dos valijas a sus pies, manos que se aprietan, impermeable, pasaporte, pasajes, estar allí preguntándose qué hacer. más gente de la que ha visto en su vida y cómo corren de un lugar a otro, qué preocupados parecen. La temperatura es de treinta y cuatro grados y hay humedad, le brilla el rostro, siente una picazón intensa. Y también miedo, no solamente calor, ya que tiene una sensación horrible y el estómago se contrae ante el Stroganoff tibio que le dio la azafata. ¿Qué es esto tan diabólico? Vibra por todas partes, es el aliento mismo del lugar. Los organizadores del certamen llegan para hacerla desaparecer en un taxi amarillo conducido por un negro corpulento y bien parecido que parece haber olvidado el hecho de que en la calle hay otros coches, miles de coches. El ruido es increíble, las bocinas sonando todo el tiempo, las cubiertas

rechinando, algo que uno nunca escuchó en Inglaterra pero en América parece que siempre tomarán las esquinas frenando y en dos ruedas, la gente gritando, el tráfico alborotado, el rugido del subterráneo surgiendo de la tierra, la sirena de la policía. La sirena de la policía, ¿significa esto que han matado a alguien? Podía ser. Y entonces le parecía que podía oler y escuchar las vibraciones del Infierno, podía ver en qué había terminado todo, un día súbitamente la tapa del Pozo había saltado en mil pedazos por la presión y todo eso había empezado a manar de la tierra, materializado en la forma de una Ciudad. Oh, no, quiero volver a casa, ojalá no hubiera venido nunca, mi esposo, mis hijos, llévenme de regreso...

Pero nunca lo dijo en voz alta, siguió sonriendo y mirando y preguntando, siguió haciendo revolotear las pestañas postizas. La habitación que le dieron en el hotel era limpia y agradable, y al día siguiente irían a buscarla para hacer un recorrido por las tiendas de la Quinta Avenida seguido de un almuerzo en el Russian Tea Room, cerca de Carnegie Hall. Ni hablar de dormir porque llevó varias horas deshacer las valijas, encontrar el jabón y los cepillos, a pesar de que habían sido empacados con eficiencia. Se sentía como si no fuera ella, de una manera extraña... ¿desorientada? Una situación peligrosa, nada que tuviera que ver con su hogar en Inglaterra parecía real, su familia eran fotografías veladas, East Leake no era más que un minúsculo lugar sin importancia. Pero al día siguiente las cosas mejoraron.

Para el almuerzo había panqueques rellenos con queso crema hecho con leche de cabra, caviar y crema ácida y vodka, la clase de comida que uno puede cocinar en casa con un libro de recetas pero que de ninguna manera puede conseguir comiendo afuera. Comenzó a sentirse mejor, el centro de una buena dosis de atención poco común, y todo era muy grato. El guía para ese día era encantador e inteligente, con cabellos rubio cerveza, una barba suave y sedosa y modales impecables. Hablaron sobre literatura rusa en la medida de sus posibilidades, aunque bendijo el tiempo que había pasado años atrás obligándose a leer Crimen y castigo ya que podía recordar detalles del libro que él no recordaba, lo cual la hacía sentir realmente muy bien. Él le dijo que los adornos del candelabro central del restaurante eran bolas de cristal para ahuyentar a los espíritus diabólicos, de seis años atrás. Así que en América también eran humanos y falibles, aun en un lugar ruso. Ciertamente no todo era ruido y maquinarias y corridas y comida envasada...

Una visita guiada a las galerías de arte de la calle Cincuenta y Siete Este por la tarde, una introducción al arte kinestésico. Un globo de vidrio sobre un cubo negro, dentro del globo un anillo de neón, simétrico, que se movía de atrás para adelante cambiando de rojo a azul con ritmo regular y que trazaba formas que iban y venían sobre la superficie y en el interior del globo, emitía un sonido agudo que penetraba en sus oídos y rebotaba en el interior del cráneo. Con regularidad. Lo contemplaba deleitada, nunca había visto... Era hipnótico, compulsivo, arrebatador, uno flotaba, uno hacía, ¿qué hacía? Un espacio atemporal, incorpóreo, hermoso, y tenía un mensaje. Cómprame y llévame a casa. Pero tres mil dólares era más de lo que ella podía tener y el dinero que había ganado estaba destinado para gastarlo en vestidos y cosméticos. Su guía la arrastró fuera de la galería de arte, permitiéndole una mirada fugaz a grandes discos de acero que giraban sobre terciopelo negro, recogiendo los latidos luminosos del globo de vidrio, era

algo sensual, como una mujer bailando. Se sentía mucho más relajada y cómoda al cabo del segundo día en la ciudad, mucho más; simplemente había necesitado descansar después del vuelo. Qué ciudad, una creación Humana única. Nada exactamente igual sobre la Tierra; el hecho era excitante en sí mismo.

—Sí, seguro, Araña, este es el lugar perfecto. Una mina de sulfato de cal en desuso bajo la colina, un área de aproximadamente trescientas millas cuadradas, usted puede usar las que quiera para los desagües y subterráneos y todo eso, va a ser una ganga, quiero decir, East Leake está construida sobre una amplia caverna, no tendrá que hacer volar las rocas y en cuanto a fuerza es como el Peñón de los Siglos, no habrá derrumbe que les provoque pliegues en el empapelado y usted no necesita inundar demasiado a Nottingham para reunir todo, estuve hablando con los agrimensores esta mañana, ya ve, no hay ningún problema, no se haga ningún problema. ¿Los del piso once y DuPont ocasionan problemas? Constrúyales una base sólida de concreto con ascensor y cuando transporten todo el edificio ponga el piso de DuPont otra vez sobre ése, tendrán todo lo que están habilitados legalmente para tener, pero, ¿a quién le importará? Si alguien protesta por venir a Inglaterra, ofrézcale el mismo tratamiento, dígales que pueden quedarse. Recuperarán la sensatez, ¿qué negocio van a hacer trasladándose a la desierta Isla de Manhattan?

Yo estaba realmente enloquecida con la idea, que empezó a tomar forma un par de días después de haber firmado el convenio con Araña. Yo tenía que vender miles de millas cuadradas de Finlandia para poder hacerlo pero como no tenía intenciones de ir allá no me importaba. Yo no había ido nunca a Manhattan, ¡Manhattan estaba viniendo a mí! Arreglé todo con el ayuntamiento de la ciudad y comenzaron a evacuar a todos los habitantes de la zona y cuando hicimos las verdaderas mediciones el área incluía West Leake, Sutton Bonington, Hoton y Costock, Stanford y parte de Bunny. Pero como les señalé mientras lo resolvía en mi escritorio de IBM, ¿qué problema tenían? Se beneficiarían. Me había estado ocupando para que todos tuvieran una vivienda mejor que la anterior, para que se construyeran nuevas fábricas y negocios, para que el nivel de vida de todos mejorara, sin mencionar las pensiones por retiro para los que no podían seguir manteniendo el hogar. Podrían haber sido Antiguos Bretones en la Reservación Nacional, pero estaban abiertos al razonamiento si el razonamiento olía a comodidades. A esa altura yo terminaba de decirles que no podían esperar las topadoras ultrasónicas para mudarse.

¡Todos retrocedieron! Las sirenas hacían temblar a Sherwood Forest, estremecer a Charnwood. Y entonces, un extraño zumbido que fue casi un silencio, muy rápidamente, toda el área que yo necesitaba para reconstruir Manhattan se convirtió en polvo que, por supuesto, fue transportado por mi fábrica de bloques de rescoldo en Yorkshire.

—A veces puedo producir caos, pero nunca me ha gustado el despilfarro —le dije a un Araña Voladora aturdido de admiración.

—De verdad que tiene talento —me dijo. Eso es lo que llamo progreso, pensé. Era sólo una cuestión de semanas desde nuestros primeros encuentros frontales; él me había considerado sin iniciativa y neurótica por mi rechazo a los viajes, y sin esperanzas para los negocios de compra y

Librodot

venta. Ese cumplido proveniente de él me hizo sentir fabulosa. Un tío poderoso, este Araña Voladora.

Era una delicia el guía de ese día: un espléndido joven con cabello largo y bigotes que se hubieran enroscado por sí mismos si él no hubiera estado haciéndolo continuamente, sonriendo todo el tiempo y permitiendo de vez en cuando que un ojo se deslizara hacia adentro creando un efecto que de algún modo lo engrandecía. Salvaje, como un pirata. En lugares elegantes usaba corbata de seda, zapatos lustrados y calcetines que hacían juego con el traje oscuro y la camisa celeste, y en los bares de los suburbios sacaba de su portafolios un par de sandalias de cuero y un pañuelo escarlata. Solía andar pavoneándose, con el pañuelo alrededor de la cabeza, la camisa abierta hasta la cintura y las sandalias de cuero, sonriendo desenfrenadamente, de modo tal que ella coincidía con todo lo que él decía en vez de detenerse a pensar que estaba ligeramente chiflado. ¡Un hombre así en East Leake, oh, ellos pensarían que era tan singular! Hablaban sobre el panorama literario, autores como John Barth y Donald Barthelme, los poemas de Sonya Dorman y la llegada de Nabokov al mundo de la ciencia-ficción. El hombre trabajaba como guía para ganar dinero, su verdadera ambición era ser escritor. Ella hacía anotaciones mentales para estudiar cosas durante todo el invierno y para tratar de persuadir a su esposo de que usara un pañuelo estilo pirata para andar por la casa y para dar una conferencia a las Chifladas por el Encierro acerca de la Nueva Ola literaria en América. Estaba comenzando a sentirse eufórica y delirante y lógicamente podía atribuir ese estado mental al vodka y a los camparis que él le pagó con el dinero del certamen, y sin embargo no era totalmente así. Le hacía recordar las primeras noches que había pasado afuera con su esposo antes de casarse. Miraba en torno de ella y todo parecía maravilloso. Era el auténtico sentimiento: estar enamorándose.

—Bueno, si DuPont no está de acuerdo y eso significa que habrá sólo ciento diecinueve pisos para el Empire State, entonces tengo que hacerlo construir justo en la cima de la colina, en el lugar de Adastral House, ¿sabe? Nombre apropiado, ¿no? Sí, insisto, quiero que sea tan alto como antes, que esté a mayor altura sobre el verdadero nivel del mar que en su lugar original. ¡Piense en la vista! En un día claro podré ver hasta Northampton o Derby, depende desde qué lado mire. Justo sobre los ríos nuevos y a propósito, la anegación anduvo bien, el curso nuevo resistió perfectamente la inundación, no hay diferencia en la ondulación del agua que rodea a la Nueva Manhattan, las corrientes no se desviaron en absoluto, mañana puede trasladar el embarcadero, controlar si en los túneles y puentes se colocaron adecuadamente las barreras de peaje, ya que el carril para Pennsylvania será ahora el carril para North Wales. Haremos unas monedas o algo así, la gente vendrá desde Edinburgh para llegar al embarcadero por la noche, oí que es algo espectacular.

Araña estaba extasiado conmigo, yo podía afirmarlo por su manera de reírse. Le gustaban las mujeres con imaginación. Me dijo que la ciudad ya estaba en pedazos y depositada sobre Palisades y Poconos para su re-erección y que todos los bloques de albañilería ya estaban atravesando el Atlántico en rastras anti-grav. Les habían obligado a usar topadoras subsónicas en vastas zonas forestales, pero si yo quería una entrega más

rápida, entonces no tendrían tiempo para terminar de abastecerse en Arizona. El asunto se estaba llevando a cabo con la frecuencia de un centésimo de segundo, más o menos. Araña quería mostrarme su eficiencia; yo lamentaba lo de los bosques pero apreciaba sus esfuerzos. Di órdenes para que replantaran el área en la primera ocasión. Yo misma tomé una rastra de dos asientos para observar si los cimientos del Empire State eran colocados exactamente donde yo lo había especificado. Estuve revoloteando durante horas y apenas podía explicarme por qué me sentía tan asustada. Lo atribuí a la excitación. Después de todo, no era una tontería lo que yo había puesto en funcionamiento. Era algo de Primera, sin duda. Esa noche no pude dormir, a pesar de que la lujosa lancha que atravesaba el East River, anteriormente el Trent, era el lugar más cómodo que yo había conocido. Yo no iba a dormir bien durante varias noches aunque no lo sabía en ese momento. Y también era a prueba de los ruidos provenientes de veinticuatro horas de actividad de las rastras anti-grav, que regresaban trayendo las próximas piezas del rompecabezas, cantidades de fibras de vidrio y mezcladores de concreto de otras épocas, y del clamor de los andamios, sopletes, grúas y camiones y taladros y otras maquinarias. Entonces no era el ruido lo que me mantenía despierta. Todos los días salía a flotar por encima de la ciudad naciente para observar, controlando las avenidas con un mapa vaya a saber por qué diablos; al principio el aspecto era de liquen y de escoria con hongos cuadrados que brotaban por aquí y por allí. Pero a medida que transcurría el tiempo comenzó a tomar más forma, los dorados y brillantes amaneceres se reflejaban una y otra vez en los vuelos del vidrio, algunos de los edificios más chicos incluso tenían banderas flameando en los techos y la gente comenzaba a mudarse. Las rastras llegaban con intervalos de una hora y los muebles, cajas y gentes comenzaban a redistribuirse en hogares, negocios y oficinas. En las ventanas aparecían rostros curiosos por ver cuál era la vista desde el nuevo lugar. La mayoría se mostró desilusionada porque contemplaban exactamente los mismos ladrillos y las mismas ventanas con listones que habían tenido en lugares como la Ochenta y Ocho Oeste, aunque un viejo juró que habíamos plantado su acacia marchita a noventa centímetros del lugar indicado porque su gato siamés estaba acostumbrado a saltar por la ventana del quinto piso hasta la rama del árbol y la primera vez que lo intentó se encontró con la muerte. Yo lamenté la suerte del gato pero tuve que demostrarle que el árbol estaba correctamente emplazado enseñándole el plano del patio del fondo con cada piedra numerada y en su ranura correspondiente, incluyendo el canal de desagüe que respondía al duplicado del sistema de desagüe que ellos habían construido. En realidad, el sistema de desagüe era una réplica sólo en la parte en que se unía al exterior, el tramo subterráneo había sido rediseñado completamente, era mucho más grande y veloz con el agregado de un sistema para matar ratas con gas. Idea mía, por supuesto, pero tuve que pagar para que fuera inventada. Ofrezca dinero suficiente y la gente inventará cualquier cosa, y bien. Por lo tanto, ni ratas ni desagües rebosantes. Yo les gustaría a la gente de Manhattan que, hasta ese momento, no parecían particularmente alterados. Para ellos la vida seguiría como de costumbre, y mucho más, y si deseaban tomarse vacaciones en América y no en Inglaterra, no tenían más que solicitar transporte sin cargo. Yo ya tenía todo resuelto; con la clase de dinero que manejaba, era fácil. ¡Oh, si!

Lo que me gustaba observar especialmente era los hombres-araña trabajando en las alturas. Parecían gatos anti-grav; el peso no era problema alguno. Apoyados en los travesaños hacían equilibrio con sopletes y llaves y despreciaban los lugares seguros incluso a la hora de comer. Yo pasaba junto a ellos y a veces alguno acusaba recibo de mi presencia con una solemne inclinación de su cabeza magnífica. La tribu de Araña no tenía que trabajar, por supuesto, pero llevaban el trabajo en la sangre y lo amaban. Durante cientos de años habían pasado la mayor parte de las horas de vigilia a metros de altura sobre las calles de la ciudad, ¿por qué detenerse? Fue un momento emocionante cuando terminaron de levantar El Grande (mi nombre para el edificio del Empire State), erguido y perfecto con excepción del huidizo piso once.

Era uno de esos atardeceres en llamas y yo pasé como un relámpago a la altura del piso sesenta y ante mis ojos irrumpió algo así como sangre escarlata florescente, seguido por un brillante reflejo azul cielo e instintivamente me volví para recibir la visión una y otra vez, más y más rápido, oh, hasta entonces yo me había perdido toda esa diversión; comenzó a ser una realidad que yo era dueña de una ciudad, rojo azul, rojo azul era el cielo que rodeaba mis torres de vidrio hasta que llegaron las verdosas nubes de la noche y yo descendí, la mente despejada y exultante. Esa noche, acostada, seguía viendo el relámpago de color, y era como si alguien tratara de recibir un mensaje a través de mí y mis oídos comenzaron a zumbar. Sabía que estaba agotada y un poco desorientada; los alrededores eran completamente desconocidos y era lógico que produjeran efectos colaterales. Me levanté antes de que amaneciera y me asomé a la ventana para mirar el río. En algún lugar cerca de la isla tendría que haber habido algo llamado Estatua de la Libertad, pero había olvidado incluirla en el convenio. De todas maneras, pensé, quién quiere una escultura de ese tamaño, yo tenia toda la Guggenheim y todo ese material para mí si quería Arte, todo me pertenecía y por otra parte no quería reanudar negociaciones con Araña a esa altura, pensaría que era incompetente. Debo admitir que por ese entonces estaba un poco deprimida por la totalidad del proyecto, pero lo atribuí a una prolongada impaciencia. Seis semanas estaban resultando un tiempo espantosamente largo para concretar un sueño, pero como dijo Araña:

—Usted no querrá los Cimientos de Manhattan en Battery Park o Penn Station debajo de los elefantes en el Museo de Ciencias Naturales, ¿no es verdad? Dénos tiempo, pondremos todo junto sin errores. Nadie que viva allí advertirá la diferencia, está todo organizado. —Y la manera en que dijo la palabra organizado me produjo un escalofrío de horrorizada admiración; quiero decir, uno sabía que él era conciente de cada una de sus palabras, que cuando decía algo, era así.

—Okay, Jefe —murmuré yo, y me llegó una especie de destello. Araña Voladora me había despojado de poder pero yo era todavía la que tenía imaginación.

—¿Qué haremos cuando esto esté terminado? —me preguntó.

—¿Qué le parece poner el Taj Mahal sobre Rock Ayers, en Australia?

Se disgustó un poco.

—Yo me refería a algo nuevo y original. Como considerar una fusión de alguna clase, que nuestras dos empresas funcionen juntas.

Todavía no sé cómo me mantuve calma, era fantástico. ¡Una fusión! ¡Él y yo!

—Buena idea, Jefe —dije, y esa noche tampoco dormí. Entonces era felicidad pura lo que me mantenía despierta. De pronto era como si hubiera estado soñando durante siglos y el sueño comenzara a hacerse realidad.

Quedaban dos días del Viaje del Certamen y ella se sentía espléndida. Se preguntaba cómo pudo haber sentido alguna vez que la ciudad era horrible, tenía que haber sido por el impacto, una isla pequeña atestada de gente. Estaba con un guía en Le Mistral, que era uno de los mejores restaurantes de Nueva York y estaba ligeramente borracha y muy feliz. Era una delicia estar con él, encantador y considerado, llevando la conversación por uno y otro rumbo, sirviendo el clarete reserva que él había elegido entre tanto y además consultándola sobre su elección. Ella había dicho:

—Bueno, en realidad lo que habitualmente tengo en casa es vino tinto barato; él había admitido que podía estar bien pero que pensaba que esa noche deberían tomar algo un poco mejor. Lo tomaron con pichones estofados en una exquisita salsa de crema marrón llena de olivas y ella se maravilló ante el perfecto rizado de la ensalada que acompañaba el plato. En los restaurantes normalmente la ensalada estaba un poco mustia. En cambio ésa estaba pletórica de vida. Hablaron además de la belleza nocturna de la ciudad, y cuando llegaron a la ensalada de fruta fresca con Kirsch y luego al excelente café, ella verdaderamente volaba de bienestar, felicidad, gozo. Su compañero era sorprendentemente bien parecido y con un hermoso bronceado, probablemente pasaba sus vacaciones en Bermudas o en algún otro lugar fabuloso. Un noble perfil, cabello azabache.

—¿Dónde consiguió ese bronceado maravilloso? —le preguntó ella, y él sonrió sin huellas de acritud y explicó que no era bronceado como podría ver si estuvieran a la luz del día, él tenía sangre mohawk y durante el día trabajaba como hombre-araña arriba, en los rascacielos, hacía el trabajo de guía por la noche para ganar dinero extra para su familia. Su esposa sufría de una enfermedad del bazo y los honorarios del médico eran exorbitantes. Pero, dijo, no iban a hablar de eso, tenía algo maravilloso para mostrarle. El piso sesenta y cinco, el Salón del Arco Iris. Ventanas inmensas a través de las cuales le señaló una vista fabulosa. Por alguna razón en ese momento el trato no era profesional y se tomaban de la mano, y ella apenas podía respirar por la emoción de lo que veía, era tan hermoso. La niebla estaba por debajo de ellos, en los cañones, el Empire State se desplazaba hacia ellos amenazante y amorfo, como la presencia de un insecto proveniente de un Espacio Exterior, un resplandeciente tesoro en el firmamento. Aproximándose a la tierra, acercándose a perpetuidad. Ella extendió las manos y se sintió atontada por el misterio de la arquitectura, que es sobrenatural e irreal y en lo profundo de su corazón expresó un deseo, volver algún día y vivir en Manhattan, donde se sentía tan bien y amada.

¡Y amada! Por la ciudad, por supuesto, porque ella estaba enamorada de la ciudad.

—Ciudad de ensueño, te amo —y quizás él oyó y quizá no, pero era nuevamente un guía profesional, mostrándole East River y las luces encendidas, los puentes. Nuevamente le tomaba una de las manos, para tranquilizarla, ella se tambaleaba y él era roca firme: su trabajo era remontar vuelo y tocar tierra a salvo.

Jefe Araña Voladora se disculpó por el retraso de un día. Era culpa de DuPont, en el último momento habían decidido que querían incorporarse a

la mudanza y por lo tanto hubo que resolver el problema de cómo insertar nuevamente sus oficinas en El Grande. Yo sugerí la notable idea de hacerlas cruzar el Atlántico sobre varias rastras anti-grav, todas intercomputadas de manera que el bulto completo no fuera un obstáculo deslizándose por las profundidades. DuPont no quería perder horas de trabajo y yo quería que trajeran las cosas, pero pronto, entonces me pareció obvio traer las cosas en una sola carga, máquinas de escribir y computadoras repicando a la distancia los teléfonos de onda corta provisoriamente instalados, las puertas del ascensor con doble cerradura.

Se ataron fuertemente alrededor de quince mil unidades anti-grav que fueron trasladadas desde el piso doce hasta el último piso de El Grande y los rayos láser atravesaron todo el piso justo por encima del cielorraso del décimo, y en el preciso momento todo fue como un tubo genial y perfecto y todo se deslizó adentro y DuPont todavía rumiando por teléfono y casi ni una gota de café derramada. Las instalaciones eléctricas y sanitarias comenzaron a prestar servicio en forma permanente y se verificó que cada astilla de madera ocupara el lugar indicado. En cada uno de los lugares necesarios se colocó argamasa y se introdujeron varillas de acero irrompible que parecían alfileres, los orificios hechos por el láser se rellenaron con resina y luego se los dotó de una carga electromagnética para sellar las dos junturas con más fuerza que antes. Se controló que ninguna ventana estuviera desviada, no queríamos que el vidrio explotara en el rostro de la gente, pero todo estaba en orden. Araña pensó que yo era casi brillante por haber pensado en hacer las cosas de esa manera, y yo pensé que él era más brillante por haber llevado a cabo mi sueño. Juntos, después de la fusión, supimos que haríamos cosas que harían estremecer al mundo. Quedaban pocas cosas para controlar. Por ejemplo asegurarse de que los trabajadores de las zonas suburbanas que viajaban diariamente tuvieran buenas viviendas. La división encargada de esa parte del proyecto estaba segura de que todo estaba bien, pero yo quería que todo se controlara una y dos veces antes de que declarara al lugar oficialmente en condiciones y mío. Los subterráneos ya estaban rugiendo y me proporcionaban un gran placer.

El guía para esa última noche era un hombre muy agradable que debía llevarla a cenar y luego al teatro. Iban a ver tres piezas en un acto, en un teatro que no pertenecía a Broadway y ella esperaba la noche con mucha ansiedad. Había cuidado especialmente el maquillaje y el vestido. Se puso un traje pantalón de terciopelo blanco con larguísimas mangas medievales y un cinturón diamante que marcaba el talle alto, algo que nunca hubiera podido usar en East Leake. Su esposo le había ayudado a elegir las ropas para el viaje y mientras se colocaba en la cabeza una toca de cristal de roca estilo Julieta, ella advirtió que él le importaba cada vez menos y pensó con horror que tenia que volver a su casa en una villa chata y al trabajo de secretaria de las Chifladas por el Encierro y a las Tareas Domésticas y a no tener a nadie interesante con quién hablar... oh, iba a ser tan espantoso, ella pertenecía allí, a Manhattan, ese era su verdadero hogar. Pero se dijo que no fuera tan tonta y egoísta por supuesto que amaba a su esposo y a su hogar, y las Chifladas por el Encierro estaban haciendo reales progresos, por ejemplo guarderías para niños de dos años, viajes una vez por mes, igual salario. Y eso era sólo un viaje, era afortunada, no había que ser insaciable... La gente insaciable corría el riesgo de perder todo.

Durante toda la cena le habló a su guía de las noches anteriores, cuando estuvo en el piso sesenta y cinco en estado de éxtasis, habló como un loro durante los excelentes crepes rellenos con espinaca y jamón, y durante el café siguió hablando de la increíble belleza de la ciudad de Nueva York, la isla de Manhattan, Isla de ensueño justo hasta el momento en que se levantó el telón de la primera pieza teatral. Durante el intervalo le habló a su guía acerca del guía de la noche anterior, le dijo que era Mohawk, que era bello, que tenía a su esposa enferma. El guía sonrió con ternura y por razones de edad y experiencia se abstuvo de señalar que su dama estaba enamorada no sólo de la Ciudad sino también de un hombre. Si él no decía nada, entonces ella podría volver tranquilamente a su casa, sin conocer el hecho por sí misma. La llevó a una confitería para tomar té helado, le ofreció un refresco de lima pero ella no podía comer. La devolvió a su casa en un taxi y allí en la puerta del hotel estaba su Mohawk con un overol de denim marrón, mocasines, y una camisa azul. No necesitó hablar, ni responder a un impulso, sabía lo que quería. Los dos querían lo mismo, lo hablaron en la habitación del hotel. Ellos querían vivir juntos en Manhattan, querían olvidar que tenían otra vida. Se besaron y se tendieron en la cama, aturdidos y conmocionados por el puro placer de besarse sintiendo que el amor era nuevo. Y golpeados por el impacto que causarían en muchas vidas si seguían una pizca más adelante. Él habló de su esposa que se enfermaría y moriría si se enteraba que él hacía el amor con otra mujer, de sus hijos, a quienes les causaría gran daño si los dejaba; ella habló de su esposo a quien se sentía unida para siempre, sentía que los votos matrimoniales eran sagrados aunque pasados de moda, pensó en sus hijos y vio dolor y destrucción crecientes, pensó en su casa que se convertiría en polvo si ella se permitía amar a ese hombre que se sentía tan bien entre sus brazos. Él se marchó en silencio y ella no lloró, tampoco durmió. Estaba allí tendida, murmurando:

—Ciudad seductora, te amo, amo cada edificio, cada piedra, cada astilla, todo, el río que te rodea, los grandes edificios, los cañones, y el olor y el sabor y el roce de la dura piedra de la vereda, te amo tanto... Transfiere el amor a los objetos inanimados, transmútalo, conviértelo en nada más que un recuerdo, para que yo pueda vivir en mi casa, en paz conmigo misma...

Al amanecer salió a tomar un café, sin miedo a los empujones y al chirrido de cubiertas y sirenas, déjenlas, no importa, nada puede hacerme daño ahora, oh, ¡qué alguien trate de hacerme daño!

Araña me llamó:

—Es todo suyo, el trabajo está completo, la basura y las cucarachas en la alcantarilla. ¿Quiere una visita guiada?

Yo alcé el bloque de lucita con las pestañas postizas de mi tatarabuela. Juro que las condenadas se movían. Como si se estremecieran o hicieran guiños. Horrible, pero no pude evitar reírme, después de todo durante seis semanas casi no había dormido, no sabía de dónde sacaba energía. Es sorprendente lo que puede hacer por el sistema nervioso la sensación de consumación. Puse el bloque de lucita debajo de algunos papeles del escritorio y le dije a Araña que no, no a la visita guiada por el momento, primero quería hacer una cosa loca que era volar sobre el Atlántico en un anti-grav y tener una visión de la Isla de Manhattan desnuda y a la intemperie. Pensó que estaba loca.

—El primer viaje que hace más allá de su propio patio y lo que quiere ir a ver... ¡está ocurriendo aquí!

—El problema es que yo pagué para que fuera así...

—Ya sé, ya sé, pero es lo que siento, quiero hacerlo.

Le colgué y descubrí que estaba nerviosa por la fusión, entre otras cosas. Nuestros poderes combinados podrían hacer mucho, tal vez entre los dos podíamos llevar a cabo cosas terribles: me importaba muy poco

Pero no iba a decir nada y primero tenía que controlar unos pocos asuntos. En la TV estaban entrevistando a antiguos residentes de New Jersey y lugares como ese donde habían vivido los trabajadores que ahora vivían en los suburbios de Leicester y Derby. Aunque la distancia era mas corta y aunque con el escaso dinero que yo les estaba pagando se sentían más felices, había una notable ausencia de sentimentalismo por la tierra natal, el tiempo sería apenas un problema hasta que el servicio meteorológico se pusiera de acuerdo con Ecología para disponer los veranos sin ocasionar daños. Yo lo quería cálido y húmedo en esas calles de verano neoyorkino y ellos querían que el sol hiciera madurar los granos y duraznos en sus casas de fin de semana. Lo tendrían, pronto, pronto. Se mostraban reuniones entre antiguos habitantes y el nuevo aluvión y parecía que en general se llevarían muy bien. Ambos grupos sentían que se habían beneficiado .

—Después de todo —dijo un ama de casa que había vivido en Roulstone Crecent que ahora estaba tragado por la intersección de Broadway y Seventh— va a ser lindo llegar a Nueva York a la noche e ir al cine; antes no había mucho que elegir.

Estaba todo dispuesto, era mío. Habría una reunión oficial de ambas empresas para firmar la fusión. Antes de emprender mi viaje llamé a Araña.

—A propósito, ¿qué piensa hacer con el lugar de la vieja Manhattan?

—Pensé que podría hacer una reproducción. Antigua Reservación India...

—Lo veo más tarde——le dije sonriendo.

Estuvo despierta todo el tiempo hasta que llegó a su casa. El viaje en avión había sido fabuloso, luces azul intenso en la pista, las luces de la ciudad desde el aire, una tormenta eléctrica y nubes de seda negra rasgándose sobre las alas, el cielo entero iluminado como su repentino descubrimiento de un amor nuevo, sofocado entre las nubes como su fracaso. Y entonces en línea recta a las estrellas y cuando la azafata le preguntó si quería tomar algo dijo que no, porque quería tener la cabeza despejada para el amanecer. Adelante, hacia la estrella que brillaba en un vaso de líquido claro, permitiéndose pensar en él con un estallido físico y cómo hubiera sido y luego, aterrizando, prohibiéndose pensar siquiera, porque sabía que si pensaba en él ocurriría algo muy terrible .

Yo revoloteaba por la desolada Manhattan y me preguntaba por qué había venido, había sido una locura. Tenia un aspecto lúgubre, fantasmal, la tierra era polvo de ladrillo aplastado, los cimientos, los túneles, vacíos o atestados, todo, una planicie de despojos. Con todo, Araña volvería a plantar y dejaría el lugar como en antiguas épocas, muy pronto sería un hermoso lugar. Me dirigí a casa, la rastra a velocidad máxima, de manera que estuve de regreso en menos de dos horas. Estaba muy nerviosa y por lo tanto no toqué tierra directamente sino que di algunas vueltas primero. En un principio tuve la impresión de que los nervios y la falta de sueño me estaban jugando una

mala pasada. La línea del horizonte temblaba. Se movía estúpidamente. Entonces empecé a lanzar advertencias sin sentido. Los edificios se doblaban sobre las veredas y yo pude evitar justo a tiempo la bóveda de acero del edificio Woolworth que se deslizó junto a mí como un cohete en descenso y se desintegró en escamas en lo profundo del abismo. Lancé mi rastra hacia arriba, a velocidad máxima, y comencé a describir círculos, conecté los controles del escape automático y observé todo. Era la mina de sulfato de cal que se derrumbaba, por supuesto; había estado sólidamente techada por espacio de miles de años pero ya era demasiado. Todos los ingenieros y consultores habían dicho que andaría bien pero, maldición, se habían equivocado. Tal vez fue porque los rayos láser habían ocasionado daños invisibles, tal vez fue mi deseo de emplazar El Grande justo encima de la colina, en el punto más delgado del techo de la caverna, no sé. El sonido era mitigado por la altura y por la cúpula cerrada, pero yo lo conocía muy bien. Todos los alaridos y gritos y lamentos del exterior, quejidos de incredulidad y horror, ecos de explosiones en las vías de los coches subterráneos, fuego por todas partes, pérdidas de gas, rascacielos enteros desplomándose sobre las calles, reventándose como fruta, taxis amarillos como escarabajos aplastados por los ladrillos, bocinas aullando en el silencio y en las profundidades mil metros de cal blanca y brillante triturándose por su propia fuerza, cubriendo una vez más la arcilla amarillenta de los alrededores, la presión tan intensa que Bacon Hill, a diez millas de distancia, se elevó noventa centímetros por sobre el nivel del mar. Y entonces lo vi, a la altura del último piso de El Grande, afuera y colgando sobre la defensa de acero que rodeaba el parapeto del piso ochenta y seis. Me saludaba con la mano y el edificio oscilaba de adelante para atrás, de atrás para adelante mientras los cimientos se abrían camino a través del cristal de roca y estallaban a mil metros de profundidad, en el antro negro y ávido. Regresé a casa, informada de la existencia de fuertes vientos, llamaradas de luz, azul escarlata, escarlata azul, explosiones, ocasos, polvo y fuego y electricidad en el aire, como si fuerzas naturales refrendaran lo que estaba ocurriendo. Puse todo mi empeño en entrar, abrí la puerta y apenas pude respirar por el aire cargado de gas y polvo y humo que penetraba en mi pecho y no podíamos oírnos el uno al otro en absoluto. Lo intenté, me acerqué hasta rozar el parapeto, lo intenté, me estiré para alcanzarlo, le grité que saltara, yo sabia que él podía hacerlo si yo esperaba sin moverme pero había olvidado que el escape automático todavía estaba conectado. El se lanzó al espacio vacío mientras yo me elevaba a gran velocidad, fuera del alcance de su cuerpo. Sobrevolé el lugar una y otra vez, me quedé para ver la isla que se hundía como si alguien hubiera quitado la tapa del Gran Pozo, el vacío reclamando su ganancia una vez más, era un rugido triunfal, una boca ávida, el Abismo fagocitaba lo que le correspondía por derecho.

Ocurrió en la Tierra, hace mucho tiempo. Emigré. No me quedaba dinero, ni amigos, ni casa, ni elección. Ahora no tengo mucho más, tampoco poder. Entonces no lo tenía, nunca lo he tenido. Caso contrario, hubiera hecho las cosas de una manera distinta.

El Giberelo
(Doris Pitkin Buck)

Aramere se durmió, los pequeños dedos flexibles apretados sobre su nuevo juguete, la rueda. Las ruedas podían girar. Por lo general, cuando le ordenaban descansar, ella se tendía en su habitación-templo, entre sueños, con los dedos unidos entre sí como si fueran rígidos y apenas pudiera moverlos. Ahora los usaba infatigablemente. Su rueda giraba.

La hacía tan feliz que la Estrella de los Sacerdotes hablara, que entrara a su cuarto, fragmentada, que la liberara de preocupaciones, mientras una voz profunda decía: "*Escupo sobre la Bomba*".

Uno respondía:

—¿Por qué? Quizá nos haga evolucionar... algo mejor que los antecesores de nuestros antecesores.

—No sabemos cómo eran los hombres antes. Hasta sus huesos se han desintegrado.

—Podía ser que no tuvieran pulgares en aquellos días. Nada de pulgares.

Aramere conocía la rutina que seguiría. Las primeras articulaciones rígidas de los dedos de los sacerdotes acariciarían los duros espolones que sobresalían por encima de sus muñecas. Mientras ella dormitaba, cansada de jugar, se tocaba la propia, orgullosamente. Su pulgar era como el de todos.

Aramere puso la rueda junto a su mejilla y le dijo que quizá lo que decían los sacerdotes no significaba nada, ni siquiera para ellos. O quizá significaba para —se lo repitió a sí misma— para los anfibios. Alguien le había dicho que esa gente era apenas humana aunque osaban pensar que ellos tenían formas y manos más hermosas que cualquier otro en el resto del mundo. Se atragantó ante la idea. ¿Acaso no eran más bajos, a veces una cabeza más bajos, que su gente, los giberelos? ¿No trabajaban de día, aquellos anfibios?

Los pensamientos de Aramere cambiaron de rumbo. Esa noche: su tercer cumpleaños. Casi podía ver los juguetes que serían suyos en un nuevo hogar, ya que el templo de expósitos había sido conquistado por una madre adoptiva, como en algunas tierras son conquistadas las doncellas para obtener su consentimiento al matrimonio. Su mano todavía apretaba un pedazo de torta. Mientras esperaba el regreso de su madre, su boca conocía sabores ignorados, dulces y sabrosos.

Se despertó en la oscuridad. Sintió una mano sobre la boca. Trató de morderla.

El mordisco no le sirvió de mucho. Unos puños le empujaron la mandíbula. Unas palmas presionaron contra su cabeza. Intentó arañar, pero sus uñas todavía eran blandas, como lo serían hasta que tuviera siete años.

A través de la negrura de la noche la empujaron, casi la arrastraron afuera. El viento le golpeó el rostro. El cuerpo, cubierto de sudor por los intentos de zafarse y regresar, se estremeció de frío. Tenía la boca reseca. Las mandíbulas estaban firmemente apretadas para que los dientes no rechinaran.

Los desconocidos recorrieron un largo trecho con Aramere, luego la hicieron descender en un campo. Aramere estaba demasiado enferma de miedo como para advertir los senderos plantados que se extendían confusamente bajo la luz de las estrellas, casi fuera de la vista.

—La muchacha parece tener el tamaño de un giberelo. Es como nosotros —arguyeron algunas voces.

Ellos trajeron una vara, derecha, suave, lustrada y la sostuvieron contra ella, que de tan asustada se hubiera desplomado sobre la tierra, si no hubiera tenido un soporte.

—Sesenta medidas.

—Como deben ser los giberelos.

—Serviría para adoptarla.

—Pero esta expósita es una extravagancia, aunque no es una enana. La vimos en la Casa donde se Rinde Culto a las Estrellas. Mueve los dedos de ambas manos con facilidad, como los anfibios, aunque cree que nadie la mira.

Las voces dijeron al unísono:

—Podemos perder nuestra propia humanidad si abrimos nuestros clanes a gente que no es ni lo uno ni lo otro.

—Si ella se casara con un verdadero giberelo, quién sabe, la descendencia sería igual a un anfibio que trabaja en la tierra todo el día, como los gusanos. —Ellos murmuraron, asintiendo.

—Si ella muriera, su sangre podría regar nuestra tierra agostada.

—Agostada durante siglos y siglos —entonaron los giberelos como en un ritual.

—Su sangre podría alimentar la tierra que estamos forzados a compartir con los anfibios de dedos fangosos.

—Así sería mejor —razonó una voz fría—, porque ella nunca podría tener la certeza de tener una descendencia pura.

Los grandes ojos de Aramere se abrieron. Alcanzó a ver a un muchacho uno o dos años mayor, que estaba apartado del gentío. El muchacho trató de hacerle un gesto de aliento, pero era muy pequeño para ayudar.

Ellos la espiaban en la oscuridad. ¿Quién ha tenido esos ojos en todos los siglos de humanidad? Aramere percibió la hostilidad, como una caída en el agua helada, que se cerniría sobre su cabeza. Ya había caído de esa manera en un día de diciembre.

Una voz más suave dijo:

—Cuando cierra los ojos, tiene la belleza de los giberelos. Tal vez fue un bebé abandonado.

—¡No! Esas manos la traicionan.

—Entonces, ¿por qué permitir que los anfibios sigan viviendo? ¿Por qué esperar? —era la voz helada como el agua.

Aramere empezó a retorcerse con desesperación. Hundió los dedos de los pies en la tierra blanda, tratando de saltar hacia adelante. La luz de las estrellas la ayudaba a ver. Luz naranja. Luz de oro. Luz como la rosa más roja. Las estrellas eran amigas, estaba segura. Inspiró profundamente, dispuesta a correr si en algún momento las manos sólidas que la apretaban con tanta fuerza le permitían aflojarse, aunque fuera un poco.

—¿Por qué esperar? —preguntó nuevamente la voz helada.

Las manos la apretaron con más fuerza.

—¿Cómo mataremos? —era la voz fría.

—¿Romper el cuello y dejar el cuerpo?

—Enterrar. Entonces ella alimentará lo que crece aquí —con urgencia—: Enterrarla viva.

—Muestren las manos. Muestren las manos para indicar la muerte de esta niña. ¿Quebrar el cuello? —Silencio. En la quietud, Aramere vio que tres manos se cerraban lentamente y se elevaban por encima de los delgados

cuerpos. "¡Dañar. Dañarle!", aullaban los puños. Quería cubrirse los grandes ojos con las manos para silenciar el aullido de los puños. Se agachó, helada de terror. No hubiera podido hacer nada aunque su cuerpo estuviera libre.

—¿Un entierro vivo? —Los puños apuntaron arriba. Muchos. Muchos.

¿Qué era entierro?

Las manos aún la sostenían. Pero ahora uno de los que la rodeaban se agachó, las manos como palas cavando la tierra y moldeando los terrones en forma de pelotillas. Las pusieron en el borde del foso que habían cavado. Los giberelos canturreaban, una música ligera, triste.

Por encima de la música se oyó la voz fría:

—Hay mucha perfidia acechando en el amor maternal.

Una mujer estéril suplicó por este bocado de muerte. Su súplica la condujo a la Casa donde se Rinde Culto a las Estrellas.

Otro agregó:

—Plasma deformado, engendrado diabólicamente, es lo que trajeron aquí. Lo tienen para la adopción, para el sacrificio, para que sientan que es la Voluntad de las Estrellas. Una giberela estéril encontró a esta criatura.

Un aullido laceró la noche. La presión sobre el cuerpo de Aramere cedió un poco. Cálidos brazos se ciñeron sobre ella... su nueva madre. Aramere comenzó a sollozar. Lágrimas calientes arrastraron el frío a la región más negra de la noche.

—No pueden matar a mi expósita, verdadera giberela o no —luego, casi con sorna—: ¿Y qué es un giberelo? Ni siquiera se sabe el significado de la palabra.

Alguien gritó:

—Ese es uno de los tantos significados que se perdieron cuando cayó la Bomba —pero la mayoría le chistó para que hiciera silencio.

La madre de Aramere pregonó por encima del ruido:

—A todos les digo, ella tiene valor.

—¿Qué valor, mujer demente? —Una vez más el frío comenzó a golpear como agua contra Aramere.

Los brazos de su madre la ciñeron con más intensidad. Con más calor.

—Ella tiene la magia de las mieses. Un poder acerca del cual tenemos leyendas. Quiten sus manos de ella. Ya comeremos en abundancia.

—¿Cómo lo sabes, mujer?

—Yo la observé. Vi un prodigio. La certeza está en mí, como estaba el saber que ustedes se unían para dañarla. Yo sabía.

Varias voces preguntaron:

— ¿Entonces viniste corriendo?

—Entonces vine corriendo.

—Te has complicado por nada. Hemos sometido a juicio a esta criatura que, a pesar de ser alta y hermosa como un arce, no es de linaje puro. Es una amenaza que debe ser destruida.

—Así es —los giberelos comenzaron a canturrear nuevamente .

—Esto no es un ritual. Es un asesinato.

—Justicia.

—Tu garganta de hielo miente, Tono Frío. Procede con esto y te haré emplazar.

—Y yo detendré tus procedimientos, fácilmente, como he detenido esta falsa adopción.

—No me has oído hasta el final. La magia de las mieses vive en esta criatura. Mis palabras son ciertas. He visto un prodigio... tal como dije.

Dejaron de canturrear para preguntar:

—¿Qué prodigio?

—Cuando pasa junto a una planta alimenticia, la planta inclina su cabeza. Muy poco, porque todavía es joven. Pero la inclina.

—Lo hace —silbó Aramere.

—Arrójenla al pozo —ordenó Tono Frío.

Muchas voces parlotearon:

—Tenemos leyendas de milagros, de abundancia pasada o futura. Si ella tiene magia en su cuerpo, quizás en su sepultura crecerá una nueva planta. Una planta con frutos veinte veces más grandes que todos los conocidos.

Súbitamente, Aramere emitió un chillido, todavía aferrada a su nuevo progenitor:

—Yo sé qué puedo hacer, aunque nunca lo he hecho.

—¿Sí? ¿Sí? —con una inflexión creciente—: ¿Qué puedes hacer?

—Puedo mirar las estrellas.

Permanecieron un momento en silencio. Luego:

—Se burla de nosotros.

—No. Transmite un mensaje. Aramere, cuéntamelo al oído.

—Cuando contemplo las estrellas, atraigo la luz que luego se refleja en mis ojos. más adelante, si miro una planta, crece. Crece más que a la luz de la única estrella que brilla desde el alba hasta el anochecer. —Todos oían.

—Se burla. Cúbranla de tierra lentamente.

— Lentamente.

Y como en un canto antifonal:

—Lentamente.

Aramere tragó, se ahogó:

—No lo he hecho aún. Pero puedo.

Le respondió una carcajada gélida. Manos igualmente frías comenzaron a empujarla hacia el pozo hueco.

Aramere gritaba:

—¡Puedo! ¡Puedo!

Con toda su fuerza Aramere se abalanzó sobre una abigarrada planta que estaba en el sendero más cercano. Estuvo a punto de tocarla. Miró hacia arriba, más allá de la planta. Las estrellas tenían más colores que los que nunca había visto. Los ojos de Aramere bebieron las estrellas como la boca bebe agua.

Aramere tropezó de un lugar a otro, atraída por la planta.

Y repentinamente la planta se extendió para alcanzarla, largos brazos trepando hasta el brillo de sus ojos como mariposas nocturnas buscando la llama.

—¡Necios! —acusó la madre de Aramere—. ¿Acaso todas las noches sin luna no permanecemos en los campos que los anfibios revuelven durante el día? ¿No nos extendemos hacia el firmamento de la noche con nuestros cuerpos, con nuestros cuellos de garza? Y las partículas brillantes de nuestros ojos giberelos apresan y reflejan la lejana turbulencia de las estrellas que en los viejos tiempos, los sabios tiempos anteriores a la Bomba, favorecían el crecimiento. Ahora nos movemos a ciegas; con todo, entendemos. Sin las estrellas de la noche, sin la estrella del día, habría muy poco para sembrar, para cosechar.

Una segunda planta se extendió hacia Aramere.

En súbita reacción, los giberelos gritaron:

—Nos han concedido nuestro milagro. Vean esta planta. Y la otra. Y la otra. Olviden sus manos de anfibio con dedos flexibles. Olviden. Recuerden solamente sus ojos potentes. ¡Honor a Aramere! —se alejaron danzando en la noche, bajo las estrellas de Aramere.

Aramere yacía exhausta contra su madre. No pudo comprender las herejías murmuradas. ¿Quién sabe lo que nos reservan las estrellas? Cambio. Cambio. Quizá tratan de devolvernos lo que destruyó la Bomba. Entonces la mujer olvidó las estrellas y sus milagros mientras besaba a Aramere desde los cabellos de seda hasta las rodillas, desde el pulgar como un espolón hasta los ágiles dedos que ningún giberelo había conocido nunca.

Aramere arrojó la luz de las estrellas sobre las mieses que, con regularidad infinita, los anfibios cuidaban con sus manos durante el día y los giberelos con sus ojos durante la noche. Cada año, la cosecha recogida bajo el sol o calculada bajo la luna era mayor aunque alguien decía que la tierra nunca olvida, nunca perdona las viejas cicatrices. Otros murmuraban que si tal vez se levantaba un redentor... Las murmuraciones murieron por falta de imaginación.

Para Aramere eso era una inmensa diferencia. Ella hacía su trabajo.

Era reverenciada, casi una diosa para la gente cuyo hambre había aplacado. Incluso los anfibios le hicieron una casa con dinteles esculpidos y pintados para que parecieran frutos y vainas comestibles. Ellos y los giberelos techaron la casa superponiendo las cañas, capa sobre capa. En el portal manaba su propia fuente, ribeteada con piedra, verde como la primavera cercana, porque ella era una virgen.

Estaba acostumbrada a recibir ofrendas y regalos. Pero quienes los llevaban permanecían sólo para arrodillarse ante ella y disponerlos según cierto orden. Nunca esperaban como el giberelo que ahora estaba de pie ante ella. El giberelo se demoraba para entonar cadencias que repetían los sonidos del nombre de Aramere. Juntaba infatigablemente las ramas de duraznos que habrían de dar frutos. Se las dejaba en cuencos, junto a la puerta. Otro día llevaba flores de manzano, que flotaban sobre la superficie del agua clara. La madre de Aramere le había enseñado las letras y ella deletreaba entre suspiros rápidos y entrecortados: Aramere, y las flores del giberelo se deshojaban formando su nombre con colores y aromas.

—¿Cuántas noches de estrellas —preguntó él finalmente— tendrán que pasar hasta que estemos uno en brazos del otro? ¿Cuántas, Aramere? El círculo sagrado, el gran símbolo de la mujer —se inclinó ante la palabra como hacían todos los amantes giberelos— se formará para danzar nuestra boda.

—Nunca me casaré —le dijo ella, de madrugada cuando los giberelos sienten la llegada del sueño—. Nunca me casaré —dijo con voz clara al lucero.

Al principio él pensó que era la timidez de una doncella. Finalmente el hombre pidió, con gentileza:

—Dime la razón de tu negativa.

Ella sacudió la cabeza.

—Amor mío, déjame.

—¿Cuándo me llamas amor?

—Déjame .

—Nunca.

—Podría provocar un mal.

—¿Cómo?

—El miedo me oprime como un peso. Lo he sentido desde que era una niña y ellos me arrebataron, dispuestos a enterrarme. Un viejo dijo entonces que yo nunca tendría una descendencia pura y que era mejor que muriera.

—Un deseo como el mío sólo puede engendrar el bien. Nuestro hijo será el giberelo más auténtico de todos. Te demostraré que puedes tener una descendencia pura.

—¿Pero si te defraudo?

—Si reímos en la plenitud del goce, no podrás fracasar

Ella lo miraba, muda, temblando.

—¿Falló tu entereza cuando eras una niña y ellos te llamaban anfibio, extravagancia, bocado de muerte?

—Entonces se trataba solamente de mí. Ahora no podría tener valor para mí y para un niño también. —Lloraba en brazos de él—. Esto no puede ser. No puede. Yo... yo —pero se abrazaba con más fuerza—. Consuélame —lloraba.

—Quien es puro tendrá descendencia pura —dijo él, y la adoraba con los ojos—. Y ahora —su voz se hizo poderosa—, ahora nuestros pensamientos están en armonía: iré a ordenar nuestro círculo nupcial.

Aramere volvió la cabeza hacia la Partera, la anfibia de dedos ágiles, la única esposa de raza ajena que podía tocar a un giberelo, y sólo en el momento del parto:

—Él dijo que una felicidad como la nuestra sólo podría engendrar el bien. Pero he dado a luz a un monstruo.

—Duerme. Por ahora, duerme.

—Llévate a nuestro hijo. Cuando mi esposo regrese de cazar dile...— Aramere se interrumpió.

—Nada, nada. Dile a tu esposo que este hijo suyo va a arrojar los dardos mejor que el mejor cazador.

—Odiará a su hijo. Tan convencido estaba de que sería un prodigio.

—Entonces, con muchas lágrimas y algunos sollozos, dile que fuiste forzada en el bosque por una Cosa que venía de las estrellas para mirar en tus ojos grandes, inmensos. ¿Quién sabe si esos ojos no provocaron nada? —hizo un guiño.

—Una mentira. Debería haberme matado —Aramere cubrió al bebé hasta la barbilla.

—Descansa. Todas las madres descansan después de dar a luz

—Pero su padre...

—Tonterías. Enfrenta el problema cuando él venga.

Aramere se enderezó en la cama, a pesar de su debilidad.

—Nunca creerá en mí otra vez —dijo con una voz de invierno. Las palabras murieron en la garganta.

La Partera la recostó contra la almohada.

—Bebe esto. Un brebaje de lo mejor.

Aramere apartó la cabeza.

—Nada puede aliviarme —Estiró la sábana del bebé más cerca de la barbilla—. Nada. —Pero la comadrona le obligó a beber un sorbo.

Después de que Aramere se durmió, la Partera corrió la sábana del bebé.

—Giberelo —musitó—, excepto por la mano. Excepto por la mano —repitió varias veces. Miró de reojo. El pulgar no se parecía en nada al de otros niños. Podía dar vueltas. El niño lo flexionó. Llegaba a los demás dedos con facilidad. Incluso se plegaba sobre la palma.

—Podría no ser calamidad alguna —le dijo la mujer al bebé—. Con un pulgar como el tuyo, ¿qué no haría yo? —echó una mirada a sus propias manos mientras los dedos palmeaban al recién nacido.

¿Todos deben permanecer igual?, se preguntaba, contrariando todo lo que había oído hasta entonces. Apretó los labios con tanta fuerza que su boca no era más que una línea que le atravesaba el rostro, porque ese pensamiento no debía ser pronunciado. Había estado en el mundo lo suficiente como para saber en qué momento la gente apedreaba a las viejas. "El puño mas firme que he conocido. Podría sostener la tierra entera." Pero no lo dijo en voz alta.

El Gran A
(Robert C. Malstrom)

Su esposa cruzó las piernas y miró a través de la blanca sala de estar uno de los tres archicuadros tridimensionales de A que colgaban sobre la pared del sur detrás de la cual estaba el estudio donde él estaba trabajando. Fonoticias y telecables habían estado cubriendo durante más de tres semanas la inminente consumación de su último trabajo, cada entrega parcial más excitada y especulativa que la anterior, hasta que hoy la fecha fijada para la consumación, la multitud que rodeaba su cúpula había aumentado a más de doscientos cincuenta mil. Ellos decían que esa pieza batiría todos los records de pago de una obra nueva. Aunque ninguno de los comentaristas o críticos había mencionado jamás una cifra, hasta los coleccionistas de siete u ocho años de edad sabían que R. T. Motley había conseguido dos meses atrás siete Maxers para su auto-retrato particular, esto a pesar de su aborrecible narcisismo en la homo-subasta y que A, dos veces artista, la mitad de egoísta que Motley, podría recibir en verdad tanto como diez o quince Maxers. Eso, pensó ella, acomodándose detrás de la espalda las almohadas enfundadas con cromo, si el pudiera retener el trabajo hasta último momento, cuando la necesidad estuviera in crescendo, y no venderlo a la primera presión de la multitud, como había hecho la última vez, en su vano intento de salvar vidas, perdiendo un extra de tres o cuatro Maxers. No era que necesitaran dinero extra, se confirmó orgullosamente a sí misma, pero tenían que hacer planes para el futuro. Después de todo, ¿cuántos cuadros se había reservado para él?

Una brisa suave, breve, agitó los candelabros blancos, tras ponerse de pie para aquietarlos se dirigió hasta la pared del estudio para ver si se escuchaba algún ruido, el suave cabello blanco rígido contra el negro borde triangular del archicuadro.

Sin haber oído nada, regresó a la mecedora gris y conectó el visor, colocando la llave de Panorámica Lenta. Inmediatamente la pantalla cuadrada se inundó con los terrenos de arenilla y concreto que revelaban una multitud paciente, ordenada, juiciosa, los hombres con túnicas plateadas, las mujeres con largos ropajes blancos. Cada coleccionista

sostenía las tiras de plástico transparente que contenían los Maxers rectangulares y rojos; todos los ojos se dirigían respetuosamente a la oficina de informaciones donde se proyectarían las noticias de la entrega de A. Apartados de la multitud los vendedores pregonaban sandwiches de murci-cuervo y postre helado, con sus blancas membranas de murciélago salpicadas con monedas de plata sostenidas por niños cenicientos. Accionó la llave de Primer Plano y a lo largo de la primera fila de dignatarios reconoció inmediatamente a Castel, Janu y Knoed, los tres marchitos patriarcas del mundo de las galerías, que hablaban tranquilamente acerca de todo mientras bebían sus delicados esclahuevos.

Hijos de puta, dijo ella en voz alta, al recordar de qué modo grosero habían ignorado el trabajo de A cuando estaba todavía gordo y saludable, y, al descubrir, irremisiblemente que, no importaba quién comprara el cuadro esa tarde, a los seis meses estaría en exhibición en la Melanotic Biennale, propiedad de uno de esos tres.

Disgustada, apagó el visor y comenzó a mecerse lentamente, rítmicamente, mientras su bata de franjas blancas y negras daba una ilusión de movimiento a la parte superior de su cuerpo. Trató de calmarse concentrándose en las tres manos de alabastro que estaban sobre la chimenea, elevadas como signo de paz y tranquilidad, pero no pudo. La serena calma de la habitación desmentía su turbación, así como la buena conducta de la multitud en ese momento desmentía de qué modo reaccionarían cuando sacaran el cuadro para la homo-subasta: las Fuerzas Parapoliciales habían estimado que habría quinientos o más muertos y miles de heridos.

Un ligero golpe. Dejó de mecerse y se sentó en el borde de la silla, escuchando atentamente. ¿Había terminado? Allí... otra vez... un débil rasguño proveniente del otro lado de la pared del sur. ¡La había terminado! Se levantó y se dirigió hacia el estudio, pero se detuvo bruscamente en mitad de la habitación ¡qué tonta! A pesar de las veces que había atravesado esa situación, con lo que conocía el ritual a través de años de experiencia, en el momento de la consumación invariablemente olvidaba todo y se imaginaba tontamente que no tenía más que correr hacia él. Primero él tenía que relajarse y, aún entonces, ella no podía correr a su lado, besarlo, hablarle: no sólo porque los médicos tenían que examinarlo primero, sino porque él estaría demasiado débil para un reencuentro físico repentino. Mientras encendía un cigarrillo grueso, largo, para serenarse, trató de imaginar qué aspecto tendría después de treinta y tres días de encierro en el estudio, después de haber terminado su centésimo segundo cuadro. No pudo, apenas pudo recordar qué aspecto solía tener. Sin embargo, el intento de reflexión le había permitido el tiempo necesario para recuperar la compostura, y se dirigió con eficiencia al intercomunicador para informar a los guardias que había oído golpear a A y que ellos podían dejarlo salir.

Mientras los guardias iban a abrir la cerradura mecánica de la puerta del estudio, ella caminó hasta el vestíbulo y escribió el mensaje largamente esperado en el tablero de informaciones automático:

El Trabajo está Terminado: alabemos a A.

Demasiado temerosa y excitada para encender el visor y registrar la reacción de la multitud, como había hecho a menudo en un pasado menos peligroso, fue inmediatamente hacia el espejo, se alisó el cabello y se limpió las gotitas de sudor que se habían formado en la punta de su nariz redonda.

Hecho esto, regresó a la sala de estar para esperar la salida exhausta de su esposo, pero en su lugar encontró una nota de Seguridad apoyada en la mesa de piedra cabalística, en la que decía que debía ir inmediatamente al estudio, ya que a los doctores les parecía que no debían mover a A.

Cuando ella llegó al hall, cuatro guardias estaban sacando la pieza, que ella admiró brevemente. Un gran 2 por encima de un gran 3, ambos pintados de color plateado sobre un rombo de lienzo negro, ambos diseñados para parecer huecos y tangibles. Eran, por supuesto, magníficos.

Cuando pasaron, ella entró nerviosamente en el estudio que ahora estaba en penumbras. Al principio, fue imposible divisar a A entre los despojos de un esfuerzo que había durado un pársec completo, pero finalmente lo encontró: aparentemente los médicos habían apoyado el cuerpo huesudo, increíblemente perforado, contra la pared en sombras que se encontraba debajo del antepecho protuberante de la solitaria ventana del estudio. Las piernas dobladas, planas, protegidas por medias negras, semejaban fósforos quemados, rotos; el tronco no parecía existir por debajo de una chaqueta cazadora azul, apenas ceñida en la cintura. Lo llamó por su nombre suavemente, una y otra vez, pero no reaccionaba, parecía no advertir que ella estaba allí. La cabeza le caía contra la pared, los ojos estaban más abiertos que lo que parecía posible, el bigote sudoroso, desprolijo, salpicado de pintura, un diseño fantasmal recortado sobre el rostro pastoso.

Sólo cuando pasó el impacto inicial producido por esa visión pudo percibir el zumbido grave y melodioso que se filtraba como la noche en la habitación silenciosa, pero cuando se paró frente a él advirtió que el zumbido provenía de una brisa serena que acababa de levantarse y que flotaba suavemente a través de los diminutos orificios numéricos que le atravesaban el cráneo por encima del ojo derecho, permitiendo una perfecta visión de la pared de atrás.

Tan pequeños, se dijo a si misma, y sacudió la cabeza, desilusionada, mientras recordaba el gran cuadrado que había faltado del flanco de A después de su primera ofensiva relevante, y el cilindro que le había faltado del muslo cuando completó la serie de grabados de MUJERES HERMOSAS. Se inclinó para examinar los orificios con más atención: los iris no se movieron ni siquiera a esa distancia sino que permanecieron fijos en alguna forma lejana y remota.

Hmmm, meditó, a pesar de que los orificios eran tan pequeños su simetría parecía trascendente. Se alejó para lograr una mejor perspectiva. Sí, pensó, perfecto, y continuó para reafirmarse que el tamaño no significaba necesariamente todo; sin duda la forma y el contorno tenían alguna importancia, significaban algo en relación con el trabajo, y los orificios eran, por lejos, lo más delicado y perfecto que él o cualquier otro pudo haber tenido. El cuadro se pagaría bien, después de todo. Y bien, se recordó a sí misma mientras se arrodillaba junto a él, sería así, sin duda, porque mirándolo objetivamente era claro que estaba demasiado consumido como para pensar siquiera en llevarlo afuera para encontrarse con la gente, ni hablar de permitirle que controlara la homo-subasta. La responsabilidad, por lo tanto, recaería sobre ella y ella no lo haría por menos de diez Maxers, cualquiera que fuese la mutilación que tuviera que producirse si el precio era alcanzar ese nivel de dignidad.

De pronto, una ráfaga de viento estalló a través de la ventana, trayendo consigo las gozosas exclamaciones de la audiencia, que por entonces ya podía ver el cuadro; luego, mientras la ráfaga se hacía más intensa, escuchó

la creciente hostilidad de la multitud que trataba de acercarse al escenario y, al mismo tiempo, un silbido misterioso que se multiplicaba a través del estudio. El viento soplaba a través de la cabeza perforada, que comenzó a balancearse de manera casi imperceptible; no pudo contener los sollozos ante la patética visión; se estaba inclinando para besarlo cuando él, con un sacudimiento repentino y final, cayó hacia adelante, casi sin ruido, desplomándose contra el suelo como un peso muerto.

Ella miró resignadamente la forma sin vida que yacía a sus pies, el cuerpo perforado apenas distinguible entre las cartulinas y periódicos desordenados sobre el suelo. Ya no se oía el zumbido pero aún tenía los ojos atrapados por el rostro de A, por las cifras 2 y 3, que, con frialdad, intransigentes, se fijaron en su mente, se unieron entre sí en la cifra 23.

Amorosamente, le cerró los tristes ojos verdes, y mientras le besaba la frente húmeda y sentía el sabor de la muerte lentamente consumada que la cubría, supo en lo más íntimo y profundo de su corazón que un precio de veintitrés Maxers era muy poco, demasiado poco en verdad, para pagar la última pieza del gran A.

El Circo Del Ratón
(Harlan Ellison)

El Rey del Tibet estaba haciendo el amor con una gorda blanca. Se había tirado hacia las profundidades de un túnel de gelatina, milenios antes, y periódicamente, mientras la pistoneaba, un suave conejito blanco y rosa con levita y botines hacía temblar el túnel a su paso, estudiando un reloj de bolsillo que llevaba colgado de una pesada cadena de oro. La mujer blanca era suave como el sebo, con ojillos negros hundidos bajo prominentes cejas. La muy gorrina gruñía en un éxtasis insatisfecho, tratando desesperadamente, y sabiendo que nunca podría. Pues nunca había podido. El Rey del Tibet tenia dolor de tripas. ¡Oh, estar en otro lugar, haciendo otra cosa, solo!

El paisaje exterior temblaba en oleadas de miedo, que irradiaban desde las cimas de las montañas muy lejanas. En las cimas de las montañas, parduscos y marchitos viejos consideraban medios y fines, consideraban ruinas y portentos, consideraban porqués y porconsiguientes... Lo ignoraban todo... y se dedicaban a enviar más miedo a lugares más alejados. El paisaje temblaba en la noche, comenzando a estremecerse con un terror que era mayor que el miedo que había pasado antes.

—¿Que hora es? —preguntó, y no recibió respuesta.

Hacia treinta y siete años, cuando el Rey del Tibet había sido un muchacho, había un hombre con una pierna, que había sido su padre por corto tiempo, y una mujer con algo de sangre de negro en ella, que le había servido de madre.

—Puedes ser cualquier cosa, Charles —le había dicho—. Lo que prefieras ser. Un hombre puede ser cualquier cosa que desee: el Tío Wiggly, Jomo Kenyatta, el Rey del Tibet, si es que así lo deseas. Blanco o negro, Charles, eso no importa. Tan solo tienes que seguir tu camino, ser bueno y hacer. Eso es lo único que debes recordar.

El Rey del Tibet pasaba por una mala época. Gordas blancas y colonia barata. Dinámico, había perdido el horizonte. Exquisito, había tratado con

superficies y le habían tratado de forma similar. Consumido, había cumplido con su tiempo.

—Tengo que irme —le dijo ella.

—Aún no, un poquito más. Por favor. Así que se quedó. Con la bandera en alto, colgando fláccida ante la ausencia de las brisas de Camelot, se quedó y sufrió. Finalmente, ella lo soltó, y el Rey del Tibet se metió bajo la ducha, permaneciendo cuarenta minutos. Su piel dorada se le despellejó, se embebió; nunca estaba limpio del todo. Perfumado, bañado, aún notaba los olores de wombats, almizcle de guarida, graneros, fútiles recipientes de fluidos nocivos. Si era un ratón blanco, ¿por qué no podía ver su molino de ruedas?

—Escucha, muñeca, necesito quinientos pavos. Ya sé que no hemos estado juntos más que un rato, pero los necesito de mala manera —ella fue a rebuscar en su monedero y regresó.

La odiaba más por hacerlo que por no hacerlo.

Y, por el pasado de ella, sabía que él no formaría parte de ningún futuro reconocible.

—Charlie, ¿cuándo te veré de nuevo? —¡Extraño nunca!

Llevado de allí en la carne plateada del Cadillac, su gran y bella madre-cerda, de una extensa anchura de trescientos (comprados con su semen) centímetros de rueda a rueda, Eldorado semidiós de cuatrocientos caballos, intrépidamente cubicando 7200 centímetros, atronando hasta olvidarse su peso de más de dos toneladas, va... fue... Charlie... Charles... el Rey del Tibet. Tez marrón dorada, tan limpia como le era posible, quinientas razones y quinientas huidas. Conducido, conduciendo hacia el exterior.

Siempre dentro, el Rey del Tibet iba afuera.

A lo largo de la ruta, Manhattan, Jersey City, New Brunswick, Trenton. En Norristown, habiendo comido en un excelente restaurante, Charlie fue detenido en la esquina de una calle por una voz que hizo pssst desde un buzón. Abrió la rendija y un niño con suéter y corbata sacó su cabeza y hombros a la noche.

—Tiene que ayudarme —le dijo el chico—. Mi nombre es Batson. Billy Batson. Trabajo para la estación de radio WHIZ y, si solo pudiera recordar la palabra exacta, y si solo pudiera decirla, pasaría algo maravilloso. S es por la sabiduría de Salomón, H es por la fuerza de Hércules, A es por la resistencia de Atlas, Z es por el poder de Zeus... pero después de eso me he olvidado.

El Rey del Tibet lenta y firmemente empujó la cabeza de nuevo hacia dentro por la rendija del buzón, y se marchó. Reading, Harrisburg, Mt. Union, Altoona, Nanty, Gb.

En el camino hacia Pittsburgh había un ratón, con manos de cuatro dedos vestido con pantalón corto rojo y dos grandes botones amarillos en la parte delantera, haciendo autostop. Zapatos como dos grandes guantes de boxeo, brillantes ojos sinceros, desamparando y perdido, permanecía en la curva con el carnoso pulgar en alto, esperando. Charlie pasó zumbando. Aquel no era su sueño.

Youngstown, Akron, Canton, Columbus y hambriento de nuevo en Dayton. O.

O hache i o. ¿Por qué se tuvo que ir de allí? Nunca antes había estado. Aquél era un buen lugar. El río corría negro y el día pasaba por encima como otro río. Se metió en un aparcamiento y ni siquiera la diosa madre Eldorado.

Esperaba paciente, sabiendo que su seno tapizado estaría pronto repleto de nuevo con el Rey del Tibet.

—Luego te alimentaré a ti —le dijo al vehículo sensible mientras caminaba hacia el restaurante.

En el interior, en penumbras y con velas encendidas en pleno mediodía, fue acomodado en un reservado hecho en madera, y allí colocaron frente a él un mantel blanco de lino puro, cinco cubiertos de plata, una copa de cristal tallado en la que esperaba agua de calidad, y una promesa. De la promesa seleccionó, arriesgándose, apuestas nueve a cinco y el favorito del día.

Una bruja aterciopelada encaramada en un taburete del bar, frente a él, se volvió, enseñó pierna y sonrió. El le ofreció cubiertos, agua, una promesa y se pusieron de acuerdo.

Charlie miró los ojos de teca aceitada de ella por encima de la llama de la vela que había entre ellos. Toda su piel era como una envoltura de sarán humedecida. Todos sus dientes eran como cardos humedecidos. Toda ella era un misterio de huecos cóncavos bajo los pómulos Charlie había comprado en cierta ocasión un aparato de televisión, porque la pelirroja del anuncio era parte de su sueño. Había comprado un cepillo de dientes eléctrico porque la morena con las fundas en los dientes había indicado que también ella era parte de su sueño. Y, naturalmente, su gran Eldorado. Ese era el sueño del Rey del Tibet.

—¿Qué hora es? —pero no recibió respuesta y, limpiándose los labios de los restos de la peche flambée, él y la bruja aterciopelada abandonaron el restaurante: él con su sueño agrietándose, y ella con tan solo un producto que vender.

Había una fiesta en una casa de una colina.

Cuando pasaron por el camino de asfalto, la cinta negra bajo ellos se desenrolló como la rasposa lengua de una gran serpiente primitiva.

—Te gustará esa gente —dijo ella, y tomó el rostro sensitivo del Rey del Tibet entre sus manos y lo besó largamente. Sus uñas tenían color metal plateado y sus palmas estaban ligeramente húmedas y eran regordetas, con promesas de placeres táctiles.

Caminaron hacia la casa. Iluminada desde dentro, cada ventana tenía una faceta coloreada de luz. Los sonidos aumentaban mientras se acercaban a la casa. El se puso a un paso por detrás de ella y contempló la forma en que su piel fluía. Ella extendió la mano, tocó la casa, y fluyeron una en la otra.

Ninguna puerta se abrió ante ellos, pero aferrándose con fuerza a su cabello fue sorbido tras ella, a través de la piel de la casa.

En el interior, hablan cajas de marfil tallado que, cuando se abrían, relevaban cajas más pequeñas en su interior. Se sintió fascinado por una de esas cajas colocada alta sobre un pedestal en el centro de una alfombra. La caja estaba decorada con dientes de nutria y culebras hinchadas y linces. Abrió la primera caja y en el interior había una segunda caja recubierta de escarcha helada. Dentro de la caja escarchada había una tercera, y estaba decorada con espejos que no daban reflejos. Y a continuación había una caja cuya superficie era una masa de tallas, y todas eran huellas dactilares, y ninguna concordaba con la de Charlie, y únicamente cuando un hombre de paso sonrió y acarició la tapa, se abrió esta, revelando la siguiente caja más pequeña. Y así siguió, hasta que perdió la cuenta de las cajas y el viaje terminó cuando no pudo ver la caja que había dentro de la caja del tamaño de una mota de polvo que estaba en el interior de todas las otras.

Pero sabia que habían más, y notó una gran tristeza por no poder alcanzarlas.

—¿Qué es, exactamente, lo que desea? —le preguntó una mujer mayor de muy buenos huesos. Estaba recostada contra una pared cuya única ornamentación era un gigantesco crucifijo de madera del que colgaba una figura de Cristo, con la cabeza caída, los hombros contorsionados como solo pueden estar aquellos cuyos brazos han sido desencajados; la figura estaba hecha de macizas piezas de madera, todas ellas artísticamente teñidas: trozos de puerta, patas de cama, sedales, machos de timón, vigas, crucetas, trozos encajados de marcos macizos.

—Deseo... —comenzó, luego extendió los brazos en confusión. Sabía lo que quería decir, pero nadie habla ordenado nunca correctamente la progresión de palabras.

—¿Se trata de Madelaine? —preguntó la vieja. Sonrió como la Tía Jemima, y apuntó un dedo al otro extremo de la enorme sala de estar, clavándolo en la bruja aterciopelada al otro lado, junto a la chimenea —. Está allí.

El Rey del Tibet se sintió algo más relajado.

—Ahora —dijo la vieja, con su mano en la mejilla de Charlie—, ¿qué es lo que necesita saber? Dígamelo. Aquí tenemos todas las respuestas. De verdad.

—Quiero saber...

La pantalla de la televisión se tornó plata y lanzó un charco de luz, atrayendo la atención de Charlie. Las posibilidades fueron listadas en la pantalla. Y lo que deseaba saber pareció inconsecuente comparado con las posibilidades que vio listadas.

—Aquella —dijo—. La segunda. ¿Cómo murieron los dinosaurios?

—Oh. ¡Excelente! —Parecía contenta de que hubiera escogido aquella —. ¿Shefty...? —Llamó a un hombre alto de sienes canosas. El la miró dejando de hablar a varias mujeres y a otro hombre, la contempló expectante, y ella dijo —: Ha escogido la segunda. ¿Puedo?

—Naturalmente, querida —dijo Shefty, alzando su copa de vino hacia ella.

—¿Tenemos tiempo?

—Oh, creo que sí —contestó él.

—Sí... ¿Qué hora es? —preguntó Charlie.

—Por allí —le dijo la vieja, llevándolo fuertemente asido por el antebrazo. Se detuvieron frente a otra pared —. Mire.

El Rey del Tibet miró a la pared, y esta palideció, se convirtió en hielo, y se hizo translúcida. Había algo atrapado en el hielo. Algo grande. Algo oscuro. Forzó la vista, tratando sus ojos de discernir la figura. Luego la estuvo viendo más claramente y era un gran saurio, congelado en el momento de saltar sobre alguna especie menor.

—Gorgosaurio —dijo la vieja, a su lado —. Se parece bastante al Tiranasaurio, como puede ver; pero las patas delanteras solo tienen dos dedos. ¿Lo ve?

Diez metros de piel gris curtida. Los dientes asesinos. El morro de hocico prominente, los ojos de ámbar ahumado del comedor de despojos. La lisa y repugnante protuberancia de la cola balanceante, las atrofiadas patas delanteras trágicamente agostadas e inútiles. La musculatura... El pulsante latir de la sangre congelada bajo la piel de lona. El... latir...

Vivía.

El Rey del Tibet atravesó el hielo, acompañado por la vieja de ojos de Circe, mientras la sala de estar, blanco caracol de mar, reculaba tras la pared de hielo. El hielo se fue, vino la noche.

Hielo que se fundía lentamente de la gran masa frente a él. Se quedó asombrado.

—Mire —dijo la mujer.

Y vio mientras el hielo se disolvía en niebla y bruma nocturna, y vio mientras la tierra temblaba, y vio mientras el gran lagarto furioso se movía en tambaleante duda, y vio mientras los otros llegaban apiñándose cerca, sin ser vistos. Llegó el Escolosaurio. Llegó el Tracodonte. Llegó el Esteanosaurio. Llegó el Protoceraton.

Y todos se quedaron esperando.

El Rey del Tibet sabía que había mataderos en los que los bueyes eran colgados boca abajo de ganchos, donde los cuellos eran cortados y la sangre corría espesa como aceite de máquina. Vio una cosa dorada colgando, y no quiso mirar. Más tarde, miraría.

Esperaron, silenciosamente, a que llegase.

Venía a través de la ciénaga cretácea. Charlie lo podía oír. No muy fuerte, pero acercándose inexorablemente.

—¿Quiere encenderme el cigarrillo, por favor? —preguntó la vieja.

Brillaba. Llevaba un pálido nimbo blanco. Caminaba a través del pantano, negro hasta las caderas por la pútrida sustancia. Llegó, con los ojos hundidos bajo pobladas cejas prominentes, la mandíbula proyectándose hacia delante, las amplias aletas de la nariz olisqueando la gélida noche, los brazos cubiertos con suciedad incrustada y pelo. El salvador.

Llegó hasta los lagartos propietarios de la tierra. Caminó alrededor de ellos, que permanecieron quietos y en silencio, próximos a su fin. Entonces los tocó, uno tras otro, y la plaga se apoderó de ellos. Hongos azules se extendieron de las cinco huellas dejadas en sus pieles imperecederas; muerte azul irradiando de impresiones de dedos opuestos, uniéndose, extendiendo cilios y pudriendo la carne de los grandes dinosaurios desaparecidos.

Se volvió a formar el hielo y el Rey del Tibet regresó a través de un frío perlino hacia la sala de estar.

Encendió una cerilla y le prendió el cigarrillo.

Ella le dio las gracias y se apartó.

La bruja aterciopelada regresó.

—¿Te lo has pasado bien? —El pensó en las cajas dentro de las cajas.

—¿Fue así como murieron? ¿Fue él el primero?

Ella asintió.

—¿Te pidió Nita algo?

Charlie nunca había visto el mar. Oh, había estado en los estrechos en el Río Este y en el Hudson, pero nunca había visto el mar. El verdadero mar, el mar atronador que se tornaba negro por la noche como una lámina de vidrio. El mar que podía atraer y el mar que podía matar, que podía tragarse ciudades enteras y convertirlas en mitos. Deseaba ir a California.

De pronto, sintió miedo de que nunca abandonaría aquella cosa de allí llamada Ohio.

—Te pregunté si Nita te pidió algo.

—¿Cómo?

—Nita. ¿Te pidió ella algo?

—Tan solo lumbre.

—¿Se la diste?

—Sí.

El rostro de Madelaine flotó en el tenue fluido de su vista. Los músculos de su mandíbula temblaron. Se giró y caminó a través de la sala. Todo el mundo se volvió para mirarla. Llegó hasta Nita, que repentinamente dio un paso hacia atrás y alzó los brazos.

—No, no lo hice...

La bruja aterciopelada extendió fulgurantemente una mano hacia la mujer mayor y la mano pareció atravesar su cuello. Los dedos de puntas de plata reaparecieron, apretados alrededor de un delgado filamento brillante. Luego, Madelaine lo partió con un gruñido.

Se oyó un terrible pequeño sonido de Nita, y luego ella se volvió, acuosa, y se quedó en silencio junto a la ventana, con aire vacío y sin esperanza.

Madelaine se limpió la mano en el respaldo de un sofá y se acercó a Charlie.

—Nos iremos ahora. La fiesta ha terminado.

El condujo en silencio, de vuelta a la ciudad.

—¿Vas a subir? —le preguntó, cuando aparcó el Eldorado frente al hotel.

—Voy a subir.

Se inscribieron como el Profesor Pierre y Marja Skodowska Curie y por primera vez en su vida él fue incapaz de alcanzar un clímax. Se quedó dormido sollozando por no haber visto nunca el mar, y se despertó horas más tarde cuando la noche aún apretaba las paredes. Ella no estaba allí.

Oyó sonidos en la calle, y fue a la ventana.

Había una gran multitud en la calle, apiñada alrededor de su coche.

Mientras miraba, un hombre se echó de rodillas frente al dorado Eldorado y lo tocó. Charlie sabía que aquel era su sueño. No podía moverse; tan solo mirar, mientras se comían su coche.

El hombre acercó la boca al frente del coche y la retiró ensangrentada. Un gran bocado había sido arrancado de la brillante piel del Cadillac. Sangre dorada corría por las mandíbulas del hombre.

Otro hombre se extendió sobre el techo del coche e incluso desde detrás de la ventana el Rey del Tibet podía oír los temibles sonidos sorbentes y babosos. El techo fue hecho trizas.

Una mujer se acercó a gatas a la parte trasera del coche y se cogió al tubo de escape. Su rostro temblaba expectante y siguió allí hasta estar saciada.

Cuando hubo terminado, todos se echaron sobre el coche y él los contempló mientras su sueño pasaba a sus interiores, pieza a pieza, masticado y comido mientras él lo veía sin poder hacer nada.

—Eso es todo, Charlie —la oyó decir, tras él. No podía volverse para mirarla pero su reflejo se sobrepuso al de él en la ventana. Allá afuera, en la oscuridad, se alejaron, habiendo comido.

Miró, y vio la cosa dorada colgando boca abajo en el matadero, con el cuello cortado, la sangre recogida por canalones de ónix.

Sin coche, en Dayton, Ohio, estaba muerto para los sueños.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Más Vasto Que Los Imperios, Y Más Lento
(Ursula K. Leguin)

Estás mirando un reloj. Tiene manecillas y cifras dispuestas en círculo. Las manecillas giran. No sabes si giran a igual velocidad o si una gira más rápidamente que la otra. ¿Qué significa eso? Hay una relación entre las manecillas y el círculo de cifras, y el nombre de esa relación lo tienes en la punta de la lengua; las manecillas son algo, con respecto a las cifras. ¿O son las cifras las que... respecto de las manecillas? ¿Qué significa respecto de? Son cifras —tu vocabulario no se ha reducido— y naturalmente sabes contar; uno dos tres cuatro etc., pero tu problema es que no puedes decir cuál es cual. Cada una es una: ella misma. ¿Por dónde empiezas? Si cada una es una, no hay, cuál es la palabra, la tenía hace un instante, una nosequé-ción entre las unas. No hay un entre. Sólo hay un aquí y aquí, una y una. No hay un allá. Maya ha caído. Todo es aquí ahora uno. Pero si todo es ahora y todo aquí y todo uno, no hay un final. Si no hubo comienzo, no puede haber final. Oh Dios, aquí ahora sácame de este...

Estoy tratando de describir las sensaciones de una persona común en el vuelo NAFAL. Para algunas, dotadas de un agudo sentido del tiempo, puede ser mucho peor que esto. Para otras, es apacible, como una bruma narcótica que libera la mente de la tiranía de las horas. Y para unas pocas la experiencia es decididamente mística; la fractancia del tiempo y de la relación las conduce a la intuición de lo eterno. Pero el místico es una rara avis, y para la generalidad de la gente la máxima cercanía a ello, alcanzable en tiempo paradojal, es la plegaria inarticulada y angustiosa por la liberación.

Para los saltos largos solían drogar a la gente, pero suspendieron la práctica cuando advirtieron sus efectos. Lo que le sucede a una persona drogada, o enferma, o herida durante un vuelo a velocidad cercana a la de la luz es, desde luego, indeterminable. Un salto de diez años luz no debiera por lógica afectar de manera diferente a la víctima de sarampión y a la de una bala. El cuerpo envejece apenas unos minutos; ¿por qué entonces el enfermo de sarampión es retirado de la nave convertido en leproso, y el hombre herido en cadáver? Nadie lo sabe, excepto quizás el cuerpo, que conserva la lógica de la carne, y sabe que ha estado supurando, desangrándose o drogado hasta la inconsciencia, durante diez años. Al producirse muchos casos de imbecilidad, se reconoció como un hecho el Efecto Martín Pescador, y cesaron de utilizar drogas y de transportar a los enfermos, a los heridos y a las embarazadas. Para postularse para un vuelo NAFAL se debe tener salud normal y estar decidido a dar el salto.

Pero no es necesario estar cuerdo.

Fue sólo durante las primeras décadas de la Liga, cuando los terráqueos, quizás en un intento de fortalecer su vapuleado ego colectivo, enviaron naves en viajes tremendamente largos, más allá de la bóveda del cielo, allende las estrellas y aún más allá. Buscaban mundos que no hubiesen sido, como todos los mundos conocidos, colonizados o expoliados por los Fundadores de Hain, mundos realmente ignotos; y todos los tripulantes de estas Exploraciones a los Confines eran mentalmente desequilibrados. ¿Quiénes si no, estarían dispuestos a partir en busca de datos que no serían recibidos hasta dentro de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Recibidos por quiénes? Esto ocurría antes del invento del comunicador instantáneo; en ese entonces los viajeros quedaban aislados en el tiempo y en el espacio. Ninguna persona en su sano juicio que hubiese experimentado deslizamientos de tiempo aunque

sólo fuese de unas pocas décadas entre mundos cercanos se postularía como voluntario para un viaje de ida y vuelta de medio milenio. Los Exploradores eran escapistas, inadaptados, locos.

Diez de ellos treparon a bordo del ferry en Puerto Smeming en Pesm, y durante los tres días que el ferry tardó en llevarlos a la nave, Guma, hicieron tentativas diversamente ineptas por conocerse unos a otros. Guma es un sobrenombre común en cetiano bajo, equivale a Bebé o Chiquitina. Había un cetiano bajo en el equipo, un cetiano peludo, dos hainianos, una beldene y cinco terráqueos; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el gobierno de la Tierra. Esta tripulación heterogénea abordó la nave reptando uno a uno a través del tubo de acoplamiento, como tímidos espermatozoides que fecundaran el universo. El ferry se alejó, y el piloto puso a Guma en camino. Durante varias horas la nave flotó en el filo del espacio a unos pocos centenares de millones de millas de Pesm, y luego desapareció bruscamente.

Cuando, luego de diez horas y veintinueve minutos, o sea 256 años, Guma reapareció en el espacio normal, debía estar, supuestamente, en las inmediaciones de la Estrella KG-T-96651. Y así era, allí estaba la chispeante y dorada cabeza de alfiler de la estrella. En alguna parte de la esfera de cuatrocientos millones de kilómetros tendría que haber también un planeta verdoso, Mundo 4470, tal como fuera relevado mucho tiempo atrás por un cartógrafo cetiano. Ahora la nave tenía que localizar el planeta. Esto no era tan fácil como podría parecer, en un pajar de cuatrocientos millones de kilómetros. Y Guma no podía revolotear en el espacio planetario a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hacía, ella y la Estrella KG-T-96651y el mundo 4470 corrían el riesgo de estallar y hacerse añicos. Tenía que reptar, a propulsión por cohete, a razón de unos pocos centenares de miles de millas por hora El piloto matemático, Asnanifoil, tenía una idea bastante aproximada de dónde debía estar el planeta y calculó que podrían llegar a él dentro de diez días terrestres. Mientras tanto los miembros de la Expedición se fueron conociendo todavía mejor.

—No lo puedo aguantar —dijo Porlock, el Científico Duro (química, más física, astronomía, geología, etcétera), y en su mostacho aparecieron burbujitas de saliva—. Ese hombre es demente. No entiendo cómo lo declararon apto para formar parte de un Equipo, a menos que éste sea un experimento deliberado de incompatibilidades, fraguado por la Autoridad, y nos estén utilizando como conejitos de Indias.

—Nosotros por lo general empleamos ardillas y vampirillos hainianos —dijo amablemente Mannon, el Científico Blando (psicología, más psiquiatría, antropología, ecología, etcétera); era uno de los hainianos—. En lugar de conejillos de indias. Bueno, ustedes saben, el señor Osden es por cierto un caso muy raro. En realidad, es el único caso totalmente curado del Síndrome de Render, una variante del autismo infantil que considerábamos incurable. El eminente analista terráqueo Hammergeld llegó a la conclusión de que la causa de la conducta autista era en este caso una capacidad de empatía supranormal, y dio con el tratamiento adecuado. El señor Osden es el primer paciente que ha sido sometido a dicho tratamiento, y en verdad vivió con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia tuvo un éxito total.

—¿Total?

—Bueno, sí. No cabe duda de que no es autista.

—No, es insoportable

—Bueno, les diré —prosiguió Mannon, mirando sin inmutarse los hilillos de saliva en el bigote de Porlock—, la reacción defensiva-agresiva normal entre extraños que acaban de conocerse, digamos por ejemplo usted y el señor Osden, es algo de lo que uno rara vez es consciente; los hábitos, la educación, la despreocupación hacen que uno la pase por alto; ustedes han aprendido a ignorarla, al punto que serían capaces de negar su existencia. El señor Osden en cambio, por ser émpata la percibe. Percibe sus propios sentimientos y los vuestros, y se ve en figurillas para saber cuál es cual. Digamos que hay un elemento normal de hostilidad hacia cualquier desconocido en vuestra reacción emocional frente a él cuando lo conocéis, amén del rechazo espontáneo que os produce su aspecto, o su forma de vestirse, o de dar la mano... lo que sea. Él siente ese rechazo. Como su defensa autística ha sido neutralizada, recurre a un mecanismo de defensa agresivo, una respuesta en especie a la agresión que vosotros inconscientemente habéis proyectado en él. —Mannon se explayó en su tema durante largo rato.

—Nada le da a un hombre el derecho de ser tan hijo de puta —dijo Porlock.

—¿No puede des-sintonizarnos? —preguntó Harfex, el biólogo, otro hainiano.

—Es como oír —dijo Olleroo, Auxiliar del Científico Duro, mientras se agachaba para pintarse las uñas de los dedos de los pies con laca fluorescente—. Uno no tiene párpados en las orejas. No hay una llave que desconecte la empatía. Lo quiera o no, oye lo que nosotros sentimos.

—¿Sabe lo que estamos pensando? —preguntó Eskwana, el Ingeniero, mirando de hito en hito a los demás, realmente asustado.

—No —replicó Porlock con aspereza—. ¡Empatía no es telepatía! Nadie es telépata.

—No es tan así —dijo Mannon, con su sonrisita de siempre—. Poco antes de partir de Hain se recibió una comunicación interesantísima de uno de los mundos recientemente redescubiertos, un hilifero llamado Rocannon informó que parece haber entre los miembros de una raza homínida mutada una técnica para enseñar telepatía; yo sólo vi una sinopsis en el Boletín HILF, pero... —Y continuó con su perorata. Los otros se habían dado cuenta de que podían conversar mientras Mannon desarrollaba sus disertaciones; él no parecía darle importancia, ni tampoco perder mucho de cuanto manifestaban los demás.

—Entonces, ¿por qué nos odia? —preguntó Eskwana.

—Nadie te odia a ti, Ander, encanto —dijo Olleroo, mientras embadurnaba de rosa fluorescente la uña del pulgar izquierdo de Eskwana. El ingeniero se ruborizó y sonrió vagamente.

—Actúa como si nos odiase —dijo Haito, la Coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendente, áspera, profunda y suave, como una joven rana bramadora—. ¿Por qué, si nuestra hostilidad lo hace sufrir, la empeora con sus ataques e insultos constantes? No puedo decir que tenga una alta opinión de la cura del doctor Hammergeld, Mannon; tal vez el autismo sería preferible.

Calló bruscamente. Osden acababa de entrar en la cabina principal.

Daba la impresión de un hombre a quien le hubieran arrancado la piel. Su tez, de una blancura y una transparencia morbosas, mostraba los vasos sanguíneos como un desteñido mapa de carreteras trazado en rojo y azul. La

Librodot

manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y ligamentos de las muñecas y las manos, todo se veía nítidamente como exhibiéndose para una clase de anatomía. El pelo era de un claro color herrumbre, como sangre reseca. Tenía cejas y pestañas, pero sólo eran visibles bajo ciertas luces; lo que uno veía eran los huesos de las órbitas, la red de las venillas de los párpados y los ojos incoloros. No eran rojos, porque Osden no era realmente albino, pero tampoco eran azules ni grises; los colores se habían borrado de los ojos de Osden, dejando una fría claridad acuosa, infinitamente penetrable. Nunca miraba a nadie de frente. Tenía un rostro inexpresivo, semejante a un dibujo anatómico, o a un rostro desollado.

—Concuerdo —dijo en una alta y áspera voz de tenor— que incluso el retraimiento autístico sería preferible al smog de las baratas emociones de segunda mano con que me rodean todos ustedes. ¿Por qué exudas odio ahora, Porlock? ¿No puedes soportar mi vista? Ve a practicar un poco de autoerotismo como lo hacías anoche, eso mejora tus vibraciones. ¿Quién demonios tocó mis cintas? Que nadie, ninguno de vosotros, toque mis cosas. No lo permitiré.

—Osde —dijo Asnanifoil, el cetiano peludo, con su voz amplia y despaciosa— ¿por qué eres tan hijo de puta?

Ander Eskwana se contrajo y ocultó la cara entre las manos. Los enfrentamientos lo asustaban. Olleroo, eterna espectadora, miraba con una expresión ausente y a la vez ávida.

—¿Por qué no voy a serlo? —dijo Osden. No miraba a Asnanifoil y se mantenía físicamente tan distante de todos ellos como lo permitían las dimensiones de la atestada cabina—. Ninguno de vosotros constituye por sí mismo una razón valedera para hacerme cambiar de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; rara vez los cetianos están dispuestos a decir lo que es obvio. Harfex, un hombre reservado y paciente, dijo:

—La razón es que tendremos que pasar varios años juntos. La vida será más agradable para todos nosotros, si...

—¿No entiendes que me importa un bledo de todos vosotros? —dijo Osden y recogió sus cintas y salió.

Eskwana se había quedado dormido repentinamente. Asnanifoil dibujaba espirales en el aire con un dedo y musitaba las primas del Ritual.

—Uno no puede explicarse su presencia en el equipo a menos que sea una confabulación por parte de la Autoridad Terráquea. Esto lo comprendí desde el primer momento. Esta misión está condenada al fracaso —murmuró Harfex al oído de la Coordinadora, mientras echaba una mirada por encima del hombro.

Porlock jugueteaba con el botón de su bragueta: tenía lágrimas en los ojos.

—Ya les dije que eran todos locos, pero ustedes creyeron que yo exageraba.

Locos y todo, no les faltaba razón. Los Exploradores de los Confines contaban con que sus compañeros de equipo serían inteligentes, expertos, inestables y personalmente considerados. Debían trabajar juntos en contacto íntimo y en lugares desagradables y era de esperar que las paranoias, depresiones, manías, fobias y compulsiones de los otros fuesen lo bastante leves como para permitir buenas relaciones personales, al menos la mayor parte del tiempo. Osden podía ser inteligente, pero su educación

dejaba mucho que desear y su personalidad era desastrosa. Había sido enviado únicamente a causa de su don singular, su capacidad empática: hablando con propiedad, el amplio espectro de su receptividad bioempática. Su don no era específico para una especie: podía captar emociones o vivencias de todo lo dotado de sensibilidad e inteligencia. Podía compartir la lujuria de una rata blanca, el sufrimiento de una cucaracha aplastada, la tototropía de una polilla. En un mundo desconocido, había resuelto la Autoridad, sería útil saber si algo que está en las cercanías tiene sensibilidad e inteligencia, y de ser así, cuáles son sus sentimientos hacia uno. El cargo de Osden era inédito: era el Sensor del grupo.

—¿Qué es la emoción, Osden? —le preguntó un día Haito Tomiko en la cabina principal, tratando de entablar alguna relación con él—. ¿Qué es, exactamente, lo que captas con tu sensibilidad empática?

—Mierda —contestó el hombre con su voz aguda, exasperada—. Los excrementos psíquicos del reino animal. Vadeo en medio de vuestras heces.

—Estaba tratando —dijo Tomiko— de conocer algunos hechos. —Tenía la convicción de que su tono de voz era admirablemente sereno.

—No te interesaba ningún hecho. Estabas tratando de escarbar en mí. Con algo de miedo, un poco de curiosidad y mucha repugnancia. En la misma forma en que tratarías de hurgar a un perro muerto para ver reptar las larvas. ¿Entenderás de una vez por todas que no quiero que me manoseen, que quiero que me dejen en paz? —Tenía manchas rojas y moradas en la piel, y había levantando la voz—. ¡Ve a revolcarte en tu propia mierda, putita amarilla! —chilló, ante el silencio de Tomiko.

—Tranquilízate —le dijo ella, siempre serena, pero se marchó al instante y se dirigió a su camarote.

Naturalmente, Osden no se había equivocado en cuanto a sus motivos; su pregunta había sido más que nada un pretexto, un mero intento de despertar su interés. Pero ¿qué mal había en ello? ¿Acaso tal esfuerzo no implicaba un respeto por el otro? En el momento de formularle la pregunta, había sentido a lo sumo una desconfianza levísima; más que otra cosa había sentido lástima por él, el pobre bastardo arrogante y ponzoñoso, Señor Sinpellejo, como lo llamaba Olleroo. ¿Qué esperaba obtener con su forma de actuar? ¿Amor?

—Sospecho que no puede soportar que nadie lo compadezca —dijo Olleroo, quien, tendida en la litera baja, se doraba los pezones.

—Entonces no puede entablar ninguna relación humana. Todo cuanto hizo su famoso doctor Hammergeld fue darle vuelta el autismo del revés…

—Pobre infeliz —dijo Olleroo—. Tomiko, no te molesta que Harfex venga un rato esta noche, ¿verdad?

—¿No puedes ir tú a su camarote? Estoy harta de pasarme las horas en la Principal con ese maldito nabo pelado.

—Lo detestas, ¿verdad? Sospecho que él lo percibe. Pero también anoche dormí con Harfex, y Asnanifoil podría ponerse celoso, puesto que comparten la cabina. Aquí sería más agradable.

—Sírvelos a los dos —dijo Tomiko con la grosería de la virtud ofendida. Su subcultura terráquea, la del Lejano Oriente, era puritana; había sido educada en la castidad.

Librodot

—Es que sólo me gusta uno por noche —respondió Olleroo con inocente serenidad. Beldene, el Planeta Jardín, nunca había inventado la castidad ni la rueda.

—Prueba con Osden, entonces —dijo Tomiko. Rara vez su inestabilidad personal era tan evidente como en ese momento; una profunda falta de confianza en sí misma que se manifestaba como una tendencia destructiva. Se había ofrecido como voluntaria para esa misión porque, con toda probabilidad, no tendría utilidad alguna.

Pincel en mano, los ojos muy abiertos, la pequeña beldene levantó la cabeza.

—Tomiko, dijiste una cosa muy fea.

—¿Por qué?

—¡Sería una ruindad! ¡Osden no me atrae!

—No sabía que eso te importase —dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí lo sabía. Recogió algunos papeles y salió de la cabina, agregando—: Espero que tú y Harfex o quien sea terminen para la última campanada; estoy cansada.

Olleroo estaba llorando, las lágrimas goteaban sobre sus pequeños pezones dorados. Tenía el llanto fácil. Tomiko no sabía lo que era llorar desde los diez años.

No era una nave feliz; pero las cosas mejoraron un poco cuando Asnanifoil y su computadora localizaron el Mundo 4470. Allí estaba, una gema verde oscuro, como la verdad en el fondo de un pozo de gravedad. Mientras veían crecer el disco color jade, un sentimiento de solidaridad nació entre ellos. El egoísmo de Osden, su incisiva crueldad, servía ahora para unir a los otros.

—Tal vez —dijo Mannon— fue enviado a modo de paragolpes. Lo que los terráqueos llaman chivo emisario. Quizás en definitiva su influencia sea benéfica.

Y nadie discrepó, tanto cuidado ponían en ser amables los unos con los otros.

Entraron en órbita. Del lado de la noche no había luces, y en los continentes, ninguna de las huellas y terrones que amontonan los animales constructores.

—No hay hombres —murmuró Harfex.

—Claro que no —replicó con aspereza Osden, quien tenía un pantavisor para él solo y la cabeza metida en una bolsa de politeno. Aseguraba que el plástico atenuaba los ruidos empáticos que recibía de los demás—. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión Hainiana, y no hay hombres fuera de ella. En ninguna parte. No pensarán ustedes que la Creación cometería dos veces el mismo espantoso error.

Nadie le prestaba mucha atención; todos miraban con afecto la inmensidad de jade que se tendía allá abajo, donde había vida, pero no vida humana. Para ellos, que eran inadaptados entre los hombres, lo que veían no era desolación, sino paz. El mismo Osden parecía menos inexpresivo que de costumbre: fruncía el ceño.

Descenso en fuego sobre el mar; reconocimiento aéreo; aterrizaje. Una llanura de algo semejante a pastos, espesa, verde, tallos ondulantes, rodeaba la nave, rozaba las cámaras de visión panorámica, embadurnaba las lentes con un polen finísimo.

—Parece ser una pura fitoesfera —dijo Harfex—. Osden, ¿captas algo sensible?

Todos se volvieron para mirar al Sensor. Osden se había retirado de la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a preguntas verbales.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar era absolutamente inaplicable en estos equipos de Científicos Locos; el orden jerárquico era un algo que fluctuaba entre el sistema parlamentario y la ley del más fuerte y habría enloquecido a cualquier oficial del servicio regular. No obstante, por una inescrutable decisión de la Autoridad, a la doctora Haito Tomiko se le había conferido el título de Coordinadora, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

—Señor Sensor Osden —dijo—, tenga la amabilidad de contestarle al señor Harfex.

—¿Cómo puedo "captar" nada del exterior —dijo Osden sin volverse— cuando alrededor de mí pululan, como lombrices en una lata, las emociones de nueve homínidos neuróticos? Cuando tenga algo que decir, lo diré. Conozco mi responsabilidad como Sensor. Sin embargo, si vuelve a tomarse la libertad de darme órdenes, Coordinadora Haito, consideraré caduca mi responsabilidad .

—Muy bien, señor Sensor. Confío que de ahora en adelante no tendré necesidad de darle órdenes.

La voz de rana bramadora de Tomiko era calma, pero Osden pareció estremecerse ligeramente mientras seguía dándole la espalda; como si la marejada del contenido rencor de Tomiko lo hubiese golpeado con fuerza física.

La intención del biólogo se vio confirmada. Cuando iniciaron los análisis de campo no encontraron animales entre la microbiota. Aquí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida eran fotosintéticas o saprófagas, vivían de la luz o de la muerte, no de la vida. Plantas: infinidad de plantas, ni una sola especie conocida por los visitantes de la Morada del Hombre. Infinitos matices e intensidades de verde, violeta, púrpura, castaño, rojo. Infinitos silencios. Sólo el viento se movía, meciendo las hojas y las frondas, un suspirante viento tibio cargado de esporas y pólenes, soplando el dulce polvillo verde pálido por las praderas de altas hierbas, brezales que no eran brezos, bosques sin flores jamás hollados, jamás contemplados por ojo alguno. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Exploradores, vagabundeando como excursionistas por las soleadas llanuras de filicaliformes violetas, hablaban unos con otros en voz baja. Sabían que sus voces rompían un silencio de un millón de años, el silencio del viento y de las hojas, de las hojas y el viento, que soplaba y cesaba y volvía a soplar. Hablaban en voz baja; pero, por ser humanos, hablaban.

—Pobre Osden —dijo Jenny Chong, Bio y Tec, mientras pilotaba un helijet por la vía del Cuadrante Polar Boreal—. Semejante equipo de alta fidelidad en su cerebro y nada para recibir. ¡Qué desperdicio!

—Me dijo que odia las plantas —comentó Olleroo con una risita.

—Yo hubiera dicho que le gustaban, ya que no lo fastidian como lo hacemos nosotros.

—No puedo decir que a mí me gusten mucho estas plantas —dijo Porlock mirando desde lo alto las ondulaciones purpúreas del Bosque Circumpolar

Boreal—. Todo es igual. No hay pensamiento. Ninguna variante. Aquí un hombre a solas se volvería loco.

—Pero todo está vivo —dijo Jenny Chong—. Y si vive, Osden lo aborrece.

—En realidad no es tan malo —dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de soslayo y le preguntó:

—¿Dormiste con él alguna vez, Olleroo?

Olleroo estalló en llanto.

—¡Sois obscenos vosotros, los terráqueos!

—No, no lo hizo —dijo Jenny Chong, siempre lista para defender—. ¿Y tú, Porlock?

El químico se rió con nerviosidad: Ja, ja, ja. Hilillos de saliva le aparecieron en el bigote.

—Osden no puede soportar que lo toquen —dijo Olleroo con un estremecimiento—. Una vez lo rocé apenas, accidentalmente, y me apartó de un empujón, como una cosa... inmunda. Todos nosotros no somos más que cosas para él.

—Es perverso —dijo Porlock con una voz estrangulada que sobresaltó a las dos mujeres—. Acabará por despedazar a este equipo, sabotearlo, de uno u otro modo. Recuerden lo que les digo. ¡No es apto para vivir con otras personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Sobre colinas bajas ardía un sol de medianoche. Cortos y secos pastos brioformes, de un rosado verdoso, se extendían en todas direcciones, que eran una sola dirección, el sur. Anonadados por el increíble silencio, los tres Exploradores montaron sus instrumentos y recogieron sus muestras, tres virus contorsionándose intermitentemente sobre el pellejo de un gigante inmóvil.

Nadie le pedía a Osden que lo acompañase como piloto o fotógrafo o grabador, y él nunca se ofrecía voluntariamente, de modo que rara vez se alejaba del campamento base. Alimentaba con los datos taxonómicos botánicos de Harfex a las computadoras de a bordo y actuaba como auxiliar de Eskwana, cuya tarea principal era la de reparación y mantenimiento. Eskwana había empezado a dormir mucho, veinticinco horas o más del día de treinta y dos, quedándose dormido en medio de la reparación de una radio o mientras revisaba los circuitos orientadores de un helijet. La Coordinadora permaneció un día en la base, para observar. Nadie más quedaba allí, excepto Poswet To, que sufría ataques de epilepsia; ese día Mannon la había conectado a un circuito de terapia en un estado de catatonia preventiva. Tomiko leía los informes a los bancos de memoria y no perdía de vista a Osden y Eskwana. Pasaron dos horas.

—Creo que tendrías que usar los 860 microwaldos para cerrar ese circuito —dijo Eskwana con su voz suave, vacilante.

—¡Por supuesto!

—Perdona. Acabo de ver que tenías los de 840...

—Y los volveré a poner cuando saque los de 860. Cuando no sepa cómo proceder, Ingeniero, le pediré su consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko miró. Como era de esperar allí estaba Eskwana profundamente dormido, la cabeza sobre la mesa, el pulgar en la boca.

—Osden.

El rostro blanco no se volvió, ni siquiera habló, pero dio a entender con impaciencia que estaba escuchando.

—No puedes ignorar la vulnerabilidad de Eskwana.

—Yo no soy responsable de sus reacciones psicopáticas.

—Pero eres responsable de las tuyas. Eskwana es indispensable para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, debes alejarte de él.

Osden soltó sus instrumentos y se levantó.

—¡Con mucho gusto! —dijo con su voz vengativa y raspante—. No puedes imaginarte lo que es experimentar los terrores irracionales de Eskwana. ¡Tener que compartir su horrible cobardía, tener que temblequear con él por todo!

—¿Estás tratando de justificar tu crueldad hacia él? Creí que tenías más dignidad. —Se dio cuenta de que el despecho la hacía temblar—. Si es verdad que tus poderes empáticos te hacen compartir las angustias de Ander, ¿por qué nunca te inducen a sentir por él un mínimo de compasión?

—Compasión —dijo Osden—. Compasión. ¿Qué sabes tú de compasión?

Ella no le quitaba los ojos de encima, pero él se negaba a mirarla.

—¿Te gustaría que verbalice tu actual estado emocional con respecto a mí? —dijo—. Es algo que puedo hacer con más precisión que tú. Estoy adiestrado para analizar ese tipo de reacciones en cuanto las recibo. Y te aseguro que las recibo.

—Pero ¿cómo puedes esperar que yo sienta afecto por ti cuando te comportas de esta manera?

—¿Qué importancia tiene cómo me comporto, cerda estúpida? ¿Crees que eso puede cambiar las cosas? ¿Supones que el humano común es un pozo de bondad? Mi alternativa es ser odiado o despreciado. Como no soy una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

—Esas son sandeces. Autocompasión. Todo hombre tiene…

—Pero yo no soy un hombre —dijo Osden—. Están todos ustedes. Y estoy yo. Yo soy uno.

Horrorizada por ese vislumbre de un solipsismo tan abismal, Tomiko enmudeció durante un rato; luego dijo, sin piedad ni desprecio, clínicamente:

—Podrías suicidarte, Osden.

—Eso queda para ti, Haito —se burló—. Yo no soy depresivo y el seppuku no es para mí. ¿Qué quieres que haga aquí?

—Irte. Libéranos a nosotros y libérate tú. Toma el aeroauto y un alimentador de datos y vete a hacer un recuento de especies. En el bosque; Harfex todavía no ha empezado con los bosques. Toma cien metros cuadrados de zona boscosa, en cualquier lugar que se encuentre al alcance de la radio. Pero fuera del alcance de la empatía. Informa todos los días a las ocho y a las veinticuatro horas.

Osden partió, y nada se supo de él durante cinco días excepto sus lacónicas señales de "todo bien" dos veces al día. El estado de ánimo en el campamento de base cambió como el decorado de un escenario. Eskwana permanecía despierto durante dieciocho horas diarias. Poswet To sacó su laúd estelar y entonó las armonías celestiales (la música ponía frenético a Osden). Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko, todos prescindieron de los tranquilizantes. Porlock destiló algo en su laboratorio y se lo bebió a solas.

Librodot

Cogió una borrachera. Asnanifoil y Poswet lo oficiaron durante toda una noche, una Epifania Numérica, esa orgía mística de la matemática superior que es el placer supremo del alma religiosa cetiana. Olleroo durmió con todo el mundo. Los trabajos marchaban a las mil maravillas.

El Científico Duro venía corriendo hacia la base, abriéndose paso entre los tallos altos y carnosos de las graminiformes.

—Hay algo... en el bosque...

Los ojos se le escapaban de las órbitas, jadeaba, le temblaban el mostacho y los dedos.

—Algo grande. Moviéndose detrás de mí. Estaba agachado, poniendo un mojón. Se me vino encima. Como si se descolgara de los árboles. Detrás de mi.

Miraba a todos con ojos opacos de terror o agotamiento.

—Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Ahora espera, vuelve a repetirlo. Viste algo...

—No claramente. Sólo el movimiento. Deliberado. Un... una... no sé qué podía ser. Algo con movimiento propio. En los árboles, los arboriformes, o como quieran llamarlos. A la entrada del bosque.

Harfex tenía una expresión sombría.

—Aquí no hay nada que pueda haberte atacado Porlock. Ni siquiera hay microzoos. No puede haber sido un animal grande.

—¿No habrá sido una epifita que cayó súbitamente, una liana que se soltó detrás de ti?

—No —dijo Porlock—. Bajaba hacia mí, por entre las ramas, rápidamente. Cuando me volví, subió otra vez, escapó. Hacía ruido, algo así como un crujido. ¡Si no era un animal, sólo Dios sabe qué era! Era grande... tan grande como un hombre, por lo menos. Tal vez de color rojizo. No alcancé a ver, no estoy seguro.

—Era Osden —dijo Jenny Chong— haciéndose el Tarzán.

Rió, nerviosa, y Tomiko reprimió una absurda carcajada salvaje. Pero Harfex no sonreía.

—Uno se pone nervioso bajo los arboriformes —dijo con su voz educada y contenida—. Eso he observado. En realidad, esa puede ser la razón por la cual he estado postergando los trabajos en los bosques. Hay algo hipnótico en los colores y la disposición de los tallos y las ramas, especialmente en los helechiformes; y los esporanglos crecen con una regularidad tan matemática que parece antinatural. Para mi es muy desagradable, subjetivamente hablando. Me pregunto si un efecto agudizado de esta naturaleza no podría haber producido una alucinación...

Porlock sacudió la cabeza. Se humedeció los labios.

—Estaba allí —dijo—. Algo. Avanzando con un propósito deliberado. Tratando de atacarme por la espalda.

Cuando Osden llamó puntual como de costumbre, a las veinticuatro horas de esa noche, Harfex le transmitió el informe de Porlock.

—¿Ha tropezado usted con algo, señor Osden, que pudiera corroborar la impresión del señor Porlock de una forma de vida sensitiva y dotada de movimiento, en el bosque?

Ssss, dijo la radio, sardónica.

—No. Basta —dijo la voz desagradable de Osden.

—En realidad usted ha estado en el bosque más tiempo que cualquiera de nosotros —dijo Harfex con imperturbable amabilidad—. ¿Concuerda usted con mi impresión de que la atmósfera del bosque tiene un efecto un tanto perturbador y alucinógeno sobre las percepciones?

Ssss.

—Concuerdo en que las percepciones de Porlock se perturban con facilidad. Reténgalo en el laboratorio, hará menos daño. ¿Algo más?

—No por el momento —dijo Harfex, y Osden cortó.

Nadie creía en la historia de Porlock, y nadie podía dejar de creerla. Él estaba seguro de que algo, algo grande, había tratado de atacarlo por sorpresa. Era difícil negarlo, pues estaban en un mundo extraño, y todos los que habían entrado en el bosque habían sentido un escalofrío de temor y presentimiento debajo de los árboles. (—Llámenlos árboles, sí —había dicho Harfex—: Eso es lo que en realidad son, sólo que totalmente diferentes.) Todos reconocieron que habían experimentado cierta desazón o la sensación de que algo los vigilaba a sus espaldas.

—Tenemos que poner esto en claro —dijo Porlock, y pidió que lo enviasen a los bosques como Auxiliar Temporal del Biólogo, al igual que Osden, para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron para acompañarlo siempre que pudiesen ir en pareja. Harfex los envió a todos al bosque cercano al campamento, una extensa área que abarcaba cuatro quintas partes del Continente D. Les prohibió llevar armas blancas. No debían salir de un semicírculo de cincuenta kilómetros, que incluía el puesto de Osden. Los tres informaron dos veces diarias, durante tres días. Porlock comunicó haber vislumbrado lo que parecía ser una gran forma semierecta que se movía entre los árboles del otro lado del río; Olleroo estaba segura de haber oído moverse algo cerca de la tienda de campaña, la segunda noche.

—No hay animales en este planeta —decía Harfex con terquedad.

Entonces, una mañana Osden no llamó.

Tomiko esperó menos de una hora, luego voló con Harfex al área donde, según el informe de la noche anterior, Osden había acampado. Pero cuando el helijet planeó sobre el mar de hojas purpúreas, ilimitado, impenetrable, Tomiko sintió pánico y desesperación.

—¿Cómo vamos a encontrarlo en esto?

—Informó que desembarcaba a la orilla del río. Busquemos el aeroauto; tiene que haber acampado cerca de él, y no puede haberse alejado mucho de su campamento. El recuento de especies es un trabajo lento. Allí está el río.

—Allí está el auto —dijo Tomiko, al divisar el centelleo ajeno a los colores y sombras de la vegetación—. Vamos, pues.

Puso la nave en flotación fija y arrojó la escala. Ella y Harfex descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Tan pronto sus pies tocaron el suelo del bosque, abrió su cartuchera; luego, tras una mirada de soslayo a Harfex, que no llevaba arma, no sacó el revólver, aunque su mano volvía a él constantemente. Apenas se alejaron unos pocos metros del río, lento y pardusco, el silencio fue total y la luz penumbrosa. Grandes troncos muy separados, casi regularmente, casi idénticos; de corteza blanda, algunos parecían tersos y otros de consistencia esponjosa, grises o pardo-verdosos o pardos, entrelazados con lianas gruesas como cables y festoneados de epífitas que extendían rígidas marañas de enormes hojas oscuras caliciformes que tendían una techumbre de veinte a

Librodot

treinta metros de espesor. El suelo bajo los pies era mullido como un colchón, cada milímetro anudado de raíces y salpicado de plántulas de hojas carnosas.

—Aquí está su carpa —dijo Tomiko, intimidada por el sonido de su propia voz en esa inmensa comunidad de lo insonoro. En la carpa estaban el saco de dormir de Osden, un par de libros, una caja de raciones. Tendríamos que llamarlo a gritos, pensó, pero ni siquiera lo sugirió; tampoco lo insinuó Harfex. Partieron en direcciones opuestas desde la carpa, teniendo cuidado de no perderse de vista el uno al otro a través de los exuberantes testigos, la penumbra opresiva. Tropezó con el cuerpo de Osden, a menos de treinta metros de la carpa, guiada por el resplandor blancuzco de una libreta de apuntes caída junto a él. Yacía de cara al suelo entre dos árboles de inmensas raíces. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía roja y rezumante.

Harfex apareció junto a ella, su pálida tez hainiana completamente verde en la penumbra.

—¿Muerto?

—No. Lo han golpeado. Apaleado. Desde atrás.—Los dedos de Tomiko palparon el cráneo, la nuca y las sienes ensangrentadas—. Un arma o una herramienta... no encuentro fracturas.

En el momento en que daba la vuelta al cuerpo para poder levantarlo, Osden abrió los ojos. Inclinada sobre su rostro, Tomiko lo sostenía. Los labios pálidos se contrajeron. Un terror mortal la sobrecogió. Gritó despavorida dos o tres veces y trató de escapar, resbalando y tropezando en aquella terrible oscuridad. Harfex la retuvo; el contacto de su mano y el sonido de su voz la apaciguaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —le decía Harfex.

—No sé —sollozó. El corazón le latía aún desacompasado. No veía con claridad—. El miedo... el... sentí un terror pánico. Cuando le vi los ojos.

—Los dos estamos nerviosos. No comprendo este...

—Ahora estoy bien, vamos, tenemos que atenderlo.

Trabajando ambos con una prisa insensata, llevaron a Osden hasta la orilla del río y lo izaron con una soga bajo los brazos; el cuerpo se bamboleó como un peso muerto y por un instante giró sobre el oscuro y glutinoso mar de follaje. Lo metieron en el helijet y partieron.

Un minuto después volaban sobre una pradera. Tomiko fijó el radar de regreso automático. Respiró hondo, y sus ojos encontraron los de Harfex.

—Me asusté tanto que estuve a punto de desmayarme. Nunca me había pasado esto.

—Yo también... sentí un miedo irracional —dijo el hainiano, y en verdad parecía avejentado y conmovido—. No tan pavoroso como el tuyo. Pero tan irracional.

—Fue el contacto con él, cuando lo sostenía. Por un momento parecía estar consciente.

—¿Empatía?... Espero que pueda decirnos qué fue lo que lo atacó.

Osden, como un muñeco roto cubierto de sangre y barro, seguía semiacostado en el asiento trasero, tal como lo habían arrojado en su enloquecida premura por salir del bosque.

Otra oleada de pánico los esperaba en el campamento. La inútil brutalidad del ataque era siniestra y desconcertante. Desde el momento que Harfex

Librodot

negaba obcecadamente la existencia de vida animal, empezaron a especular sobre la posibilidad de que hubiera plantas capaces de sentir y reaccionar, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong afloró, y ya no pudo hablar de otra cosa que no fuese los Egos Oscuros que a sol y a sombra seguían a la gente sin dejarse ver. Ella y Olleroo y Porlock habían sido llamados de vuelta a la base; y nadie tenía muchas ganas de alejarse de ella.

Osden había perdido sangre en abundancia durante las tres o cuatro horas en que había yacido abandonado en el bosque, y la concusión y las contusiones graves lo habían llevado a un estado de conmoción y semi-coma. Al salir de ese estado se inició una etapa febril, durante la cual llamó varias veces al "Doctor" con voz quejumbrosa. "Doctor Hammergeld..." Cuando recobró el conocimiento, al cabo de dos de esos largos días, Tomiko se reunió con Harfex en el cubículo del herido.

—Osden ¿puedes decirnos qué te atacó?

Los ojos pálidos pestañearon eludiendo la cara de Harfex.

—Fuiste atacado —le dijo Tomiko con dulzura. La mirada escurridiza era odiosamente familiar, pero ella era el médico, la protectora del herido—. Tal vez no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

—¡Ah! —gritó Osden, con los ojos ardientes y el semblante crispado—. El bosque... en el bosque...

—¿Qué hay en el bosque?

Boqueó tratando de respirar. Una expresión de mayor lucidez apareció en su rostro. Al cabo de un rato dijo:

—No sé.

—¿Viste lo que te atacó? —le preguntó Harfex.

—No sé.

—Ahora tienes que recordarlo.

—No sé.

—La vida de todos nosotros puede depender de ello. ¡Debes decirnos lo que viste!

—No sé —dijo Osden, sollozando de debilidad. Estaba demasiado débil para esconder el hecho de que estaba ocultando la respuesta, y sin embargo se negaba a darla. Porlock, pegado al cubículo, se mordisqueaba el bigote color pimienta y trataba de oír lo que se hablaba. Harfex se inclinó sobre Osden y dijo:

—Nos lo vas a decir...

Tomiko tuvo que interponerse.

Harfex se controló con un esfuerzo penoso. Se marchó en silencio a su habitación, donde sin duda tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los otros hombres y mujeres, dispersos por el gran edificio frágil (un largo vestíbulo principal y diez cubículos dormitorios) no decían nada, pero parecían deprimidos e irritables. Osden, como siempre, incluso ahora, los tenía a todos a su merced. Tomiko lo miró con un encono tan violento que le quemó la garganta como bilis. Ese egoísmo monstruoso que se alimentaba de las emociones de los demás, ese egoísmo inexorable era peor que cualquier repulsiva deformidad de la carne. Como un monstruo congénito, no tendría que haber vivido. No debería estar vivo. Tendría que haber muerto. ¿Por qué no le habían partido la cabeza?

Librodot

Mientras yacía así, lánguido y blanco, las manos inermes a los costados, sus ojos incoloros estaban muy abiertos y le brotaban lágrimas de las comisuras. Tomiko se le acercó bruscamente. Él se contrajo.

—No —dijo con voz débil y ronca, y trató de levantar las manos hasta su cabeza para protegerla—. ¡No!

Tomiko se sentó en la silla plegable junto a la cama, y al cabo de un rato puso su mano sobre la de él. El intentó retirarla, pero no tuvo fuerza.

Se hizo un largo silencio entre los dos.

—Osden —murmuró—. Lo siento. Lo siento mucho. Te quiero bien. Deja que te quiera bien, Osden. No quiero hacerte daño. Escucha. Ahora lo veo claro. Fue uno de nosotros. Es eso ¿no? No, no me contestes, dime solamente si estoy equivocada; pero no lo estoy... Claro que hay animales en este planeta: Diez. No me interesa saber quién fue. No tiene importancia. Hace un instante, pude haber sido yo. Me doy cuenta de eso. Yo no lo había entendido, Osden. Tú no puedes saber lo difícil que es para nosotros entenderlo.. Pero escucha. Si fuera amor, en lugar de odio y miedo... ¿Nunca es amor?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué nunca puede ser? ¿Tan débiles son todos los seres humanos? Eso es terrible. No importa, no importa, no te preocupes. Quédate tranquilo. Al menos en este momento no es odio ¿verdad? Simpatía por lo menos, interés, buena voluntad. Sientes eso, Osden ¿verdad? ¿Es eso lo que sientes?

—Entre... otras cosas —dijo, en forma casi inaudible.

—El ruido de mi subconsciente, supongo. Y de todos los demás en el edificio... Escucha, cuando te encontramos allá en el bosque, cuando trataba de darte la vuelta, te despertaste a medias, y yo sentí horror por ti. Por un momento el miedo me enloqueció. ¿Fue tu miedo de mí lo que sentí?

—No.

La mano de Tomiko seguía apoyada en la de Osden y él ahora estaba muy relajado, derivando hacia el sueño, como un hombre dolorido a quien le han aliviado el dolor.

—El bosque —murmuró; ella a duras penas entendía las palabras—. Asustado.

No insistió más, pero conservó su mano sobre la de él y lo miró mientras se dormía. Sabía lo que ella misma sentía y, por lo tanto, lo que él debía sentir. Estaba convencida de ello: sólo hay una emoción, o un estado del ser, que puede así revertirse por completo, polarizarse, en un breve instante. En hainiano alto hay en realidad una sola palabra, ont, para amor y para odio. Naturalmente, no estaba enamorada de Osden, ese es otro cantar. Lo que Tomiko sentía por él era ont, odio polarizado. Le tenía la mano y la corriente fluía entre ellos, la tremenda electricidad del tacto, que él siempre había temido. Mientras dormía, el anillo de músculos de mapa anatómico que le rodeaba la boca se aflojó, y Tomiko vio en su rostro lo que ninguno de ellos había visto nunca, muy débil, una sonrisa. Que se borró. Siguió durmiendo .

Era fuerte; al día siguiente se había sentado en la cama y tenía hambre. Harfex quiso interrogarlo, pero Tomiko lo disuadió. Colgó una lámina de politeno sobre la puerta del cubículo, como Osden mismo lo había hecho a menudo.

—¿Es verdad que interrumpe tu receptividad empática? —le preguntó, y él respondió en el tono seco y cauteloso que ahora usaban entre ellos:

—No.

—Un aviso entonces, nada más.

—En parte, más bien cura por la fe. El doctor Hammergeld creía que daba resultado... Quizá sea cierto, un poco.

Había habido amor, una vez. Un niño aterrorizado, sofocándose en medio del oleaje y el estrépito de las desmesuradas emociones de los adultos, un niño a punto de ahogarse salvado por un solo hombre. Aprendiendo a respirar, a vivir, de un solo hombre. Recibiéndolo todo, total protección y amor, de un solo hombre. Padre/madre/Dios: nadie más.

—¿Vive todavía? —preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y la extraña crueldad de los grandes médicos. Quedó azorada cuando escuchó su risa forzada, metálica:

—Murió hace por lo menos dos siglos y medio —dijo Osden—. ¿Te olvidas de dónde estamos, Coordinadora? Todos nosotros hemos abandonado a nuestras pequeñas familias...

Del otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían vagamente. Hablaban en voz baja y tensa. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong trataba de acomodar las luces de su cubículo para que no proyectasen sombras.

—Están todos asustados —dijo Tomiko, asustada—. Todos tienen ideas acerca de lo que te atacó. Una especie de patata-gorila, una gigantesca espinaca colmilluda, yo qué sé... Hasta Harfex. Quizá tengas razón en no obligarlos a ver. Eso sería peor, perder la confianza los unos en los otros. Pero, ¿por qué estamos todos tan temerosos, incapaces de hacer frente a la verdad, derrumbándonos con tanta facilidad? ¿Estamos todos locos?

—Pronto lo estaremos más.

—¿Por qué?

—Hay algo.

Cerró la boca, los músculos de sus labios se destacaron, rígidos.

—¿Algo sensible?

—Una sensibilidad.

—¿En el bosque?

Asintió en silencio.

—¿Qué es, entonces...?

—El miedo. —Otra vez pareció tenso, y empezó a agitarse—. Cuando caí allí no perdí el conocimiento en seguida. Lo recobraba a cada momento. No sé. Era más bien como estar paralizado.

—Lo estabas.

—Yo estaba en el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara en el barro, en ese blando mantillo. Se me metía en las fosas nasales y en los ojos. No podía moverme. No podía ver. Como si fuese parte del suelo. Hundido en él, parte de él. Sabía que estaba entre dos árboles a pesar de que no los veía. Supongo que sentía las raíces. Debajo de mí, en la tierra, enterradas profundamente. Tenia las manos ensangrentadas, eso lo sentía, y la sangre volvía pegajoso el barro que me rodeaba la cara. Sentía el miedo. Un miedo que crecía sin cesar. Como si por fin ellos supiesen que yo estaba allí, yaciendo sobre ellos, debajo de ellos, entre ellos, la cosa que ellos temían, y a la vez parte de su mismo temor. Yo no podía dejar de responder con miedo, y

ese miedo seguía creciendo, y yo no podía moverme, no podía escapar. Perdería el sentido, pensaba, y luego el miedo me haría volver en mí, y aún así no podía moverme. Como tampoco ellos pueden.

Tomiko sintió el frío erizarse de su pelo, los preparativos de la maquinaria del terror.

—¿Ellos: quiénes son ellos, Osden?

—Ellos, esa cosa... no sé. El miedo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Harfex en tono perentorio cuando Tomiko les comunicó esta conversación. Todavía no permitía que Harfex interrogase a Osden, sintiendo que debía protegerlo del ataque de las poderosas y ultra reprimidas emociones del hainiano. Desgraciadamente, esto no hizo más que avivar el lento fuego de la angustia paranoide que ardía en el desdichado Harfex, quien pensó que ella y Osden estaban confabulados para ocultar al resto del equipo algún dato de gran importancia o un peligro.

—Es como un ciego que trata de describir al elefante. Osden no ha visto ni oído la... esa cosa sensible, lo mismo que nosotros.

—Pero la ha sentido, mi querida Haito —dijo Harfex con furia apenas reprimida—. No empáticamente. En su cráneo. Fue y lo derribó y lo golpeó con un instrumento romo. ¿No alcanzó ni siquiera a atisbarlo?

—¿Qué habría visto, Harfex ? —preguntó Tomiko, pero él no quería escuchar lo que la voz de Tomiko insinuaba; hasta él se negaba a comprender. Lo que tememos es lo ajeno. El asesino es un desconocido, un forastero, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí!

—El primer golpe lo dejó bastante aturdido —dijo Tomiko un poco cansada—, no vio nada. Pero cuando volvió en sí, allí solo, en el bosque, sintió un miedo inmenso. No su propio miedo, un efecto empático. De eso está seguro. Y seguro de que no era nada que captase de alguno de nosotros. Por lo tanto es evidente que no todas las formas de vida nativas son insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

—Estás tratando de asustarme, Haito. No comprendo tus motivos.

Se puso de pie y se encaminó a su mesa-laboratorio; caminaba despaciosamente, envarado, como un hombre de ochenta años, no de cuarenta.

Tomiko miró a los demás. Se sentía un poco desesperada. Su reciente, frágil y profunda interdependencia con Osden le daba, lo sabía muy bien, una nueva fuerza. Pero si ni siquiera Harfex era capaz de conservar la cabeza, ¿cuál de los otros lo haría? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, los restantes estaban trabajando u ocupados en algo. Había un no se qué de extraño en sus posiciones. Por un momento la Coordinadora no pudo saber en qué consistía, luego advirtió que todos estaban sentados frente al bosque cercano. Jugando al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla hasta quedar casi al lado de él.

Fue hasta donde estaba Mannon, que en ese momento disecaba una maraña de raíces parduscas, y le pidió que le diera la clave del enigma. Él comprendió en seguida y le dijo con inusual brevedad:

—Vigilar al enemigo.

—¿Qué enemigo? ¿Qué sientes tú, Mannon?

Tuvo una súbita confianza en él, por ser psicólogo, en ese oscuro campo de insinuaciones y empatías donde los biólogos se extraviaban.

Librodot

—Siento una intensa ansiedad con una específica orientación espacial. Pero yo no soy émpata. Por lo tanto, la ansiedad es explicable en función de la situación de tensión particular, o sea el ataque en el bosque a un miembro del equipo, y también en función de la situación de tensión general, o sea mi presencia en un entorno totalmente extraño, para el cual las connotaciones arquetípicas de la palabra "bosque" proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde Tomiko se despertó al oír gritar a Osden en medio de una pesadilla, Mannon lo estaba calmando, y ella volvió a hundirse en los oscuros callejones sin salida de sus sueños. A la mañana, Eskwana no se despertó. No fue posible despertarlo ni con drogas estimulantes. Se aferraba a su sueño, retrocedía cada vez más, balbuceando apenas de tanto en tanto hasta que, en una regresión total, yació enroscado sobre su flanco, el pulgar de los labios.

—Dos días: dos menos. Diez negritos, nueve negritos... —Este era Porlock.

—Y tú eres el próximo negrito —le espetó Jenny Chong—. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

—Nos está volviendo locos a todos —dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo—. ¿No lo sienten? ¡Por el amor de Dios! ¿Están todos sordos y ciegos? ¿No sienten lo que está haciendo, las emanaciones? Todo viene de él... de ese cuarto suyo... de su mente. ¡Nos está volviendo locos de miedo a todos!

—¿Quién? —dijo Asnanifoil, abalanzándose negro, impetuoso y peludo sobre el pequeño terráqueo.

—¿Tengo que decir el nombre? Osden, entonces. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué suponen que traté de matarlo? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! ¡Porque vosotros no queréis ver lo que nos está haciendo! Ha saboteado la misión sembrando cizaña entre nosotros, y ahora nos va a enloquecer a todos proyectando miedo en nosotros para que no podamos ni dormir ni pensar, como una radio inmensa que no hace ningún ruido pero que transmite sin cesar, y uno no puede dormir y no puede pensar. Haito y Harfex ya están bajo su control, pero el resto puede ser salvado. ¡Tuve que hacerlo!

—No lo hiciste muy bien —dijo Osden, apareciendo semidesnudo, pura costilla y vendajes, en la puerta de su cubículo—. Yo mismo hubiera podido golpearme más fuerte. ¡Demonios, no soy yo el que te ciega de miedo, Porlock, es algo que está allí afuera... allí, en el bosque!

Porlock hizo una tentativa inútil de atacar a Osden; Asnanifoil lo contuvo, y siguió reteniéndolo sin ningún esfuerzo mientras Mannon le aplicaba una inyección sedativa. Se lo llevaron mientras vociferaba algo acerca de radios gigantescas. En un minuto el sedante surtió efecto, y Porlock sumó al de Eskwana su apacible silencio.

—Bien —dijo Harfex—. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes y todo lo que sabes.

Osden dijo:

—No sé nada.

Parecía débil y abatido. Tomiko lo hizo sentar antes de que empezara a hablar.

—Después de haber estado tres días en el bosque, me pareció que recibía de tanto en tanto una débil radiación afectiva.

—¿Por qué no informaste?

—Pensé que me estaba volviendo chiflado, como todos vosotros.

—También eso deberías haberlo informado.

—Me habrían hecho volver a la base. No lo hubiera podido soportar. Vosotros os dais cuenta de que el incluirme en esta misión fue un grave error. No soy apto para convivir íntimamente con otras nueve personalidades neuróticas. Hice mal en ofrecerme como voluntario para las Exploraciones de los Confines, y la Autoridad hizo mal en aceptarme.

Nadie habló, pero Tomiko vio, esta vez con certeza, la contracción de los hombros de Osden y el endurecimiento de sus músculos faciales, en el momento en que captó su enconado asentimiento.

—De todos modos, no quería regresar a la base porque estaba intrigado. Aunque me estuviese convirtiendo en un psicópata, ¿cómo podía captar afectos empáticos cuando no había ninguna criatura que pudiese emitirlos? Por lo demás, no eran malignos. Muy vagos. Raros. Como una corriente de aire en una habitación cerrada, un latido en la comisura del ojo. Nada en realidad.

Por un momento la atención de los demás lo había sostenido: si lo escuchaban, hablaba. Estaba íntegramente a merced de ellos. Si lo odiaban, tenia que ser aborrecible; si se burlaban de él, se volvía grotesco; si lo escuchaban, era el narrador. Obedecía irremisiblemente a las exigencias de las emociones, las reacciones, los estados de ánimo de todos ellos. Y ellos eran siete, demasiados para hacerles frente, de manera que debía ser juguete de los caprichos de uno u otro. No podía ser coherente. Incluso mientras hablaba y los mantenía en suspenso, la atención de alguno siempre estaría dispersa: Olleroo pensaba tal vez que él no era atractivo; Harfex procuraba encontrar el motivo ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, incapaz de concentrarse durante largo rato en cosas concretas, divagaba hacia la eterna paz del número; y a Tomiko la distraían la piedad, el miedo. La voz de Osden vaciló. Perdió el hilo.

—Yo... yo creía que debían ser los árboles —dijo, y se interrumpió.

—No son los árboles —dijo Harfex—. No tienen más sistema nervioso que las plantas del Descenso Hainiano en la Tierra. Ninguno.

—Tú no ves el bosque por mirar los árboles, como dicen en la Tierra —terció Mannon, sonriendo como un duende; Harfex lo miró fijo—. ¿Qué pasa con esos nudos de raíces que nos han estado intrigando durante veinte días... eh?

—¿Qué pasa con ellos?

—Son, sin duda alguna, conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿De acuerdo? Supongamos ahora por un momento, cosa sumamente improbable, que tú no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan para examinar un axón, o una célula glial aislada. ¿Te parece que podrías descubrir de qué se trata? ¿Te darías cuenta de que la célula es sensible y pensante?

—No. Porque no lo es. Una célula aislada es capaz de responder mecánicamente a un estímulo. Nada más. ¿Estás formulando la hipótesis de que cada uno de los arboriformes es una "célula" de una especie de cerebro, Mannon?

—No exactamente. No hago más que señalar que todos están interconectados, tanto por la cadena de raíces enmarañadas como por tus epífitas verdes enredadas al ramaje. Una red de una complejidad y una

extensión física inverosímiles. Si hasta las graminiformes de las praderas tienen esos conectores radiculares ¿no? Ya sé que la sensibilidad o la inteligencia no es una cosa, uno no la puede palpar, o analizar en las células de un cerebro. Es una función de las células conectadas entre sí. Es, en un sentido la conexión misma: el contacto. No existe. No estoy tratando de decir que existe. No hago más que conjeturar que quizás Osden podría describirla.

Y Osden retomó el hilo de su discurso, hablando como en un trance:

—Sensibilidad sin sentidos. Ciega, sorda, débil, inerte. Cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua, a las sustancias químicas de la tierra alrededor de las raíces. Nada comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Conciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

—¿Por qué entonces captaste el miedo? —le preguntó Tomiko en voz baja.

—No lo sé. No puedo saber cómo surge en mí la conciencia de los objetos, de los demás: una respuesta sin capacidad perceptiva... Pero durante varios días hubo una desazón. Y luego, cuando yacía allí entre los dos árboles, y mi sangre corría por sus raíces... —La cara de Osden relucía de sudor—. Se transformó en miedo —dijo con voz chillona—, sólo miedo.

—Tal función, si existiera —dijo Harfex—, no sería capaz de concebir un ente material, dotado de movimiento propio, ni de responder a ese ente. No podría tener de nosotros un conocimiento mayor que el que nosotros tenemos del Infinito.

—El silencio de esas extensiones infinitas me llena de terror —murmuró Tomiko—. Pascal conoció el infinito. Por el camino del miedo.

—A un bosque —dijo Mannon— nosotros podríamos parecerle incendios. Huracanes. Peligros. Para una planta, todo cuanto se mueve rápidamente es peligroso. Lo que no tiene raíces ha de serle extraño, terrible. Y si el bosque es mente, es sumamente probable que haya percibido a Osden, cuya mente —siempre que él conserve el conocimiento— está abierta a la comunicación con todas las demás, y que yacía dolorido y asustado en él, en realidad dentro de él. No es de extrañar que él, el bosque, sintiese miedo.

—No "él" —dijo Harfex—. No hay ningún ser, ninguna criatura inmensa, ninguna persona. A lo sumo podría haber una función...

—Sólo hay un miedo —dijo Osden.

Durante un rato todos permanecieron silenciosos e inmóviles, alertas a la quietud y el silencio de los bosques.

—¿Es eso lo que constantemente siento que se me acerca por la espalda? —preguntó Jenny Chong, abrumada.

Osden asintió.

—Todos ustedes lo sienten, sordos como son. Eskwana es el que está peor, porque en realidad tiene cierta capacidad empática. Si aprendiese a hacerlo, podría emitir, pero es demasiado débil, nunca será nada más que un médium.

—Escucha, Osden —dijo Tomiko—. Tú puedes emitir. Comunícate con él, entonces, con el bosque, con el miedo de allí afuera, dile que no le haremos daño. Puesto que tiene, o es, una especie de afecto que traduce lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no podrías tú traducir a tu vez? Envíale un mensaje: "Somos inofensivos, somos amigos".

—Tú debes saber que nadie puede emitir un mensaje empático falso, Haito. Nadie puede emitir algo que no existe.

—Pero nosotros no queremos hacer daño, somos amigos.

Librodot

—¿Lo somos? En el bosque, cuando me recogiste, ¿era amistad lo que sentías?

—No. Terror. Pero era... era él, el miedo del bosque, de las plantas, no mi miedo; ¿no es así?

—¿Qué diferencia hay? Es todo lo que tú sentiste. ¿No se dan cuenta —y Osden alzó la voz exasperado— de por qué yo os rechazo a vosotros y me rechazáis a mí, todos? ¿No os dais cuenta de que yo retransmito todo afecto negativo o agresivo que sentís hacia mí desde el momento mismo en que nos conocimos? Os devuelvo la hostilidad con creces. Lo hago en defensa propia. Como Porlock. Es defensa personal, sí, pero es la única técnica que he podido desarrollar en sustitución de mi defensa congénita de total distanciamiento de los demás. Por desgracia, esta defensa crea un circuito cerrado, que se alimenta y fortalece por si mismo. Vuestra reacción inicial hacia mí fue la antipatía instintiva que despierta un lisiado; ahora se ha convertido en odio. ¿Es posible que no me haga entender? ¡Allí afuera el bosque-mente sólo transmite terror, ahora, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, porque al estar expuesto a él no puedo sentir nada excepto terror!

—¿Entonces qué debemos hacer? —dijo Tomiko, y Mannon replicó prontamente:

—Trasladar el campamento. A otro continente. Si también allí hubiera mentes vegetales, tardarán en reparar en nosotros, como pasó aquí; quizá ni siquiera adviertan nuestra presencia.

—Eso sería un alivio considerable —acotó Osden, muy tieso.

Los otros lo habían estado observando con una curiosidad nueva. Se había puesto al desnudo, lo habían visto tal como era, un hombre inerme en una trampa. Tal vez, al igual que Tomiko, habían comprendido que la trampa misma, su egoísmo craso y cruel, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y lo habían encerrado en ella, y él, como un gorila enjaulado, les arrojaba mierda a través de los barrotes. Si, al conocerlo, le hubiesen ofrecido confianza, si hubiesen sido lo bastante fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué imagen les habría dado?

Ninguno de ellos pudo hacerlo, y ahora era demasiado tarde. De haber tenido tiempo, de haber tenido soledad, Tomiko podría haber establecido con él una lenta resonancia de sentimientos, una consonancia de fe, una armonía; pero no había tiempo, tenían una misión que cumplir. No había lugar suficiente para el cultivo de algo tan grandioso, y debían conformarse con la compasión, la piedad, los mezquinos sustitutos del amor. De tan poca cosa Tomiko había sacado fuerzas, pero a él, a Osden, no le bastaba con eso, necesitaba mucho más. Y en su cara desollada Tomiko veía ahora el feroz resentimiento que le inspiraba la curiosidad de todos ellos, incluso su piedad.

—Ve a descansar, esa herida está sangrando otra vez —le dijo, y él obedeció.

A la mañana siguiente empacaron, derritieron el hangar y los habitáculos de burbuja plástica, despegaron con Guma en vuelo mecánico y se trasladaron al otro lado del mundo 4470, sobre las landas rojas y verdes, los múltiples mares tibio-verdes. Habían elegido un paraje promisorio en el Continente G; una pradera de veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes mecidas por el viento. No había ningún bosque a cien

kilómetros a la redonda, y en la pradera no crecían árboles solitarios ni sotos. Las formas vegetales aparecían solamente en extensas colonias de una sola especie, nunca mezcladas con otras, a no ser por ciertas saprófitas diminutas y ubicuas, y los esporangios. El equipo roció las estructuras con holomeldina y al anochecer del día de treinta y dos horas estaban instalados en el nuevo campamento. Eskwana seguía durmiendo, y Porlock bajo el efecto del sedante, pero todos los demás estaban llenos de optimismo.

—¡Aquí se respira! —decían constantemente.

Osden se levantó y se encaminó, tambaleante, a la puerta de entrada; recostándose en ella midió con la mirada, a través de la luz crepuscular, la extensión de la umbría pradera de ondulantes pastos que no eran pastos. El viento traía una ligera y dulce fragancia de polen; ningún sonido excepto la suave, vasta sibilancia del viento. Con la cabeza vendada apenas inclinada, el émpata permaneció inmóvil durante largo rato. Llegó la oscuridad, y las estrellas, luces en las ventanas de la distante morada del Hombre. El viento había cesado, el silencio era total. Escuchó.

En la larga noche Haito Tomiko escuchaba. Acostada, inmóvil oía la sangre en sus arterias, el respirar de los durmientes, el arrullo del viento, los humores oscuros que fluían, los sueños avanzando, la vasta estática de las estrellas más audible a medida que el universo moría lentamente, el rumor de los pasos de la muerte. Se levantó de la cama con esfuerzo y huyó de la mezquina soledad de su cubículo. Sólo Eskwana dormía. Inmovilizado en su camisa de fuerza, Porlock desvariaba quedamente en su ininteligible lengua nativa. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas, con expresión ceñuda. Poswet To estaba en el nicho de terapia, enchufada. Asnanifoil dibujaba un mandala, el Tercer Diseño de las Primas. Mannon y Harfex acompañaban a Osden.

Tomiko le cambió los vendajes de la cabeza. Su pelo lacio, rojizo, allí donde no había tenido necesidad de rasurarlo, tenia un aspecto extraño. Ahora estaba salpicado de blanco. Mientras trabajaba, le temblaban las manos. Todavía nadie había dicho nada.

—¿Cómo es posible que también aquí esté el miedo? —dijo, y su voz sonó hueca y falsa en el pavoroso silencio de la noche vegetal.

—No son los árboles solamente, los pastos también…

—Pero estamos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, lo dejamos al otro lado del planeta.

—Es todo uno —dijo Osden—. Un gran pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado al otro de tu cerebro?

—No piensa. No es pensante —dijo Harfex, abatido—. No es más que una red de procesos. Las ramas, las excrecencias epifitas, las raíces con esas coyunturas nodulares entre los individuos; todas deben ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay entonces plantas individuales propiamente dichas. Hasta el polen es parte de la cadena, sin duda; es una especie de sensibilidad pensante transportada por el viento, que pone en contacto los continentes. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta sea una sola red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, solitaria…

—Solitaria —dijo Osden—. ¡Es eso! ¡Eso es el miedo! No es porque nosotros tengamos movilidad, o seamos destructivos. Es simplemente porque somos. Somos otro. Nunca ha habido aquí ningún otro.

Librodot

—Tienes razón —dijo, casi susurró Mannon—. No tiene pares. Ni enemigos. Ni relaciones con nada excepto consigo mismo. A solas por toda la eternidad

—Entonces, ¿qué función cumple en la supervivencia de las especies?

—Ninguna, tal vez —dijo Osden—. ¿Por qué ponerte teológico, Harfex? ¿No eres hainiano? ¿No es la medida de la complejidad la medida de la felicidad eterna?

Harfex no mordió el anzuelo. Parecía enfermo.

—Deberíamos abandonar este mundo —dijo.

—Ahora saben por qué siempre quiero irme, alejarme de ustedes —dijo Osden con un humor un tanto morboso—. ¿No es agradable, no... el miedo del otro...? Si al menos se tratase de una inteligencia animal. Yo puedo comunicarme con los animales. Me entiendo con las cobras y con los tigres; la inteligencia superior le da a uno esa ventaja. Tendrían que haberme empleado en un zoológico, no en un equipo humano... ¡Si pudiese empatizar con la estúpida patata maldita! Si no fuese tan agobiante... Todavía recibo algo más que el miedo, ¿saben? Y antes de que el pánico lo dominara, tenia... había una paz. En ese entonces yo no pude captarla, no me di cuenta de lo inmensa que era. Conocer toda la luz del día, nada menos, y toda la noche. Todos los vientos y los arrullos simultáneamente. Las estrellas del invierno y las estrellas del estío al mismo tiempo. Tener raíces y no tener enemigos. Ser una integridad. ¿Se dan cuenta? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser total...

Nunca había hablado así antes, pensó Tomiko.

—No tienes armas con que defenderte de él, Osden —dijo—. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a él. Quizá no todos nos volvamos locos, pero tú si, si no nos marchamos.

Osden titubeó, luego alzó la vista hasta Tomiko, la primera vez que la miraba a los ojos, una mirada larga, apacible, límpida como el agua.

—¿Acaso la cordura me ha dado algo alguna vez? —dijo, irónico—. Pero no te falta razón, Haito. Hay algo de cierto en lo que dices.

—Tendríamos que irnos —masculló Harfex.

—Si me entregase a él —murmuró Osden como para si— ¿podría comunicarme?

—Cuando hablas de "entregarte" —dijo Mannon con voz rápida y nerviosa— supongo que quieres decir cesar de retransmitir la información empática que recibes del ente vegetal: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual o bien te matará instantáneamente, o te hará retroceder al retraimiento psicológico total, al autismo.

—¿Por qué? —dijo Osden—. Su mensaje es rechazo. Pero mi salvación es rechazo. El no es inteligente. Pero yo si.

—La escala es lo equivocado. ¿Qué puede hacer un solo cerebro humano contra algo tan vasto?

—Un solo cerebro humano puede percibir un diseño de la magnitud del de las estrellas y las galaxias —dijo Tomiko— e interpretarlo como amor.

Mannon los miró; Harfex estaba silencioso.

—En el bosque sería más fácil —dijo Osden—. ¿Quién de ustedes me llevará hasta allí?

—¿Cuándo?

—Ahora. Antes que todos ustedes se hagan añicos o se pongan violentos.

—Yo —dijo Tomiko.

—Ninguno de nosotros —dijo Harfex.

—Yo no puedo —dijo Mannon—. Estoy... estoy demasiado asustado. Me estrellaría con el jet.

—Trae a Eskwana. Si todo sale bien, podría servir de médium.

—¿Está usted aceptando el plan del Sensor, Coordinadora? —preguntó Harfex, formal.

—Sí.

—Yo no lo apruebo. Sin embargo, iré con ustedes.

—Me parece que no nos queda otra cosa que hacer, Harfex —dijo Tomiko, mirando la cara de Osden, la horrible máscara blanca transfigurada, ansiosa como el rostro de un enamorado.

Olleroo y Jenny Chong, que jugaban a las cartas para alejar los pensamientos de sus lechos rondados por fantasmas, del pavor creciente que las asediaba, parloteaban como niños asustados.

—Esa cosa, la que está en el bosque, te agarrará...

—¿Asustadas de la oscuridad? —se burló Osden.

—Pero fíjate en Eskwana, y Porlock, y hasta Asnanifoil...

—No puede hacerte daño. Es un impulso que corre a través de las sinapsis, un viento que pasa entre las ramas. No es más que una pesadilla.

Partieron en un helijet. Eskwana enroscado siempre en su sueño profundo, en el compartimiento trasero, Tomiko piloteando, Harfex y Osden silenciosos, atisbando a la distancia la oscura línea de los bosques más allá de las vagas millas grises de planicie a la luz de las estrellas.

Se acercaron a la línea negra, la cruzaron; ahora debajo de ellos nada más que oscuridad.

Tomiko buscó un sitio donde aterrizar, volando bajo, aunque tuvo que luchar contra su deseo frenético de volar a gran altura, de salir de allí, de huir. La enorme vitalidad del mundo vegetal era mucho mayor aquí en el bosque, y su pánico batía en olas oscuras e inmensas. Allá delante había un pálido claro, la desnuda cresta de un otero un poco más elevado que la más alta de las formas negras que lo rodeaban; los no-árboles; los enraizados; las partes del todo. Posó el helijet en el claro, un mal aterrizaje. Sus manos resbalaban sobre la palanca como si se las hubiese frotado con jabón.

Ahora el bosque los rodeaba, negro en la oscuridad. Tomiko se encogió y cerró los ojos. Eskwana se quejó en sueños. La respiración de Harfex era entrecortada y ruidosa, estaba sentado muy tieso, y ni siquiera se movió cuando Osden pasó el brazo por delante de él y abrió la puerta corrediza.

Osden se puso de pie; su espalda y su cabeza vendada eran apenas visibles al tenue resplandor del tablero de control cuando se detuvo, encorvado, en el vano de la puerta.

Tomiko temblaba. No podía levantar la cabeza.

—No, no, no, no, no, no, no —dijo en un murmullo—. No. No. No.

Osden dio un paso repentino y silencioso hacia el vacío, y se hundió en la oscuridad. Desapareció.

—¡Estoy llegando! —dijo una gran voz inaudible.

Tomiko gritó. Harfex tosió; parecía estar tratando de ponerse de pie, pero no lo hizo.

Tomiko se encogió sobre sí misma, toda su atención concentrada en el ojo ciego de su vientre, en el centro de su ser; y fuera de eso no había nada más que miedo.

Cesó.

Tomiko levantó la cabeza; lentamente aflojó los puños. Se irguió en su asiento. La noche era oscura, y sobre el bosque brillaban las estrellas. No había nada más.

—Osden —dijo, pero la voz no salió de su garganta. Volvió a hablar, más alto, el solitario croar de una rana bramadora. No obtuvo respuesta.

Empezó a comprender que algo raro le había pasado a Harfex. Estaba tratando de localizar la cabeza del hainiano en la oscuridad, porque él había resbalado cuando de pronto, en la profunda calma, en el oscuro compartimiento trasero de la nave, habló una voz.

—Bien —dijo.

Era la voz de Eskwana. Encendió de golpe las luces y vio al ingeniero enroscado en su sueño, con la mano cubriéndole a medias la boca.

La boca se abrió y habló.

—Todo bien —dijo.

—Osden…

—Todo bien —dijo la voz suave desde la boca de Eskwana.

—¿Dónde estás?

Silencio.

—Vuelve.

Se estaba levantando viento.

—Me quedaré aquí —dijo la voz suave.

—No puedes quedarte…

Silencio.

—¡Estarás solo, Osden!

—Escucha. —La voz era más débil, confusa, como perdida en el murmullo del viento—. Escucha. Te quiero.

Ella gritó su nombre después de eso, pero no hubo respuesta. Eskwana yacía inmóvil y en silencio. Harfex yacía más inmóvil.

—¡Osden! —gritó, asomándose al silencio oscuro, sacudido por el viento del bosque del ser—. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osden!

Silencio y viento entre las hojas.

Terminaron el estudio ordenado en el mundo 447, ellos ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una u otra de las mujeres iban diariamente al bosque, buscaban a Osden en la zona circundante al otero sin vegetación, aunque Tomiko en el fondo de su corazón no sabia con certeza en qué otero desnudo habían aterrizado aquella noche en plena vorágine de terror. Dejaban montones de vituallas para Osden, alimentos suficientes para cincuenta años, ropas, carpas, herramientas. No siguieron buscando; no había forma de hallar a un hombre solo, escondido, si quería esconderse, en aquellos laberintos interminables y umbríos corredores enmarañados de lianas, tapizados de raíces. Habrían podido pasar sin verlo a una brazada de distancia de él.

Pero él estaba allí; porque ya nunca más existió el miedo.

Racional, y valorando mucho más la razón después de una intolerable experiencia de desatino inmortal, Tomiko trató de comprender racionalmente lo que Osden había hecho. El había asumido el miedo, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su ser a lo desconocido, una rendición incondicional que no dejaba sitio para el mal. Había aprendido el amor hacia

el Otro, y por lo tanto había entregado todo su ser. Pero este no es el vocabulario de la razón.

Los miembros del equipo de Exploración caminaban bajo los árboles, a través de las vastas colonias de vida, rodeados por un silencio soñador, una calma melancólica, a medias consciente de su presencia y totalmente indiferente a ellos. No había horas. La distancia no importaba. Si al menos tuviésemos mundo suficiente y tiempo... El planeta fluctuaba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y de verano dispersaban un polen fino y pálido a través de los mares serenos.

Guma regresó después de muchas exploraciones, años y años luz, a lo que varios siglos atrás había sido el Puerto de Smeming en Pesm. Todavía había hombres para recibir (incrédulos) los informes del equipo y registrar las bajas: el Biólogo Harfex, muerto de miedo, y el Sensor Osden, dejado como colono.

Una Plaga De Autos
(Leonard Tushnet)

Mi nombre es Cooperman, Al Cooperman. Soy secretario ejecutivo de la Asociación de Comerciantes de New Falls, un trabajo que, a pesar del buen sueldo, no le desearía ni a mi peor enemigo. No porque New Falls sea algo diferente de cualquier otra ciudad en lo que se llama crisis urbana. Los suburbios están desapareciendo, las buenas viviendas se alzan demasiado lentamente, los maestros y policías chillan por más sueldo, pero eso no es mi mayor problema.

Mi mayor problema es Martin Smith, el presidente de la Asociación. Personalmente es un gran hombre, podría regalarle hasta la camisa, pero en lo que a progreso se refiere, no está con él. Conciertos de verano en noches de compras: ¡no! Un desfile prenavideño: ¡no! Canteros de flores en High Street: ¡no! Decir no es lo más fácil. Siempre está tratando de ahorrar dinero. No entiende que hoy día para tener más hay que gastar más. Es un quiosco de argumentos, si es que alguna vez existió alguno. Y eso es el presidente de la Asociación. Presidente estable, por otra parte, y la cabeza de Fabricaciones Smith, nuestra industria mayor, así como el principal accionista de nuestros dos grandes almacenes y el máximo contribuyente del Community Chest.

Tome los automóviles abandonados, por ejemplo. Ni siquiera quiero pensar en ellos. Usted sabe que en toda ciudad hay zonas cercanas a los cementerios a donde nadie va, o como ahora, áreas donde se destruyen casas para desalojar los barrios bajos. Y en toda ciudad, en esas calles, hay autos fuera de uso que sus dueños han dejado allí porque no les reportaría ningún beneficio remolcarlos hasta un desguazador o un almacén de chatarra. ¿Qué pasa con los coches? Las ventanillas se rompen, los vándalos destrozan todo lo que pueden, el tapizado se pudre. Los autos abandonados son un espectáculo desagradable además de ser un peligro para los muchachos que juegan en su interior.

¿Entonces por qué la ciudad no los elimina? Disputas sobre gastos y jurisdicciones. Los hombres de los servicios públicos dicen que no es trabajo de ellos, y si lo hacen piden que se les pague extra aunque lo pague el municipio. El depósito municipal rechaza la chatarra porque ocupa

demasiado espacio. Los hombres del remolque piden un ojo de la cara porque casi el noventa por ciento de los coches están en llantas y más de la mitad ni siquiera tienen ruedas. Entonces los autos se quedan y se quedan, una amenaza para el tráfico y para la seguridad en general, hasta que cuando tiene tiempo (raras veces), el departamento de policía se lleva a remolque un par de ellos.

La situación fue particularmente mala aquí, en New Falls, alrededor de la zona donde se estaba construyendo el City Hospital. Alguien prendió fuego a un coche y un muchacho murió por las quemaduras recibidas. Y en los alrededores del cementerio católico los autos se convirtieron en refugio de pordioseros que dormían en ellos y la gente que iba al cementerio se quejaba. Se puso tan mal que el Consejo de la ciudad contrató un servicio de otro distrito para sacar los coches. Pero entonces, algún cruzado descubrió que la compañía hacía negocio con ello, además de sobrecargar a la ciudad. Por añadidura, la compañía había construido un cementerio de coches en la orilla de la ciudad donde comienza el camino principal, una terrible presentación de New Falls para cualquier recién llegado.

Bueno, por una vez Smith decidió que ese trabajo correspondía a la Asociación: seguramente eso embellecería más la ciudad que si seguían plantando árboles en los centros comerciales. Recibí presupuestos de una docena de desguazadores, pero cuando se las mostré a Smith, chilló: "¡Ladrones!" Entonces le escribí una carta, que publicaron, al editor del Municipal Government, pidiéndole que los lectores enviaran sugerencias. Sin respuesta.

La situación permanecía estática, como dicen en política, hasta que un día mi secretaria me presenta una tarjeta: PETER HAMILTON Ph. D., REMOVEDORES. Se ríe tontamente y dice:

—Él puede resolver el problema de los coches, me dijo que se lo diga. ¡Espere a verlo!

Hace entrar a un hippie. Alto, delgado, con un sombrero de buscador de oro, el cabello hasta los hombros, un bigote a lo Pancho Villa, una camisa bordada azul brillante, pantalones rojos, sandalias franciscanas y una guitarra colgada sobre la espalda como si nada. Este personaje me da la mano y dice con voz muy correcta:

—Señor, en una semana puedo sacar de New Falls todos los autos abandonados.

—¿Usted qué es? ¿Algún fenómeno? —le pregunto—. ¿Sabe cuántos hay?

—Sí, señor —dice él—, un total de novecientos ochenta y seis. He hecho una inspección, garantizo los resultados. Pediré sólo diez dólares por coche.

Bien, lo interrogué a fondo pero no me dio demasiados detalles. Me dijo que tenia una nueva técnica. Dijo que era un ex profesor de química orgánica, ahora un marginado, y necesitaba el dinero para financiar un grupo de comunas que quería levantar para los amantes de la paz y de las flores. No hijos de puta. Amantes de la paz y de las flores, muchachos que querían marginarse de la sociedad como él. Me dijo que me haría una demostración.

Llamé a Smith, que no podría creer el precio. Dijo que si se podía hacer por ese precio él pagaría con gusto la mitad para que la Asociación no tuviera que debatirlo largamente. Combinamos la demostración para la mañana siguiente, que era un martes.

Smith y yo esperamos donde habíamos acordado, en una calle cerca del viejo canal. En la calle había seis coches muertos, ni uno con ruedas o vidrios intactos, el relleno de los tapizados flotando alrededor y los motores eviscerados a fondo. Se acerca una inmensa grúa, Hamilton maneja. Se detiene, deja caer el tablero posterior, despliega su equipo y un pequeño cargador.

—¿Dónde están sus ayudantes? —le grito.

—No necesito —me devuelve el grito. Smith me mira y levanta las cejas indicando que no cree que ese tipo pueda hacer lo que dice.

El equipo consiste en dos tubos con productos químicos, botellas, una cubeta de mezclar cubierta, metros de manguera y un atomizador. Hamilton abre un tubo, saca una medida de algo que parecen gránulos verdosos, lo agrega a un liquido negro que saca del otro tubo, lo revuelve con una paleta de madera y cubre la cubeta. Toca algunas cuerdas de su guitarra. Afinándola, dice. Luego sujeta la manguera a una abertura de la cubierta de la cubeta y al atomizador. Toma tres botellas y con una pipeta de vidrio mide una parte del contenido de las botellas y la derrama gota a gota en un orificio del tamaño de la cabeza de alfiler que hay sobre la cubierta, la que sella con una cinta. Se sienta sobre la cubierta y toca "¿Dónde se han ido todas las flores?", sin más ni más. Smith sigue mirándome, con cara de dolor, como si quisiera decirme: "¿Por qué me sacó de mis ocupaciones para mirar a un tramposo?"

Hamilton termina su canción, toma el atomizador y comienza a rociar los desechos más cercanos, lo que una vez fue una brillante Corvette, si la viera ahora no sabría de qué se trata. Una especie de espuma anaranjada cubre el coche. El está muy concentrado en su trabajo, cuidando que la espuma llegue a todas partes, incluso a la parte inferior. Cuando el coche está cubierto, se retira y dice:

—Observen.

Parece que la espuma se inflara y se solidificara al mismo tiempo, como una burbuja, como ese material blanco que usan los floricultores para sustituir a las flores. Usted ya no ve ninguna parte del coche. En unos cinco minutos la espuma se aquieta.

—También podría hacerse otra mientras esperamos. Tengo suficiente engrudo —dice y hace funcionar el atomizador sobre un viejo Ford que se encuentra al otro lado de la calle. Ocurre lo mismo.

Entre tanto, Smith ha estado contemplando el primer coche. Me llama.

—Toque, pero con cuidado —dice. Yo lo hago y retrocedo de un salto, chupando la ampolla que está apareciendo en mi dedo. Esa espuma estaba al rojo vivo. Me toca con el codo—. Mire.

¿Alguna vez vio un globo desinflándose lentamente? ¿O mejor aún, un muñeco de nieve derritiéndose bajo el sol del invierno? Algo así era lo que estaba ocurriendo con el coche revestido de espuma. Se agitaba y temblaba y se contraía poco a poco. No de manera uniforme. Irregularmente, hasta que comenzó a adquirir una forma esférica. Luego se achicó más rápidamente, sacudiéndose constantemente hasta que quedó del tamaño de una de esas pelotas plásticas supergrandes que se usan en la playa. Y todo el tiempo desprendía más y más calor, por lo que debíamos permanecer a unos buenos tres metros de distancia.

—¿Qué les parece? —preguntó Hamilton, acercándose a nosotros. Mientras, el Ford, al otro lado de la calle, estaba sufriendo el mismo proceso.

Librodot

Smith sacudió la cabeza:

—No entiendo. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Y qué va a hacer con esa... esa pelota?

—Primero le contestaré su pregunta. Tan pronto como se enfríe y se desinfle lo suficiente, y regularmente yo acelero el enfriamiento rociando agua en esta etapa del proceso, usaré el cargador para ponerla en la grúa y la llevaré hasta el vaciadero. Servirá muy bien como tierra de relleno.

—¿Pero qué hizo? —Smith daba vueltas y vueltas alrededor de la pelota.

—Usé algo de química aplicada —dijo Hamilton—. Esta espuma es mi variante de lo que supongo que ustedes llaman un derivado del polyester uretano.—Se puso muy conversador, orgulloso de lo que había hecho. Según lo que recuerdo, esto es lo que dijo, y tenga en cuenta que en la facultad tuve un solo curso de química.

—La espuma es un polímero especial de boro-nitrógeno con cadenas normales heterocíclicas abultadas y algunas de las cadenas normales tienen en su interior tomos de molibdeno. Esto en cuanto al color anaranjado.

—Claro como el barro —dije—. ¿Cuál es el proceso?

—Añadí un activador al monómero que estaba en el tubo para iniciar la polimeración y cuando lo atomicé el oxígeno del aire actuó como un catalizador que transformó el polímero en una cadena muy larga con lo que supongo que ustedes llamarían ganchos para formar una red fibrosa. Se endurece rápidamente y luego, con la misma rapidez, libera los hidratos. Eso la hace contraer como se contrae una película de albúminas en contacto con el aire. Cuando alcanza una forma más o menos esférica, el resultado de las fuerzas complejas de van der Waals, por supuesto, el proceso de contracción se acelera. El calor generado por la reacción reduce las fibras a carbón y los metales se aproximan tanto a sus puntos de fundición que se hace posible la deformación y la reducción a un espacio más pequeño. La presión interna desintegra el carbón en gránulos y resquebraja el metal. Las cualidades especiales del polímero permiten que sea rígido e incluso que resista el calor. Ya ve el resultado final. ¿Me merezco el contrato?

Smith le bombeó la mano.

—Sí, por supuesto. Puede empezar ahora mismo. Le garantizo el pago. Incluso le añadiré una bonificación. Un neto de diez mil dólares si se lleva todos los coches en una semana; además arreglaré que usted pueda usar el hidratante para la etapa del enfriamiento. Hablaré de esto con el Alcalde tan pronto como regrese a la oficina.

—¡Hecho! —aplaudió Hamilton—. Iré derecho a la tarea. El próximo martes por la mañana estaré en la Asociación para buscar mi cheque.

Una cosa puedo decir: Hamilton no estaba solo mientras trabajaba. Había multitudes observándolo. El jueves ya no tuvo que sacar por si mismo las pesadas esferas. Vino gente con toda clase de maquinarias y aparatos para llevarse esas peñas anaranjadas. Algunos las usaban para decorar el frente de jardines, otros como partes de un cerco, otros para que sus chicos treparan sobre ellas. El viejo Ochs, de Productos Químicos Beaver, pasó una mañana entera discutiendo con Hamilton. Le ofreció 30.000 dólares por año y estaba dispuesto a mucho más si Hamilton iba a trabajar con él, pero Hamilton no estaba interesado.

—No quiero mezclarme en ninguna parte del Establishment —dijo—. Siempre existe la posibilidad de que mi trabajo sea usado para fines antihumanitarios. Prefiero seguir siendo un alma libre.

Nada marcha un cien por ciento sobre ruedas, por supuesto. El calor generado en el proceso quemó algo de césped y algunos arbustos cercanos al cementerio, y fundió el asfalto de algunas calles, pero esos eran problemas menores. El trabajo avanzaba sin interrupción. Di algunas vueltas para vigilar a Hamilton. Conseguí ayuda policial para que me dijeran dónde estaban los automóviles abandonados. Durante la tarde del sábado se habían sacado 992 coches, los seis restantes eran los que se habían dejado en los días siguientes al comienzo de la tarea.

El martes por la mañana llegué temprano y llamé a Smith para averiguar acerca del cheque de Hamilton. Smith dijo:

—Voy a verlo. He estado pensando acerca de esos 10.000 dólares. —Sabiendo cómo piensa Smith acerca de diez dólares, no decir de diez mil, supe que se estaba por desencadenar un problema.

Estaba en lo cierto. Smith llega alrededor de las diez. Pocos minutos después aparece Hamilton. Hoy usa un chaleco de cuero ribeteado sobre el pecho y unos pantalones azules de marinero.

—Buenos días —dice—. Bien puntual. Sus calles están libres de restos inútiles. Cada vez que depositen uno, la policía puede llevarlo al almacén de chatarra. Basta de basura ¿tienen listo mi dinero?

Smith está sentado detrás de mi escritorio. Aprieta los labios, silba, forma una torre con los dedos.

—Bien, joven, tengo un cheque por 5.000 dólares. Considero que, puesto que el trabajo le resultó más fácil de lo que esperaba, esos 5.000 dólares representan un buen pago semanal. O casi; ya que usted trabajó sólo cinco días, resultarían 1.000 dólares diarios. No está mal. No está mal —le ofrece el cheque a Hamilton.

Los ojos de Hamilton echan fuego, pero tiene la voz serena.

—Señor, nosotros acordamos que la suma seria de 10.000 dólares. Necesito el dinero, como le expliqué, para mis comunas.

—¡Puf! —dice Smith—. En este estado un contrato oral no tiene valor. Y en cuanto a las comunas, si usted va a la corte y dice que quiere el dinero para eso, lo rechazarán. Las comunas son antisociales, contrarias a los intereses públicos...

Hamilton lo interrumpió:

—Señor, yo he cumplido con mi parte del contrato. Cumpla usted la suya. Déme mis 10.000 dólares.

—¡Suyos, de verdad! —Smith no estaba acostumbrado a que se le hablara de esa forma—. Aquí hay 5.000. ¡Tómelos o déjelos!

—Lo lamentará —dijo Hamilton, muy, muy suavemente, pero en su rostro había nubes de tormenta. Se fue.

Traté de persuadir a Smith para que le diera a Hamilton la suma completa, pero Smith estaba inconmovible.

—¿Qué puede hacer? ¿Traer todos los coches otra vez? —preguntó—. ¿Qué se puede hacer con un tipo cabeza dura como éste?

Guardé el cheque por 5.000 dólares en mi escritorio durante una semana, por si Hamilton cambiaba de idea y regresaba a buscarlo. No lo hizo, y yo pensé en ese momento que era llevar los principios demasiado lejos. Más vale pájaro en mano, yo pienso así.

Todo esto ocurrió en mayo. La segunda semana de junio tuvimos un tiempo lluvioso que duró hasta la tarde del sábado. Normalmente el estado

del tiempo no me preocupa. De todas maneras estoy trabajando, llueva o truene. Pero ese miércoles próximo iba a ser un gran día para New Falls. Uno de los astronautas había nacido allí y la ciudad le estaba preparando un desfile de bienvenida; naturalmente, yo deseaba buen tiempo. El sábado por la noche escuché el informe meteorológico; decía que había dejado de llover y que por la mañana las calles estarían secas. Así estaba bien; le daría tiempo a la Asociación para levantar los decorados que habían planeado.

Inmediatamente después de las noticias, Smith me llamó por teléfono:

—Me alegro que haya dejado de llover. Estoy planeando fuegos artificiales para el final del desfile —dijo. Hablamos un poco más, algunas tonterías sobre los preparativos y entonces dijo—: A propósito, Hamilton ha estado cerca de aquí. Apuesto a que mañana vendrá a buscar su dinero.

—¿Dónde estuvo?

—No sé. Hace un rato estuve hablando con el Jefe de Policía. Dice que algunos de los coches del escuadrón han informado que Hamilton está recorriendo las avenidas con la grúa, como si anduviera sin rumbo fijo. Mañana vendrá por aquí por su dinero, estoy seguro. Su grúa está fallando. Los policías informaron que el agua prácticamente sale a borbotones.

Los viajes de Hamilton no eran al azar. Lo descubrimos a la mañana siguiente. Como de costumbre, durante el desayuno sintonicé la radio local.

"Control de tráfico advierte grandes aglomeraciones en las rutas veintiuno y veintitrés que conducen a New Falls, como resultado de múltiples accidentes en muchas calles principales. Se ha informado de un número inusual de accidentes en toda la ciudad y se advierte a los automovilistas que no deben usar South Avenue, High Street y Madison Street a causa de las condiciones del camino. La oficina meteorológica del aeropuerto dice que con la temperatura actual de 18º no puede formarse hielo en las calles, a pesar de la afirmación del Inspector de Tráfico Mones. Ahora les daremos la visión de nuestro helicóptero acerca de la situación..."

No esperé a que terminara. Salté dentro de mi coche y me dirigí hacia las afueras de la ciudad. Nunca fui allí. No podía. Ardsley Terrace, donde vivo desemboca en North Avenue. La intersección estaba bloqueada por coches que avanzaban poco a poco y que trataban de abrirse camino rodeando a dos que habían chocado. Mientras observaba, vi que otro coche patinaba bruscamente y giraba como un trompo. La calle parecía resbaladiza, como después de una lluvia, pero toda la humedad de las veredas había desaparecido.

Volví a casa y llamé al cuartel de policía. Conseguí hablar con el comisario.

—Señor Cooperman —me dijo— esto es increíble. Las calles están tan resbaladizas que los coches no pueden mantener la tracción. Es como manejar sobre hielo pulido. Algunos de nuestros coches están usando cubiertas para nieve y cadenas para frenos.

Dijo que sólo estaban afectadas las calles principales. High Street, Madison Street, North y South Avenues, Central Avenue y Columbus Avenue. Pero eso era suficiente. Usted puede imaginar la congestión. Y los accidentes a causa de los patinazos. Usted sabe qué ocurre con el tráfico de la ciudad con una inesperada tormenta de nieve. Esto era peor, porque en junio nadie estaba preparado para calles tan resbaladizas.

Permanecí pegado a la radio todo el día. A medida que el sol alumbraba más y más, las condiciones empeoraban. La superficie brillante y viscosa parecía endurecerse. El distrito envió grúas, que hubieran sido muy útiles si hubieran podido cumplir con su función, pero en las calles había autos abandonados a cada paso. Era un desastre, créame.

Tengo que admitir que Smith es de los que saben lo que dicen. Él pensaba que Hamilton era la causa del problema y que probablemente ocasionaría más. Me llamó, excitado, para pedirme la dirección de Hamilton, pero yo no la tenía. Entonces hizo difundir una llamada de emergencia por las estaciones de radio y por TV dirigido a Hamilton:

"Cheque completo lo espera. Por favor llame de una vez."

Sin respuesta. Las cuadrillas especiales trabajaron toda la noche tratando de limpiar las calles y el martes por la tarde había por lo menos un paso abierto en cada avenida principal. Tuvimos que postergar el desfile del miércoles porque la policía y las oficinas de servicios públicos calculaban que llevaría unos cinco días más devolver a la calle su aspecto habitual.

Descubrimos qué ocasionó el problema. El químico de la ciudad lo explicó:

—"Alguna especie de sustancia con siliconas se extendió sobre las calles húmedas. La humedad de la lluvia favoreció la expansión. Formó una delgada película, como de cristal, muy resistente".

Por supuesto era obra de Hamilton.

Por esos 10.000 dólares que no le dimos, la ciudad y el distrito tuvieron que gastar diez veces esa cifra para restregar las calles con detergentes, para remolcar coches, y por la ayuda de emergencia a los hospitales a causa de las víctimas de los accidentes, afortunadamente ninguno demasiado serio. Más lo que tuvieron que pagar a las compañías aseguradoras. Mejor no hablar de las pérdidas económicas de una semana entera, con gente que no podía ir a trabajar o de compras.

Hamilton se salió con la suya. Incluso Smith tuvo que admitir que había cometido un error.

Esta historia tiene una moraleja. Dos moralejas. Una: cumpla siempre con su palabra. Y dos: nunca haga un trato con un idealista que pone sus principios por encima del efectivo. No es previsible lo que puede llegar a hacer un lunático así.

Cielo
(R. A. Lafferty)

El Vende-cielo, el mismísimo señor Furtivo, hocico de zorro, ojillos de hurón, escurridizo como una serpiente, vivía bajo las Rocas. Hacía mucho tiempo que las Rocas dejaran de ser un complejo habitacional de categoría, construido en gran estilo sobre un solar mefítico (para transformarlo), la tierra mefítica había ganado la partida. Los departamentos de las Rocas habían ido perdiendo esplendor a medida que se subdividían una y otra vez, y ahora no eran más que oropel. Las Rocas habían envejecido. Sus colores, antaño pastel, eran ahora grises y pardos mortecinos.

Los cinco niveles subterráneos que fueran playas de estacionamiento en los días en que aún eran comunes los vehículos de motor, se habían

convertido en guaridas y conejeras. El Vende-Cielo habitaba en el nivel más bajo, y en la más pequeña de las cuevas.

Sólo salía de noche. La luz del día lo habría matado y él lo sabía. Vendía su mercancía en las sombras profundas de la noche. Tenia unos pocos clientes (aunque selectos por lo extravagantes) y nadie sabía quién era su proveedor. El decía que no tenia proveedor, que él mismo recogía y elaboraba la mercancía. Celeste Alauda, una muchacha llenita de cuerpo, pero ligera de movimientos (se decía que sus huesos eran huecos y estaban llenos de aire), abordó al Vende-Cielo poco antes de las primeras luces, en el preciso momento en que él empezaba a ponerse sumamente nervioso, aunque todavía no se había escabullido a su cueva subterránea.

—Un cucurucho de cielo para la nerviosa ratita. ¡Salta, o el sol se comerá tu cuevecita! —canturreó Celeste y ya volaba más alto que la mayoría de los cielos.

—¡Date prisa, date prisa! —imploró el Vende-Cielo, arrojándole el cucurucho, los ojos negros trémulos y centelleantes (si alguna vez se reflejase en ellos la luz verdadera, quedaría ciego).

Celeste recogió el cucurucho de Cielo y le amontonó billetes en las manos de palmas peludas. (¿De veras? Si, peludas de veras.)

—Sea chato el Mundo y redondo el Aire, dondequiera que el Cielo bajo tierra vague —salmodió Celeste, llevándose el cucurucho de Cielo y alzando el vuelo con un levísimo rumor de pies (no pesaba mucho, sus huesos eran huecos). Y el Vende-Cielo, de cabeza, se lanzó como una flecha por un agujero oscuro hacia su cueva.

Eran cuatro los que esa mañana iban a practicar Buceo-en-el-Cielo, Celeste misma, Karl Vlieger, Icarus Riley, Joseph Alzarsi; y el piloto era... (no, no quien ustedes piensan, ése ya los había amenazado con denunciarlos a todos; ya no empleaban más a ese piloto)... el piloto era Ronald Kolibrí con su avioneta fumigadora de sembrados.

Pero una fumigadora no llega hasta las alturas escarchadas desde las que a ellos les gustaba lanzarse. Sí llega... si todo el mundo está en Cielo. Pero no está presurizada y no lleva oxígeno. Eso no tiene importancia, no la tiene si todo el mundo está en Cielo, ni si también el avión está en Cielo.

Celeste tomó Cielo con Montaña Whizz, una bebida gaseosa. Karl se lo metió en la boca como si fuese rapé. Icarus Riley lo lió y lo fumó. Joseph Alzarsi se lo inyectó, mezclado con alcohol bebestible, en la vena principal. El piloto Ronny lo paladeó y masco como si fuese polvo de azúcar. El avión llamado Tordo lo sorbió por el tubo múltiple.

Quince mil metros... Imposible llegar a tal altura en una avioneta fumigadora. Treinta y cinco bajo cero... ¡Ah, eso no es frío! Aire demasiado enrarecido como para poder respirar... con Cielo ¿quién necesita cosas tan obvias como el aire?

Celeste salió al vació y no bajó, se elevó. Era una treta que practicaba a menudo. No pesaba mucho; ella siempre podía llegar más alto que los demás. Subió y subió hasta desaparecer. Luego volvió a descender con suavidad, totalmente encerrada en una esfera de hielo cristalino, chisporroteante y haciéndoles muecas.

Aullaba y ladraba el viento, y los buceadores se lanzaron. Todos descendieron, planeando, resbalando y dando volteretas, inmóviles al parecer de tanto en tanto; hasta elevándose un poquito. Cayeron sobre las

nubes y se tendieron en ellas; nubes blanquinegras, con el sol dentro de ellas, cubriéndoles por arriba y por abajo.

Quebraron la esfera de hielo cristalino de Celeste y ella saltó al vacío. Se comieron los frágiles trocitos, muy fríos y quebradizos y con un gustillo a ozono. Alzarsi se sacó la camisa y se asoleó sobre una nube.

—Te vas a quemar —le dijo Celeste—. Nunca te quemas tanto como cuando tomas el sol sobre una nube.

Eso era cierto.

Se sumergieron en la blanquinegrura de aquellas nubes y llegaron a la ilimitada avenida azul techada y pavimentada con nubes. Era la misma avenida en la cual Hippodameia hacía correr sus caballos, pues no había en la tierra lugar suficiente para que se ejercitasen esos corceles. Las nubes de abajo se doblaron hacia arriba y las de arriba se doblaron hacia abajo, formando un espacio de regulares dimensiones.

—Aquí nosotros tenemos nuestra propia redondez y esfera —dijo Icarus Riley (estos son sus nombres de Buceadores Celestes, no sus nombres legales) —y está aislada de todos los mundos y cuerpos. Los mundos y los cuerpos no existen mientras nosotros digamos que no existen. El eje de nuestro espacio presente es su propia armonía. Por lo tanto, al estar en perfecta armonía, el Tiempo se detiene.

Todos los relojes, al menos, se habían detenido.

—Pero abajo hay un mundo —dijo Karl—. Es un mundo abyecto, y si así lo deseamos, podemos hacer que siga siendo abyecto para siempre. No obstante tiene al menos una vaga existencia, y más adelante lo dejaremos henchirse otra vez con nuestra compasión por las cosas inferiores. Es chato, sin embargo, y debemos insistir en que siga siendo chato.

—Eso es importante —dijo Joseph con la profunda solemnidad de alguien que ha tocado Cielo—. En tanto nuestro mundo sea combado y esférico, el mundo debe seguir siendo chato o deprimido. Pero al mundo no debe permitírsele que vuelva a agachar la espalda. Si alguna vez lo hace, correremos peligro. Mientras siga siendo realmente chato y abyecto no podrá triturarnos contra él.

—¿Cuánto tiempo podríamos caer —preguntó Celeste— si no hubiésemos detenido el tiempo, si lo hubiésemos dejado fluir a su propio ritmo, o al nuestro? ¿Cuánto tiempo podríamos caer?

—En una oportunidad Hefestos rodó por el espacio durante todo un día —dijo Icarus Riley— y en ese entonces los días eran más largos.

Karl Vlieger se había quedado bizco a causa de una pasión sexual internalizada que solía experimentar cuando buceaba. Icarus Riley pareció caer repentinamente bajo los efectos del gas hilarante; este es un indicio de que Cielo no está surtiendo un efecto perfecto. Joseph Alzarsi sintió que un viento frío le recorría la espina dorsal y experimentó una serie de pequeñas sacudidas premonitorias.

—No somos perfectos —dijo Joseph—. Tal vez lo seamos mañana o pasado mañana, porque estamos muy cerca de la perfección. Ganamos un asalto. Y ganamos otro. No desperdiciemos nuestra victoria hoy por negligencia. ¡La tierra ha doblado un poquito su decrépita espalda y nos aprontamos para atacarla! ¡Ahora, muchachos, ahora!

Cuatro de ellos (o quizá sólo tres) tiraron de las argollas. Los paracaídas salieron de sus vainas, se abrieron como flores y se sacudieron. Mientras

conversaban, habían estado juntos como las espigas de una gavilla. Pero de pronto, al tocar tierra, se dispersaron en un área de quinientos metros.

Se reunieron. Plegaron los paracaídas. No había más buceo por ese día.

—Celeste, ¿cómo plegaste tu paracaídas con tanta rapidez?—le preguntó Icarus con suspicacia.

—No sé.

—Siempre eres la más lerda de todos nosotros y la más torpe. Siempre alguien tiene que volver a enrollar tu paracaídas antes de que se pueda usar otra vez. Y hoy fuiste la última en aterrizar. ¿Cómo fuiste la primera en estar lista? ¿Cómo lo enrollaste tan bien? Tiene los mismos pliegues que yo le hice esta mañana, cuando te lo enrollé antes de partir.

—No sé, Icarus. Oh, creo que voy a volver a subir, ahora mismo.

—No, ya has navegado y buceado suficiente por esta mañana. Celeste, ¿abriste siquiera el paracaídas?

—No sé.

Ebrios de cielo, a la mañana siguiente volvieron a remontarse. La avioneta llamada Tordo voló hasta alturas nunca alcanzadas por otra nave, ascendió en plena Tormenta. La tierra amortajada de tormenta se encogió hasta el tamaño de la tetilla de una arveja.

—Le vamos a hacer una jugarreta —dijo Celeste—. Cuando uno está en Cielo puede hacerle jugarretas a cualquier cosa y obligarla a que se la aguante. Voy a decir que la tetilla de arveja que antes era el mundo es una nada. Miren, desapareció. Ahora voy a elegir otra tetilla, esa que está allí, y la llamaré mundo. Y ese es el mundo al que descenderemos dentro de un instante. He trocado mundos en el mundo y el mundo no sabe lo que le ha pasado.

—Está intranquilo, sin embargo.—Joseph Alzarsi habló a través de las fosas nasales abocinadas—. Lo trastornaste. No es de extrañar que el mundo tenga sus momentos de duda metafísica.

Estaban a trescientos mil metros de altura. El altímetro no daba para tanto, pero Ronald Kolibrí, el piloto, añadió con tiza los ceros complementarios para que la cifra fuese correcta. Celeste saltó al vacío. Karl Icarus y Joseph saltaron al vacío. Ronald Kolibrí dio un paso hacia el vacío, pero sólo uno. De pronto recordó que era el piloto y volvió a la avioneta. Estaban tan alto que el aire en vez de azul era negro y repleto de estrellas. Hacía tanto frío que el espacio vacío estaba lleno de grietas y baches. En un abrir y cerrar de ojos se zambulleron a una profundidad de ciento cincuenta mil metros. Se detuvieron, muertos de risa.

Era vigorizante, era vivificante. Pisoteaban las nubes y las nubes resonaban como tierra escarchada. Esta era la comarca ancestral de toda helada blanca, de toda nieve graneada y hielo transparente. Aquí estaba el hacedor de climas, aquí estaba hijoviento.

Entraron en cavernas de hielo mezclado con morena, encontraron hachas de cuerno y huesos de hemición; encontraron carbones todavía en ascuas. Los vientos aullaban y cazaban en jaurías a través de los abismos. Aquellas eran las frías nubes Fortianas, situadas a gran altura.

Descendieron hasta más abajo de Tormenta, encontraron un sol nuevo y un aire nuevo. Era pleno verano, en el cielo era pleno otoño.

Volvieron a caer, millas y millas, al pleno verano celeste, el aire era tan azul que para proteger su superficie formaba sobre ella una pátina violeta.

Alrededor de ellos volvió a formarse su propio espacio, como lo hacia todos los días, y el tiempo se detuvo.

¡Pero no el movimiento! El movimiento nunca se detenía con ellos. ¿No os dais cuenta que la nada en un vacío puede aún estar en movimiento? ¡Y cuánto más ellos, los de la gran lucidez! Allí estaba la Dinámica; allí estaba la vorágine sustentadora; allí estaba la suprema serenidad del movimiento febril.

Pero, ¿no es el movimiento una mera relación de espacio y tiempo? No. Esa es una idea común entre los pueblos que viven en mundos, pero es una idea subjetiva. Aquí, más allá de la posible influencia de cualquier mundo, había movimiento vivo sin puntos de referencias.

—Celeste, hoy se te ve muy diferente —dijo Joseph Alzarsi, perplejo—. ¿Qué te pasa?

—No sé. Es maravilloso estar diferente y yo soy maravillosa.

—Te falta algo —dijo Icarus—. Creo que lo que te falta es un defecto.

—Si no tenía ninguno, Icarus.

Estaban en el momento supremo y eterno, y no tenía fin, no podía tenerlo, todavía hoy continúa. Cualquier otra cosa que aparente suceder, no es más que un paréntesis de ese momento.

—Es hora de volver a reflexionar —musitó Icarus luego de un momento. No hay tiempo ni devenir en el Momento, pero lo hay en el paréntesis—. Espero que esta sea la última vez que tengamos que reflexionar. Nosotros, naturalmente, estamos en nuestro propio espacio y más allá del tiempo y lo tangencial. Pero la tierra, tal como es, se está acercando, con tremenda soberbia y velocidad.

—¡Pero para nosotros no es nada! —dijo Karl Vlieger repentinamente poseído por una pasión ctónica y fálica—. ¡Podemos aniquilarla! ¡Podemos hacerla saltar en pedazos como una paloma de arcilla! ¡No puede atropellarnos como un perro enloquecido! ¡Baja, mundo! ¡Fuera, perro! ¡Fuera, te digo!

—A un mundo le decimos "arriba" y sube, y a otro le decimos "fuera" y se va fuera —habló-en-cielo Icarus con su serenidad dinámica.

—Todavía no —acotó Joseph Alzarsi—. Mañana seremos totales. Hoy no lo somos aún. Posiblemente podríamos hacer añicos el mundo igual que una paloma de arcilla si lo quisiéramos, pero si tuviésemos que hacerlo añicos no seríamos sus dueños y señores.

—Siempre podríamos hacer otro mundo —dijo Celeste con buen tino.

—Desde luego, pero esta es nuestra prueba. Iremos a él cuando agache el lomo. ¡No podemos permitirle que se nos abalance echando espuma! ¡Detente! ¡Ni un paso más, te lo ordenamos!

Y el mundo que avanzaba como una tromba se detuvo, acobardado.

—Bajaremos nosotros —dijo Joseph—. Sólo le permitiremos subir cuando esté debidamente domado.

("E inclinaron los cielos y descendieron").

Una vez más tres de ellos tiraron de las argollas. Y los paracaídas salieron de sus vainas, se abrieron como flores y se sacudieron. En su momento, habían estado juntos como las espigas de una gavilla; pero ahora, al descender a la tierra, repentinamente se dispersaron en un área de quinientos metros.

—¡Celeste, hoy ni siquiera te has puesto el paracaídas! —boqueó Icarus con cierta alarma cuando se hubieron reunido nuevamente—. Eso era lo que te veía de diferente.

—No, sospecho que no lo traje. No había ninguna razón para que lo trajese si no tenia necesidad de él. En realidad, nunca hubo una razón para que yo usara un paracaídas.

—Ah, hoy éramos totales y no lo sabíamos —aventuró Joseph—. Mañana ninguno de nosotros usará paracaídas. Es más fácil de lo que había pensado.

Celeste buscó esa noche al Vende-Cielo para comprarle otro poco de Cielo. Al no encontrarlo en las sombras más cercanas a las Rocas, bajó y bajó, guiada por el olor fungoide y la humedad poblada de ecos de los subsuelos. Atravesó pasadizos que eran obra del hombre, pasadizos naturales, pasadizos que no eran naturales. Algunos de ellos, es verdad, habían sido alguna vez construidos por hombres, pero ahora al revertirse, se habían transformado en las cavernas más profundas y aberrantes. Celeste descendió hasta la negrura total donde había cosas pequeñísimas que aún musitaban un débil color blanco; pero ese color blanco no era el verdadero y tampoco las cosas tenían la forma verdadera.

Estaba la blanca forma muerta de las masas de Micelión, la grotesca del Agárico, la deformidad del Mortífero Amanita y del Morel. El gris lechoso del Lactario brillaba en la oscuridad como linternas sin luz; estaba el blanco-azulino del Engañoso Clitociba y el blanco-amarillento del César Agárico. Estaba el mórbido blanco fantasmal del más mortífero y el mas extraño de todos ellos, el Amanita Muscaris, y un topo lo estaba recogiendo.

—Topo, trae Cielo para su Majestad Serena, Topito, para la Reina Donosa y para los Bellos Favoritos —desafinó Celeste. Todavía estaba ebria de Cielo, pero el efecto empezaba a desvanecerse y ya sentía la agudísima punzada de la angustia.

—Cielo para la Reina de los zánganos estridentes, con sus huesos huecos y su corazón doliente —salmodió con voz hueca el Vende-Cielo.

—¡Y fresco, oh, lo quiero fresco, cielo fresco! —gritó.

—Nada es fresco con estas criaturas —le dijo el Vende-Cielo—. ¡Lo quieres rancio, oh tan rancio! Malsano y añejo y con su propio moho mohoso.

—¿Cuál es? —preguntó Celeste—. ¿Cuál es el nombre del hongo de que lo extraes?

—El Amanita Muscaris.

—¿Pero no es ese un hongo venenoso?

—Ha trascendido esa fase. Se ha sublimado. Su simple veneno en su segunda fermentación se ha convertido en narcótico.

—Pero parece tan poca cosa que sólo sea narcótico.

—No sólo narcótico. Es algo muy especial entre los narcóticos.

—¡No, no, no es para nada narcótico! —protestó Celeste—. Es liberador, aniquila mundos. Es el Supremo Absoluto. Es el movimiento y el desprendimiento mismo. Es el sumum. Es la maestría.

—Bueno, entonces es la maestría, señora. Es la más sublime y la más abyecta de todas las cosas creadas.

—No, no —volvió a protestar Celeste—, creada no. No nació, no fue hecha. Eso yo no lo podría soportar. Es la más sublime de todas las cosas increadas.

—Toma, toma —gruñó el Vende-cielo— y vete. Algo empieza a encresparse dentro de mi.

—¡Me voy! —dijo Celeste— y muchas veces volveré por más.

—No, no lo harás. Nadie vuelve jamás muchas veces en busca de Cielo. No volverá nunca. O una vez. Creo que tú volverás una vez.

A la mañana siguiente volvieron a ascender, la última mañana. ¿Pero por qué dijimos que fue la última mañana? Porque para ellos no había ya divisiones ni días. Ahora sólo había para ellos un último día eterno y nada podría interrumpirlo.

Subieron en la avioneta que una vez se llamara Tordo y ahora se llamaba Águila Eterna. Durante la noche la avioneta se había repintado con un nuevo nombre y símbolos nuevos, algunos de ellos no comprensibles a primera vista. La avioneta inhaló Cielo con sus tubos múltiples, y sonrió y rugió. Y la avioneta ascendió.

¡Oh! ¡Jerusalén de los Cielos! ¡Cómo subió!

Todos ellos habían alcanzado la perfección y nunca más volverían a necesitar Cielo. Eran Cielo.

—¡Qué pequeño es el mundo! —repicó Celeste—. Los pueblos parecen huevecitos de moscas y las ciudades no más grandes que moscas.

—Es injusto que una criatura tan innoble como la Mosca tenga un nombre tan excelso— lamentó Icarus.

—Eso lo arreglo yo —canturreó Celeste—. Promulgó un edicto: "¡Que mueran todas las moscas de la tierra!" —Y todas las moscas de la tierra murieron al instante.

—No estaba seguro de que pudieras hacer eso —dijo Joseph Alzarsi—. El daño ha sido reparado. Ahora nosotros adoptaremos el noble nombre de Moscas. ¡No hay más Moscas que nosotros!

Los cinco, incluso el piloto Ronald Kolibrí, saltaron del Águila Eterna al vacío sin

paracaídas.

—¿Te las arreglarás? —le preguntó Ronald a la avioneta que se columpiaba.

—Por supuesto —dijo la avioneta—. Creo que sé dónde hay otras Águilas Eternas. Buscaré compañera.

No había nubes o bien ellos habían adquirido la capacidad de ver a través de las nubes. O tal vez fuese que, al reducirse la tierra al tamaño de una bolita, las nubes que la rodeaban eran insignificantes.

¡Luz purísima que emanaba de todas partes! (También el sol se había reducido a una insignificancia y no contribuía mucho a la luminosidad.) Movimiento puro e intenso sin punto de referencia. No se dirigían a ninguna parte con su intenso movimiento (ya estaban en todas partes o en el sobrecargado centro de todas las cosas).

Pura fiebre fría. Pura serenidad. Impura pasión hiperespacial de Karl Vlieger y más tarde de todos ellos; pero por lo menos era puramente exuberante. Belleza arrolladora en todas las cosas junto con una escabrosidad excelsa que tenia la fealdad necesaria y suficiente para llevar al éxtasis.

Celeste Alauda era una criatura mítica con nenúfares en el pelo. Y no se dirá lo que Joseph Alzarsi llevaba en el suyo. ¡Un ahora-es-siempre, un millón o un billón de años! ¡Ninguna monotonía, no! ¡Magnificencia!

¡Escenarios vivos! ¡Paisajes! Las escenas se formaban y duraban un momento o una eternidad. Mundos enteros se formaban en un grávido vacío: no meros mundos esféricos, sino dodecaesféricos, y otros muchos más intrincados que éstos. No tan sólo siete colores para combinar, sino siete a la séptima y otra vez a la séptima.

Estrellas vívidas a la luz resplandeciente. ¡Vosotros, los que habéis visto estrellas sólo en la oscuridad, callad! Asteroides que ellos devoraban como cacahuetes, porque ahora todos eran gigantes metamórficos. Galaxias como rebaños de elefantes enfurecidos. Puentes tan extensos que cada uno de sus extremos se alejaba más allá de los límites de la velocidad de la luz. Cascadas, de un agua sutilísima, que saltaban las constelaciones galácticas como si fuesen guijarros.

A causa de un movimiento torpe, Celeste extinguió al viejo sol con uno de esos torrentes saltarines.

—No importa— le dijo Icarus—. De acuerdo con la escala de tiempo de los cuerpos, habían pasado un millón o un billón de años, y el sol con seguridad había llegado a sus días mortecinos. Siempre tienes la posibilidad de hacer otros soles.

Karl Vlieger estaba lanzando rayos de millones de pársecs de longitud y estableciendo con ellos contactos envolventes con galaxias consteladas.

—¿Están seguros de que no estamos gastando tiempo?— preguntó Celeste con cierto temor.

—Oh, todavía el tiempo se gasta a si mismo, pero nosotros estamos a salvo fuera de su alcance —le explicó Joseph—. El tiempo no es más que un método muy ineficaz para contar los números. Es ineficaz porque está limitado a sus propios números, y porque el que cuenta con ese sistema debe morir cuando ha llegado al final de la serie. Ese solo hecho debería invalidarlo como sistema matemático; en realidad, no debería enseñarse.

—¿Entonces nada puede dañarnos jamás?— Celeste quería asegurarse.

—No, nada puede tocarnos excepto dentro del tiempo y nosotros estamos fuera de él. Nada puede chocar con nosotros excepto en el espacio y nosotros desdeñamos el espacio. ¡Acábala, Karl! Tal como tú lo haces es mariconada.

—Tengo un gusano en mi propio tracto y me mordisquea un poquito —dijo el piloto Ronald Kolibrí—. Está en mi espacio interno y está masticando a una buena velocidad.

—No, no, eso es imposible. Nada puede alcanzarnos ni dañarnos —insistió Joseph.

—Yo tengo un gusano propio en un tracto aún más recóndito —dijo Icarus—, ese tracto que nunca llegaron a localizar en la cabeza, ni el corazón, ni las entrañas. Quizás este tracto siempre estuvo fuera del espacio. Oh, mi gusano no muerde, pero se mueve. Tal vez estoy cansado de estar fuera del alcance de todo.

—¿De dónde nacen estas dudas? —La voz de Joseph sonaba llorosa—. No las tenían hace un instante, hace apenas diez millones de años no las tenían. ¿Cómo las pueden tener ahora cuando no hay ningún ahora?

—Bueno, en cuanto a eso —empezó a decir Icarus (y transcurrió un millón de años)—, en cuanto a eso tengo una especie de curiosidad cósmica acerca de un objeto de mi propio pasado —(transcurrió otro millón de años)—. Un objeto llamado mundo.

—Bueno, entonces satisface tu curiosidad —le replicó Karl Vlieger—. ¿Ni siquiera sabes cómo hacer un mundo?

—Claro que sé, ¿pero será el mismo?

—Sí, si eres lo bastante hábil. Será el mismo si lo haces idéntico.

Icarus Riley hizo un mundo. No era muy hábil y no fue exactamente el mismo, pero se parecía un poco al viejo mundo.

—Quiero ver si algunas cosas siguen estando allí —gritó Celeste—. Acércalo un poco.

—Es improbable que tus cosas sigan estando allí —dijo Joseph—. Recuerda que quizá hayan pasado billones de años.

—Si yo las puse, las cosas seguirán estando allí —insistió Icarus.

—Y no lo puedes acercar porque ahora toda distancia es infinita —afirmó Karl.

—Puedo al menos enfocarlo mejor —insistió Icarus, y lo hizo. El mundo apareció muy cerca.

—Nos recuerda como lo haría un cachorro —dijo Celeste—. Miren, viene brincando hacia nosotros.

—Más parece un león saltando para atacar a un cazador encaramado en un árbol —refunfuñó Icarus—. Pero nosotros no estamos encaramados.

—Nunca podrá alcanzarnos, y quiere hacerlo —le rebatió Celeste—. Bajemos a él.

("E inclinaron los cielos y descendieron").

Algo muy singular le sucedió a Ronald Kolibrí al tocar tierra. Pareció sufrir un ataque. La cara desencajada con expresión casi de terror, no contestaba a los demás.

—¿Qué pasa, Ronald? —le imploró Celeste, enfatizando con su angustia— ¡Oh! ¿qué pasa? ¡Alguien que lo socorra!

Entonces Ronald Kolibrí hizo una cosa más insólita aún. Empezó a doblarse y romperse de abajo para arriba. Los huesos se astillaban lentamente y lo atravesaban y las entrañas le chorreaban a borbotones. Se comprimió. Se hizo añicos. Se derramó. ¿Puede un hombre derramarse?

El mismo tipo de ataque acometió a Karl Vlieger: la misma cara desencajada y de terror, el mismo doblarse y romperse de abajo arriba, la misma repulsiva secuencia.

Y Joseph Alzarsi cayó en el mismo estado de desintegración, cariacontecido y haciéndose añicos.

—Icarus, ¿qué les ha pasado? —gritó Celeste—. ¿Qué es ese retumbar lento y estridente?

—Están muertos. ¿Cómo pudo pasarles eso? —se sorprendió Icarus, trémulo—. La muerte es del tiempo y nosotros no.

Icarus mismo pasó a través del tiempo al estrellarse en la tierra, rompiéndose, volcándose más repulsivamente que cualquiera de los otros.

Y Celeste tocó tierra, se estrelló, y entonces... Oyó su propio lento y estridente retumbar al caer.

(Transcurrió otro millón de años, o algunas semanas).

Una vieja temblona bajaba con sus muletas por los pasadizos de medianoche que hay bajo las Rocas. Era demasiado vieja para ser Celeste Alauda, pero no demasiado vieja para una Celeste que había vivido millones de años fuera del tiempo.

Ella no había muerto. Era más liviana que los otros, y además antes lo había hecho dos veces y salvado el pellejo. Pero eso fue antes de que conociera el miedo.

Naturalmente, le habían dicho que nunca más volvería a caminar; y ahora, contra toda la lógica, estaba caminando con muletas. Guiada por el olor fungoide y la humedad poblada de ecos, siguió bajando hasta la oscuridad total donde cosas pequeñísimas resplandecían con el color blanco que no era el verdadero y cuyas formas tampoco eran las verdaderas. Sólo una cosa deseaba, y sin ella moriría.

—¡Cielo para la salvación del Vejestorio Clueco! ¡Cielo para curar mi huesecillo hueco! —cacareó con su voz cascada. Pero sólo le respondió el eco de su propia voz.

¿Acaso un Vende-Cielo vive eternamente?

Canción De Amor A Sí Misma
(Ed Bryant)

Se internó profundamente en su depósito de recuerdos y encontró tres líneas de un poema terrestre que provocó cierta reacción en su complejo cerebro. Con un dedo escribió en la arena:

Me celebro y me canto
Y lo que yo creo tú crearás
Porque cada tomo que me pertenece
también te pertenece a ti.

Y viceversa, pensó, mucho más así. Su boca se retorció por un instante. Entonces borró las palabras con los pies.

Desnudo bajo un cielo sombrío, un hombre recorría la arena y pensaba pensamientos programados. Se maravilló ante la mañana exultante. No se dio cuenta de que era el primer día que experimentaba. Una mañana nueva. Empezó a cantar palabras que rebotaban en la arena.

"Cerca y lejos, lejos y cerca." Para un ritmo simple no necesitaba versos complicados. "Cerca." El hombre sintió que la arena le raspaba entre los dedos. "Lejos." Levantó la mirada. Pálidas dunas se mecían en el calor. Caminó playa abajo, bordeando el cabo donde el cielo se derramaba sutilmente en el mar.

Crunch, crunch, sonaban sus pies. El viento no soplaba. Las olas no rompían. Esa mañana el océano era su propio tesoro. No había movimiento alguno en el calmo paisaje marítimo, excepto el hombre desnudo.

A lo lejos se divisaba un puntito, un objeto que se hacía cada vez más grande. Era una mujer tendida en la arena. Mujer. La palabra provocó asociaciones en la mente del hombre. Experimentó una reacción de suave excitación, de leve placer.

Threi rodó perezosamente sobre la espalda y sonrió al hombre. Tenía los dientes blancos y regulares, delicadamente puntiagudos.

—¡Hola! —dijo—. He estado monitorizándote.

El hombre vaciló, incapaz de dominar la situación. La información apareció en su mente como aparece un mensaje en una pizarra, y él la liberó:

—Soy el hijo de mi madre. Mi nombre es Adán.

—Pero yo no soy Eva —dijo la mujer, y rió—. Y de ninguna manera la hija de tu madre. —Se apoyó la mano en la garganta—: Muchachito, eres la carnada para el tigre.

Adán estaba de pie en medio del pasto alto y amarillo que ondeaba por encima de una bestia de franjas negras y anaranjadas, que lo miraba sin pestañear...

El pasto era otra vez arena.

—Soy hermosa, ¿verdad? —dijo Threi.

Adán se sentía confundido. Miró a la mujer. Threi era alta como Adán, aunque menos musculosa. Tenia la piel y el cabello más claros que la arena. Lo contemplaba con ojos de oro fundido. Estaba desnuda, con excepción de un trabajado colgante de plata suspendido entre los senos por una cadena de plata.

—Sí, eres hermosa.

Los ojos de oro saltaron a los ijares de Adán y luego volvieron a su rostro.

—¿Me deseas? ¿Quieres hacer el amor?

—Yo... —se detuvo, turbado—. Sí, Madre quiere que yo haga el amor contigo —se arrodilló junto a la mujer y se estiró para acariciarle los muslos.

Ella se hizo a un lado, evitando el roce.

—Todavía no. — Estaba tendida a considerable distancia y lo miraba divertida, la barbilla sostenida por una palma—. ¿Hacer el amor, Adán? Ni siquiera tienes una erección.

—Pero Madre quiere que lo haga —dijo Adán, con mirada dolorida. Todavía arrodillado sobre la arena, agitó las manos con inquietud.

—Madre quiere que lo hagas —se burló la mujer desnuda—. Adán, tienes el cordón más largo del universo.

—No entiendo.

—Oh, pero yo sí, y también tu madre. Tal vez tú también entenderías si comenzaras a jugar este juego como el hombre que eres y no como un pequeño títere necio.

—Te amo. —Adán comenzó a sollozar—. Te amo, mujer.—Las lágrimas cayeron y desaparecieron en la arena blanca.

Threi estaba irritada.

—Tengo un nombre, sabes; y no es "mujer". —Suspiró—: Llámame Threi. —Se tocó el colgante de plata con el dedo índice—: Aquí.

Adán ya no estaba arrodillado en la arena, las manos impotentes colgaban en el aire; se sentó en el regazo de Threi. Pero el regazo no era real. La mujer todavía estaba de pie a unos doce pasos de él. El hombre reposaba en una construcción, en un suave, cálido simulacro de Threi que terminaba blandamente justo encima de la cintura. La construcción lo mecía delicadamente. Descubrió que el movimiento era placentero.

—Bebe.

En las manos de Adán había una botella de plástico. En un extremo tenia un pezón artificial de un marrón brillante, que latió con suavidad cuando lo tomó entre los labios.

—Aloplástico —comentó Threi. Se sostuvo los pechos con las manos y sonrió—. Quizá puedas comparar más adelante, aunque no con una realidad como la mía.

Adán succionó instintivamente y el liquido entró en la boca. Tragó.

—Candial —dijo Threi—, mezclado con ron. Las manchitas oscuras son nuez moscada, pero probablemente no lo adviertas.

Threi observaba mientras el nivel del líquido descendía. Cuando Adán terminó el candial se oyó un chasquido como si hubiera estado mamando. Ella tocó nuevamente las serpientes entrelazadas de su colgante. El regazo

artificial y la botella se esfumaron y Adán se encontró en la arena una vez más.

—Bueno, ¿cómo te sientes ahora?

—Mejor —la boca le temblaba un poco.

Threi se encogió de hombros.

—¿Threi?

—Qué.

—¿Ahora podemos hacer el amor?

—No, Adán. No puedes. No sabes cómo.

Adán frunció los labios.

—No es el momento oportuno, no es el lugar oportuno —Threi se dio cuenta de que estaba casi canturreando, casi entonando las palabras—, no es el rostro oportuno. —Rió—. Es extraño, Adán, mi gusto de avanzada por tu cultura... ¿Tienes idea de cuántas tonterías existían en tu cultura americana?

El hombre sobre la arena no dijo nada. Todavía de rodillas, se balanceaba lentamente... Luego se tumbó hacia adelante y comenzó a reír irremediablemente.

—No hay tolerancia —dijo Threi con disgusto—. Madre no está haciendo lo suyo. —Alerta, Adán, dejó de reír. Repentinamente calmo, se incorporó y se frotó la cabeza dolorida.

—Siempre es bueno ver un poco de preocupación maternal —la voz de Threi era tan seca como la duna sobre la que se apoyaba.

La miró con una expresión tal que Threi supuso que se proponía aparentar absoluta inocencia.

—¿Podemos hacer el amor ahora?

Threi expulsó la respiración a través de dientes apretados .

—¡Adán, eres un pesado! Tú no puedes hacer el amor. No puedes hacer nada. No... —Su temperamento inconstante se volcó a la especulación—. Tal vez, Adán. Ven aquí.

Adán escaló la pequeña duna, resbalando en la arena poco firme.

—Aquí.

Threi manipuló su colgante y en la otra mano apareció un cuchillo resplandeciente. Se inclinó velozmente y enterró la ancha hoja justo detrás del talón izquierdo de Adán. Se oyó la vibración de un elástico que salta. Adán dio un alarido y agitó los brazos con un espasmo muscular. El temblor cedió y clavó la mirada en Threi, conmocionado; un hilo de saliva le manaba de la comisura de los labios.

—¿Qué... qué hiciste?

—Algo necesario para la salud de todos los niños. Mira detrás de ti.

Adán se volvió y con una mirada rápida envolvió las dunas, el océano y el cielo.

—Tus huellas.

Él miró las marcas paralelas dejadas por sus pies. Entre ambas había un surco poco profundo marcado en la arena. La marca desaparecía serpenteando en dirección al cabo.

—El cordón —dijo Threi—. El vínculo con tu madre ya no existe, al menos por ahora. Finalmente, eres independiente.

Los ojos de Adán eran sorprendentemente claros.

—¿Quién soy?

Ella sonrió con labios pálidos.

—¿No puedes responderte a ti mismo?

—No sé.

—¿Por qué piensas que yo puedo saber?

Los oscuros ojos del hombre la miraron como a través de un descubrimiento.

—Estás jugando conmigo.

—Por supuesto —se aproximó y se le rió en la cara. Le apoyó suavemente la mano sobre el pecho—. Mi existencia es jugar. Es mi manera de posponer un hastío eterno.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Con mis juegos? Son una búsqueda y al mismo tiempo una diversión. Quiero descubrirme vulnerable.

La cólera se mezcló con el desconcierto.

—No entiendo —dijo Adán.

—Por supuesto que no. Pero espero que juegues.

—Threi... —Se detuvo, confundido—. La luz... es verde.

—Mira el sol.

Algo se elevaba por detrás de las colinas, un bulto que se extendía de horizonte a horizonte entre el sol y la playa. El sol era un disco nebuloso. La muralla de verde se elevó hasta que cubrió al hombre y a la mujer como la cresta de una ola gigantesca.

—La Madre Tierra está aquí —dijo Threi.

Silenciosamente, la cortina envolvió el mar, las colinas, la playa. Threi usó su colgante.

El cielo azul se reafirmó ante la mirada de Adán. Eso fue todo. La ola verde se hundió de regreso detrás de las colinas. El sol brillaba amarillo-blanco, como antes.

—¿Qué fue eso?

Threi le examinaba el rostro como si fuera un objeto de colección.

—En tu voz sólo hay un ligero temor; algo de curiosidad. Tienes las pupilas contraídas, pero probablemente sea a causa del sol. ¿El sudor de tu piel sólo se debe al calor?

Adán retrocedió y la abofeteó con la palma de la mano. Threi rodó a lo lejos y estuvo a punto de caer.

—Lo siento. No fue mi intención —la expresión de Adán era aprensiva. En su voz había temor, pero no arrepentimiento.

En la risa de Threi había un toque de excitación y de auténtico placer.

—¿Quieres hacer el amor? —nuevamente estaba de pie frente a Adán; tocó con suavidad el pene fláccido.

—No. Quiero saber quién soy —retrocedió.

Riéndose todavía, Threi le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con furia.

—Excelente, Adán. Ya no eres un niño; quizá te estés convirtiendo en un hombre.

—Hablas en círculos.

—Exacto —dijo Threi—. Una línea se curva y se encuentra a sí misma y es solo una. ¿Sí?

—Juegas —dijo Adán con disgusto. Se volvió y caminó en dirección al mar.

—Detente. —Adán miró por encima del hombro. Threi hizo un imperioso movimiento de cabeza—. Regresa.— Él sacudió la cabeza.

—Hablaremos —otra negación.

—Sobre ti. —Adán caminó de regreso.

—La ola verde en el cielo —dijo Threi—. Esa era tu madre.

Adán parecía no creer.

—Este planeta se llamaba Tierra. Alguna vez albergó a billones de organismos. Luego un organismo ajeno al planeta asimiló todas las formas de vida. Llevó unos setenta días.

El hombre abrió la boca ligeramente, pero no dijo nada .

—La asimilación fue física; absorbió todos los organismos y los incorporó. No hubo arma que pudiera detenerlo. La criatura se transformó en la amalgama de toda la vida terrestre.

—Mi madre —dijo Adán.

—Ella es esa criatura.

—Pero yo…

—La carnada. Un señuelo burdo. Madre tenía una urgencia ciega por completarse a sí misma como una entidad. Yo soy el único ser de este mundo separado de ella. Mis defensas han sido muy efectivas. Ella te envió para que me sedujeras, para tocarme y así atraerme dentro de ella.

—Threi, ¿quién soy? —La voz era desesperada.

—Su hijo. Te formaste de ella, ligado a ella. Yo corté el cordón que te ligaba y te controlaba. El cordón era su sustancia.

—No. —Adán tenia los ojos desorbitados.

—¿Quién soy yo, Adán? —El hombre la miraba fijamente—. Soy como tú, Adán. Soy la punta de un iceberg. Soy vieja, mucho más vieja y más compleja que tu madre. Yo planté la semilla que en setenta días se transformó en tu madre.

Adán meneó la cabeza lentamente. Abrió la boca pero no hubo palabras.

Threi sonrió y rozó su colgante.

Adán inclinó la cabeza. Estaba confundido. Tenia los pies sobre la piedra fría, roca cubierta de liquen verde.

—¡Adán, ayúdame! —levantó la vista. Threi estaba encadenada al poste de madera.

Se oyó un chistido detrás de él… un silbido escalofriante. Adán se volvió y vio la cabeza con colmillos, tan grande como su cuerpo. La cabeza se balanceaba sobre un cuello cubierto de escamas que sobresalía de un cuerpo verde, de reptil. El dragón se lanzó contra él. Los colmillos echaban luces blancas a través de las fauces abiertas.

—¡Sálvame, Adán!

Adán sintió sobre la mano el peso del espadón. Se hizo violentamente a un lado y el hocico del reptil se estrelló contra la piedra. Las venas se inundaron de adrenalina. En la mente se agolparon emociones nuevas que no tuvo tiempo de analizar.

Dio un salto, giró, se balanceó. La hoja brillante desgajó el pescuezo del dragón.

Se apoyó sobre el espadón por un instante, jadeando, mientras miraba manar de las heridas del reptil la sangre amarilla.

Luego se volvió hacia la Threi encadenada para reclamar su premio…

Para reclamar su premio abrió la puerta del dormitorio, pero allí estaban los dos, los rostros echando luces blancas en la oscuridad, en su cama. Threi se cubrió los senos con la sábana.

—Adán —comenzó a decir—, no es lo que…

La sólida pistola se mantuvo firme cuando Adán apretó el gatillo. El rostro del hombre se disolvió en sangre y el cuerpo cayó pesadamente a un costado de la cama. Adán se adelantó, rozó el cuerpo con los pies, pero el hombre no se movió. Se volvió hacia Threi. Había pánico en sus ojos. Sacó lentamente el grueso cinturón de cuero de las presillas de su pantalón.

—Por favor —dijo Threi.

Adán arrancó la sábana que cubría el cuerpo blanco.

—Primero esto —dijo, asiendo la hebilla del cinturón—. Luego voy a follarte hasta que te mueras, puta —levantó el brazo…

Levantó el brazo para hacer señas a un taxi mientras el viento hacía girar los copos de nieve en la Octava Avenida. El cielo, los edificios en la semipenumbra, el lodo en la alcantarilla, todo era gris. Alguien estaba en la esquina de enfrente esperando pacientemente que cambiara la señal.

—¡Adán! —Levantó la vista. Threi estaba en la esquina de enfrente. Lo saludó y cruzó la calle corriendo.

—¡Threi, no! —Adán vio que el taxi patinaba mientras el conductor apretaba los frenos.

Fue una decisión instantánea. Adán se precipitó hacia la intersección, apartó a Threi con un violento empellón. La muchacha retrocedió tambaleando.

A salvo. Adán volvió la cabeza y con una mirada rápida percibió amarillo sobre gris antes de sentir una presión súbita, dolor… Threi, amor.

Adán levantó la mirada y vio…

… más escenas que las que alguna vez pudo contar.

Adán abrió la boca, pero no había palabras. Estaba de pie bajo el sol. El océano se extendía ante él. Threi apartó la mano del colgante. Con toda premeditación se quitó la cadena del cuello y la dejó caer sobre la arena.

Adán la miró a ella y luego al colgante. Pensó: ¡Qué desnuda está!

—Bésame —dijo ella—. Muy, muy fuerte. —Primero se rozaron los labios; las lenguas se encontraron con suavidad; luego se resistieron con firmeza. La lengua de la mujer retrocedió y la de Adán fue en su búsqueda. Suave, amorosamente. Threi mordió con sus dientes finos como una aguja. Adán se echó hacia atrás, sacudió la cabeza escupió sangre sobre la arena—. El dolor después de todo, es placer —dijo Threi con dulzura. Adán la besó otra vez.

Threi tocó al hombre con cuidado, se estremeció.

—Estás listo, Adán. Ahora, tócame. Con suavidad. Aquí y aquí y aquí —le mostró. Tiernamente lo tumbó junto a ella y con su cuerpo le hizo una cama sobre la arena.

Cuando Adán la penetró, cuando las uñas de Threi le dejaron sus huellas en la espalda, ella dijo:

—Muévete lentamente, Adán —gimió—: Más rápido —el hombre la escuchaba y sentía que el sol le quemaba la espalda.

Ninguno de los amantes advirtió la hebra verde y delgada que serpenteaba hacia ellos a través de la arena. Más cerca ahora. Esperaba, aguardando el momento propicio.

—Más rápido, Adán. —Tenía la mirada fija más allá del hombre. Lo envolvió con las piernas, trabó los pies por detrás de la espalda—. Más fuerte. Por favor, oh, por favor, por favor, oh, por favor… ¡Ahora!

Threi cerró los ojos y se tendió respirando con agitación, todos sus músculos tensos.

Enredó sus dedos en la negra cabellera de Adán, lo obligó a mirarla.

Él intentó apartar la mirada.

—No resultó para ti —dijo.

Threi besó al hombre con desesperación, pero él no reaccionó. Ella se hundió sobre la espalda con una sensación de frustración que era casi ritual.

Y esto se repetirá. Una y otra vez.

—Nunca... Adán, yo traté. Sólo quería... —sacudió la cabeza.

El dúctil miembro de Madre se ligó nuevamente al talón de Adán.

—Es demasiado tarde —dijo Adán con la voz de su madre .

—No —Threi sacudió nuevamente la cabeza y sintió el fastidio largamente conocido. Y la soledad. Y el deseo—. Tú no entiendes absolutamente nada — se estiró y tocó el colgante.

Las tuberías que estaban entre las estrellas se abrieron otra vez y el cuerpo de Threi, una vez más, comenzó a ingerir la vida de un universo entero.

Los Malvados Huyen
(Harry Harrison)

—Vino rosso, un mezzo.

El vino tenia un sabor acre y denso que traía reminiscencias del polvo que se levantaba de la calle sin pavimentar, allí, fuera de la diminuta taberna. *Vini e Bebite,* decía el cartel pintado toscamente sobre la puerta. Vino y bebidas. El vino, de la cosecha local, las bebidas, ponzoñosos brebajes coloreados en botellas de vidrios arañados. Fuera el sol brillaba restallante sobre las blanqueadas paredes de las casas. Birbante vació el vaso y lo llenó nuevamente con la botella de medio litro. Valiente, dijo, y el dueño, sacándole brillo a un vaso, y con el rostro sombrío sumido en una expresión de depresión constante, gruñó una respuesta que podría haber sido de asentimiento. Los tres hombres que se encorvaban sobre la pequeña mesa junto a la pared tenían la atención concentrada en el ajado mazo de cartas, extrañamente dibujadas, con las que jugaban.

Chiomonte era como cualquier otro pequeño pueblo italiano alejado de los caminos principales. Un solo camino, que también era la calle principal, conducía a él. Un pueblo aislado receloso de los extraños, la mente de sus habitantes tan bloqueada para el mundo exterior como bloqueado estaba el valle por las montañas que lo rodeaban. Golpeado por la pobreza, sin atractivos, no era lugar donde alguien pudiera detenerse más que por unos pocos minutos. Pero Birbante tenía buenos motivos para estar allí; él podía estar en cualquier lugar. Tomó un poco más de vino y luego, con la mano extendida sobre el mostrador, miró su reloj. Era casi mediodía. Cuando lo rozó con la punta del dedo el cuadrante se hizo transparente, revelando la presencia de otros cuadrantes y de un indicador con luces de colores. Nada había cambiado. Narciso no estaba cerca.

Sin embargo, no podía estar lejos. Los instrumentos que guardaba en el coche —el reloj era tan sólo un repetidor— se lo decían. Además, casi podía sentir su presencia; una facultad que había desarrollado después de años de perseguir a aquellos que no deseaban ser encontrados. Narciso había ganado

más distancia que cualquier otro y había estado en libertad mucho más tiempo, pero eso no importaba. Birbante nunca había fracasado. No fracasaría ahora, con la ayuda de Cristo. Con los dedos rozó el bulto bajo su camisa, el crucifijo que allí colgaba. Encontraría a Narciso.

—Quisiera llevarme un litro de esto.

El dueño de la taberna lo miró de arriba a abajo con disgusto, como si el pedido fuera algo insólito.

—¿Tiene una botella?

—No, no tengo una botella —respondió Birbante con paciencia.

—Creo que aquí tengo una. Tendrá que pagar un depósito de cincuenta liras.

Birbante hizo un fatigado gesto de aceptación ante el pequeño hurto y luego se dedicó a observar mientras desde la trastienda surgía una botella polvorienta. Alguien la lavó con descuido bajo el grifo y luego, con un estropeado embudo, la llenó con el vino de una gran damajuana cubierta de mimbre. Fue coronada con un corcho ennegrecido. Birbante desparramó algunas monedas sobre el mostrador manchado y, cuando el dueño se extendió para alcanzarlas, le colocó a su lado una fotografía en colores.

—¿Conoce a este hombre? —preguntó.

El dueño recogió las monedas, una por una, ignorando al hombre de la fotografía, adusto, de cabello negro, corto e hirsuto y transparentes ojos azules.

—Mi primo —dijo Birbante—. Hace años que no lo veo. He oído que está por aquí cerca. Murió un tío, le dejó algo de dinero, no mucho, pero sé que querrá tenerlo. A cualquiera le viene bien el dinero.

—¿No sabe dónde está?

Mientras hablaba, Birbante sacó disimuladamente un arrollado billete de diez mil liras del bolsillo de su camisa, lo desplegó lentamente sobre el mostrador y lo dejó allí. El dueño miró el billete, luego a Birbante, quien pudo sentir que la mirada de los jugadores también estaba sobre él.

—No lo vi nunca.

—Es una lástima. Hay dinero de por medio.

Birbante plegó el billete, lo introdujo nuevamente en el bolsillo, tomó la botella y se marchó. El sol quemaba con una presión casi física; hurgó en el bolsillo del pantalón en busca de las gafas de sol y se las puso. Esa gente no se traicionaba. Si consideraban a Narciso como a uno de ellos, nunca lo delatarían ante un extraño. Es decir, no directamente.

El rojo brillante del convertible Alfa Romeo era el único toque de color en la calle blanqueada. Birbante empujó el vino debajo del asiento para que estuviera a la sombra y atravesó el sendero de guijarros desparejos hacia la oscura entrada de lo que parecía ser un almacén. No tenía letrero ni vidriera y tampoco los necesitaba; cualquiera en el pueblo sabría que ese era el almacén. Junto a la puerta había un lío de cuerdas y en la entrada colgaban algunas ristras de pimientos rojos. Birbante se abrió paso y pestañeó en la penumbra del interior. La mujer, vestida de negro, tenia el mismo aspecto sombrío e informe que la mercadería. No le devolvió el saludo y en silencio reunió los artículos que había pedido. Una horma de queso y una pequeña rodaja de pan de corteza gruesa. Los barriles de aceitunas despedían un olor a rancio y Birbante los rechazó. Todo el tiempo permaneció en donde pudiera controlar la puerta de la taberna.

Uno de los viejos jugadores salió y se alejó dificultosamente calle abajo.

Era un buen augurio. Si Narciso estaba cerca y se informaba de su presencia, la cacería estaba a punto de concluir. El detector no era muy fiel en distancias cortas y sólo podía decirle que el hombre que buscaba estaba en algún lugar en un radio de diez a veinte kilómetros. Pero si Narciso sabía que le estaban buscando, la situación cambiaría radicalmente. Se sentiría atemorizado, inquieto, desdichado, poseído por alguna emoción violenta. Cuando eso ocurriera el detector, templado según el modelo neurológico de su cerebro, lo detectaría inmediatamente. Birbante miraba hacia adelante mientras regresaba al coche, pero cuando se sentó pudo observar en el espejo la calle que se extendía detrás. El viejo miró en dirección a él una vez y luego entró en una de las casas. Birbante colocó las provisiones debajo del asiento, junto al vino, y puso el motor en marcha. Hizo estos movimientos tan lentamente como le fue posible y fue recompensado por la aparición de un muchachito que salió de la misma puerta por la que había entrado el hombre. El muchacho pasó junto al coche corriendo, manteniendo la vista al frente.

Algo imposible, pensó Birbante, y el coche arrancó. Ningún muchacho italiano, cualquiera fuera su edad, podía pasar junto a un lustroso automóvil rojo como ése sin examinarlo de parachoques a parachoques. El muchacho llevaba un mensaje y el mensaje se refería a él. Narciso no podía estar lejos. Retrocedió por una callejuela angosta y giró para regresar hacia donde había partido. Lejos del muchacho. Sus instrumentos le dirían todo lo que necesitaba saber.

A medida que bordeaba el Valle, el camino se volvía zigzagueante; en uno de los recodos había descubierto un ancho espacio sombreado por algunos árboles. Se dirigió hacia allí y estacionó. Con el motor apagado, el placentero silencio sólo era interrumpido por el zumbido distante de los insectos. El valle se abría ante él, con tonos grises y pardos en su mayoría; los ralos campos verdes se extendían a ambos lados del pueblo. Chiomonte mismo lucía mucho mejor a esa distancia, con la rosada cúpula de su iglesia elevándose por encima de los edificios blancos. La pobreza y la suciedad no eran visibles. El suelo había sido pobre desde un principio y ahora estaba agostado por siglos de agricultura intensiva. Birbante bebió un buen trago de vino, cortó algunos trozos de pan y usó su cuchillo de bolsillo para cubrirlo con abundante queso. El pan estaba crujiente, el queso fuerte, una simple comida de campesino que le hizo recordar las montañas toscanas de su niñez. Parecía que Italia nunca iba a cambiar, dormitando en las tibias tardes de los siglos, bajo el suave tañido de miles y miles de campanas de iglesia, como aquellas que ahora repicaban a distancia. Ese mundo de fe yacía en la mano de Dios, los valles, aquellos surcos...

Con fogonazos agonizantes, el viejo autobús se acercaba por el camino, emitiendo chirridos de protesta cada vez que tomaba una curva. Para aumentar la afrenta, el conductor, apretado contra el volante como una araña, hizo sonar una penetrante bocina que destrozó la paz silenciosa de un momento antes.

Azorado, Birbante sacudió un puño a la parte trasera del autobús y maldijo mentalmente a su conductor. Sólo cuando se hubo aquietado con algo de vino, sólo entonces, se dio cuenta de qué manera se había permitido perder el control. ¡Había maldecido a ese hombre desconocido, a ese pobre hombre! El pensamiento fue tan eficaz como el hecho. Mientras luchaba con el tablero del automóvil sintió que el rostro se le cubría con un sudor que no

tenia relación alguna con el calor. Tomando el pesado rosario de plata lo atrajo hacia sí y pidió perdón a Dios y al mismo tiempo Le suplicó que ignorara las blasfemias pronunciadas en un momento de cólera, pues en realidad no significaban nada. Y también entenderlo y perdonarlo porque era un ser humano y un cuerpo débil. Las plegarias lo calmaron y entonces descubrió que ese trabajo le estaba costando grandes sufrimientos, especialmente la última investigación que le habían asignado. Cuando regresara con Narciso les pediría a sus superiores una tregua, al menos un año, en algún apartado monasterio de montaña. Ellos se lo permitirían, ellos conocerían las presiones bajo las cuales debía trabajar.

Hacía tiempo que la aguja del cuadrante oscilaba requiriendo su atención; finalmente Birbante lo advirtió. Había estado tan inmerso en sus propios problemas que había olvidado su trabajo. La lección era clara: sus propios padecimientos y penurias debían volver a su lugar, así como la comida y el vino. Un poco de ayuno y abstinencia le harían bien. Más tranquilo, hizo minuciosos ajustes en los controles y lanzó una mirada de reojo a las agujas.

"Estás allí, Narciso, no lejos de mí y tan temeroso como yo de la justicia de Dios. Estamos en Sus manos y yo voy a ayudarte."

El coche arrancó e inmediatamente se deslizó a gran velocidad camino abajo. Birbante controló su entusiasmo y disminuyó la marcha. La cacería había sido larga y unos pocos minutos no harían ninguna diferencia. Cuando el camino se convirtió en una recta entre los campos que precedían al pueblo, enfiló hacia un costado y controló nuevamente sus instrumentos. Una reacción violenta, continua, siempre hacia adelante. Te estoy buscando, Narciso.

Algunas sombras se habían alargado; era el único cambio en Chiomonte desde que él se alejara, horas antes. Ahora conducía lentamente a través del pueblo manteniéndose en el centro del camino y controlando las agujas con sumo cuidado. Habría una intensa oscilación cuando pasara junto a Narciso y entonces sabría dónde se hallaba e inmediatamente después lo habría capturado. Con la ayuda de Dios. Palpó la cruz a través de la camisa; las agujas no se movieron.

Entonces las casas quedaron atrás y empezó la campiña, altos viñedos polvorientos apretándose junto al camino. Su presa debía de estar en las afueras del pueblo, en alguna de las granjas solitarias. A cada instante la señal se hacía más débil y pronto perdería la definida precisión que necesitaba; todavía apuntaba hacia adelante, hacia el vacío que se precipitaba camino abajo. Birbante sintió un súbito indicio de temor y apretó a fondo el acelerador. No, así no. Para encontrar a su presa se necesitaba raciocinio, no pánico. Detuvo el coche e hizo algunos ajustes precisos. Nada. Pero tenia que haber algo. Frustrado, dio pequeños golpes sobre el tablero como si pudiera hacerlo vibrar para obtener la información que buscaba; entonces estalló en una carcajada.

"Tan simple, realmente". Puso el coche en marcha una vez más. "El autobús. Recibió la advertencia y huyó subiendo a aquel autobús. Eso es todo. El fin de nuestro viaje ya está cerca, Narciso."

Ahora el Alfa Romeo se desplazaba a gran velocidad. Manejaba bien y rápido, devorando las rectas, deslizándose en las curvas. En un minuto divisó el autobús y la nube de polvo que dejaba a su paso. Birbante frenó bruscamente y disminuyó la velocidad, situándose detrás del vehículo, controlando sus instrumentos. Sería un poco embarazoso hacer bajar al

hombre de un autobús repleto, pero era posible hacerlo sin provocar demasiada confusión. Finalmente, no hubo necesidad. Al tomar una curva, tan cerca del autobús que podía ver las siluetas en las ventanillas de atrás, sus agujas se agitaron, cambiaron de posición y Birbante frenó.

Narciso ahora iba a pie, por algún lugar a la derecha del camino; la señal de su cerebro perturbado permitía localizarlo con precisión; debía de haber visto el coche que lo perseguía. Lentamente, marcha atrás, retrocedió hasta que estuvo a la altura de un sendero rocoso y ondulante que se internaba en la campiña. Aquí. Subió por él, lentamente aún, pero a mayor velocidad que la que cualquiera podía alcanzar a pie o corriendo. En la cima de una loma, un hombre solitario estaba sentado sobre una roca junto al sendero, vestido con la rústica cazadora de los campesinos y apoyado en un bastón. Birbante redujo la velocidad para preguntarle si había visto pasar a alguien, pero cuando el hombre volvió el rostro hacia él permaneció en silencio.

Por un momento se contemplaron mutuamente. Luego Birbante apagó el motor del coche así como también los instrumentos ocultos.

—Tú eres Narciso Lupori. —No era una pregunta.

Narciso asintió con un movimiento de cabeza, los ojos azul pálido en singular contraste con la piel amarronada .

—Tienes ventaja sobre mi.

—Padre Birbante.

—Tendría que sentirme halagado, el más grande cazador de herejes.

—Si me conoces, entonces deberías saber que no estoy aquí para conversar contigo, ni para ayudarte, ni para mantener otra reunión anticristiana. Será todo mucho más fácil para ambos si entras en ese coche y regresas conmigo ahora.

—Paciencia, Birbante, paciencia. Aún el criminal condenado tiene un momento para pensar, una última comida. Hasta nuestro Salvador tuvo una última cena.

—En tus labios Su nombre es una blasfemia. Vendrás conmigo y esto es el final de todo.

—¿Lo es? —Narciso sonrió, aunque parecía no tener muchos motivos—. ¿Qué harás conmigo si me niego? ¿Matarme?

Birbante suspiró y tomó un instrumento que estaba en el asiento de al lado.

—Sabes que no matamos a nadie. Somos cristianos en un mundo cristiano y trabajamos con amor para elevar a las criaturas que nos rodean. Este instrumento te apresará y entonces yo me veré forzado a llevarte conmigo aunque opongas resistencia.

Birbante levantó el objeto, un tubo de plástico negro con un asa y botones en un extremo, decorado con gusto con un serafín dorado, y apuntó a Narciso.

Se oyó un estallido violento y el vidrio de la ventanilla se hizo añicos y cayó sobre la tierra. Birbante miró la ventanilla destrozada y luego al objeto negro que Narciso tenia en la mano, el cual despedía un sinuoso hilo de humo.

—Tienes que reconocer esta pistola —dijo Narciso—. Has visto ilustraciones en los libros de historia. Puede perforarte con la misma facilidad con que perforó el coche. Ahora arroja ese penter en el asiento de atrás antes de que lo haga yo.

Birbante vaciló un momento, luego, cuando el arma estuvo a la altura de su cabeza, hizo lo que le habían ordenado. Se estremeció, pero permaneció en su lugar.

—No ganarás nada matándome. Yo estaré entre los santos y mártires y tú estarás todavía aquí, atrapado en este mundo imperfecto hasta que otros vengan a buscarte. No hay escapatoria. Arroja lejos de ti esa máquina diabólica y ven conmigo.

—No. Ahora apártate de ese coche para que no puedas cometer ninguna tontería y escúchame. Siéntate aquí para que podamos hablar. Ya puse la pistola a un lado.

—El Diablo todavía anda por este mundo —dijo Birbante, persignándose, mientras alisaba un parche de pasto seco antes de sentarse.

—Mucho mejor de lo que piensas. ¿No te sientes algo sorprendido al ver un arma como ésta, en esta época?

—Apenas. El año 1970 de Nuestro Señor es parte de nuestro oscuro pasado. Nada me sorprende.

—Tendrías que prestar más atención a nuestra historia. ¿No recibiste instrucciones sobre la era a la cual ibas a regresar?

—Suficientes. No somos los tontos que vosotros creéis en el Colegio de Inquisidores. Entre ambas eras hay sólo cuarenta y siete años. Vengo equipado; este coche es una réplica exacta de un modelo de la época.

—¡Ah! ¿Entonces lo trajiste contigo? Estaba por preguntarlo. Si conoces esta era tan perfectamente, sabes que es la Era de la Paz y que las Guerras Santas terminaron hace tiempo.

—Es verdad. Pero puesto que tienes esa arma, es evidente que hay pequeñas omisiones en los testimonios...

—¿O pías falsificaciones?

—¡Blasfemas!

—Por favor, discúlpame. Estoy tratando realmente de comunicarme contigo. Puesto que te han enviado tras de mí, supongo que sabes bastante acerca de mí, incluso por qué vine aquí.

—Así es. Eres el físico Narciso Lupori; en otros tiempos pertenecías a los Laboratorios del Vaticano en Castel Sant'Angelo. Eres un hombre de sorprendente inteligencia que tuvo en sus manos una gran responsabilidad, a pesar de no haber asumido el sacerdocio. Deberías haberlo hecho, y a causa de lo que has hecho las reglas serán más estrictas en el futuro. Nadie que no se haya ordenado en la Santa Iglesia tendrá tu responsabilidad. Fuiste tentado por algún demonio, por el Demonio y huiste a este lugar, y al pasado.

—¿Los sacerdotes pueden resistir mejor las adulaciones de Satán?

—¡Sin duda alguna!

—Y si te dijera que no hay ningún demonio, ningún Demonio detrás de mi, quizá ni Dios siquiera, en ninguna parte...

—¡Termina con esa blasfemia!

—Lo haré. Soy demasiado buen hijo de la iglesia como para decir en voz alta aún estas cosas que sé que son ciertas. Pero soy libre en otros aspectos, si es que no soy también libre de Él. Dudaba, por si quieres saber, dudaba de todo, y por eso estoy aquí. Dudaba de que el hombre tuviera la obligación de ser sumiso, de procrear y poblar la tierra y de destruir las llamadas formas inferiores de vida. Dudaba si existe algún designio divino detrás de la

orden de que ciertos campos de investigación son intocables para siempre, toda el área de la Física .

—Dios lo dispuso así.

—No, lo siento, lo hicieron los hombres. Papas y cardenales. Hombres. Hombres que creen en una sola cosa y que decidieron que el resto del mundo debe atenerse a lo que ellos creen. Son dueños de un raciocinio sofocado, de poder, libertad, ambición y lo sustituyen todo con una nube gris de piadosa santidad.

—No puedes tocarme con esas palabras. Eres tú quien arderá para siempre en el infierno por decirlas. Ven conmigo. Arroja el arma. Regresa a aquellos que te ayudarán a purificar la mente.

—Aquellos que borrarán todo recuerdo, todo pensamiento original, dejándome como un vegetal para ser plantado con firmeza en tierra santa hasta que envejezca y muera. No. No voy a regresar contigo. Y tengo la extraña sensación de que tú tampoco vas a regresar.

—¿Qué estás diciendo?

—Exactamente eso. El futuro del que ambos vinimos no existe, no existirá. No en este mundo de este presente. ¿Por qué piensas que regresé tan lejos? Los primeros experimentos eran sólo tentativas; y nada parecía andar bien cuando intentamos investigar el pasado en algo más que unos pocos meses. Pensé que entendía, tenía una teoría que ahora sé que es correcta. Por eso usé el equipo que conseguí para remontarme al pasado a través de los años, solo, sin nada más que la ropa que llevaba sobre mis espaldas, arrugada y retorcida por el viaje. Encontré trabajo, suficiente para comer y sobrevivir y para examinar los libros. ¿Has oído hablar alguna vez del Rey Enrique VIII de Inglaterra?

—¿Por qué me preguntas eso, con que objeto? No soy un estudiante de historia secular.

—No es importante. Una figura menor de la historia, muerto a causa de una caída de caballo en el vigésimo año de su reinado. ¿Pero debes haber oído acerca de Martín Lutero?

—Por supuesto. Un clérigo alemán, más tarde un hereje y agitador. Murió en la prisión, no recuerdo el año.

—1515. Lo sé bien. Entonces, ¿que dirías si yo te dijera que Lutero no murió en prisión —no en este mundo— que por el contrario se expresó en contra de la Madre Iglesia en 1517 y encabezó un movimiento que dio origen a una nueva Iglesia?

—Una locura.

—Ya veremos. ¡Y el buen rey Enrique viviendo para fundar su propia iglesia! Yo también pensé que era una locura cuando lo leí por primera vez, pero una locura impetuosa, liberadora. Este mundo no es el paraíso... ¡lejos de ello! Pero la libertad todavía existe y los hombres trabajan por el bien de todos. Tendrás que aprender a gustar de él; tú también porque tú y yo estamos atrapados aquí. El futuro, tal como lo conocimos, no existe para nosotros ni existirá. Algo ha producido este cambio, quizá las alteraciones ocasionadas por nuestra penetración en el pasado sean la causa. Piensa Birbante perdiste por perseguirme, perdiste tu Iglesia y tu Dios, todo...

—¡Suficiente! ¡No sigas, mientes! —Birbante estaba de pie, las mejillas blancas. Narciso permanecía sentado, la cara retorcida en una sonrisa extraña.

—Te asusta, ¿no es verdad? ¿Si estás tan inquieto por qué no vas a ver? El gran transmisor temporal tiene que estar en el coche, pero tú tendrás el equipo de supervivencia sobre el cuerpo. Se le ordenó a todos los viajeros que los usaran. Ya no puedo hacer nada, no puedo escapar. Simplemente observa el dispositivo temporal y oprime el botón. Regresa a casa para ver cual de los dos está en lo cierto, luego vuelve aquí, una fracción de un instante después de tu partida. Yo estaré aquí, nada habrá cambiado. Excepto que tú conocerás la verdad.

Birbante estaba de pie, rígido, tratando de comprender, tratando de no creer. Narciso señaló la pistola silenciosamente, recordándole al otro la existencia de tales armas. Luego sacó del bolsillo un fragmento de un periódico, arrancado de la primera página de L'Osservatore, la publicación del Vaticano. A pesar suyo Birbante tuvo que leer los grandes titulares y mirar las ilustraciones. EL PAPA REZA POR LA PAZ, decía. PIDE A LOS HOMBRES DE TODAS LAS RELIGIONES QUE SE UNAN A ÉL EN UN DIA DE PLEGARIAS.

Profiriendo un grito áspero y sin palabras, el sacerdote le arrebató el papel y lo arrojó al suelo. Con el mismo movimiento sacó un instrumento de su bolsillo y tocó un botón.

Desapareció.

Narciso estaba sentado, los músculos rígidos, contando los segundos que transcurrían lentamente. Cuando boqueó en busca de aire se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¡Solo! —gritó, incorporándose de un salto—. No regresó. Soy libre. No regresó porque no puede regresar. Está en otro futuro, en otro pasado, Dios sabe dónde. No me preocupa. ¡Ya no tengo nada que temer de ellos! El acto de su partida me ha liberado de él para siempre.

Sacó el revólver del bolsillo, estremeciéndose con su contacto, y lo arrojó a gran distancia. ¡Cómo había practicado para apuntar y hacer fuego! Deseando que quienquiera que estuviese persiguiéndole jamás descubriera que él era tan incapaz de matar como ellos que habitaban otro tiempo y otro espacio. Con la yema de los dedos recorrió suavemente el reluciente guardabarros del automóvil.

Esto será mi fortuna y mi salvación. Puedo reproducir las celdas de la batería que lo alimenta e introducirlas aquí para reemplazar la infernal combustión de los motores que atormenta a esta gente. Si otros vinieran en mi búsqueda, incluso podría hacerlos desaparecer a través del tiempo. Aunque dudo que alguno tenga el valor de hacerlo cuando Birbante no aparezca.

Narciso se deslizó en el asiento y puso el motor en marcha, que susurró con silencioso poder.

"Entonces veré algo más que el pequeño rincón del mundo católico e italiano que conocí. Seré rico y viajaré. Aprenderé inglés e iré a las lejanas Américas donde gobiernan los ingleses y hablaré con los nobles mayas y aztecas en sus ciudades de oro. ¡Qué mundo maravilloso será este nuevo mundo!"

Puso los cambios, hizo girar el automóvil y lentamente desapareció de regreso, camino abajo.

Una Historia Entre Tantas Del Mundo De Solo-Martes
(Philip José Farmer)

Pasar al miércoles era casi un imposible.

Tom Pym había pensado en la posibilidad de vivir en otros días de la semana. Casi todos los que tenían un poco de imaginación lo hacían. Hasta había programas de TV que especulaban con ello. Tom Pym hasta había actuado en dos de esos programas. Pero no tenía un deseo genuino de salir de su propio mundo. Pero entonces se incendió la casa en que vivía.

Esto ocurrió el último de los ocho días de primavera. Al despertar vio a través de la puerta las cenizas y los bomberos. Un hombre con traje de amianto blanco le hizo señas de que no saliera. Luego de quince minutos, otro hombre le indicó con un gesto que ya había pasado el peligro. Apretó el botón de la puerta y ésta se abrió de par en par. Tom Pym se hundió en las cenizas hasta los tobillos; debajo de la costra empapada de dos centímetros de espesor estaban un poquito calientes.

No era necesario preguntar qué había sucedido, pero de todos modos lo hizo.

El bombero dijo:

—Un cortocircuito, supongo. En realidad, no sabemos. Empezó poco después de medianoche, entre el momento en que el lunes se retira y entramos nosotros.

Tom Pym pensó que debía ser extraño ser bombero o policía. Sus horas eran tan diferentes, aun cuando también ellos estuvieran limitados por los muros de la medianoche.

Pero para entonces los otros estaban saliendo de sus enfriaderos o "ataúdes" como a menudo los llamaban. Todavía quedaban sesenta ocupados.

A las ocho tenían que entrar al trabajo. El problema de conseguir ropas nuevas y un lugar donde vivir tendría que ser postergado hasta las horas de descanso, porque el estudio de TV donde trabajaban estaba retrasado en la preparación del gran programa especial que debía salir al aire dentro de ciento cuarenta y cuatro días.

Desayunaron en un centro de emergencia. Tom Pym le preguntó a un asistente si sabía de algún lugar donde pudiese alojarse. Aunque el gobierno le proporcionaría uno, quizá no se tomase muy a pecho el conseguirle un lugar adecuado.

El asistente le mencionó una casa que quedaba a sólo seis calles de su anterior vivienda. Había muerto un maquillador y tenía entendido que la vacante aún no había sido cubierta. Tom se dirigió inmediatamente al teléfono, pues en ese momento su presencia no era necesaria, pero, según le informó el contestador, la oficina no abriría hasta las diez. El contestador era una pelirroja muy bonita, con ojos color turmalina y una voz muy sensual. A Tom le habría impresionado mucho más si no la hubiese conocido. Había desempeñado algunos papeles secundarios en dos de sus espectáculos y la voz enloquecedora no era de ella. Tampoco era de ella el color de sus ojos.

Al mediodía volvió a llamar, consiguió comunicación luego de una espera de diez minutos, y le preguntó a la señora Bellefield si presentaría una solicitud a su nombre. La señora Bellefield lo reprendió por no haber telefoneado antes; no estaba muy segura de que se pudiese hacer algo ese día. Tom trató de explicarle su situación y luego renunció. ¡Burócratas! Esa noche fue a un albergue público, durmió las cuatro horas estipuladas mientras el campo inductivo aceleraba sus sueños, se despertó y se metió en el cilindro vertical, de eternium. Estuvo allí durante diez segundos,

atisbando a través de la puerta transparente, los otros cilindros con sus figuras inmóviles, y luego apretó el botón. Aproximadamente quince segundos después estaba inconsciente .

Tuvo que pasar tres noches más en el enfriadero público. Transcurrieron tres días del otoño; sólo quedaban cinco. No porque eso tuviese mucha importancia en California. Cuando vivía en Chicago, el invierno era como una manta blanca sacudida por una loca. La primavera era una explosión de verdor. El verano un brillante rugido y un hálito caliente. El otoño era el trastabilleo de un bufón borracho con su disfraz de colorines.

Al cuarto día le comunicaron que podía mudarse a la casa por él elegida. Eso le causó sorpresa y placer. Sabia de una docena que había tenido que pasar todo un año —unos cuarenta y ocho días— esperando en una estación pública. Se mudó al quinto día, cuando le quedaban tres días de primavera para disfrutar. Pero tendría que dedicar sus dos días de asueto a comprar ropas, procurarse víveres y otros enseres, y relacionarse con sus convecinos. A veces deseaba no haber nacido con vocación teatral. Los de TV trabajaban cinco días consecutivos, algunas veces seis, en tanto que un lampista, por ejemplo, sólo gastaba tres de sus siete días.

La casa era tan grande como la otra y caminar las seis calles de más le sentarían bien. Alojaba a ocho personas por día, contándolo a él. Se mudó esa misma noche, se presentó, e hizo que Mabel Curta, quien trabajaba como secretaria de un productor, lo pusiera al tanto de la rutina de la casa. Luego de asegurarse que su enfriador había sido llevado al enfriadero, se sintió más tranquilo.

Mabel Curta lo había acompañado al enfriadero, pues se había constituido en su guía. Era una mujer baja, por demás curvilínea, de unos treinta y cinco años (tiempo de martes). Se había divorciado tres veces, y el matrimonio ya no era para ella, salvo, claro está, que apareciera el señor Perfecto, Tom mismo estaba entre casamientos, pero no se lo dijo.

—Echémosle un vistazo a tu dormitorio —dijo Mabel—. Es pequeño, pero a prueba de ruidos, a Dios gracias.

Él la siguió y de pronto se detuvo. Ella volvió la cabeza desde el umbral y dijo:

—¿Qué pasa?

—Esta muchacha...

Había sesenta y tres cilindros de eternium, altos y grises. Tom Pym estaba contemplando a través de la puerta del más cercano a la joven alojada adentro.

—¡Mmmm! ¡Qué belleza!

Si Mabel sintió celos, los reprimió.

—¡Sí, de veras!

La joven tenía el pelo largo y negro, apenas ondulado, una cara capaz de ponerlo volado mil veces mil veces, una figura que tenía bastante, pero no demasiado, y piernas largas. Tenía los ojos abiertos: en la penumbra parecía ser de un color azul malva. Lucía un tenue vestido plateado.

El rótulo en el dintel de la puerta contenía sus datos. Jennie Marlowe. Nacida 2031 A. D., San Marino, California. Estaba por cumplir los veinticuatro. Actriz. Soltera. Vida de miércoles.

—¿Que pasa? —dijo Mabel.

—Nada

Librodot

¿Cómo podría explicarle que un deseo que nunca podría ser satisfecho le atenazaba el estómago? ¿Enfermo de belleza?

Porque en nosotros la voluntad está regida por el destino. ¿Quién que una vez amó, no amó a primera vista?

—¿Qué?—dijo Mabel, y luego, tras una carcajada—: ¿Estás bromeando?

No estaba enojada. Comprendía que Jennie Marlowe no era más peligrosa como rival que si estuviese muerta. Y tenía razón. Era mejor para él que se ocupara de los vivos de este mundo. Mabel no estaba tan mal, cariñosa, en verdad, y luego de unos tragos, bastante estimulante.

Eran más de las 18 cuando por fin bajaron al salón de TV. La mayoría de los otros habitantes también estaban allí. Algunos se habían puesto los audífonos;

algunos miraban la pantalla sin dejar de hablar. Estaban pasando el noticiario, por supuesto. Todo el mundo se estaba enterando de lo que había sucedido el martes último y hoy. El Presidente de la Cámara de Representantes se retiraba al finalizar su período. Su vida útil había terminado y su salud declinante no daba signos de recuperación. Mostraron una foto del panteón de la familia en Mississippi con la tumba reservada para él. Cuando la ciencia algún día descubriese la forma de rejuvenecer, saldría de su enfriamiento.

—¡Ese sí que será un día! —dijo Mabel. Se acomodó sobre las rodillas de Tom Pym.

—¡Oh, creo que la van a ganar —dijo Tom—. Ya están sobre la pista; ya han conseguido detener el envejecimientos de los conejos!

—No me refería a eso —dijo ella—. Claro que van a encontrar la forma de rejuvenecer a la gente. Pero, ¿y después? ¿Los van a traer a todos de vuelta? Con toda la gente que tienen ahora, ¿van a duplicar, o triplicar, o acaso cuadruplicar la población? ¿No te parece que los van a dejar ahí, de pie? — Soltó una risita y agregó—: ¿Qué sería de las palomas sin ellos?

Tom le estrujó la cintura. En ese mismo momento se vio estrujando la cintura de aquella otra muchacha. La de ella sería suave y sin rastros de gordura.

Olvídala. Piensa en el ahora. Mira las noticias.

Una tal señora Wilder había apuñalado a su marido y luego a sí misma con un cuchillo de cocina. Los dos habían sido enfriados inmediatamente después de la llegada de la policía, y llevados al hospital. Se estaba investigando un atraso de trabajo en las oficinas del gobierno del condado. La denuncia era que la gente del lunes no preparaba las computadoras para la del martes. Se había sometido el caso a las autoridades competentes de ambos días. La base Ganímedes informaba que la Gran Mancha Roja de Júpiter estaba emitiendo pulsaciones débiles, pero bien definidas, que no parecían ser casuales.

Los últimos cinco minutos del programa estuvieron dedicados a resumir los acontecimientos sobresalientes de los otros días. La señora Cuthmar, la encargada del albergue, cambió de canal para ver una comedia de enredos sin que ninguno de los presentes protestara.

Tom se retiró del salón, luego de comunicarle a Mabel que se iba a la cama temprano solo, y para dormir. Mañana tendría un día pesado.

En puntillas cruzó el vestíbulo y subió las escaleras y entró en el enfriadero. Las luces eran suaves, había muchas sombras y reinaba el silencio. Los sesenta y tres cilindros semejaban antiguas columnas de

granito en una cámara subterránea de una ciudad sepultada. Cincuenta y cinco rostros eran borrones blancos detrás del metal translúcido. Algunos tenían los ojos abiertos; la mayoría los había cerrado mientras esperaban el campo que irradiaba la máquina de la base. Miró a través de la puerta de Jennie Marlowe. Volvió a sentirse enfermo. Inaccesible; nunca seria para él. El miércoles estaba a sólo un día. No, estaba sólo a un poco menos de cuatro horas y media.

Tocó la puerta. Era resbaladiza y apenas un poco fría. Ella lo miraba fijo. De su brazo derecho doblado colgaba la correa de un gran bolso. Cuando la puerta se abriese, ella saldría, lista para marcharse. Algunos se duchaban y se componían la cara tan pronto como despertaban y luego se metían directamente en el enfriador. A las cinco, cuando el campo se irradiaba automáticamente, salían un minuto después, listos para el día.

Ojalá él también pudiera salir de su "ataúd" a la misma hora.

Pero estaba bloqueado por el miércoles.

Se alejó. Se estaba portando como un chiquillo de dieciséis años. Había tenido dieciséis hacia unos ciento seis pero eso no cambiaba las cosas. Fisiológicamente tenía treinta.

Cuando empezaba a subir al segundo piso, estuvo a punto de volver para echar otra mirada. Pero se tomó a sí mismo por el cuello de la camisa y se arrastró escaleras arriba hasta su cuarto. Allí decidió que tenía que dormirse en seguida. Tal vez soñaría con ella. Si los sueños son realizaciones de deseos, se la traerían. No se había "probado" aún que los sueños siempre expresaran deseos, pero si se había demostrado que privado de soñar el hombre se vuelve loco. Y así los somniums irradiaban un campo que ponía al hombre en un estado que le permitía conseguir todo el sueño, y todos los sueños, que necesitaba para un período de cuatro horas. Luego se lo despertaba y un momento después entraba en el enfriador donde el campo suspendía todas las actividades atómicas y subatómicas. Y en ese estado permanecía para siempre si no entraba en funcionamiento el campo activador.

Durmió, y Jennie Marlowe no fue a acompañarlo. O si lo hizo, Tom no lo recordaba. Se despertó, se lavó la cara, bajó ansioso al enfriador, donde se encontró con toda la gente de la casa, fumando un último cigarrillo, hablando, riéndose. Luego se meterían en sus cilindros, y un silencio semejante al que reina en el corazón de una montaña los envolvería a todos.

A menudo se había preguntado qué sucedería si no entraba en el enfriador. ¿Qué se sentiría? ¿Pavor? En toda su vida no había conocido otra cosa que martes. ¿Acaso el miércoles se abalanzaría sobre él, rugiendo, como una ola gigantesca? ¿Lo levantaría en vilo y lo lanzaría para estrellarse contra los arrecifes de un tiempo desconocido?

¿Qué pasaría si inventaba una excusa y volvía arriba y no bajaba hasta que se hubiese activado el campo? Entonces, no podría entrar. La puerta de su cilindro no volvería a abrirse hasta la hora señalada. Siempre le quedaba la posibilidad de correr hasta los enfriadores públicos de emergencia que se encontraban a tres calles de distancia. Pero ¿si se quedaba en su cuarto, en espera del miércoles?

Esas cosas sucedían. Si el infractor de la ley no tenía una excusa valedera, se lo procesaba. "Infringir el tiempo" era un delito un grado menor que el asesinato y aquellos a quienes no se les aceptaban las excusas eran enfriados para siempre. Todos los infractores, cuerdos o insanos, eran

enfriados. O mañanados, como decían algunos. Los criminales mañanados esperaban inmovilizados e inconscientes, y se los conservaba indemnes hasta que la ciencia contase con técnicas adecuadas para curar a los insanos, los neuróticos, los criminales, los enfermos. Mañana.

—¿Cómo era el miércoles? —le preguntó Tom a un hombre que irremediablemente había quedado atrás a causa de un accidente.

—¿Cómo puedo saberlo? Estuve sin conocimiento, salvo unos quince minutos. Estaba en la misma ciudad y por supuesto nunca había visto las caras de los camilleros de la ambulancia, pero tampoco los he visto nunca por aquí. Me enfriaron y me dejaron en el hospital para que el martes cuidara de mí.

Ha de haberlo pasado mal, pensó Tom. Malo. Sólo pensar en eso era una locura. Pasar al miércoles era casi un imposible. Casi. Pero podría hacerse. Llevaría tiempo y paciencia, pero podría hacerse.

Se detuvo un instante frente a su enfriador. Los otros le dijeron:

—¡Hasta la vista! ¡Hasta pronto! ¡Hasta el martes!

Mabel le gritó:

—¡Buenas noches, amor!

—Buenas noches —murmuró Tom.

—¿Qué? —gritó ella .

—¡Buenas noches!

Miro de soslayo la hermosa cara detrás de la puerta. Luego sonrió. Había temido que lo oyera decir buenas noches a una mujer que lo había llamado amor.

Le quedaban 17 minutos. Las alarmas del intercomunicador ulularon. ¡Todo el mundo listo! ¡Hora de emprender el viaje de seis días! ¡Corran! ¡Recuerden los castigos!

Tom los recordaba, pero quería dejar un mensaje. El grabador estaba sobre una mesa. Lo activó. y dijo:

—Querida señorita Jennie Marlowe. Me llamo Tom Pym, mi enfriador está al lado del suyo. Yo también soy actor; en realidad, trabajo en el mismo estudio que usted. Sé que es presuntuoso de mi parte, pero nunca he visto una mujer tan hermosa como usted. ¿Su talento está a la altura de su belleza? Me gustaría ver algunas copias de sus actuaciones. ¿Tendría la amabilidad de dejarme algunas en la habitación cinco? Estoy seguro de que al ocupante no le molestará. Suyo, Tom Pym.

Lo volvió a pasar. Era sin duda bastante escueto y eso tal vez fuera exactamente lo que correspondía. Un mensaje demasiado florido o demasiado insistente la haría recelar. Dos veces se había referido a su belleza, pero sin hacer demasiado hincapié. Y el halago a su orgullo de actriz sería difícil de resistir. Nadie lo sabía mejor que él

Se encaminó a su cilindro, silbando. Dentro, apretó el botón y miró el reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche. La luz de la enorme pantalla sobre la computadora de la central de policía no se encendería por él. Dentro de diez minutos, los agentes de policía del miércoles saldrían de sus enfriadores y empezarían sus guardias.

Había un intervalo de diez minutos entre los dos días en la central de policía. En esos pocos minutos se podía desatar un pandemonium, y a veces ocurría. Pero un precio había que pagar por mantener los muros del tiempo.

Abrió los ojos. Las rodillas le flaquearon un poco y se le bamboleó la cabeza. La activación tenia una velocidad de un millón de microsegundos... desde el eternium a carne y sangre casi instantáneamente y el corazón nunca se enteraba de que había estado detenido durante tanto tiempo. Aun así, la respuesta de los músculos para volver a la posición vertical era un poquito lenta.

Apretó el botón, abrió la puerta, y fue como si su botón hubiese inaugurado el día. Mabel se había maquillado la noche anterior, así que estaba fresca como la aurora. Le dijo un cumplido y ella sonrió, feliz. Pero le anunció que se reuniría con ella a la hora del desayuno. En mitad de la escalera se detuvo y esperó hasta que el vestíbulo quedó vacío. Luego se escurrió otra vez escaleras abajo y entró en la sala de enfriamiento. Conectó el grabador:

Una voz, ronca pero a la vez melodiosa, dijo:

—Estimado señor Pym: He recibido unos cuantos mensajes de otros días. Fue divertido hablar a través del abismo entre los mundos, si no le importa que exagere un poquito. Pero en realidad no tiene sentido una vez que pasó la novedad. Si uno se interesa en la otra persona, se está condenando a una frustración. Esa persona no puede ser nada más que una voz en un grabador y una fría cara cerosa en un ataúd de metal. Me estoy poniendo poética. Perdóneme. Y si la persona no le interesa ¿para qué seguir comunicándose? En ninguno de los dos casos tiene sentido. Y tal vez yo sea hermosa. De todos modos, le agradezco el cumplido. Pero también soy sensata.

»Ni siquiera debí molestarme en responder. Pero me gusta ser amable; no quise herir sus sentimientos. Así que, por favor, no me deje más mensajes.

Esperó, mientras el grabador giraba en silencio. A lo mejor estaba haciendo una pausa de efecto. Ahora vendría una risita sofocada o una ronca carcajada melosa, y ella diría: "Sin embargo, no quiero decepcionar a mi público. Las pruebas están en su habitación."

El silencio se prolongaba. Apagó el aparato y se encaminó al comedor para desayunar.

La hora de la siesta en el estudio era de 14:40 a 14:45. Se echó en la cama y apretó el botón. Al cabo de un minuto estaba dormido. Esta vez sí soñó con Jennie; era una figura titilante que se corporeizaba desde las sombras y flotaba hacia él. Era aún más hermosa de como la viera en su enfriador.

Esa tarde la filmación se prolongó más de lo previsto, de modo que volvió a casa justo a tiempo para la cena. Ni siquiera el estudio se atrevería a retener a un hombre después de la hora de la cena, especialmente porque sólo estaba autorizado a servir comida al mediodía.

Tuvo tiempo para mirar a Jennie un minuto antes de que la voz de la señora Cuthmar rechinara por el intercomunicador. Mientras bajaba al vestíbulo, pensó: "Me estoy metiendo hasta las orejas. Es ridículo. Soy un hombre mayor. Quizá... quizá debiera ver a un psico. Seguro, presenta la solicitud y espera hasta que un psico tenga tiempo para ti. Digamos unos trescientos días a partir de ahora, si tienes suerte. Y si el psico no te da resultado, entonces solicita otro y espera seiscientos días.

Solicitud. Retardó el paso. Solicitud. ¿Y si en lugar de pedir un psico pedía un traslado? ¿Por qué no? ¿Qué podía perder? Era probable que se lo rechazasen, pero al menos podía intentarlo.

Tampoco era cosa fácil conseguir un formulario para hacer la solicitud. Pasó dos días de asueto haciendo cola en la Oficina Central Urbana antes de obtener los formularios correspondientes. La primera vez, le entregaron un formulario equivocado y tuvo que reiniciar todo el trámite desde el principio. No había una cola aparte para los que querían cambiar de día. No había suficientes interesados como para justificarla. Así que tuvo que hacer cola en el mostrador de la oficina de Asuntos Diversos de la Sección Movilidad del Departamento de Intercambio Vital, Dirección General de Permutas y Traslados. Ninguno de estos títulos tenia nada que ver con la emigración a otro día.

La segunda vez que le entregaron el formulario, se negó a moverse de la ventanilla hasta haber verificado el número del formulario y pedir al empleado un doble control. Hizo caso omiso de las protestas de los que esperaban en la cola. Luego se encaminó a un lado del inmenso salón e hizo cola delante de máquinas perforadoras. Al cabo de dos horas consiguió sentarse ante una maquinita en forma de escritorio sobre la cual había una gran pantalla. Insertó el formulario en la ranura, miró en la pantalla la proyección del formulario y apretó los botones que marcaban en los espacios

correspondientes las respuestas adecuadas. Después de eso, todo cuanto le quedaba por hacer era echar el formulario por una ranura y confiar que no se extraviase. O confiar en que no tendría que repetir el trámite por haber perforado mal el formulario.

Esa noche, apoyó la cabeza contra el duro metal y le murmuró al rostro rígido detrás de la puerta:

—Debo amarte de veras para pasar por todo esto. Y tú ni siquiera lo sabes. Y lo que es peor, si lo supieras, acaso te importase un comino.

Para probarse a sí mismo que no había perdido del todo la cabeza, esa noche fue con Mabel a una fiesta ofrecida por Sol Voremwolf, un productor. Voremwolf acababa de aprobar un examen para ingresar en el servicio civil con un coeficiente de A-13. Esto significaba que a su debido tiempo, con un poco de suerte se convertiría en vicepresidente ejecutivo del estudio.

La fiesta fue todo un éxito. Tom y Mabel volvieron a casa una media hora antes de la de entrada a los enfriadores. Tom había hecho un esfuerzo para no excederse en el consumo de excitantes y licor, y no se dejó tentar por Mabel. A pesar de todo sabía que al desenfriarse estaría medio pasado y tendría que tomar algunos antídotos horripilantes. A causa de la falta de sueño, tendría mala cara y se sentiría como el demonio en el estudio.

Se libró de Mabel con una excusa y bajó al salón de los enfriadores antes que los demás. No porque eso le sirviera de algo si lo que quería era enfriarse más temprano. Los enfriadores sólo entraban en actividad a horas determinadas.

Se apoyó en el cilindro y palmeó suavemente la puerta.

—Durante toda la noche traté de no pensar en ti. Quería serle leal a Mabel. Es desleal salir con ella y pensar en ti todo el tiempo.

Todo es lícito en el amor…

Grabó otro mensaje para ella, y luego lo borró. ¿Qué sentido tenía? Sabía que tenía la lengua pastosa. Quería presentarse ante ella lo mejor posible.

¿Pero qué? ¿Qué le importaba a ella?

La respuesta era que a él le importaba, aunque no hubiera en ello ninguna razón, ninguna lógica. Amaba a esa mujer prohibida, intocable, lejana en el tiempo y no obstante tan próxima.

Mabel había entrada sin hacer ruido. Le dijo:

—¡Estás enfermo!

Tom se separó del cilindro de un salto. ¿Por qué lo había hecho? No tenía nada de qué avergonzarse. Entonces, ¿por qué estaba tan furioso con Mabel? Su turbación era comprensible, no su cólera.

Mabel se rió de él y eso lo alegró. Ahora podría pelearse con ella. Lo hizo, y ella dio media vuelta y se marchó. Pero a los pocos minutos volvió con los otros. Pronto sería medianoche.

Entonces Tom ya estaba adentro del cilindro. Pocos segundos más tarde, salió, empujó hacia atrás sobre sus ruedas el cilindro de Jennie e hizo girar el suyo de modo que quedase frente al de la muchacha. Volvió a entrar, apretó el botón y allí se quedó. La doble puerta distorsionaba apenas la imagen. Pero ella parecía aún más lejana en distancia y en tiempo, y más inalcanzable.

Tres días más tarde, ya bien avanzado el invierno, recibió una carta. El buzón del vestíbulo zumbó en el momento en que Tom entraba por la puerta principal. Retrocedió y esperó hasta que la carta estuvo impresa y cayó de la ranura. Era la respuesta a su solicitud de traslado al miércoles.

Denegada. Razón: no tenía ningún motivo razonable para pedir el traslado.

Eso era verdad. Pero él no podía consignar su motivo real. Habría sido aún menos efectivo que el que había dado. Había perforado el recuadro nº 12. RAZON: EMIGRAR A UN MEDIO EN EL CUAL MIS TALENTOS ENCONTRARIAN PROBABLEMENTE UN CAMPO MAS PROPICIO.

Echó maldiciones y se enfureció. Era su derecho humano, su derecho civil trasladarse a cualquier día que se le antojase. Es decir, debería ser su derecho. ¿Qué importancia tenía que un traslado requiriese tanto esfuerzo? ¿Qué importancia tenia que exigiese el traspaso de sus documentos de identidad y de todos los legajos relativos a su persona desde su nacimiento? ¿Qué impor...?

Podía enfurecerse todo lo que quisiera, nada iba a cambiar con ello. Estaba empantanado en el mundo del martes.

Todavía no, murmuró para sí. Todavía no. Afortunadamente no hay límite para el número de solicitudes que puedo presentar en mi propio día. Mandaré otra.

Creen que me van a ganar por cansancio, ¿eh? Bueno, yo los voy a cansar a ellos. El hombre contra la máquina. El hombre contra el sistema. El hombre contra la burocracia y la fría dureza de la ley.

Los veinte días del invierno pasaron veloces. Los ocho días de primavera se fueron en un soplo. Era otra vez verano. El segundo día de los doce del verano, recibió una respuesta a su segunda solicitud.

No era ni negativa ni afirmativa. Consignaba que si él creía que pasándose al miércoles mejoraría psicológicamente porque así se lo decía su astrólogo, tendría que conseguir que un psico refrendase el análisis del astrólogo. Tom Pym pegó un salto e hizo chasquear en el aire los talones de sus sandalias. ¡Gracias a Dios vivía en una época que no catalogaba de charlatanes a los astrólogos! La gente —las masas— habían proclamado que la astrología era una necesidad y que debería ser legalizada y honrada. La ley se había sancionado y gracias a ella Tom Pym tenía una oportunidad.

Bajó a la sala de los enfriadores y besó la puerta del cilindro y le contó a Jennie Marlowe las buenas nuevas. Ella no respondió, aunque a él le pareció

que los ojos le brillaban un poquito más. Por supuesto, eso era pura imaginación, pero a él le gustaba su imaginación.

Conseguir un psico para una consulta y pasar por las tres sesiones le llevó otro año, otros cuarenta y ocho días. El doctor Sigmund Traurig era amigo del doctor Stelhela, el astrólogo, y eso le facilitó las cosas a Tom.

—He estudiado detenidamente la carta astrológica del doctor Stelhela y analizado a fondo su obsesión por esa mujer —dijo—. Concuerdo con el doctor Stelhela en que usted siempre será infeliz en martes, pero en lo que no concuerdo del todo con él es que usted vaya a ser más feliz en miércoles. Sin embargo, usted está fascinado por la señorita Marlowe, así que pienso que debería emigrar al miércoles. Pero sólo si firma estos papeles comprometiéndose a ver allí a un psico para una terapia prolongada.

Sólo más tarde Tom Pym comprendió que el doctor Traurig quería probablemente sacárselo de encima porque tenia demasiados pacientes. Pero este era un pensamiento poco caritativo.

Tuvo que esperar mientras los papeles pertinentes eran transmitidos a las autoridades del miércoles. Su batalla estaba ganada sólo a medias. Los otros funcionarios podrían rechazarlo. Y si lograba su propósito, entonces ¿qué? También ella podría rechazarlo sin darle una segunda oportunidad.

Era impensable, pero podía ser.

Acarició la puerta y luego le estampó un beso.

—Pigmalión podía al menos tocar a Galatea —dijo—. Seguramente los dioses, esos grandes burócratas estúpidos, se apiadarán de mí, que ni siquiera puedo tocarte. Seguramente .

El psico le había dicho que era incapaz de establecer un vínculo verdadero y perdurable con una mujer, como les sucedía a tantos hombres de este mundo en relaciones fáciles, pero fugaces. Se había enamorado de Jennie Marlowe por varias razones. Quizá se pareciera a alguien a quien él había querido cuando era muy joven. ¿Su madre, tal vez? ¿No? Bueno, no tenia importancia. Lo descubriría en miércoles... tal vez. La verdad profunda e importante era que Tom amaba a la señorita Marlowe porque ella nunca podría rechazarlo, ponerlo de patitas en la calle, ni volverse fastidiosa, quejosa, llorosa, ni gritarle, insultarlo, y así sucesivamente.

La amaba porque era inalcanzable y muda.

—La amo como Aquiles ha de haber amado a Helena cuando la vio en lo alto de la muralla de Troya —dijo Tom.

—No sabía que Aquiles había estado alguna vez enamorado de Helena de Troya —dijo secamente el doctor Traurig.

—Homero nunca lo dijo, pero yo sé que tiene que haberse enamorado. ¿Quién pudo verla y no amarla?

—¿Cómo demonios quiere que yo lo sepa? ¡Nunca la vi! Si hubiese sospechado que esas alucinaciones se intensificarían...

—¡Yo soy un poeta! —dijo Tom.

—¡Superimaginativo querrá decir! Hmmm. ¡Debe ser una hechicera! Yo no tengo nada que hacer esta noche. Le diré una cosa... me ha despertado la curiosidad... esta noche iré a su casa y le echaré un vistazo a esa belleza fabulosa, su Helena de Troya.

El doctor Traurig se presentó inmediatamente después de la cena y Tom Pym lo acompañó a través del vestíbulo al salón de enfriamiento, que estaba en el fondo de la gran casa, como un guía ansioso por mostrar a un crítico célebre un Rembrandt recién descubierto.

El doctor permaneció largo rato frente al cilindro. Soltó varios mmm y varias veces estudió el rótulo con los datos. Luego dio la vuelta y dijo:

—Ya veo lo que quiere decir, señor Pym. Muy bien. Le daré el visto bueno.

—¿No es algo espléndido? —le dijo Tom en el porche—. Es algo fuera de este mundo, literal y figuradamente, claro está.

—Hermosísima. Pero me temo que usted corra el riesgo de sufrir una terrible decepción, un gran dolor quizá, quizá, quién sabe, hasta la locura, por mucho que odie utilizar este término tan acientifico.

—Correré el riesgo —dijo Tom Pym—. Sé que parezco chiflado, pero, ¿dónde estaríamos si no fuese por los chiflados? Fíjese en el hombre que inventó la rueda, en Colón, en James Watt, en los hermanos Wright, en Pasteur, en cualquiera que a usted se le ocurra.

—Difícilmente pueda usted comparar a esos precursores de la ciencia, con su pasión por la verdad, con usted y su deseo de casarse con una mujer. Pero, como he podido observar, es extraordinariamente hermosa. Ese mismo hecho, sin embargo, me hace ser muy cauteloso. ¿Por qué no está casada? ¿Qué fallo tiene?

—¡Por mí, puede haber estado casada una docena de veces! —dijo Tom—. ¡Lo importante es que ahora no lo está! Quizá haya tenido una desilusión y ha jurado esperar hasta conocer al hombre de sus sueños. Quizá...

—No hay quizá que valga, usted es un neurótico —le dijo el doctor Traurig—. Pero a decir verdad creo que para usted sería más peligroso no emigrar al miércoles que el hacerlo.

—¡Entonces dirá que sí! —dijo Tom, asiendo la mano del doctor y estrechándosela con vehemencia.

—Quizá. Tengo ciertas dudas.

El doctor tenía una expresión ausente. Tom se rió y soltó la mano del doctor y le palmeó el hombro.

—¡Diga la verdad! ¡Lo dejó de una pieza! ¡Si no le hubiera pasado eso, usted estaría muerto!

—Está bastante bien —dijo el doctor—. Pero tiene que hacerse a la idea. Si va al miércoles y ella lo rechaza, usted podría hundirse en el más profundo de los abismos, por mucho que odie emplear una expresión tan poética.

—No. No es verdad. No estaré para nada peor. Mejor, en realidad. Por lo menos la podré ver en carne y hueso.

La primavera y el verano pasaron como un relámpago. Entonces, una mañana que nunca olvidaría, la carta de aceptación. Con ella las instrucciones de cómo llegar al miércoles. Eran bastante sencillas. Tenía que hacer ir a los técnicos a su enfriador en algún momento del día para que reajustasen el cronógrafo alojado en la base. No entendía por qué no podía, simplemente, quedar fuera del enfriador y esperar el miércoles, pero a esa altura había renunciado a tratar de sondear la mentalidad burocrática.

No pensaba decírselo a nadie de la casa, principalmente a causa de Mabel. Pero Mabel se enteró por alguien del estudio. Lloró cuando lo vio a la hora de la cena y corrió escaleras arriba para encerrarse en su habitación. Tom se sentía culpable, pero no la siguió para consolarla.

Esa noche, con el corazón palpitante, abrió la puerta de su enfriador. Para entonces, los otros ya estaban al tanto; había sido incapaz de guardar el secreto. En realidad, se alegraba de haberlo dicho. Parecían felices por él, y trajeron bebidas e hicieron muchas ruedas de brindis. Por último, Mabel bajó, enjugándose las lágrimas, y dijo que ella también le deseaba suerte.

Librodot

Que siempre había sabido que él no estaba realmente enamorado de ella. Pero deseaba de veras que alguien se enamorase de ella con sólo verla en su enfriador.

Cuando supo que Tom había ido a ver al doctor Traurig, dijo:

—Es un hombre muy influyente. Sol Voremwolf lo tuvo como analista. Dice que hasta tiene influencia en otros días. Dirige *Tendencias de la Psique*, una de las pocas revistas leídas por otra gente.

Otra, por supuesto, significaba los que vivían del miércoles al lunes.

Tom dijo que para él había sido una suerte conseguir a Traurig. Tal vez hubiera utilizado su influencia para lograr que las autoridades del miércoles dieran curso a su solicitud con tanta celeridad. Los muros entre los mundos rara vez se abrían, pero se sospechaba que los muy influyentes lo hacían cuando querían.

Ahora, trémulo, se detuvo otra vez delante del cilindro de Jennie. La última vez, pensó, que la veo en frío. La próxima vez será carne tibia, colorida, palpable.

—¡*Ave atque vale*! —dijo en voz alta. Los otros lo aclamaron.

Mabel dijo:

—¡Qué cursi! —Todos pensaron que él se refería a ellos, y tal vez los había incluido.

Entró en el cilindro, cerró la puerta, y apretó el botón. Mantendría los ojos abiertos, así...

Y ya era miércoles. Aunque lo que veía era exactamente igual, era como estar en Martes.

Abrió la puerta y salió. Las siete personas tenían caras que él conocía y nombres que había leído en sus rótulos. Pero le eran desconocidos.

Se disponía a presentarse, cuando se detuvo en seco.

El cilindro de Jennie Marlowe había desaparecido.

Asió por el brazo al hombre que tenía más cerca.

—¿Dónde está Jennie Marlowe?

—Suélteme. Me está lastimando. Se fue. Al martes.

—¡Martes! ¿Martes?

—Seguro. Hacía tiempo que estaba tratando de salir de aquí. Tenia la idea fija de que este día le daba mala suerte. No era feliz, de eso no cabe duda. Hace apenas dos días dijo que por fin le habían aceptado la solicitud. Al parecer, un psico del martes había movido influencias. Vino aquí, la vio en su enfriador y eso fue todo, hermano.

Los muros, la gente y los enfriadores empezaron a bambolearse. El tiempo se inclinaba aquí y allá. Tom no estaba en miércoles; tampoco estaba en martes. No estaba en ningún día. Estaba atrapado dentro de sí mismo en una fecha disparatada que jamás debió existir.

—¡No puede hacer eso!

—Ah ¿no? ¡Acaba de hacerlo!

—Pero... ¡uno no puede trasladarse más que una vez!

—Eso es problema de ella.

Era el suyo, también.

—¡Nunca debí traerlo aquí para que la viera! —dijo Tom—. ¡Ese puerco! ¡Ese puerco sin ética!

Tom Pym permaneció inmóvil durante largo rato y luego se encaminó a la cocina. El entorno era el mismo, a no ser por la gente

Más tarde fue al estudio y consiguió un papel en una comedia de enredos que era, en realidad, exactamente igual a todas las del martes. Esa noche miró el noticiario. El presidente de los EE. UU. tenía otro nombre y otra cara, pero las palabras de su discurso podían haber sido las del Presidente del martes. Le presentaron a la secretaria de un productor; no se llamaba Mabel, pero bien hubiera podido tener ese nombre.

La única diferencia aquí era que Jennie se había marchado, y ese era todo un mundo de diferencia para él.

Conquista
(Barry N. Malzberg)

Al entrar a la dársena, Redleaf tiene una visión: los desconocidos tendrán exactamente el mismo aspecto que su esposa y, con las bocas formando la o acusadora, le dirán: "¿Qué diablos está haciendo aquí con ese aspecto? ¡Apenas si tiene algún derecho al universo, ni hablar de nuestros cuarteles, desaparezca de aquí en este mismo momento o lo arrojaremos fuera y le sacaremos su máscara de oxígeno!" O quizá simplemente esté confundiendo una imagen con otra y esté pensando en su madre. El asunto es que ni él ni nadie han estado en una situación similar antes, y piensa que él está actuando muy bien, muy bien si se tiene en cuenta todo, al ser capaz de llegar a un acuerdo.

II

—Hola —dice el desconocido, mientras Redleaf se sacude a través del ojo de buey. El desconocido tiene ojos colorados y el rostro algo cuadrado; en cuanto al resto, su aspecto es (como dirían los científicos) humanoide. Quizá haya algún intricado desajuste de los miembros y quizá la voz del desconocido tienda a una especie de chillido. pero realmente todo está muy bien, es casi reconfortante, puede considerarse dentro de los límites de una conducta convencional. Redleaf se siente enormemente aliviado, aunque los problemas de la negociación todavía están presentes y Redleaf no sabe si podrá resolver alguno.

—Te llevó un tiempo endemoniado llegar hasta aquí, camarada —dice el desconocido, y cuando Redleaf se sobresalta, dice—: oh, ¿no lo sabías? Nosotros conocemos todo tu idioma: lo aprendimos a través de nuestros detectores de pensamiento que han estado interceptando vuestras comunicaciones durante siglos; por eso pensamos que en nuestro primer encuentro sería mejor que habláramos un lenguaje formal, para que el gobierno no se excite. En realidad, conocemos cada pizca de ese viejo argot. ¿Por qué no entras y te pones cómodo? Le daremos un rato a la lengua y cuando hayamos aprendido a tomarnos las cosas con soda veremos qué se puede hacer. —Redleaf lo sigue como en sueños, pensando que en sus cuarteles tendrían muy poca tolerancia con el argot de los desconocidos.

III

Mientras observa las superficies curiosamente familiares, de la habitación a la que ha sido conducido por el desconocido, Redleaf recuerda nada menos que la sala de estar de su casa; hay una poltrona, en un ángulo una mesa y algunas sillas, hasta unas pocas acuarelas execrables dispersas por las paredes; el gusto muy parecido al de su esposa. Excepto por las

circunstancias inusuales y por su extraña compañía, por supuesto, podría estar sentado en su propia casa, sintiendo el lento transcurrir del día palpitante, el zumbido latente del aparato de televisión, que mantiene tranquilos a los niños en la otra habitación, el áspero silbido de la respiración de su esposa mientras se concentra en un juego de palabras cruzadas. Es demasiado, demasiado, pasar de eso a esto; está seguro de que en otras circunstancias podría apreciar la ironía, si fuera capaz, es decir, si pudiera cultivar ese gusto por la ironía del cual, según su esposa, siempre ha carecido y que ha hecho su vida en común tan progresivamente intolerable.

IV

—Ya ves —dice el desconocido, sentado en una cómoda postura de piernas cruzadas sobre la poltrona, mirándolo a la cara; Redleaf ha tomado una de las sillas, explicando que la encuentra más cómoda por su voluminoso traje espacial—, el asunto es que hemos estado siguiéndoos durante todos estos años, tal vez quinientos según vuestros ciclos, y finalmente hemos decidido que han llegado a un punto en el que haréis volar todos los museos de cera, a menos que podamos negociar y devolveros la sensatez y conseguir que os unáis a la gran confederación. La confederación de las galaxias; todas las razas pensantes y sensibles pertenecen a ella, con excepción de algunas de los alrededores, como vosotros, y todo es muy libre y fácil, salvo que tenemos un par de reglas territoriales, la única restricción. Lo que queremos que hagáis es dar por terminado el asunto, sacarse el peso de encima, unirse a nuestra federación, devolver el armamento pesado y vivir bien. Podéis conservar los cohetes, por supuesto, eso está bien. Y podéis tener todo el sistema solar como zona de comercio. En realidad, en esa zona no hay nada que necesitemos; la consideramos una especie de ghetto, si es que pescas lo que te estoy diciendo. Vosotros no nos veríais por eones y eones. Pero el armamento, tiene que ir, no podemos desactivarlo para comodidad vuestra.

—Pero ustedes no entienden —dice Redleaf, frotando el acero con las dos palmas, sintiendo la ausencia del contacto calloso tan intensamente como podría sentir la notificación de su propia enfermedad irreversible—, yo no estoy autorizado para una cosa así, quiero decir, no puedo negociar con ustedes. Simplemente me enviaron como un emisario en respuesta a una pregunta. Yo no tengo autoridad. Sólo puedo comunicar...

—Comunicar, comunicar —dice el desconocido—, ¿dónde diablos está la diferencia? Hacemos el pacto contigo y punto final; nuestros muchachos entran y cumplen con sus obligaciones. Todo lo que tienes que decir es la palabra, según la ley tenemos que obtener el consentimiento de un miembro del planeta. Déjamelo a mí, yo me encargo. Mira: iré todavía más lejos. Escucha esto... Vosotros os quedáis con todo el sistema solar y los radiactivos también y nosotros simplemente hacemos unos pocos ajustes en la tabla de períodos de semidesintegración, y listo.

—No son claros —dice Redleaf—, ¿cómo pueden reducir la radiactividad por un lado y mantener la cohetería por otro? No suena congruente.

—Entonces, ¿qué es un pequeño fraude? —dice el desconocido, y se encoge de hombros—. Tú me das la palabra, yo lo haré y nunca nadie sabrá la diferencia. De todos modos, vosotros no necesitáis espacio; tenéis todos esos ghettos para eliminar y a los pobres para rehabilitar. Os llevará

quinientos años resolver los conflictos que tenéis allí abajo si comenzáis hoy, y ¿quién sabe quién va a estar vivo dentro de quinientos años? La inmortalidad, además, es imposible. Allí abajo ya han llegado prácticamente al punto máximo y óptimo.

—Mira —dice Redleaf—, no me gusta tu actitud; se suponía que esto era nada más que un contacto inicial y.. .

—¿Y qué? —dice el desconocido, y se encoge de hombros—. ¿Piensas que no podemos resolver las cosas como caballeros? El punto modal de todas las relaciones y decisiones es uno a uno, algo que vuestra tecnología debe ocultar. Haces el negocio y eso es todo. Por supuesto, también habrá algo para ti.

V

Una vez, mientras se balanceaba sobre su esposa en la pequeña muerte del orgasmo, Redleaf había pensado que tenía una visión, de notable intensidad, que simbolizaría el resto de su vida: estaba sentado en la actitud de un miembro de seguridad administrando reglas irrevocables desde su elevada jerarquía; esta visión le había llegado con tanta certidumbre y claridad que su sola fuerza lo hizo gemir; su esposa había pensado que todavía estaba eyaculando y había apretado las piernas con consideración, pero en ese estado de concentración la visión no podía permanecer; se agotó junto con su semen y él cayó pesadamente sobre su esposa, jadeando levemente, viendo las sombras de la habitación que giraban y lo rodeaban; entonces descubrió, luchando con los latidos de su corazón, que no había sido nada, absolutamente nada, simplemente un manojo de esa megalomanía fragmentaria que a veces lo visitaba en el acto de la procreación y que no tenia relación ni con su historia ni con el resultado; eran nada más que glándulas, nada más que ajustes. Él no tenía un destino insólito, su suerte estaba señalada en sus células. Siempre sería lo mismo, y algún día ellos lo arrojarían también a Marte, desde donde pudiera devolver información a los terrestres. Nada de eso ocurriría. "Nada, nada", le había dicho a ella y apretándole el pecho izquierdo se había abocado nuevamente a los movimientos de balanceo, tratando de forzar (como ocurría de tanto en tanto) la sorpresa de un segundo orgasmo, pero nada de eso, nada de eso esa noche, y entonces se había deslizado junto a ella con indolencia, pensando en Phobos y Deimos, condenado maleficio de las esferas, girando como husos en la noche helada, y él y los otros en Marte, atrapados por el ozono, enviando rumores del espacio.

VI

—Yo no pretendo ser una figura diabólica ni un espíritu maligno —dice el desconocido—, pero, después de todo, ¿qué esperabas aquí arriba? ¿Jugar a las cartas? Nosotros hacemos negocios, esa es nuestra función. He estado manejando esta condenada subestación durante cuarenta años, ya se está poniendo pesado. No me puedo ir por las ramas o sacar el cuero.

—¿Sacar el cuero?

—Hacer escándalo. ¿Quién sabe? No se puede conservar todo en la cabeza, el idioma cambia con mucha rapidez allí abajo.

—¿Quieres decir que estás solo en esta estación?

—Por supuesto —dice el desconocido—, es un servicio civil, y todo se piensa en términos de poder, y en realidad yo soy un miembro muy joven.

Conseguiré cargos mejores y volveré al centro de la galaxia para prepararme para el casamiento y para vivir bien. Pero todo poco a poco.

—¿Cuarenta años?

—Digamos cuarenta y dos. No hay incongruencia, ése es nuestro modo de vida. ¿Qué dices? Nosotros retenemos los radiactivos y tú recibes una bonificación. Podemos convertirte en un héroe o en algo así. O simplemente puedo darte dinero, si quieres. Aquí arriba tenemos una pizca, para las emergencias.

—Pero tan rápidamente —dice Redleaf—, todo ocurre tan .. .

—Cuanto antes demos por terminado este asunto, antes podré cerrar la subestación y llegar a casa —dice el desconocido. Parece estar babeando ligeramente—. ¿Qué dices? Podemos resolver las cosas como tú quieras y partir la diferencia; para mi es igual. Dame la palabra y haré entrar a los robots y poner en acción algo de la carga útil.

—No sé —dice Redleaf—. No sé.

VII

En la reunión ellos le habían recordado que iba a ir allí arriba como la mejor de las esperanzas para la humanidad y que una vez que hubiera aceptado encontrarse con el desconocido no había posibilidad de volverse atrás; estaba comprometido con la misión. Le habían recordado, además, la televisión, los libros, las revistas que le proporcionarían dinero como resultado de esa oportunidad. Hay otros, le habían dicho, muchos otros que harían esto; lo hemos elegido, simplemente, porque parece apenas algo más calificado, pero si no quiere, no está obligado, y él había dicho, no, no, iré, y les había dicho que se pondría al servicio de los mejores propósitos de la tierra al ponerse en contacto con los desconocidos que le habían estado enviando mensajes, y su primer pensamiento, virtualmente su verdadero primer pensamiento cuando abandonó la reunión, fue que si tenía éxito en su misión probablemente sería capaz de invertir lo ganado para salir de ese desastre, abandonarlo de un salto hacia otras posibilidades, donde el proyecto no contaría, donde Marte no contaría, donde ni todo el operativo ni su esposa contarían, no habría nadie más que él, solo, y con la brisa de la prosperidad siempre en su rostro, aunque unos veinte años demasiado tarde, veinte años demasiado tarde muchacho y no lo olvides.

—No puedo hacerlo —dice Redleaf y busca el arma tanteando en su traje, trabajo pesado y torpe, pero la encuentra—, simplemente no puedo; tengo demasiada integridad, tengo que pensar en la Tierra y en las futuras generaciones de niños que aún no han nacido —y perfora al desconocido indefenso donde debería estar el corazón. El desconocido agranda los ojos, se contrae con un espasmo, se desploma ante Redleaf gimiendo, manando sangre, manando pequeñas partículas de tejido; los labios en agonía parecen expectorar el propio cerebro mientras intenta vanamente incorporar aire, luego rueda una vez, se estremece y está quieto. Redleaf guarda el arma en el bolsillo con una sensación de satisfacción; quizá las futuras generaciones digan que él es el hombre que ha salvado a la Tierra y supone que puede llegar a un acuerdo; de todos modos, sin duda, ya no será un hombre anónimo nunca más.

Redleaf conecta su radio y hablando por el pequeño micrófono de muñeca, dice:

—Lo conseguí, lo conseguí sin problemas. No hay razón para que tengamos que aguantar. Quería llevarse nuestro armamento.

—Eso es espléndido —dice una voz aguda, fina—, me alegra oírlo. Eso significa que usted pasó la prueba.

Emancipación:
Un Romance De Los Tiempos Futuros
(Thomas M. Disch)

En las mañanas de verano el balcón se inundaba de auténtico sol y Boz estiraba la silla plegable y se tendía allí, lánguido, como algún ser tropical, en su propio receptáculo de aire privado y ultravioletas, quince pisos por encima del nivel de la entrada. Simplemente observando, semidormido, las difusas geometrías de las estelas de algún jet que nacían y morían, nacían y morían en la atmósfera de un color pálido cerúleo. A veces se podía oír a los pequeños preescolares que en la terraza piaban sus ritmos de jardín de infantes con vocecitas aburridas.

Un Boeing que zumba desde el oeste me trae el muchacho que yo quiero más
Pero un Boeing que zumba desde el este...

Una tontería, pero enseñaban las orientaciones, como norte y sur. Boz, que no tenía paciencia para lo científico, siempre confundía el norte con el sur. Uno era hacia arriba, otro hacia abajo... ¿por qué no llamarlos así, simplemente? De los dos, los suburbios eran preferibles. Después de todo, ¿quién quiere ser un snob? Aunque no era una desgracia; su propia madre, por ejemplo. La dignidad humana es más que un código postal.

Tabbycat, que era tan amante del sol y de salir como Boz, solía pasearse majestuosamente por el anaquel de conglomerado hasta llegar al gomero, y luego de regreso hasta los geranios, amenazante, de aquí para allá toda la mañana; de tanto en tanto, Boz se estiraba para acariciar el sedoso y sensual cuello de la gata y a veces, al hacerlo, solía pensar en Milly. A Boz le gustaban las mañanas sobre todas las cosas.

Pero por las tardes el balcón caía bajo las sombras del edificio de al lado y, aunque se mantenía templado, no hacía nada por su bronceado; por lo tanto, durante las tardes Boz tenía que encontrar otra cosa para hacer.

En una oportunidad había seguido un curso de cocina por televisión, pero las cuentas de almacén se habían casi duplicado y a Milly no parecía importarle quién hacia su *omelette* con *fines herbes*, si Boz o Betty Crocker, y él tuvo que admitir que, en realidad, no había mucha diferencia. Con todo, el especiero y las dos ollas con base de cobre que él se había regalado para Navidad contribuían a una inusual decoración. Los bonitos nombres de las especias —romero, tomillo, jengibre, canela—, eran como las hadas de un ballet, alas de gasa, zapatillas de punta. En ese momento podía verla, su pequeña niecelette Amparo Martínez como Orégano, Reina de las Emociones. Y él seria Albahaca, un amante maldito. Demasiado para el especiero.

Por supuesto, siempre tenia la posibilidad de leer un libro, le gustaban los libros. Su autor favorito era Norman Mailer, y luego Gene Stratton Porter; había leído todo lo que habían escrito. Pero cuando leía algo más que unos minutos le sobrevenían unos dolores de cabeza mayúsculos y luego era un

tirano total con Milly cuando ella regresaba del trabajo. De lo que ella llamaba trabajo.

A las cuatro, películas de arte en Canal 5. A veces usaba el masajeador eléctrico y otras veces simplemente las manos para masturbarse. Había leído en los facsímiles del domingo que si se reunía todo el semen de los televidentes de Canal 5 de la zona Metropolitana, podría llenarse una piscina de tamaño mediano. ¡Fantástico! ¡Entonces imagínense nadando allí dentro!

Entonces se estiraba en el gran sillón, que parecía un Baggie gigantesco, mientras su pequeña contribución a la piscina municipal caía goteando por el plástico claro y pensaba con mal humor: Algo anda mal. Algo está faltando

En su matrimonio ya no había romance, eso era lo que andaba mal. Había desaparecido recientemente, como el aire de una silla Baggie perforada, y ella lo mencionaría uno de esos días, cuando empezara a hablar de divorcio, o él la mataría con sus propias manos, o con el masajeador eléctrico, cuando ella estuviera jodiéndolo en la cama, o algo terrible ocurriría, lo sabía.

Algo realmente terrible.

Al anochecer, en la cama, los pechos de ella colgaban sobre él balanceándose. A veces, se enloquecía simplemente con el olor de Milly. Boz apoyó los muslos contra la sudorosa parte posterior de las piernas de Milly. Las rodillas oprimieron las nalgas. Un pecho, luego el otro, le rozaron la frente; enarcó el cuello para besar un pecho, luego el otro.

—Mmm —dijo ella—, sigue.

Obedientemente, Boz deslizó los brazos entre las piernas de Milly y la atrajo hacia arriba. Mientras él se escabullía sobre las sábanas húmedas, sus propias piernas cayeron a un costado del colchón y con los dedos del pie tocó el slip de antrón, un charco de frescura sobre el beige-desierto de la alfombra.

El olor de ella, la dulzura en descomposición, como la de un pastel hecho con grasa que se echa a perder en una nevera tibia, esa cálida maraña lo excitaba más que cualquier cosa, y allí abajo, cerca del borde de la cama, a un continente de distancia de esos acontecimientos, la polla se hinchó y se arqueó. Espera tu turno, le dijo, y restregó la mejilla áspera contra el muslo de Milly, mientras ella murmuraba y arrullaba. Si las pollas fueran narices. O si las narices…

El olor de ella, la humedad de los espinillos que penetraban en las fosas nasales de Boz, rozándole los labios, y luego el primer sabor y luego el segundo Pero sobre todo el olor… él flota en ese olor y penetra en las oscuridades más sabrosas, el corredor suave e interminable, en la gruta llena de polen, Milly, o África, o Tristán e Isolda en el grabador, rodando en los rosales.

Los dientes de Boz luchaban contra el vello, se enredaban, la lengua se adelantó y Milly trató de apartarse sólo por broma y dijo:

—¡Oh, Birdie! ¡No!

—Puta —dijo él.

La erección cedió rápidamente como la imagen que se hunde en la pantalla cuando alguien apaga el televisor. Boz se escurrió de debajo de ella, de pie sobre el slip tirado, mirándole el culo tenso y sudoroso.

Milly se volvió y se sacó el cabello de los ojos.

—Oh, Birdie, yo no quería…

—Un cuerno no querías. Cabrona.

Milly dio un respingo, divertida.

—Bueno, ahora tú llevas la delantera.

Boz le dio unos golpecitos con el órgano fláccido, auto despreciándose.

—¿La llevo realmente?

—Honestamente, Boz, es la primera vez que no me lo propuse realmente. Se me escapó, nada más

—Ya lo creo. ¿Pero se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? — Comenzó a vestirse Los zapatos estaban al revés.

—Por el amor de Dios, hace años que no pienso en Birdie Ludd. Literalmente. Por lo que sé, está muerto.

—¿Es una nueva patada para tus tutores?

—Estás poniéndote cruel.

—Estoy poniéndome cruel, sí.

—¡Bien, a la mierda! ¡Me voy! —Milly comenzó a tantear la alfombra buscando su slip.

—Tal vez puedas conseguir que tu padre te caliente alguno de sus muertos. Quizá lo tiene a Birdie allí, congelado .

—Puedes ser tan sarcástico a veces. Y estás parado sobre mi slip. Gracias. ¿Adónde vas ahora?

—Me voy al otro lado de la habitación.—Boz cruzó el divisor de la habitación y fue al otro lado. Se sentó junto al anaquel-mesa.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Milly, poniéndose el slip.

—Un poema. Estuve pensando en él todo el tiempo.

—Mierda. —Había comenzado a abotonarse la blusa en un ojal equivocado.

—¿Qué? —Boz apoyó el lápiz.

—Nada. Mis botones. Déjame ver tu poema.

Las pollas son narices
Los coños rosas
Mira caer los lindos pétalos,

—¿Por qué te complicas tanto con esos condenados botones? No son funcionales. —Le entregó el poema.

—Es adorable —dijo ella—. Tendrías que enviarlo al Time

—Time no publica poesía.

—A algún lugar donde la publiquen, entonces. Es bonito —Milly tenía tres superlativos básicos: divertido, bonito y agradable. ¿Se estaba ablandando? ¿O tendiéndole una trampa?

—Las cosas bonitas cuestan cinco duros la docena. Doce por cinco.

—Simplemente estoy tratando de ser agradable, gilipollas.

—Entonces aprende cómo hacerlo. ¿Adónde vas?

—Afuera.—Milly se detuvo junto a 1a puerta, frunciendo el ceño—. Te amo de verdad, lo sabes.

—Seguro. Y yo también te amo.

—¿Quieres venir conmigo?

—Estoy cansado. Dales saludos.

Milly se encogió de hombros. Se fue. Boz salió a la galería y la miró dirigirse hacia el puente que cruzaba el foso eléctrico y de allí por la calle 48 hasta la esquina de la calle 9. En ningún momento Milly levantó la vista.

Y lo endemoniado de todo eso era que ella lo amaba de verdad. Y él la amaba. ¿Entonces por qué siempre terminaban así, con rencores y golpes y rechinar de dientes, y cada uno que se iba por su lado?

Preguntas, odiaba las preguntas. Entró en el cuarto de baño y se tragó tres Oralines, uno más de lo necesario y luego se sentó a contemplar los objetos redondos con bordes de colores que se deslizaban a lo largo de un interminable pasillo de neón, zum, zum, zum, naves espaciales y satélites. En el pasillo había un olor mitad como de hospital y mitad como de paraíso, y Boz comenzó a llorar.

Los Hanson, Boz y Milly, llevaban un año y medio de feliz infeliz matrimonio. Boz tenía veintiún años y Milly veintiséis. Habían crecido en el mismo edificio Modicum, en los extremos opuestos de un largo pasillo de vidrio, con mosaicos verdes, pero a causa de las diferentes edades no habían reparado el uno en el otro hasta tres años atrás. Pero una vez que repararon el uno en el otro fue amor a primera vista, porque ambos eran, Boz tanto como Milly, del tipo de los que pueden ser, aún a la primera mirada, arrebatadores; la carne moldeada con esa clásica gordura ideal y matizada con esos tonos rosados y pasteles de porcelana que podemos admirar en el divino Guido, lo cual, al menos, admiraban ellos; ojos avellana, salpicados de oro; cabello castaño rojizo que cae sobre los hombros redondeados con una leve ondulación; y la costumbre, adquirida por cada uno de ellos cuando eran tan jóvenes que casi se podía llamar natural, de atraer la atención con poses elocuentemente frívolas, como cuando Boz, sentado para comer, echaba la cabeza hacia atrás súbitamente, flip flop del castaño rojizo, los labios carnosos ligeramente separados, como un santo (Guido otra vez) en éxtasis —Teresa, Francisco, Ganímedes— o como, lo cual era casi lo mismo, que un cantante cantando:

Yo soy tú
Y tú eres yo
somos sólo dos
caras
de la misma moneda.

Tres años y Boz estaba todavía tan embobado con Milly como lo había estado la primera mañana (era marzo, pero parecía más abril o mayo), habían tenido relaciones y si eso no era amor, entonces Boz no sabía qué quería decir amor.

Por supuesto, no era sólo el sexo, porque el sexo no significaba demasiado para Milly, era parte de su trabajo normal Además tenían una relación espiritual muy intensa. Boz era básicamente un ser espiritual. Según el informe del Skinner-Waxman C-P, Boz había llegado al tope de la escala por pensar en diez minutos ciento treinta y una maneras diferentes de usar un ladrillo. Milly, aunque no era tan creativa como Boz según el Skinner-Waxman, era ligeramente más inteligente en términos de cociente intelectual (Milly, 136; Boz, 134) e incluso tenía condiciones para el liderazgo, en tanto que Boz se contentaba con ser un seguidor siempre y cuando las cosas fueran más o menos por su mismo camino. Neurocirugía aparte, no podría haber existido más compatibilidad entre ellos, y todos sus amigos coincidían (o lo habían hecho hasta hacía muy poco) en que Boz y Milly, Milly y Boz hacían una pareja perfecta.

Entonces, ¿qué pasaba? ¿Eran celos? Boz no creía que fueran celos, pero uno nunca puede estar seguro. Podría estar celoso inconscientemente. Pero uno no puede estar celoso sólo porque alguien tuviera relaciones sexuales, si no se trataba de nada más que un acto mecánico en el que el amor no

estaba implicado. Eso seria tan razonable como perder los estribos porque Milly hablaba con cualquier otro. Por otra parte, él había tenido relaciones con otras personas y a Milly nunca le había molestado. No, no era el sexo, era algo psicológico, lo cual significaba que podía ser absolutamente cualquier otra cosa. Día a día Boz se deprimía más tratando de analizarlo a fondo. Algunas veces pensó en el suicidio Se compró una navaja de afeitar y la escondió en Los desnudos y los muertos. Se dejó crecer el bigote. Se afeitó el bigote y se cortó el pelo, bien corto. Lo dejó crecer otra vez. Era septiembre y luego fue marzo. Milly dijo que ella quería el divorcio realmente, el asunto no funcionaba y ya no podía aguantar que la regañara todo el tiempo.

¿Él regañándola a ella?

—Sí, noche y día, ña, ña, ña.

—Pero si tú ni siquiera estás en casa por la mañana y generalmente no estás en casa por la noche.

—¡Ves, ya estás haciéndolo nuevamente! Estás regañando. Y cuando no regañas de frente, lo haces en silencio. Has estado regañándome desde la cena sin decir una palabra.

—He estado leyendo un libro. —Boz agitó el libro ante ella, acusadoramente.— Ni siquiera he estado pensando en ti. A menos que yo te regañe sólo por existir. —Su intención era que sonara patético.

—Puedes, lo haces.

Los dos estaban demasiado reventados y cansados como para convertir la discusión en algo entretenido, y sólo para mantenerla interesante tuvieron que seguir aumentando los riesgos. Terminó con Milly chillando y Boz en un mar de lágrimas, y Boz guardando sus cosas en un armario, que se llevó en un taxi hasta la calle 11 Este. Su madre estaba encantada de verlo. Había estado peleando con Lottie y esperaba que Boz se pusiera de su parte. A Boz le dieron su vieja cama en la sala de estar y Amparo tuvo que dormir con su madre. El aire estaba lleno del humo de los cigarrillos de la señora Hanson y Boz se sentía cada vez más descompuesto. Era todo lo que podía hacer para evitar llamar a Milly por teléfono. Shrimp no volvía y Lottie estaba como de costumbre dopada con Oraline. Esa no era vida para seres humanos.

El Sagrado Corazón, barba de oro, mejillas rosadas, ojos azules azules, fijaba la mirada intensamente, a través de un espacio habitacional de cuatro metros, en un largo tramo de recesión de ladrillos amarillos, fuera de la ventana de la unidad. Junto a él un calendario de la Corporación de Conservación hacía guiños: vistas del Gran Cañón, antes y después. Boz cambió de posición para no tener que mirar a Jesús, el Gran Cañón, Jesús. El sillón plegable se balanceaba hacia la izquierda. La señora Hanson había estado pensando en hacer arreglar el sofá (la pata que faltaba llevaba una existencia independiente en una caja que estaba debajo de la pileta) desde que la gente de Bienestar lo había aplastado el día, vaya a saber cuántos años atrás, en que los Hanson se mudaron al 334. Ella solía conversar con su familia o con la simpática señora Miller, desde la oficina del MOD, sobre los obstáculos de esa empresa, que sometidos a un examen resultaban tan ramificados y finalmente tan formidables que casi lograban vencer sus esperanzas más entusiastas. De todos modos, algún día.

Su sobrino, el hijo menor de Lottie, estaba observando la guerra por televisión. No era frecuente que Boz durmiera hasta tan tarde. Los comandos anti-guerrilla de Estados Unidos estaban incendiando una villa de

pescadores en algún lugar. La cámara seguía el sendero de las llamas a lo largo de una cadena de botes pesqueros, luego se detuvo largo rato en el vacío azul del agua. Luego subió y retrocedió lentamente, tomando los botes en conjunto. El horizonte se retorcía y aleteaba a través de una cortina de llamas. Magnífico. ¿Era una reposición? A Boz le parecía que había visto el último tiro antes.

—Hola, Mickey.

—Hola, tío Boz. Abuela dice que te divorciaste. ¿Vas a vivir con nosotros otra vez?

—Tu abuela necesita un descongestionante. Estoy aquí por pocos días. De visita.

Estalló el colofón del pastel de manzanas que señalaba el fin de la guerra por esa mañana del día miércoles y los decibeles recibieron el impulso del comercial Ford de

abril, "Ven y cógeme, poli".

Ven y cógeme, polizonte
porque no me voy a detener
en tu luz roja.

Era una cancioncita feliz, pero cómo podía él sentirse feliz si sabía que Milly probablemente también lo estaría mirando y disfrutando en un cómodo asiento de la facultad, en algún lugar de la ciudad, sin siquiera dedicarle un pensamiento a Boz, o a dónde estaba, o a cómo se sentía. Milly estudiaba todos los anuncios y podía repetirlos palabra por palabra, con las inflexiones exactas. Y ni un miligramo de su propia cosecha. ¿Creativa? Como un loro.

Entonces, ¿qué, si él estuviera por decirle eso ¿Qué, si él le decía que ella nunca seria nada más que una asistente del curso de higiene de grado Z para la Junta de Educación, sin más posibilidades? ¿Cruel? ¿Se suponía que Boz sería cruel?

Sacudió la cabeza, flip flop de castaño rojizo.

—Querido, tú no sabes lo que es ser cruel.

Mickey apagó el televisor.

—Oh, si tú crees que lo de hoy fue bueno, tendrías que haberlos visto ayer. Estaban en esa escuela. Pakistaníes, me parece. Sí. Tendrías que haberlo visto. Eso sí fue cruel. Los eliminaron.

—¿Quiénes?

—La Compañía A —Mickey dio la voz de mando y saludó al aire. Los chicos de su edad (seis) siempre querían ser comandos anti-guerrilla o bomberos. A los diez, cantantes pop. A los catorce, si eran brillantes (y los Hanson eran brillantes), querían escribir. Boz todavía tenía un álbum completo con los avisos que había escrito en la escuela secundaria. ¿Y luego, a los veinte...?

No pensar en eso

—¿No te importó? —preguntó Boz.

—¿Importar?

—De los chicos de la escuela.

—Eran insurgentes —explicó Mickey—. Era en Pakistán. —Hasta Marte era más real que Pakistán y nadie se siente mal por las escuelas que se queman en Marte.

Un chas, chas, chas de zapatillas y la señora Hanson entró bamboleándose con una taza de café.

—¡Política, discutes de política con un chico de seis años! Vamos, sigue. Toma esto.

Boz bebió el café dulce y espeso y fue como si todos los aromas añejos del edificio, la basura pudriéndose en los arcones y la grasa poniéndose amarilla sobre las paredes de la cocina, y el humo del tabaco y la cerveza rancia y los caramelos de regaliz, todo sintético, todo lo que él había pensado que ya no estaba, hubiera vuelto para inundar nuevamente la médula de su cuerpo, simplemente por ese único sorbo.

—Se ha vuelto demasiado refinado para nosotros, Mickey. Míralo.

—Está demasiado dulce. De todas maneras, está bien, Mami.

—Está igual que siempre. Tres terrones. Me tomaré éste y te prepararé otro, Tú viniste para quedarte.

—No, anoche te dije que...

Ella agitó una mano ante Boz y le gritó a su nieto:

—¿A dónde vas?

—A la calle.

—Toma la llave y trae primero la correspondencia, ¿entiendes? Si no...

Ya se había ido. Se desplomó en la silla verde, encima de una pila de ropas, hablando consigo misma, o con él, no era escrupulosa en cuanto a su audiencia. Boz no oía palabras sino el agudo vibrato de las flemas, veía los dedos manchados de nicotina, la agitación de la carne amarillenta del mentón, los dientes de MOD. Mi madre.

Boz volvió la mirada a la pared escamosa donde un rosado DESPUES hacía guiños a un ANTES chillón y Jesús, oprimiendo un órgano sangrante con su mano derecha, perdonaba al mundo por los ladrillos que se extendían hasta donde lograba llegar la mirada.

—El trabajo que se trae a casa, no podrías creerlo. Le dije a Lottie, es un crimen, debería quejarse. ¿Qué edad tiene? Doce años. Si hubiera sido Shrimp, si hubieras sido tú, yo no hubiera dicho una palabra, pero ella tiene la salud de su madre, es muy delicada. Y los ejercicios que les hacen hacer, no es decente para una chica. No estoy en contra del sexo. Siempre dejé que tú y Milly hicierais lo que quisieseis. Daba vuelta la cabeza. Pero esa clase de cosas debería ser privada, entre dos personas. Las cosas que uno ve, y quiero decir ahí, en la calle. Ahora ni siquiera pasan al corredor de la casa. Entonces traté que Lottie entrara en razón, yo estaba muy tranquila, no levanté la voz. Lottie no quería, están presionando en la escuela. ¿Cuándo podrá verla? En los fines de semana. Y un mes durante el verano. Eso es todo lo que está haciendo Schrimp. Yo le dije a Schrimp, si quieres ser bailarina de ballet entonces no dudes y conviértete en una bailarina de ballet, pero deja sola a Amparo. El hombre vino de la escuela y era muy suave y Lottie firmó los papeles, casi lloro. Por supuesto que todo estaba arreglado. Ellos esperaron hasta que yo estuve fuera de la casa. Ella es tu hija, le dije, no me metas

en el asunto. Eso es lo que tú quieres para ella, la clase de futuro que crees que se merece. Tendrías que oír las historias que trae a casa. ¡Doce años! Es Shrimp, que la lleva a ver esas películas, que la lleva al parque. Por supuesto que uno puede ver todo eso en la televisión, ese Canal 5, no sé por qué ellos... Pero supongo que no es asunto mío. A nadie le importa lo que uno piensa cuando uno es viejo. Que vaya a la escuela Lowen, no se me partirá el corazón. —Se masajeó el costado izquierdo de su vestido a título ilustrativo: su corazón.

—Podíamos usar la habitación de aquí, aunque tú ni querrás oírme quejar sobre eso. La señora Miller dijo que podíamos pedir un piso más grande, somos cinco, y ahora seis contigo, pero si yo dijera sí y nos mudáramos y Amparo luego se va a esa escuela, tendríamos que volver aquí, porque el requisito allí es de cinco personas. Por otra parte, eso significaría movernos a Queens. Y si Lottie fuera a tener otro, pero por supuesto su salud no se lo permite, por no hablar de la cosa mental. ¿Y Shrimp? Bien, no tengo que meterme en eso. Entonces dije no, nos quedamos aquí. Por otra parte, si realmente nos íbamos y luego teníamos que volver acá, probablemente no hubiéramos tenido la suerte de conseguir el mismo piso otra vez. No niego que tiene muchos inconvenientes pero da igual. Trata de conseguir agua después de las cuatro, como chupar una teta seca.

Una risa estruendosa, otro cigarrillo. Al romper el hilo del pensamiento se encontró perdida en el laberinto: sus ojos se precipitaron por la habitación, pequeñas perlas cultivadas que rebotaban en cada uno de los rincones .

Boz no había escuchado el monólogo, pero tenia conciencia del pnico que fluía para llenar el silencio repentino y maravilloso. Al vivir con Milly había olvidado ese lado de las cosas, los terrores sin causa e incurables. No sólo los de su madre: los de todos los que vivían allí abajo, en la calle 34.

La señora Hanson bebió su café ruidosamente. El sonido (su propio sonido, ella lo hizo) le dio nueva confianza en sí misma y comenzó a hablar otra vez, produciendo más sonidos propios. El pánico se esfumó. Boz cerró los ojos.

—Esa señora Miller piensa bien, por supuesto, pero no entiende mi situación. ¿Qué crees que dijo que yo debería hacer, qué crees? ¡Visitar esa casa-muerte de la calle 12! Dijo que serviría de inspiración. No para mí, para ellos. Ver a alguien de mi edad con mi energía siendo la cabeza de la familia. ¡De mi edad! Uno pensaría que yo estaba a punto de volver al polvo como uno de esos no-sé-cómo-se-llaman. Yo nací en 19ó9, el año en que el hombre llegó a la luna por primera vez Novecientos sesenta y nueve. Todavía no tengo ni siquiera sesenta, pero si los tuviera, ¿hay alguna ley que lo prohíba? Escucha, mientras pueda arreglármelas con esos escalones, ellos no tienen que preocuparse por mí. Esos ascensores son un crimen. Ni siquiera puedo recordar la última vez... No, espera un minuto, puedo. Tú tenías ocho años y cada vez que yo te hacía entrar empezabas a llorar. Acostumbrabas a llorar por cualquier cosa, además. Si te arruiné, es mi propia culpa, tus hermanas anduvieron bien. En esa oportunidad yo volvía a casa y tú estabas con la ropa de Lottie, lápiz labial y todo, y pensar que ella te ayudó. Bien, ¡yo puse punto final! Si hubiera sido Shrimp yo podía haber entendido. Shrimp es así. Yo siempre le decía a la señora Holt cuando estaba viva, ella tenía ideas muy anticuadas, la señora Holt, que en tanto Shrimp tuviera lo que deseaba no es asunto de ella ni mío. Y de todos modos tendrás que admitir que era una muchacha feúcha, mientras que Lottie, mi dios, Lottie era tan hermosa, incluso en la escuela secundaria. Solía pasarse todo el tiempo frente a un espejo y uno apenas podía culparla. Como una estrella de cine.

Bajó la voz, como si estuviera confiándole un secreto a la película verde oliva de aceite de vegetal deshidratado que cubría su café.

—Y entonces, ir y hacer eso. Yo no podía creerlo cuando lo vi. ¿Es un prejuicio querer algo mejor para los propios hijos? Entonces soy prejuiciosa. Un muchacho bien parecido, no lo niego. e incluso inteligente a su manera,

supongo. Le escribía poemas. En castellano de modo que yo no podía entenderlos. Yo le dije, es tu vida, Lottie, sigue y arruínala como te parezca, pero no me digas que soy prejuiciosa. Vosotros, hijos, nunca me oísteis usar palabras como esa y nunca me oiréis. Puede ser que no tenga más que estudios medios pero conozco la diferencia entre... lo que está bien y lo que está mal. El día de la boda usó ese vestido azul y yo nunca dije una palabra sobre lo corto que era. Tan hermosa. Todavía me hace llorar.

Hizo una pausa. Luego, con gran énfasis, tal como si esa fuera la única conclusión irrebatible que esas muchas evidencias le requerían sin piedad, dijo.

—Él fue siempre muy cortés.

Otra pausa larga.

—No estás escuchándome, Boz.

—Sí, lo estoy. Dijiste que él fue siempre muy cortés.

—¿Quién?

Boz buscó en su álbum familiar interno el rostro de alguien que pudiera haberse comportado cortésmente con su madre.

—¿Mi cuñado?

La señora Hanson asintió.

—Exactamente. Juan. Y ella dijo también por qué yo no intentaba con la religión.—Sacudió la cabeza en un remedo de consternación ante el hecho que se permitieran tales cosas.

—¿Ella? ¿Quién?

Los labios resecos se fruncieron con desilusión. Se había intentado la trampa de la discontinuidad, pero Boz la había pasado de largo. Ella sabía que él no estaba escuchándola, pero no podía probarlo.

—La señora Miller. Dijo que sería para mi bien. Yo le dije que con un chiflado por la religión en la familia es suficiente, y por otra parte yo no llamo religión a eso. Quiero decir, yo disfruto con un cigarrillo de Oraline tanto como los demás, pero la religión tiene que venir del corazón. —Una vez más estrujó las llamaradas violetas, naranjas y floreadas de su vestido. En algún lugar allí abajo algo se llenaba de sangre que arrojaba a chorros en las arterias: su corazón.

—¿Tú todavía te sientes así?

—¿Religioso? No, ya me había alejado de eso antes de casarme. Milly está completamente en contra también. Es todo química.

—Intenta decirle eso a tu hermana.

—Oh, pero para Shrimp es una experiencia significativa. Sabe que es todo química. Simplemente no le interesa, en tanto funcione.

Boz sabía que no había que tomar partido en una disputa familiar. Ya una vez en su vida había tenido que zafarse de esos nudos, y sabía que eran muy fuertes.

Mickey volvió con la correspondencia, la dejó sobre la TV y estuvo en la calle antes que su abuela pudiera inventar nuevos recados.

Un sobre.

—¿Es para mí? —preguntó la señora Hanson. Boz no se movió. Su madre inspiró una ruidosa bocanada de aire y se levantó, ayudándose con un empujón.

—Es para Lottie —anunció, abriendo el sobre—. Es de la escuela Alexander Lowen. Adonde quiere ir Amparo.

—¿Qué dice?

—La llevarán. Tiene una beca por un año. Seis mil dólares.

—Jesús. Eso es grande.

La señora Hanson se sentó en el sillón sobre los tobillos de Boz y lloró. Lloró durante unos buenos cinco minutos. Entonces sonó el despertador de la cocina: "Mientras el mundo gira." No había perdido un programa en años y Boz tampoco. Miraron la televisión.

Allí sentado, clavado bajo el peso de su madre, entibiado por su carne, Boz se sentía bien. Podía encogerse al tamaño de un sello de correos, una perla, un garbanzo, una cosita pequeña, insensata y feliz, inexistente, completamente perdida en la correspondencia.

Shrimp estaba descubriendo a Dios, y Dios (ella estaba segura) estaba descubriendo a Shrimp: a ella, aquí en el techo del 334: a El, allí afuera, en el aire rojizo y contaminado del anochecer, en el veneno adorable de la atmósfera de Jersey, en todas partes. O tal vez no era Dios sino algo que se movía más o menos en la misma dirección. Shrimp no estaba segura.

Boz, sentado sobre la cornisa y con los pies colgando, miraba el doble diseño de muaré de la piel y de la blusa de Shrimp. Los dibujos en espiral de la prenda se movían hacia la izquierda, los dibujos de la carne grabados por debajo corrían hacia la derecha. El viento de marzo agitaba la tela y Shrimp se balanceaba y las espirales giraban, vórtices de oro y verde, ilusiones de un poeta .

Fuera, en algún lugar, sobre otro techo, un perro ilegal ladraba. Guau, guau, guau: te amo, te amo, te amo.

Por lo general, Boz trataba de mantenerse en la superficie de algo agradable como esto, pero esa noche se había exiliado al interior de sí mismo, redefiniendo su problema y atacándolo en forma realista. Básicamente (decidió) el problema radicaba en su propio carácter. Era débil. Había permitido que Milly hiciera su voluntad en todo hasta que ella olvidó que Boz podría tener sus derechos legítimos. Hasta Boz lo había olvidado. Era una relación unilateral. El sentía que estaba esfumándose, deshaciéndose en el aire, succionado por el remolino verde-oro. Se sentía como la mierda. Las píldoras lo habían llevado justo por el camino contrario y Shrimp allí, en el país de Santa Teresa, no era ni ayuda ni consuelo.

El rojizo viró al púrpura oscuro y se hizo la noche.

Dios velaba Su gloria y Shrimp descendió.

—Pobre Boz —dijo ella.

—Pobre Boz —coincidió él.

—Por otro lado te has alejado de esto. —Shrimp agitaba una mano en el aire apartando el paisaje de techos de East Village y otras fealdades. Un segundo movimiento de manos, más impaciente, como si hubiera descubierto todo ese asco pegoteado en la mano. En realidad, se había convertido en su mano, en ese rígido aparato de carne que ella había dirigido durante tres horas y quince minutos con el propósito de escapar.

—Y pobre Shrimp.

—Pobre Shrimp también —coincidió él.

—Porque estoy atascada aquí.

—Esta mañana ¿quién me estaba diciendo: no es dónde vives, es cómo vives?

Shrimp encogió unos escapulares filosos. No hablaba del edificio sino de su propio cuerpo, pero hubiera llevado mucho tiempo explicárselo al

floreciente Narcissus. Estaba molesta con Boz porque estaba pendiente de las miserias de él, de los conflictos íntimos de él. Ella tenía sus propias contrariedades sobre las que quería hablar, cientos.

—Tu problema es muy simple, Boz. Una vez que lo enfrentes. Tu problema es que básicamente eres republicano.

—¡Oh, déjate de tonterías, Shrimp!

—De verdad. Cuando tú y Milly comenzasteis a vivir juntos, Lottie y yo no podíamos creerlo. Siempre había sido claro como el agua para nosotros.

—El hecho que tenga una cara bonita no significa...

—Oh, Boz, estás poniéndote denso. Tú sabes que no tiene nada que ver con una cosa ni con la otra. Y no estoy diciendo que deberías votar a los republicanos porque yo lo hago. Pero puedo leer los signos. Si te miraras usando algo de psicoanálisis, te verías forzado a ver cuántas cosas has estado reprimiendo.

Se encolerizó. Una cosa era que lo llamaran republicano, pero nadie iba a llamarlo reprimido.

—Bien, ¿por qué no te vas un poco a la mierda, hermana? Si quieres conocer mi partido, te lo diré. Cuando tenía trece años solía hacerme la paja cuando te veía en pelotas y, créeme, se necesita ser un demócrata muy aplicado para hacer eso.

—Eso es muy sucio.

Era sucio, y tan falso como sucio. Él había fantaseado muy a menudo con Lottie, con Shrimp nunca. El cuerpo delgado y frágil de su hermana lo aterraba. Ella era una catedral gótica erizada de molduras y capiteles, un bosque de árboles sin hojas; él quería hermosos patios soleados y claros floridos. Ella era un grabado de Durero; él era un paisaje hecho por Domenichino. ¿Follarse a Shrimp? Lo haría en cuanto se volviera republicano, aunque ella fuera su propia hermana.

—No es que yo esté en contra de los republicanos —agregó diplomáticamente—. No soy puritano. Simplemente no disfruto teniendo relaciones con otros muchachos .

—Nunca lo probaste. —Shrimp habló con tono agraviado.

—Seguro que sí. Muchas veces.

—¿Entonces por qué tu matrimonio está por deshacerse?

Las lágrimas empezaron a gotear. En esos días lloraba todo el tiempo, como un aparato de aire acondicionado. Shrimp, experta en compadecerse, lloraba junto a él, rodeándole los exquisitos hombros desnudos con un largo brazo de alambre.

Moqueando, Boz lanzó la cabeza hacia atrás. Flip flop de castaño rojizo, sonrisa amplia y desafiante.

—¿Qué te parece una fiesta?

—No, para mí no, no esta noche. Me siento demasiado religiosa y algo así como santa. Tal vez más tarde.

—Uff, Shrimp.

—De verdad. —Se envolvió en sus propios brazos proyectó el mentón, esperó que él comenzara a argumentar.

El perro a la distancia hacía nuevos ruidos.

—Una vez, cuando era un chico... enseguida de habernos mudado aquí, en realidad...—comenzó Boz, soñador.

Pero advirtió que ella no estaba escuchándolo.

Los perros recién terminaban con sus ilegalidades y los dueños estaban haciendo los números de Ana Frank para proteger a sus cachorros de la Gestapo ciudadana. Dejaron de pasearlos por las calles, por lo que el techo de 334, que la Comisión de Parques había declarado patio de recreo (habían construido todo alrededor un cerco de cadenas para crear la atmósfera de un patio de recreo) quedó sepultado por mierda de perro. Se desarrolló una guerra entre chicos y perros por ver a quién pertenecería el techo. Los chicos solían perseguir a los perros que no tenían collar, por lo general, de noche, y arrojarlos sobre el cerco. Los pastores alemanes eran los que devolvían mejor el ataque. Boz había visto que un pastor había arrastrado hasta el pavimento a uno de los primos de Milly.

Todas las cosas que ocurren y que parecen tan importantes en el momento, y uno, sin embargo las olvida, una tras otra. Sintió una tristeza elegante, controlada, como si, si se sentara y se pusiera a trabajar, pudiera escribir una obra filosófica acabada y madura.

—Voy a zarpar. ¿Okey?

—Que disfrutes —dijo Shrimp.

Él le rozó la oreja con los labios, pero eso no fue, ni siquiera en sentido fraternal, un beso. Un cartel, casi, de la distancia entre ambos, como los carteles de las rutas principales que le indican qué distancia hay a la ciudad de New York.

La fiesta no era, de ninguna manera, una forma de locura, pero Boz disfrutaba de una manera decorativa, sentado en un banco y mirando las rodillas. Luego llegó de visita Williken, el fotógrafo del 334, y le habló a Boz del nuancismo (Williken que era nuancista de antiguo) y de cómo se esperaba el renacimiento. Parecía más viejo que lo que Boz recordaba, reseco, sin carnes y patéticamente de cuarenta y tres.

—Cuarenta y tres años es la mejor edad —dijo Williken una vez más, habiendo finalmente dispuesto de la historia de arte a su gusto.

—¿Mejor que veintiuno? —que era la edad de Boz, por supuesto .

Williken decidió que era una broma y tosió (Williken fumaba tabaco) Boz miró para otro lado y descubrió que el tipo de barba colorada estaba mirándolo. Un pequeño aro de oro hacía guiños en su oreja izquierda.

—Dos veces tan bueno —dijo Williken—, y un poco más. —Puesto que esto también era una broma, tosió otra vez.

Estaba (barba colorada, aro de oro) junto a Boz la persona más apuesta de allí. Boz se puso de pie, con un golpecito en las manos gastadas y arrugadas del viejo.

—¿Y qué edad tienes? —preguntó a barba colorada, aro de oro.

—Seis punto dos.

—Soy versátil, bastante. ¿Dónde vives?

—Diecisiete Este. ¿Y tú?

—Me han evacuado. —Boz adoptó una pose: Sebastián (de Guido) desplegándose como una flor, para recibir los dardos de la admiración masculina. ¡Oh, Boz podía arrancarle el revoque a las paredes!

—¿Eres amigo de January?

—Amigo de un amigo, pero ese amigo no aparece. ¿Y tú?

—Lo mismo, algo así.

Danny (su nombre era Danny) tomó un puñado del cabello castaño rojizo.

—Me gustan tus rodillas —dijo Boz.

—¿No crees que son demasiado peludas?

—No. Me gustan las rodillas peludas.

Cuando se marcharon, January estaba en el cuarto de baño. Le gritaron sus adioses a través del panel de papel. Durante todo el camino a casa —bajando las escaleras, en la calle, en el subterráneo, en el ascensor de la casa de Danny— se besaron y se tocaron y se frotaron uno contra el otro, pero aunque esto era excitante para Boz psicológicamente, no se la hacía empinar.

Nada se la hacía empinar a Boz.

Mientras Danny, del otro lado del biombo, movía la leche instantánea sobre el calentador, Boz, solo en esa cama doble, miraba las jaulas de las ardillitas. Las ardillitas estaban haciendo lo suyo con su modo nervioso y agitado y la señora ardilla dijo: "Shrik, shrik, shrik." La naturaleza entera le hacía reproches a Boz.

—¿Edulcorante? —preguntó Danny, emergiendo con las tazas.

—Gracias, es lo mismo. Yo no estaría perdiendo el tiempo de esta forma.

—¿Quién dice que se ha perdido tiempo? Tal vez en otra media hora... —El bigote se separó de la barba por sí mismo: una sonrisa.

Boz acariciaba el vello de su pubis, triste, lastimeramente y movía el gusano blando y distraído.

—No, esta noche no está de servicio.

—Quizá un poco de masaje. Conozco muchachos que...

Boz sacudió la cabeza.

—No serviría.

—Bien. Toma tu café. El sexo no es tan importante, créeme. Hay otras cosas.

La ardilla dijo: "Shrik, shrik, shrik."

—Supongo que no.

—No es así —insistió Danny—. ¿Siempre eres impotente? —Ahí está, había dicho la palabra terrible.

—¡Dios, no! —(¡Horror!).

—¿Entonces? Una noche no es para preocuparse. A mí me ocurre todo el tiempo y yo lo hago para ganarme la vida. Soy asistente del departamento de higiene.

—¿Tú?

—¿Por qué no? Demócrata de día y republicano en mis ratos libres. A propósito, ¿cómo estás registrado?

Boz se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay si uno no vota?

—Deja de compadecerte.

—En realidad soy un demócrata, pero antes de casarme era independiente. Por eso, esta noche, nunca pensé, cuando vine a tu casa, que... quiero decir, eres condenadamente apuesto, Danny.

Danny se sonrojó en complicidad.

—Basta con eso. Entonces dime, ¿qué pasa con tu matrimonio?

—No creo que quieras oír hablar de eso —dijo Boz y a continuación contó con detalles la historia completa de Boz y Milly: que habían tenido una hermosa relación, que la relación se había echado a perder, que él no podía entender porqué.

—¿No han visto a un consejero? —preguntó Danny.

—¿De qué serviría?

Danny había fabricado una lágrima de real compasión, y levantó el mentón de Boz para asegurarse de que lo advertiría.

—Tendrías que hacerlo. Tu matrimonio aún significa para ti un montón de cosas, y si algo anda mal, al menos tendrías que saber qué. Quiero decir, podría ser algo estúpido, como conseguir sincronizar los ciclos metabólicos.

—Tienes razón, supongo.

Danny se inclinó y pellizcó la pantorrilla de Boz con seriedad .

—Por supuesto que tengo razón. Te digo, conozco a alguien que se supone que es extraordinario. En la avenida Park. Te daré su número. —Besó rápidamente a Boz en la nariz, justo a tiempo para que la lágrima de su empatía cayera sobre la mejilla de Boz.

Más tarde, después de un último y decisivo intento, Danny, en nada más que su transparencia, condujo a Boz hasta el foso, el cual (también) estaba muerto.

Mientras se despedían con un beso y mientras estaban estrechándose las manos, Boz preguntó, como por casualidad, como si hubiese estado pensando en cualquier otra cosa durante la última media hora:

—A propósito, ¿no habrás estado trabajando en Eramus Hall, verdad?

—No. ¿Por qué? ¿Fuiste allí? En tu época yo no podría haber estado enseñando en ninguna parte.

—No. Tengo un amigo que trabaja allí. ¿En Washington Irving?

—En realidad estoy en Bedford-Stuyvesant.— La admisión no podía darse sin esa íntima desazón—. ¿Pero cuál es su nombre? Tal vez nos conocimos en alguna reunión, o algo así.

—Es una mujer... Milly Hanson.

—Lo siento, nunca oí hablar de ella. Somos muchos. Esta es una gran ciudad. — El pavimento y las paredes estuvieron de acuerdo en todas las direcciones.

Las manos de ambos se soltaron. Los rostros palidecieron, y los dos se hicieron invisibles el uno para el otro, como botes que se alejan, surcando el agua bajo una densa bruma.

Avenida Park 277, donde estaba la oficina de McGonagall, era un turbio episodio de los años sesenta que se había repetido un poco durante el boom del vidrio y del acero. Pero luego vinieron los temblores del 9ó, que pusieron a prueba la tierra, y hubo que envolverlo. Ahora tenía el aspecto externo, del chaleco Wooly, amarillo sucio que Milly tenia desde el año pasado. Eso, más el hecho de que McGonagall era del tipo de los republicanos pasados de moda (un estilo que sobre todas las cosas inspiraba desconfianza), hacía que le resultara difícil obtener siquiera el mínimo oficial fijado por la Agremiación en pago a sus servicios. No es que eso les hiciera las cosas muy diferentes, después de los primeros cincuenta dólares la Junta de Educación pagaba el resto bajo la cláusula de salud física y mental.

En la sala de espera no había más que colchones de papel y un par de Saroyan autentificados para alegrar las paredes blancas como la luz del mediodía: una experta en modas, Milly imitaba el recato de una doncella con su viejo uniforme de Pan Am, una chaqueta de gasa gris azulada sobre arrugados pantalones de trabajo. Boz, por su parte, estaba deportivo con shorts de calle color crema y un lazo de la misma gasa gris azulada anudado alrededor de la garganta. Cuando Boz se movía, la gasa flotaba tras él como

una sombra. Ambos formaban un conjunto perfecto, un cuadro. No hablaban. Esperaron en la habitación destinada a ese propósito.

Una condenada media hora.

La entrada a la oficina de McGonagall fue algo de los anales de Met. La puerta se sublimó en llamas y ellos la atravesaron, una Pamina, un Tamino, adecuadamente acompañados por flauta y tambor, cuerdas y vientos. Un hombre gordo con una túnica blanca les dio una silenciosa bienvenida a su templo de sabiduría, oprimiendo primero la mano de Pamina, luego la de Tamino en la suya. Obviamente, un sensitivo.

El hombre acercó al rostro de Boz una cara de mediana edad, barnizada de rosa, como si estuviera leyendo una primorosa impresión.

—Tú eres Boz —dijo respetuosamente. Y con una mirada en dirección a Milly—: y tú eres Milly.

—No —dijo ella con impertinencia (era esa media hora)—, yo soy Boz y ella es Milly.

—A veces —dijo McGonagall, dejándolo pasar— la mejor solución es el divorcio. Quiero que los dos entiendan que si tuviera que dar mi opinión en el caso de ustedes, no dudaría en decirlo. Si están fastidiados porque los he hecho esperar tanto, tanto peor, ya que fue por una buena razón. Nos libera de las costumbres de nuestra compañía desde un principio. ¿Y qué es lo primero que dice cuando entran aquí? ¿Que su esposo es una mujer? ¿Qué le hizo sentir, Boz, saber que a Milly le gustaría cortarle los testículos para usarlos ella?

Boz se encogió de hombros, sufriendo, como siempre.

—Pensé que era divertido.

—Ja —rió McGonagall—, eso es lo que pensó. ¿Pero qué sintió? ¿Tuvo deseos de golpearla? ¿Sintió miedo? ¿O un placer oculto?

—Es eso, para ser breve.

El vigoroso cuerpo de McGonagall se hundió en algo neumático y azul y se quedó flotando como un gigantesco calamar blanco sobre la superficie calma de un mar de verano.

—Bien, entonces háble me de la vida sexual de ambos, señora Hanson.

—Nuestra vida sexual es agradable —dijo Milly.

—Intrépida —continuó Boz.

—Y bastante frecuente. —Milly cruzó los brazos bonitos, perfectos.

—Cuando estamos juntos —añadió Boz. Una apoyatura de autocompasión genuina decoró la llana ironía de la afirmación. A esta altura Boz sintió que en algunas glándulas de su interior se estaban exprimiendo lágrimas ociosas, mientras que, en otras glándulas, Milly había empezado a batir pequeños agravios, que se transformaban en una adorable y suave cólera amarilla. En esto, como en muchas otras cosas, los dos lograban una especie de simetría entre ambos, formaban un par.

—¿El trabajo?

—Todas esas cosas están en la reseña de cada uno —dijo Milly—. Ha tenido todo un mes para mirarlas. Una media hora, por lo menos.

—Pero en la reseña, señora Hanson, no se menciona esa aversión, ese resentimiento que aparece en cada palabra.

McGonagall levantó dos dedos ambiguos, acusándola y bendiciéndola en un solo gesto. Luego, a Boz:

—¿Qué hace usted, Boz?

—Oh, soy estrictamente un esposo. La ganapán es Milly.

Librodot

Ambos miraron a Milly.

—Yo soy asistente del curso de sexo en las escuelas medias.

—A veces —dijo McGonagall derramándose contemplativamente sobre su globo azul (como todos los hombres gordos e inteligentes sabía cómo fingir que era Buda), lo que se piensa que son dificultades conyugales tienen su origen en problemas laborales.

Milly sonrió con una confiada sonrisa de porcelana.

—Cada semestre la ciudad mide nuestra satisfacción en asuntos laborales, señor McGonagall. La última vez aparecí un poco alto en la escala de ambición, pero no por encima de la marca lograda por aquellos que se han cambiado generalmente a tareas administrativas. Boz y yo estamos aquí porque no podemos pasar dos horas juntos sin empezar a pelear. Yo ya no puedo dormir en la misma cama y a él le duele la boca del estómago cada vez que comemos juntos.

—Bien, aceptemos por ahora que usted está adaptada a su trabajo . ¿Qué ocurre con usted, Boz? ¿Ha sido feliz siendo "sólo un esposo"?

Boz tocó la gasa anudada alrededor de su garganta.

—Bien, no... supongo que no soy completamente feliz o no estaríamos aquí. Me siento, oh, no sé, inquieto. A veces. Pero sé que no sería más feliz teniendo un empleo. Trabajar es como ir a la iglesia: es lindo salir cantando y comer algo y todo eso una o dos veces por año, pero al menos que uno realmente crea que hay algo santo en todo eso, hacerlo todas las semanas se convierte en un plomo.

—¿Tuvo alguna vez un verdadero trabajo?

—Un par de veces. Lo odié. Pienso que la mayor parte de la gente debe de odiar su trabajo. Quiere decir, ¿por qué si no, pagan a la gente para que trabaje?

—Sin embargo, hay algo que no está bien, Boz. Algo falta en su vida, algo que debería estar allí.

—Algo, no sé qué —parecía deprimido.

McGonagall le tomó la mano. El contacto humano era de fundamental importancia en el negocio de McGonagall.

—¿Hijos? —preguntó, volviéndose a Milly, luego del episodio de calor y ternura.

—No podemos mantenerlos.

—¿Los querrían, si supieran que pueden mantenerlos?

Ella apretó los labios.

—Oh, sí, mucho.

—¿Muchos hijos?

—¡Por supuesto!

—Hay gente que realmente quiere muchos hijos, que tendrían cuantos pudieran si no fuera por el sistema Regents.

—Mi madre —contribuyó Boz voluntariamente— tuvo cuatro chicos. Todos vinieron antes del Acta de Experimentación Genética, por supuesto, excepto yo, y yo fui permitido sólo porque a Jimmy, el mayor, lo mataron en una revuelta, o en un baile, o algo, cuando tenía catorce años.

—¿Tienen alguna mascota en casa? —el viraje de McGonagall fue claro.

—Un gato —dijo Boz— y un gomero.

—¿Quién se ocupa más del gato?

—Yo, pero porque yo estoy allí todo el día. Como me he ido, Milly ha tenido que cuidar a Tabby. Debe de sentirse sola. La vieja Tabbycat.

—¿Gatitos?

Boz sacudió la cabeza.

—No —dijo Milly—, la hice castrar.

Boz casi podía oír los pensamientos de McGonagall: "¡Aj!" Sabía cómo continuaría la sesión a partir de ese momento y sabía además que el punto álgido era Milly y no él. McGonagall podría estar en lo cierto, o podría no estarlo, pero tenía una idea entre ceja y ceja y no iba a dejarla escapar: Milly necesitaba tener un bebé (la plenitud de toda mujer) y Boz, bien, parecía que Boz iba a ser madre.

Ciertamente; hacia el final de la sesión Milly se revolcaba por el piso blanco y flexible, la espalda arqueada, chillando (¡Sí, un bebé! ¡Quiero un bebé! ¡Sí, un bebé! ¡Un bebé!) y con histéricas y simuladas contracciones de parto. Era hermoso. Milly no había tenido un ataque de nervios, realmente no había tenido un ataque de nervios. ¿En cuánto tiempo? Años. Era hermoso cien por ciento.

Después decidieron bajar por las escaleras, que eran polvorientas, oscuras y tremendamente eróticas. Lo hicieron en el descanso del piso vigésimo octavo y, con las piernas todas temblorosas, nuevamente en el doce. El jugo brotó como deslumbrantes hipos gigantescos, como chorros de leche de un recipiente de dos cuartos lleno hasta el tope, tanto que ninguno podía creerlo: un desayuno celestial, un milagro que probaba la existencia de ambos, una promesa que los dos estaban resueltos a mantener.

No todo era rosas y dulzura, de ninguna manera. Tenían que llenar más papeles que todos los Formularios 1040 que habían tenido que preparar durante sus vidas. Más: visitas a un asesor en embarazos, al hospital para conseguir las prescripciones que debían empezar a tener en cuenta; luego, reservar una botella en Mount Sinaí para después del cuarto mes de Milly (pagaría la ciudad de modo que ella podía seguir con su empleo); y el solemne momento final en la oficina de Regents cuando Milly bebió el primer vaso amargo del agente anticonceptivo. (Estuvo descompuesta el resto del día, ¿pero acaso se lamentó? Sí.) Durante las dos semanas siguientes Milly no pudo tomar nada que saliera del grifo hasta que, feliz día, su análisis matutino dio resultado positivo.

Decidieron que sería una niña: Loretta, por la hermana de Boz. más adelante redecidieron: Aphra, Murray, Algebra, Sniffles (las preferencias de Boz) y Pamela, Grace, Lulu, Maureen (las preferencias de Milly).

Boz tejió una especie de manta.

Los días se hacían más largos y las noches más cortas. Luego, viceversa. La fecha de decantación de Peanut (que era el nombre de la niña cada vez que no podían decidir cuál sería su verdadero nombre) fue fijada para la noche anterior a la Navidad de 2025.

Pero lo importante, más allá de la microquímica de de dónde vienen los bebés, era el problema de la adaptación psicológica a la paternidad, de ninguna manera algo simple.

Es así como McGonagall se lo presentó a Boz y a Milly durante la última sesión privada de asesoramiento:

—El modo como trabajamos, hablamos, miramos televisión, caminamos por la calle, incluso el modo como follamos, o quizás especialmente eso, cada una de estas cosas es parte de nuestra identidad. No podemos hacer ninguna de ellas auténticamente hasta que descubrimos quiénes somos

realmente y somos esa persona, por dentro y por fuera, en lugar de la otra persona que los demás quieren que seamos. Por lo general, aquellas otras personas, si quieren que nosotros seamos lo que no somos, nos están usando a modo de laboratorio para resolver sus propios problemas de identidad. Entonces, Boz, hemos visto cómo parece que se espera que usted sea, en cientos de minúsculas ocasiones por día; una clase de persona en sus relaciones personales y una clase de persona completamente diferente en otras ocasiones. O, para usar sus propias palabras, usted es *sólo un esposo*. Este modo particular de aserrar en dos a una persona empezó en el siglo pasado, con la automatización. Las primeras tareas resultaron más fáciles, luego cada vez menos, especialmente las tareas que se presentaban bajo el título de *trabajo de hombre*. En todos los campos los hombres trabajaban hombro a hombro con las mujeres. Para algunos hombres la única manera de proyectar una imagen viril era usar Levis en los fines de semana y fumar la marca de cigarrillos correcta, Marlboro, por lo general —apretó los labios y flexionó los dedos con delicadeza, como si otra vez, en la boca y en los pulmones, el deseo luchara con la voluntad en la interminable, antigua batalla: con un gesto como ese habría hablado un estilista de las tentaciones de la carne, ensayando viejos placeres sólo para rechazarlos.

—Lo que significaba esto, en términos psicológicos, era que los hombres ya no necesitaban más la misma clase de estructura chiflada y agresiva, como tampoco necesitaban el físico voluminoso, de luchador griego, que acompañaba a esa clase de estructura psíquica. Incluso como plumaje sexual esa clase de cuerpo se convirtió en algo pasado de moda. Las muchachas comenzaron a preferir ectomorfos delgados y bajos. Las parejas ideales eran aquellas, como ustedes dos en realidad, que se reflejaban el uno en el otro. Fue una especie de movimiento interno, desde los polos de la sexualidad. Hoy, por primera vez en la historia de la humanidad, los hombres son libres para expresar el componente esencialmente femenino de su personalidad. De hecho, desde el punto de vista económico, casi se les exige. Por supuesto que no estoy hablando de homosexualidad. Un hombre puede estar femineizado mucho más allá del travestismo sin perder su preferencia por el coño, que es una inevitable consecuencia de tener una polla.

Se detuvo para apreciar con honestidad su propio estigma: ¡un republicano hablando en un banquete en homenaje a Adlai Stevenson!

—Bien, esto es bastante más que lo que deben de haber oído en toda la escuela secundaria, pero una cosa es entender algo intelectualmente y otra muy distinta sentirla en el propio cuerpo. Lo que muchos hombres sintieron entonces —aquellos que se permitieron estar de acuerdo con las tendencias feminizantes de la época— fue simplemente una culpa demoledora, horrible, total, que se transformó, en algunos casos, en una carga mucho peor que la represión inicial. Y así fue que a la Revolución Sexual de los años sesenta le siguió la funesta Contrarrevolución de los años ochenta y noventa, cuando yo crecí. Permítanme decirles, aunque estoy seguro de que ya se lo han dicho muchas veces, que fue simplemente horrible. Todos los hombres vestían de negro o de gris y ocasionalmente, los más atrevidos, de un marrón barroso. Usaban el cabello corto y caminaban, pueden verlo en las películas que hicieron, como los primitivos modelos de robot. Habían hecho un esfuerzo tan grande para negar lo que estaba ocurriendo que se habían congelado de la cintura para abajo. Era tan horrible que en un momento

hubo cuatro series de zombies en la TV. Yo no estaría revisando esta historia antigua si no fuera porque no creo que la gente joven como ustedes se dé cuenta de lo afortunados que son al no haber pasado por eso. La vida todavía tiene problemas —o yo estaría sin trabajo— pero al menos hoy día la gente que quiere resolverlos tiene la oportunidad. Para volver a la decisión que tienen que enfrentar, Boz. Ocurrió en la misma época, al principio de la década del ochenta (en Japón, por supuesto, ya que sin duda hubiera sido ilegal en los Estados Unidos por aquel entonces) que la investigación llegó a la conclusión de que la feminización era algo más que un mero proceso cosmético. Con todo, pasaron años antes que esas técnicas fueran conocidas por todos. En realidad, en las dos últimas décadas. Antes de nuestra época, todos los hombres habían sido obligados, por razones simplemente biológicas, a negar sus instintos maternales profundamente arraigados. La maternidad es básicamente un fenómeno psico-social, no sexual. Todos los niños, sean varones o mujeres, crecen aprendiendo a emular a su madre. El (o ella) juega con muñecas, cocina y tortitas de barro, si es que vive en un lugar donde pueda encontrar barro. Lleva el carrito de las compras por todo el supermercado, como un pequeño canguro. Y así sucesivamente. Es natural que los hombres, cuando crecen, deseen ser madres ellos mismos, si las condiciones sociales y económicas se lo permiten, es decir si tienen tiempo libre, ya que ahora lo demás puede conseguirse. Resumiendo, Milly, Boz necesita algo más que su amor, o que el amor de cualquier mujer, o de cualquier hombre. Como usted, él necesita otra clase de plenitud. Necesita, como usted lo necesita, un hijo. Él necesita, aún más que usted, la experiencia de la maternidad.

En noviembre, en Mount Sinaí, Boz tuvo la operación... y Milly también, por supuesto, ya que ella tuvo que actuar de donante. Para entonces Boz ya había sufrido una serie de implantaciones de "imitaciones" plásticas para preparar la piel de su pecho para las nuevas glándulas que vivirían allí, y para preparar espiritualmente a Boz para su nueva condición. Simultáneamente, un tratamiento a base de hormonas produjo un nuevo equilibrio químico en su cuerpo, por lo cual las glándulas mamarias podrían ponerse en funcionamiento y dar la leche necesaria para la nutrición desde un primer momento.

La maternidad (como había explicado a menudo McGonagall), para ser una experiencia verdaderamente significativa y liberadora, tenia que ser asumida en profundidad. Tenía que convertirse en una parte de la estructura de nervios y tejidos y no simplemente en un proceso, o en un hábito o en una función social.

Cada hora de ese primer mes significó una crisis de identidad. Un momento frente al espejo podía arrojar a Boz al paroxismo de risas de dolor o precipitarlo en horas de melancolía. Dos veces, al regresar de su trabajo, Milly se sintió convencida de que su esposo había sucumbido a la tensión, pero en cada ocasión su ternura y paciencia durante la noche vieron a Boz salir del pozo. Por la mañana solían ir al hospital para ver a Peanut, que flotaba en su botella de vidrio marrón, hermosa como un nenúfar. Ya estaba completamente formada y era un ser humano como su madre y su padre. En aquellos momentos Boz no podía entender cuál había sido la causa de todas sus agonías. Si había alguien que tenía que sentirse mal, debería haber sido Milly, porque allí estaba ella, en el umbral de la paternidad, el vientre plano,

Librodot

con tubos de silicona líquida en el lugar de los pechos, arrebatada por el hospital y por su esposo de la real experiencia de la maternidad. Con todo, parecía que reverenciaba a esa nueva vida que habían creado entre ellos. Era como si Milly, casi más que Boz, fuera el padre de Peanut, y el nacimiento fuera un misterio que ella debería admirar desde la distancia, pero jamás compartir total, íntimamente.

Entonces, tal como había sido programado, a las siete de la tarde del 24 de diciembre, Peanut (nombre al que fue adherida para siempre jamás, ya que nunca pudieron ponerse de acuerdo en otro) fue liberada del vientre de vidrio, puesta del revés y palmeada en la espalda. Con un grito agudo, pletórico (cuya grabación se pasó en cada uno de sus cumpleaños hasta que tuvo veintiuno, año en que se rebeló y arrojó la cinta grabada al incinerador), Peanut Hanson se unió a la raza humana.

Lo único que no había imaginado, lo más maravilloso, era cuan ocupado iba a estar. Hasta ese momento su preocupación siempre había sido encontrar maneras de llenar las vacías horas del día, pero en el éxtasis primero de su nuevo altruismo no había tiempo para hacer ni la mitad de todo lo que debía hacerse. Era algo más que satisfacer las necesidades de Peanut, aunque desde un comienzo fueron prodigiosas y llegaron a proporciones sublimes. Con el nacimiento de su hija se había convertido a una forma novel, ecléctica de conservadurismo. Comenzó a cocinar nuevamente, y esta vez sin la andanada de facturas de almacén. Estudió yoga con un joven y atractivo yogi en canal 3. (No había tiempo, por supuesto, bajo el nuevo régimen, para las películas de arte de las cuatro de la tarde). Redujo su ración de café a una sola taza, que tomaba con Milly en el desayuno.

Lo que es más, mantuvo vivo su entusiasmo semana tras semana, mes tras mes. De una manera modesta, modificada, nunca abandonó completamente la visión, si no siempre la realidad, de un modelo de vida mejor, más rico, más pleno y más responsable.

Peanut, entre tanto, crecía. En dos meses duplicó su peso: de tres kilos quinientos setenta gramos a siete kilos cuarenta gramos. Devolvía las sonrisas y desarrollaba un repertorio de sonidos interesantes. Comía, al principio, una cucharada de té o algo así, de alimento de plátano y de pera y cereales. Antes que pasara mucho tiempo, ya había chapoteado en todos los sabores vegetales que Boz pudo encontrarle Era sólo el principio de lo que sería una larga y variada carrera de consumidor.

Uno de los primeros días de mayo, después de una primavera fría y lluviosa, la temperatura trepó súbitamente a los 22 grados. Un viento marítimo había limpiado del cielo el habitual gris plomizo para transformarlo en un azul pastel.

Boz decidió que ya era momento para que Peanut hiciera su primer viaje a lo desconocido. Destrabó la puerta que daba al balcón y sacó la cunita.

Peanut se despertó. Tenía los ojos color avellana, con diminutos puntos dorados. La piel era tan rosada como una crema de camarones. Se sentía feliz meciéndose en su cuna. Boz miraba los deditos que jugaban en el aire de primavera que envolvía la ciudad y, contagiado de su alegría, le cantó una canción tonta y rara que recordó que su hermana Lottie cantaba a Amparo, una canción que Lottie había oído que su madre cantaba a Boz:

Pepsi cola da en el blanco

dos copas llenas es mucho mejor.
Sin salvador, sin alegrías,
sin posesiones, al oeste voy.

La brisa desordenaba los cabellos de seda negra de Peanut, rozaba las ondas rojizas de Boz. La luz y el aire parecían de las películas de un siglo atrás, tan imposiblemente diáfanos. Boz cerró los ojos y practicó sus ejercicios respiratorios.

A las dos en punto, puntual como las noticias, Peanut comenzó a llorar. Boz la levantó de la cuna y le dio el pecho. Salvo cuando salía del departamento, en esos días Boz no se molestaba en vestirse. La boquita rodeó su pezón y las manitas tiraron de la suave carne de la teta. Boz sintió el acostumbrado hormigueo de placer, pero esta vez no se sintió languidecer cuando Peanut se abocó a la rítmica tarea de chupar y tragar, chupar y tragar. Por el contrario, la sensación se desplegó en toda su superficie y en las profundidades de su pecho y floreció en el interior hasta tocarle la médula. Sin endurecerse, su polla era visitada por estremecimientos de delicado placer, y ese placer viajaba, en ondas, hasta los ijares y a través de los músculos de las piernas. Por un momento pensó que tendría que suspender la alimentación, tan intensa era la sensación, tan exquisita.

Esa noche intentó explicárselo a Milly, pero ella no demostró más que un interés comedido. Había sido elegida, una semana antes, para un cargo importante en su agrupación, y todavía estaba colmada con el placer gris, siniestro, de la ambición satisfecha, de haber afirmado el pie en el primerísimo peldaño de la escalera. Boz decidió que no sería agradable prolongar esa situación, por lo que la reservó para la próxima vez que fuera Shrimp. Shrimp había tenido tres hijos a través de los años (sus puntajes en el Regents eran tan buenos que sus embarazos recibían el subsidio de la Junta Nacional de Genética), pero un sentido de autodefensa emocional había impedido siempre que Shrimp se relacionara demasiado enfáticamente con los bebés durante el año en que ejercía la maternidad (después del cual los niños se enviaban a las escuelas de la Junta en Wyoming y Utah). Ella le aseguró a Boz que lo que él había sentido aquella tarde en el balcón no era nada extraordinario, le ocurría a ella todo el tiempo, pero Boz sabia que eso había sido la misma esencia de lo inusitado. Era, con las palabras del dios Krishna, una experiencia límite, un destello detrás del velo.

Finalmente, descubrió, era un momento propio y no podía compartirse más de lo que podía, de la misma manera, repetirse.

Nunca se repitió ese momento, ni siquiera aproximadamente.

Con el tiempo, pudo olvidar lo que había sido y recordar solamente lo que había sido.

Algunos años después Milly y Boz estaban sentados en el balcón, al atardecer.

Nada había cambiado radicalmente desde el nacimiento de Peanut. Quizá Boz estaba algo más grave que Milly, pero hubiera sido difícil decir si era porque había ganado o porque Milly había perdido. Ahora Milly era supervisora y tenía asiento, además, en tres comités diferentes.

—¿Recuerdas nuestro edificio? —dijo Boz.

—¿Qué edificio?

—El de allí. Con las tres ventanas. —Boz señaló a la derecha, donde gigantescos pisos gemelos constituían hacia el oeste un paisaje de techos,

cornisas y tanques de agua. Algunos edificios probablemente eran de la época de la New York del Mandamás del Tweed. Ninguno era nuevo.

Milly sacudió la cabeza.

—Hay montones de edificios.

—El que está detrás del ángulo derecho de aquella cosa grande de ladrillo amarillo con ese alegre enrejado que oculta el tanque de agua. ¿Los ves?

—Mmm. ¿Allí?

—Sí. ¿No lo recuerdas?

—Vagamente. No.

—Acabábamos de mudarnos aquí y realmente no podíamos pagar el lugar, de modo que durante el primer año estuvo prácticamente desnudo. Yo te insistía en que había que comprar una planta de interior y tú decías que había que esperar. ¿Empiezas a recordar?

—Entre nieblas.

—Bien, los dos solíamos venir aquí regularmente a mirar los diferentes edificios y a tratar de imaginar con exactitud en qué calle estarían y si los conoceríamos o no desde la acera.

—¡Ya recuerdo! Es ese donde las ventanas estaban siempre cerradas. Pero eso es todo lo que recuerdo.

—Bien, nosotros inventamos una historia acerca de ese edificio. Decíamos que quizás en cinco años una de las ventanas se abriría en el momento en que nosotros pudiéramos verla desde aquí, unos pocos centímetros. Al día siguiente estaría nuevamente cerrada.

—¿Y entonces? —por ese entonces Milly estaba genuina y agradablemente intrigada.

—Y entonces, según nuestra historia, la observaríamos todos los días con suma atención para ver si la ventana se abría nuevamente. Así fue como se convirtió en nuestra planta de interiores. Era algo que cuidábamos de la misma manera.

—¿Tú seguías mirándola, de verdad?

—Algo así. No todos los días. De vez en cuando.

—¿Esa es toda la historia?

—No. El fin de la historia era que un día, tal vez otros cinco años más tarde, iríamos caminando por una calle desconocida y reconoceríamos el edificio y subiríamos y tocaríamos el timbre y nos abriría el encargado y nosotros le preguntaríamos por qué, cinco años atrás, esa ventana había estado abierta.

—¿Y él qué diría? —Por su sonrisa era evidente que Milly recordaba, pero preguntaba por respeto a la totalidad del cuento.

—Que él había pensado que nadie lo había advertido. Y rompería a llorar. De gratitud.

—Es una historia. Debería sentirme culpable por haberla olvidado. ¿Qué te hizo pensar en ella hoy?

—Ese es el verdadero final de la historia. La ventana estaba abierta. La ventana del medio.

—¿De verdad? Ahora está cerrada.

—Pero esta mañana estaba abierta. Pregúntale a Peanut. Yo se la mostré para tener un testigo.

—Es un final feliz, sin duda —Milly se llevó el dorso de la mano a la mejilla.

—Me pregunto por qué estaba abierta, entonces. Después de todo este tiempo.

—Bueno, dentro de cinco años podemos ir y preguntar.

Boz se volvió, sonriendo, para mirarla y con el mismo gesto tocó la mejilla de ella, suavemente, y en ese momento fueron felices. Estaban nuevamente juntos, en el balcón, en una noche de verano, y eran felices.

Boz y Milly. Milly y Boz.

FIN

Librodot